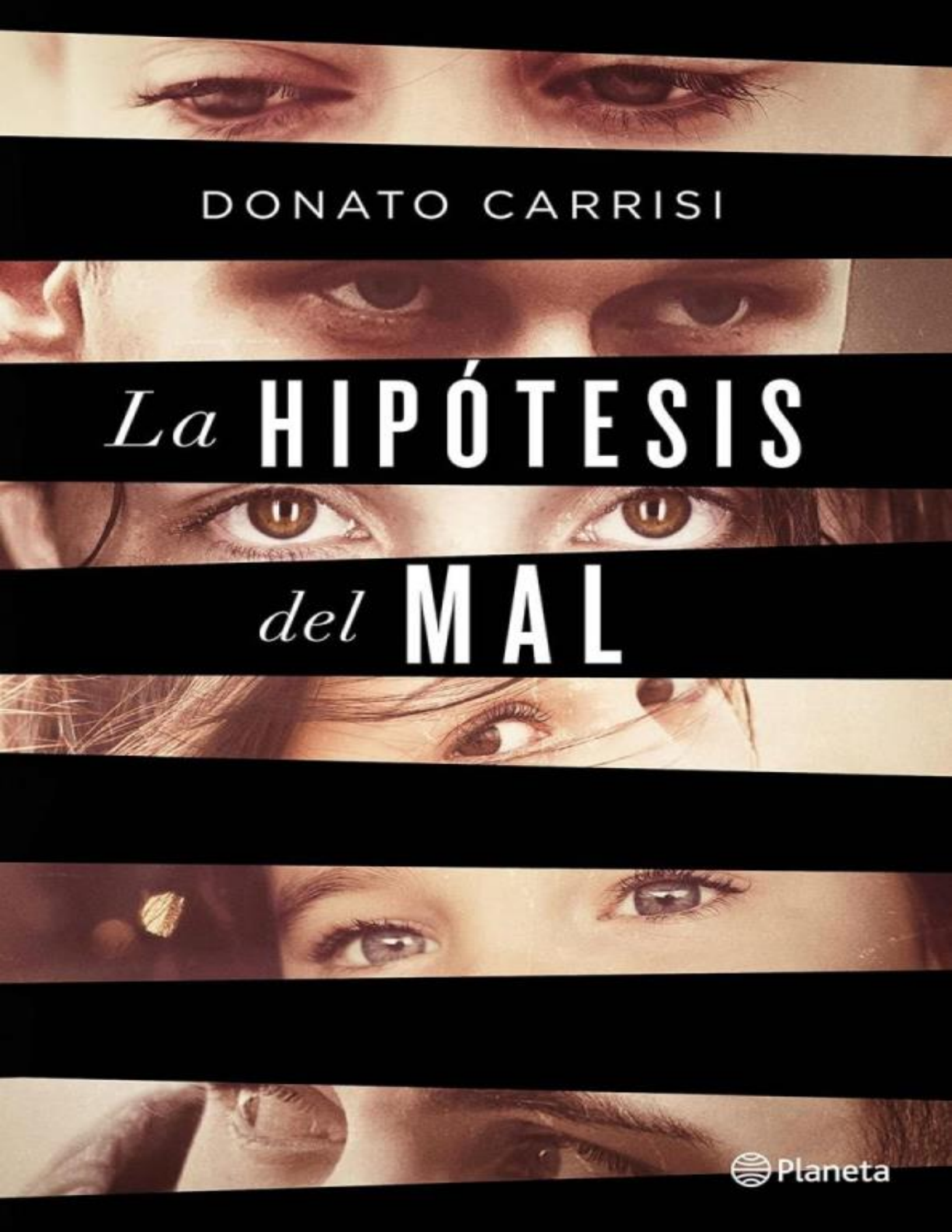

DONATO CARRISI
La HIPÓTESIS del MAL
Planeta

Índice

Portada
Mila
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Berish
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Alice
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Kairus
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63

Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
La habitación 317 del Ambrus Hotel
Capítulo 70
Capítulo 71
Nota de autor
Agradecimientos
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

La sala número 13 del depósito de cadáveres era el recinto de los *durmientes*.

Se hallaba en el cuarto y último nivel del subterráneo, en el gélido infierno de las salas frigoríficas. Una planta reservada a los cadáveres sin identificar. Raramente alguien pedía entrar allí.

Pero aquella noche estaba a punto de llegar un visitante.

El vigilante lo esperaba delante del ascensor con la nariz levantada hacia el techo. Observaba los números que aparecían de uno en uno en el cuadro luminoso que marcaba el ritmo del descenso de la cabina, y mientras tanto se preguntaba quién podría ser aquella inesperada visita. Pero, sobre todo, se preguntaba por el motivo que lo habría empujado hasta aquella lejana frontera con los asuntos de los vivos.

Cuando se iluminó el último número hubo un largo instante de silencio, y a continuación las puertas del ascensor se abrieron de par en par. El vigilante observó al huésped, un hombre que pasaba de los cuarenta y que llevaba un traje azul oscuro. Y, enseguida —como siempre les sucedía a quienes ponían los pies allí abajo por primera vez—, vio dibujarse el estupor en su rostro cuando comprendió que no estaba ante un entorno revestido de baldosas blancas e iluminado por asépticos neones, sino que las paredes eran de color verde y los puntos de luz, anaranjados.

—La policromía reprime los ataques de pánico —explicó el vigilante, respondiendo a una pregunta tácita. A continuación le tendió una bata azul.

El visitante no dijo nada. Se la puso y, poco después, ambos empezaron a andar.

—Los cadáveres de esta planta son principalmente personas sin techo o inmigrantes ilegales. Al no tener documentación ni ningún pariente, cuando estiran la pata vienen a parar aquí abajo. Todos ellos están en las salas que van de la número 1 a la 9 —explicó el

vigilante—. La 10 y la 11, en cambio, son para gente que, como usted y como yo, paga sus impuestos y ve los partidos por la tele, pero un buen día sufre un infarto en el metro y la diña. Algún pasajero hace como si lo ayudara pero, en lugar de eso, le birla la cartera y, *voilà*, el truco de magia le sale bien: el tío o la tía desaparece para siempre. Sin embargo, a veces es sólo cuestión de burocracia: una empleada se hace un lío con el papeleo y, cuando citan a tus familiares para que te reconozcan, les muestran el cadáver de otra persona. Es como si tú no hubieras muerto y ellos continúan buscándote. —Intentaba impresionar al visitante haciendo de guía turístico, pero el hombre no mostraba reacción alguna—. Después están los casos de suicidio o accidente: sala 12. Porque puede ocurrir que el cadáver haya quedado tan mal que incluso te haga dudar de que fuera realmente una persona —añadió intentando tantear el estómago del visitante, que evidentemente no era quisquilloso—. En cualquier caso, la ley prevé el mismo trato para todos: un período de permanencia en la cámara frigorífica no inferior a dieciocho meses. Cuando el plazo finaliza, si nadie identifica o reclama los restos, y en caso de que no existan otras indicaciones por parte de la investigación, se autoriza su eliminación mediante cremación. —El vigilante había citado el reglamento de memoria.

Llegado a este punto su tono cambió, se mostró inquieto, porque lo que seguía tenía que ver con el motivo de aquella extraña visita nocturna.

—Después están los de la sala número 13.

Las víctimas anónimas de los homicidios sin resolver.

—En los casos de asesinato, la ley dice que el cuerpo constituye elemento de prueba hasta que se verifique la identidad de la víctima —prosiguió el vigilante—. No se puede condenar a un asesino si no se demuestra que la persona a la que ha matado existía de verdad. Sin un nombre, el cuerpo es la única prueba de esa existencia. Por eso se conserva sin límite de tiempo. Es una de esas extravagantes sutilezas legales que tanto les gustan a los abogados.

Según dictaban las disposiciones, mientras no se determinara el hecho criminal que estaba relacionado con la muerte, los restos

mortales no podían ser destruidos o destinados a su deterioro natural.

—Nosotros los llamamos los *durmientes*.

Se trata de hombres, mujeres y niños desconocidos de cuya muerte todavía no se había hallado a un culpable. Llevaban años esperando a que alguien se presentara para librarlos de la maldición de parecerse a los vivos. Y, como en un cuento macabro, para que eso ocurriera era suficiente con pronunciar una palabra secreta.

Su nombre.

La morada que los acogía, la sala número 13, era la última del fondo.

Cuando llegaron a la puerta de metal, el vigilante revolvió en un juego de llaves hasta que encontró la que buscaba. Abrió y se echó atrás para cederle el paso al huésped. En cuanto éste puso un pie en la oscuridad, en el techo se encendió una hilera de bombillas amarillas accionadas por unos sensores de movimiento. En el centro de la sala había una mesa de autopsias rodeada de altas paredes frigoríficas con decenas de celdas.

Una colmena de acero.

—Debe firmar aquí, son las normas —dijo el vigilante abriendo un registro—. ¿Cuál le interesa? —preguntó a continuación, revelando cierta excitación.

El visitante por fin habló.

—El cadáver que lleva más tiempo aquí.

AHF-93-K999.

El vigilante se había aprendido las siglas de memoria, saboreando la solución de un antiguo misterio. De inmediato identificó la celda con la etiqueta colgada del tirador. Estaba situada en la pared izquierda, la tercera desde abajo. Se la señaló al visitante.

—De todas las historias de los cuerpos que están aquí abajo, no es que sea de las más originales —quiso puntualizar el hombre—. Un sábado por la tarde, unos chicos jugaban al fútbol en el parque y la pelota acabó entre unos matorrales: así fue como lo encontraron. Le habían disparado en la cabeza. No llevaba documentación, ni siquiera las llaves de casa. El rostro todavía podía reconocerse

perfectamente, pero nadie llamó a los teléfonos de emergencia pidiendo información ni tampoco se presentaron denuncias de desaparición. Mientras no aparezca un culpable, que incluso podría no llegar a identificarse nunca, la única prueba del delito es precisamente el cadáver. Por eso el tribunal decide que se preserve hasta que se resuelva el caso y se haga justicia. —Hizo una pausa—. Desde entonces han pasado años, pero él todavía sigue aquí.

Durante mucho tiempo, el vigilante se había preguntado qué sentido tenía conservar la prueba de un crimen del que ya nadie se acordaba. Del mismo modo que siempre había pensado que el mundo se había olvidado desde hacía mucho del anónimo inquilino de la sala número 13. Pero en vista de la petición que le hizo el visitante intuyó que el secreto que se conservaba detrás de esos pocos centímetros de acero iba más allá de una simple identidad.

—Abra, quiero verlo.

AHF-93-K999. Ése había sido su nombre durante años. Pero aquella noche tal vez las cosas iban a cambiar. El vigilante de los muertos accionó la válvula de ventilación para proceder a la apertura de la celda.

El *durmiente* estaba a punto de ser despertado.

MILA

Prueba 397-H/5

Transcripción de la grabación de las 6.40 horas del 22 de septiembre de *****.

Asunto: llamada telefónica al número de emergencias de *****.

Operador: agente Clara Salgado.

Operadora: Emergencias. ¿De dónde llama?

X: ...

Operadora: Señor, no lo oigo. ¿De dónde llama?

X: Soy Jes.

Operadora: Debe decirme el nombre completo, señor.

X: Jes Belman.

Operadora: ¿Cuántos años tienes, Jes?

X: Diez.

Operadora: ¿Desde dónde llamas?

X: Desde mi casa.

Operadora: ¿Podrías decirme la dirección?

X: ...

Operadora: Jes, ¿puedes decirme la dirección, por favor?

X: Vivo en *****.

Operadora: Muy bien. ¿Qué ocurre? Sabes que éste es el número de la policía, ¿verdad? ¿Por qué has llamado?

X: Lo sé. Están muertos.

Operadora: ¿Has dicho «Están muertos», Jes?

X: ...

Operadora: Jes, ¿estás ahí? ¿Quién está muerto?

X: Sí. Todos. Están todos muertos.

Operadora: No es una broma, ¿verdad, Jes?

X: No, señora.

Operadora: ¿Quieres decirme cómo ha ocurrido?

X: Sí.

Operadora: Jes, ¿todavía estás ahí?

X: Sí.

Operadora: ¿Por qué no me lo cuentas? Tómate tu tiempo si quieres.

X: Sí. Vino anoche. Estábamos cenando.

Operadora: ¿Quién vino?

X: ...

Operadora: ¿Quién, Jes?

X: Ha disparado.

Operadora: Está bien, Jes. Quiero ayudarte, pero tienes que ayudarme tú a mí ahora. ¿De acuerdo?

X: De acuerdo.

Operadora: ¿Me estás diciendo que a la hora de cenar un hombre entró en casa y se puso a disparar?

X: Sí.

Operadora: Y luego se marchó y a ti no te disparó. Tú estás bien, ¿no es así?

X: No.

Operadora: ¿Quieres decir que estás herido, Jes?

X: No. No se ha ido.

Operadora: ¿El hombre que disparó todavía está ahí?

X: ...

Operadora: Jes, por favor, contéstame.

X: Dice que vengan. Tienen que venir enseguida.

Interrupción de la comunicación. Fin de la grabación.

1

La calle empezó a animarse cuando faltaban pocos minutos para las seis.

Los camiones del servicio de limpieza urbana recogían la basura de los cubos situados delante de los chalets como soldaditos obedientes. A continuación, fue el turno de la máquina que barría el asfalto con unos cepillos giratorios. Los furgones de los jardineros llegaron inmediatamente después. El césped de los jardines y los caminos quedaron sin hojas y malas hierbas, y los setos, podados a la altura ideal. Cuando acabaron con la tarea, se marcharon, dejando a su espalda un mundo ordenado y un silencio apacible.

El lugar feliz estaba listo para presentarse ante la mirada de sus contentos habitantes, pensó Mila.

Había sido una noche tranquila, como todas las noches allí. Hacia las siete, las casas empezaron a despertarse perezosamente. Detrás de las ventanas, padres, madres e hijos parecían atareados y alegres ante el nuevo día que tenían por delante.

Otro día de una vida feliz.

Mientras los miraba, sentada en su Hyundai aparcado al principio de la manzana, Mila no sentía envidia porque sabía que, si arañaba un poco la superficie dorada, siempre salía otra cosa. A veces era el cuadro verdadero, hecho de luces y sombras, como tiene que ser. Otras, sin embargo, había un agujero negro. A uno lo embestía el aliento pútrido de un abismo hambriento y le parecía que, desde las profundidades, alguien susurrara su nombre.

Mila Vasquez conocía bien la llamada de la oscuridad. Bailaba con las sombras desde el día en que nació.

Chasqueó los dedos de las manos, forzando la presión sobre el índice de la izquierda. El breve dolor le dio impulso para mantener la

concentración alta. Al cabo de poco las puertas de entrada de los chalets empezaron a abrirse. Las familias abandonaban sus viviendas para afrontar su desafío con el mundo, que para ellas siempre sería demasiado fácil, pensó Mila.

Vio a los Conner salir de su casa. El padre, abogado, tenía cuarenta años, un cuerpo delgado bajo un impecable traje gris y el cabello entrecano que resaltaba su tez bronceada. La madre era rubia, con el cuerpo y el rostro de una chica ligeramente envejecida. El tiempo nunca haría mella en ella, Mila estaba segura de eso. Y luego estaban las niñas. La mayor cursaba el primer ciclo de secundaria. La pequeña —una cascada de rizos— todavía iba al parvulario. Eran el vivo retrato de sus padres. Si alguien aún albergaba dudas sobre la teoría de la evolución, Mila las habría disipado mostrándole a los Conner. Eran guapos y perfectos, y obviamente no podían más que vivir en un lugar feliz.

Tras besar a su mujer y a sus hijas, el abogado subió a bordo de un Audi A6 azul y se dirigió hacia su brillante carrera. La mujer cogió un Nissan todoterreno de color verde para acompañar a las niñas a la escuela. En ese momento, Mila bajó de su viejo coche para introducirse en la villa —y en la vida— de los Conner. A pesar del calor, había elegido como disfraz un chándal de footing. El verano había acabado hacía apenas un día, pero si se hubiera puesto una camiseta y unos pantalones cortos, las cicatrices habrían llamado mucho más la atención. Según los cálculos que había hecho desde que, en los días precedentes, había empezado a apostarse allí, contaba apenas con cuarenta minutos antes de que la señora Conner volviera a casa.

Cuarenta minutos para descubrir si el lugar feliz escondía un fantasma.

Los Conner eran su objeto de estudio desde hacía algunas semanas. Todo había empezado accidentalmente.

Los policías que trabajan en los casos de desaparición no pueden quedarse sentados a su escritorio esperando una denuncia,

ya que a veces quien desaparece no tiene ningún familiar que pueda denunciar nada. Porque es extranjero o porque tiempo atrás cortó los lazos con todo o, simplemente, porque no tiene a nadie en el mundo.

Mila los llamaba los *predestinados*.

Individuos que tenían un vacío a su alrededor y no imaginaban que un día se los tragaría. Por eso primero debía buscar el caso y después a la persona desaparecida. Iba por la calle, recorriendo los lugares de la desesperación, donde la sombra muerde cada paso y a uno nunca lo deja solo. Pero las desapariciones también se producían en presencia de un ambiente afectivo sano y protector.

Por ejemplo, cuando quien desaparecía era un niño.

Podía ocurrir —y por desgracia ocurría— que los padres, distraídos por una manifiesta rutina, no se dieran cuenta de algún pequeño pero fundamental cambio. Podía ser que alguien se acercara a los niños fuera de casa sin que ellos lo supieran. Los niños tienden a sentirse culpables cuando reciben las atenciones de un adulto, porque se produce un conflicto irresoluble entre dos recomendaciones que suelen hacer papá y mamá: realmente es difícil librarse del deber de mostrarse educados con los mayores por una parte y evitar el contacto con desconocidos por otra. Sea cual sea la actitud elegida, siempre habrá algo que esconder. Mila, sin embargo, había descubierto que existía una excelente fuente de información para saber lo que estaba pasando en la vida de un niño.

Por eso, cada mes visitaba una escuela distinta.

Pedía permiso para entrar en las aulas cuando los pequeños alumnos no estaban. Se detenía a mirar los dibujos colgados en las paredes. En esos mundos de fantasía solía disfrazarse la vida real. Pero, sobre todo, se condensaba el conjunto de emociones secretas, y a veces inconscientes, que el niño absorbe y expele como una esponja. Le gustaba visitar los colegios. Sobre todo le gustaba el olor: pasteles de cera y cola para el papel, libros nuevos y chicle. Le infundía una misteriosa tranquilidad, le daba la idea de que nunca podría ocurrirle nada.

Porque para un adulto los lugares donde están los niños son los más seguros.

Fue durante una de esas exploraciones cuando Mila descubrió, en medio de decenas de dibujos expuestos en una pared, el de la hija pequeña de los Conner. Había elegido ese parvulario por casualidad a principios del año académico y fue a visitarla durante el recreo, mientras los niños estaban fuera en el patio. Se detuvo en su minúsculo mundo, disfrutando con los gritos festivos procedentes del exterior como fondo.

Lo que la impresionó del dibujo de la pequeña Conner fue la familia feliz que había representado. Ella, mamá, papá y su hermanita en el césped delantero de su casa. Un bonito día con un sol sonriente. Los cuatro cogidos de la mano. Pero, apartado de la escena principal, había un elemento que desentonaba. Un quinto personaje que enseguida le provocó una extraña inquietud. Parecía estar suspendido y no tenía cara.

«Un fantasma», pensó Mila en el acto.

Estaba a punto de pasar de largo, pero entonces buscó en la pared otros dibujos de la pequeña y descubrió que la oscura presencia aparecía en todos ellos.

El detalle era demasiado conciso para ser casual. Su instinto le decía que debía profundizar.

Preguntó a la maestra de la niña, que fue muy amable y le confirmó que la historia de los espectros ya hacía tiempo que se producía. Le explicó que, por experiencia, no había de qué preocuparse (normalmente sucedía después de la muerte de un familiar o un conocido, y era la manera en que los pequeños procesaban el duelo). Por si acaso, la maestra se lo preguntó a la señora Conner. Si bien últimamente no había muerto nadie de la familia, hacía poco la pequeña había tenido una pesadilla. Tal vez fuera ésa la causa.

Pero Mila había aprendido de los psicólogos infantiles que los niños atribuyen el semblante de personajes de fantasía, y no necesariamente héroes negativos, a figuras reales. Así puede ocurrir que un extraño se convierta en un vampiro, pero también en un simpático payaso o incluso en Spiderman. Sin embargo, siempre hay un detalle que desenmascara al doble, haciéndolo nuevamente humano. Recordaba el caso de Samantha Hernandez, que había

dibujado con los rasgos de Papá Noel al hombre de barba blanca que cada día se le acercaba en el parque. Sólo que en el dibujo, como en la realidad, llevaba un tatuaje en el antebrazo. Pero nadie reparó en ello. De este modo, al ser despreciable que acabaría raptándola y asesinándola le bastó con prometerle un regalo.

En el caso de la pequeña Conner, el elemento indicador era la repetitividad.

Mila estaba convencida de que a la niña la asustaba algo. Debía descubrir si se trataba de una presencia real y, sobre todo, inofensiva.

Como siempre, había decidido no advertir a los padres. Era inútil crear alarma o una aprensión infundada solamente por una vaga sospecha. Empezó a vigilar a la pequeña Conner para identificar a las personas con las que tenía contacto fuera de casa o en los pocos momentos en los que se alejaba de la vigilancia de su familia, como cuando estaba en el parvulario o en clase de danza.

Ningún extraño estaba particularmente interesado en la niña.

Sus sospechas eran infundadas. Sucedía a menudo, pero no le sabía mal haber echado por la borda días de trabajo si la recompensa era un sentimiento de alivio.

Por pura precaución, sin embargo, también decidió visitar el colegio de la hija mayor de los Conner. En sus dibujos no había ningún elemento ambiguo. Pero la anomalía se escondía en un cuento que la maestra había mandado como deberes para hacer en casa.

La niña eligió una historia de terror cuyo protagonista era un fantasma.

Era posible que el fruto de la fantasía de la hermana mayor fuera lo que hubiera influenciado a la pequeña, sólo para asustarla. O bien era la prueba definitiva de que no se trataba de una persona imaginaria. Tal vez el hecho de que Mila no hubiera descubierto a ningún extraño sospechoso significaba que la amenaza estaba mucho más cerca de lo que había presentido al principio.

No era ningún desconocido, sino alguien de casa.

Por eso había decidido realizar una nueva inspección, esta vez en la vivienda de los Conner. Ella también tendría que transformarse.

De cazadora de niños a cazadora de fantasmas.

Faltaba poco para las ocho de la mañana, Mila se puso los auriculares de un mp3 —apagado— y, simulando que estaba haciendo footing, recorrió con paso acelerado el tramo de calle que la separaba del sendero de entrada. Cuando estuvo cerca del chalet de los Conner, torció a la derecha bordeando el edificio hasta llegar a la parte trasera. Tanteó primero la puerta de servicio, después las ventanas. Cerradas. Si hubiera encontrado una entrada abierta y alguien la hubiera sorprendido, podría haber esgrimido la excusa de que se había metido en la casa porque sospechaba que había un ladrón. No se habría salvado de una acusación de allanamiento de morada, pero así habría tenido más posibilidades de salir indemne. En cambio, si forzaba la cerradura, se exponía a un riesgo inútil a la vez que estúpido.

Recordó el motivo por el que se encontraba allí. Las percepciones instintivas no pueden explicarse, todos los policías lo saben perfectamente. Pero, en su caso, había un impulso irresistible por rebasar siempre el límite. Sin embargo, era evidente que no podía llamar a la puerta de los Conner y decir: «Hola, algo me dice que sus hijas están corriendo un peligro a causa de un fantasma que, sin embargo, podría ser una persona de carne y hueso». De modo que, como solía suceder, la incómoda sensación se impuso al buen juicio: regresó a la puerta de servicio y la forzó.

Enseguida se dio contra un muro de aire acondicionado. En la cocina todavía estaban los platos del desayuno, en la nevera colgaban fotos de las vacaciones y tareas escolares en las que destacaba una buena nota.

Mila sacó del bolsillo de su chándal un estuche negro de plástico. Contenía una microcámara tan diminuta como un botón, de la que salía un cable que actuaba como transmisor. Gracias al sistema sin hilos y a internet, podría vigilar a distancia lo que ocurría en la casa. Sólo tenía que encontrar el lugar más adecuado para colocarla. Miró la hora y se adentró para inspeccionar el resto de las

habitaciones. Como no disponía de mucho tiempo, decidió concentrarse en los espacios donde tenían lugar la mayor parte de las actividades familiares.

En el salón, con los sofás y la tele, había un mueble librería de madera de raíz labrada. En vez de libros, contenía los diplomas conseguidos por el abogado Conner en el desarrollo de su profesión como forense o que se había ganado gracias a su implicación en la comunidad. Era un ciudadano ejemplar, muy apreciado. Sobre un estante destacaba un trofeo de patinaje sobre hielo que había ganado la hija mayor. Era un detalle simpático eso de compartir el espacio de los honores con otro miembro de la familia, pensó Mila.

Sobre la chimenea, una foto mostraba a los Conner sonrientes y conjuntados con unos cómodos jerséis rojos, todos iguales. Al parecer, se trataba de una especie de tradición familiar que se renovaba todas las Navidades. Mila nunca podría haber posado para un retrato como ése, su vida era demasiado distinta. Ella era distinta. Apartó rápidamente la mirada, pues la imagen le resultaba insoportable.

Decidió inspeccionar el piso de arriba.

En los dormitorios, las camas estaban sin hacer y esperaban el regreso de la señora Conner, que había abandonado su carrera para dedicarse a cuidar de la casa y de sus hijas. Mila sólo echó un rápido vistazo a la habitación de las niñas. En la de los padres, el armario estaba abierto. Se detuvo a observar la ropa de la señora Conner. La existencia de una madre afortunada le llamaba la atención. Había una especie de anticuerpo en su interior que desactivaba los sentimientos, por eso no podía saber lo que se sentía. Pero podía imaginárselo, eso sí.

Un marido, dos hijas, una casa confortable y protectora como un nido.

Mila perdió de vista por un momento el objetivo de la inspección y se fijó en que algunos vestidos que colgaban de las perchas eran de una talla distinta. «Incluso las mujeres bonitas pueden engordar», pensó contenta. A ella no le sucedía. Era muy delgada. En cualquier caso, teniendo en cuenta lo amplios que eran los vestidos con los que había escondido los kilos de más, debía de

haber sido duro para la señora Conner recuperar de nuevo su silueta. De repente, Mila se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Había perdido el control. En vez de ir a la caza de peligros, se había convertido ella misma en un peligro para aquella familia.

Una extraña que invade el espacio vital.

Y además había perdido el sentido del tiempo, y la señora Conner podía estar ya de camino. Así pues, decidió sin titubeos que la colocación ideal de la microcámara era el salón.

Localizó el lugar más adecuado en el interior de la librería con los trofeos familiares. Ayudada por una cinta con adhesivo en ambos lados, situó el aparato de manera que quedara lo más oculto posible entre los objetos. Sin embargo, mientras llevaba a cabo la operación, en el margen derecho de su campo de visión apareció una mancha de color rojo, como una luz parpadeante a la altura de la pared encima de la chimenea.

Mila interrumpió lo que estaba haciendo y se puso a observar de nuevo la foto de familia con los jerséis navideños que antes había ignorado apresuradamente por sus celos absurdos. Y, mirándola mejor, vio que el idílico cuadro mostraba una fisura. Concretamente, en los ojos de la señora Conner había silencio, como si fueran las ventanas de una casa deshabitada. El abogado Conner parecía esforzarse por aparecer radiante, pero el abrazo con el que estrechaba a su mujer y a sus hijas no transmitía sensación de seguridad, sino en todo caso de posesión. Además, había alguna otra cosa en aquella imagen, pero Mila no conseguía distinguirla. La felicidad postiza que rodeaba a los Conner ocultaba algo que no encajaba. Y entonces lo vio.

Las niñas tenían razón. Había un fantasma en medio de ellos.

Al fondo de la fotografía, en vez de la librería llena de reconocimientos, había una puerta.

2

¿Dónde suele esconderse un espectro?

«En un lugar oscuro y tranquilo. En el desván. O bien, como en este caso, en el sótano. A mí me ha tocado la ingrata tarea de invocarlo», pensó Mila.

Miró hacia abajo y entonces se fijó en los arañazos del parquet, señal de que movían el mueble con frecuencia. Se situó a un lado de la librería y entrevió la puerta. A continuación introdujo los dedos en el intersticio y tiró hacia sí. Las reliquias tintinearon y el mueble se inclinó peligrosamente, pero al final Mila pudo conseguir un hueco lo suficientemente ancho para pasar.

Abrió la hoja y la luz del día penetró enseguida en el antro. Pero Mila tuvo la sensación de que la oscuridad del interior le saltaba encima. La puerta había sido revestida con un material fonoabsorbente, para no dejar entrar los ruidos de fuera y conseguir mantener encerrados los sonidos de dentro.

Por debajo de ella, una escalera encajada entre dos paredes de cemento tosco conducía al sótano.

Buscó en el bolsillo del chándal la pequeña linterna y empezó a descender.

Alerta, con los músculos en tensión, dispuestos a saltar. Al fondo, la escalera giraba hacia la derecha, donde, presumiblemente, se abría el sótano. Al llegar al final, Mila se encontró ante un único espacio, inmerso en la oscuridad. Movió el haz de luz, buscando. Iluminó muebles y objetos que no deberían haber estado ahí abajo. Un cambiador, una cuna y un parque. De la cuna procedía un sonido acompasado.

Vivo.

Se acercó lentamente, dosificando los pasos para no despertar a la criatura que estaba durmiendo. Estaba hecha un ovillo en una sábana —tal y como correspondería a un fantasma— y le daba la espalda. Sobresalía una piernecita. Mostraba signos de desnutrición. La falta de luz no había ayudado a su desarrollo. Tenía la tez pálida. Debía de tener un año, o poco más.

Necesitaba tocarla, necesitaba saber que era real.

Existía una relación entre lo que tenía delante de los ojos, los trastornos alimentarios y la falsa sonrisa de la señora Conner. Aquella mujer no había engordado sin más. Había estado embarazada.

El pequeño bulto se movió, se había despertado con la linterna. La criatura se volvió hacia ella, estrechando una muñequita de trapo. Mila imaginó que iba a echarse a llorar, pero en vez de eso se limitó a observarla. Después le sonrió.

El fantasma tenía unos ojos enormes.

Tendió sus pequeñas manos hacia ella, quería que la cogiera en brazos. Mila la complació. La pequeña enseguida se le agarró al cuello con toda su fuerza. Acaso intuía que estaba allí para salvarla. La agente de policía notó que, a pesar del deterioro físico, iba limpia. Esos cuidados denotaban una contradicción entre odio y amor, entre el bien y el mal.

—Le gusta estar en brazos.

La niña reconoció la voz y aplaudió contenta. Mila se volvió. La señora Conner estaba al pie de la escalera.

—Él no es como los demás. Siempre quiere mantener el control, y yo no quiero decepcionarlo. De modo que, cuando descubrió que estaba embarazada, no perdió la cabeza. —Hablaba de su marido sin nombrarlo—. Nunca me ha preguntado quién es el padre. Nuestra vida debía ser impecable, pero yo estropeé sus planes. Fue eso lo que lo molestó, no que le fuera infiel.

Mila la miraba inmóvil, sin decir una palabra. No sabía cómo juzgarla. La mujer no parecía enfadada, ni asombrada por encontrar a una extraña en su casa, como si hiciera tiempo que la esperara. Tal vez también ella quería que la liberaran.

—Le supliqué que me dejara abortar, pero no quiso. Me hizo esconder el embarazo a todo el mundo y durante nueve meses creí que, en el fondo, él quería tener a la niña. Después, un día me mostró cómo había acondicionado este lugar, y entonces lo entendí. No iba a conformarse con el desprecio. No, él quería castigarme.

Mila sintió que un nudo de rabia le presionaba la garganta.

—Me obligó a parir en el sótano y a dejarla aquí. Sigo diciéndole que podríamos abandonarla delante de una comisaría o de un hospital. Nadie llegaría a enterarse, pero él ya ni siquiera me contesta.

La niña sonreía entre los brazos de Mila, nada parecía turbarla.

—Alguna vez, cuando él no está, la llevo arriba y le muestro a sus hermanitas mientras duermen. Creo que se han dado cuenta de nuestra presencia, pero habrán pensado que se trataba de un sueño.

«O de una pesadilla», se dijo Mila recordando el fantasma de los dibujos y del cuento. En ese punto decidió que ya había oído suficiente. Se volvió hacia la cuna para recoger la muñeca de trapo y a continuación salir enseguida de allí.

—Se llama Na —dijo la mujer—. O al menos ella la llama así. —Hizo una pausa—. ¿Qué clase de madre sería si no supiera el nombre de la muñeca favorita de mi hija?

«Y a ella, ¿le ha puesto nombre?» Mila estaba furiosa, pero no se lo preguntó. El mundo, allí fuera, no sabía nada de la pequeña. La mujer policía imaginaba cómo habría acabado si ella no hubiera llegado.

Nadie busca a una niña que no existe.

La mujer percibió el disgusto en su mirada y se enfrentó a ella.

—Ya sé lo que está pensando, pero no somos asesinos. Nosotros no la habríamos matado.

—Es verdad —convino Mila—. Habrían esperado a que muriera.

3

«¿Qué clase de madre sería si no supiera el nombre de la muñeca favorita de mi hija?»

Había estado repitiéndose la pregunta durante todo el trayecto en coche. Y la respuesta que obtenía era siempre la misma.

«Yo no soy mejor que ella.»

Cada vez que afloraba su conciencia, era como recibir la misma herida.

A las once y cuarenta cruzó el umbral del Limbo.

Así llamaban a la oficina de personas desaparecidas en la sede del departamento de la policía federal. Estaba situado en la planta subterránea del edificio, en el ala oeste, la más alejada. Y el nombre, asimismo, daba a entender que aquel lugar no le importaba nada a nadie.

El rugido constante de un viejo aparato de aire acondicionado la recibió junto con el olor a humo rancio —legado de una época lejana en que se podía fumar en los despachos—, mezclado con el de humedad procedente de los cimientos.

El Limbo estaba formado por varias habitaciones, más un subterráneo que contenía el viejo archivo en papel y el depósito de pruebas. Había tres despachos, con cuatro escritorios cada uno, excepto el que estaba reservado al capitán de la sección. Sin embargo, el espacio más amplio se hallaba justo a la entrada.

La sala de los pasos perdidos.

Allí se interrumpía el camino de muchos. Al entrar, se advertían tres cosas. La primera era el vacío: a falta de mobiliario, el eco campaba a sus anchas. La segunda, la sensación de claustrofobia: a pesar de que el techo era alto, no había ventanas, y la única luz era

la gris que procedía del neón. La tercera cosa que se notaba eran los centenares de ojos.

Las paredes estaban tapizadas de fotografías de personas desaparecidas.

Hombres, mujeres. Jóvenes, viejos. Y niños, a ellos se los veía enseguida en medio de los demás. Mila se había preguntado el motivo muchas veces. Y al final había acabado por entenderlo. Emergían de la masa porque su presencia suscitaba un sentimiento de molesta injusticia. Los niños no pueden decidir desaparecer, por eso se da por sentado que una mano adulta los ha cogido y los ha arrastrado a una dimensión invisible. No obstante, en esas paredes no tenían ningún trato especial, sus rostros estaban colocados entre los demás, siguiendo un orden rigurosamente cronológico.

Los habitantes del muro del silencio eran todos iguales. No había distinción de raza, religión, sexo o edad. La foto en la que aparecían era simplemente la prueba más reciente de su presencia en esta vida. Podía haber sido tomada delante de un pastel de cumpleaños o bien corresponder a un fotograma de una filmación de una cámara de seguridad. En ella podían sonreír despreocupados o no saber siquiera que los estaban enfocando. Y, sobre todo, ninguno de ellos sabía que estaba posando para su última foto.

Desde ese momento, el mundo había seguido adelante sin ellos. Pero nadie iba a dejarlos atrás, nadie allí, en el Limbo, iba a olvidarlos.

«No son personas —decía Steph, el jefe de Mila—. Sólo son nuestro objeto de trabajo. Y si no te lo tomas así, durarás poco aquí dentro. Yo lo hago desde hace veinte años.»

Pero ella no conseguía referirse a aquellas personas como *objetos de trabajo*. En otros despachos del departamento habrían tenido otro nombre: *víctimas*. Un término genérico que sólo significaba que habían sufrido algún tipo de crimen. Aun así, los compañeros de Mila que no trabajaban en el Limbo no sabían lo afortunados que eran al poseer esa palabra.

En los casos de desaparición no se puede determinar inmediatamente si la persona desaparecida es una víctima o lo ha planeado todo.

Quienes trabajaban en el Limbo en realidad no sabían qué estaban investigando, un secuestro, un homicidio o un alejamiento voluntario. Quienes trabajaban en el Limbo no eran recompensados con la justicia. No contaban con la motivación de que tenían que capturar a un malvado. Quienes trabajaban en el Limbo tenían que conformarse con la posibilidad de conocer la verdad. De hecho, la duda puede llegar a convertirse en una obsesión, y no sólo para quienes, allí afuera, han querido a la persona desaparecida y les gustaría saber lo que ha ocurrido y, por eso, no consiguen aceptarlo.

Mila había aprendido bien la lección. Durante los cuatro primeros años que estuvo allí, tuvo un compañero, Eric Vincenti, un tipo tranquilo, amable, que una vez le dijo que las chicas siempre lo dejaban por el mismo motivo. Cuando las llevaba a cenar o a tomar algo, su mirada vagaba por las mesas o entre la gente que pasaba. «Ellas me hablaban y yo me distraía. Intentaba escucharlas, pero no podía. Una me dijo que dejara de mirar a las otras cuando estaba con ella.»

Mila recordaba la sonrisa de Eric Vincenti mientras le contaba aquel episodio. La voz un poco ronca y sutil, su manera de asentir. Como si se hubiera resignado a la idea o lo contara como una anécdota divertida. Pero después se había puesto serio: «Los busco en todas partes. Nunca dejo de buscarlos».

Con pocas palabras le había transmitido un silencio inesperado, que desde entonces no la había abandonado.

Eric Vincenti desapareció un domingo de marzo. En su apartamento de soltero la cama estaba hecha, las llaves de casa encima del mueble de la entrada, la ropa en el armario. La única foto que encontraron era una en la que aparecía sonriente en medio de un par de amigos del pasado, mientras mostraba con orgullo un pez gato que acababa de pescar. Su cara había acabado junto a las demás, en la pared este.

«No ha podido aguantar», sentenció Steph.

«Se lo ha llevado la oscuridad», pensó Mila.

Mientras se dirigía a su mesa, observó la de Eric Vincenti, de la que, en dos años, desde su desaparición, no se había tocado nada. Era el último rastro de su existencia.

De modo que, en el Limbo, sólo quedaban dos personas de servicio.

En otras secciones del departamento, los agentes eran tan numerosos que se veían obligados a trabajar apiñados y se los apremiaba para que cumplieran con los estándares de eficiencia que marcaban sus superiores. Ella y el capitán Steph, en cambio, disponían de un montón de espacio, no tenían que rendir cuentas de sus métodos ni garantizar resultados. Sin embargo, ningún poli con un mínimo de ambición quería trabajar allí, puesto que las esperanzas de hacer carrera disminuyen cuando los casos sin resolver te miran desde las paredes.

Mila, en cambio, había escogido expresamente aquel destino cuando, siete años antes, le propusieron un ascenso por su intervención en un caso importante. Sus superiores se quedaron asombrados, para muchos no tenía sentido que quisiera enterrarse en aquel agujero. Pero Mila no cambió de opinión.

Tras quitarse el chándal con el que se había disfrazado aquella mañana, llevaba su ropa de siempre —una anónima camiseta de manga larga, vaqueros oscuros y zapatillas deportivas—, lista para sentarse delante del ordenador y redactar el informe de lo que había sucedido en casa de los Conner. La niña fantasma a quien nadie había puesto nombre había sido entregada a los servicios sociales. Dos psicólogas, escoltadas por una patrulla, habían ido a recoger a las hermanitas a la escuela. La señora Conner había sido arrestada y, por lo que Mila sabía, el marido también había corrido la misma suerte en cuanto consiguieron localizarlo en su lugar de trabajo.

Mientras esperaba a que el viejo ordenador arrancara, regresó la voz que la perseguía durante toda la mañana.

«Yo no soy mejor que ella.»

En ese momento levantó los ojos hacia la puerta del despacho de Steph. La había cerrado, mientras que normalmente estaba abierta. Se estaba preguntando sobre aquella anomalía cuando el capitán se asomó desde allí.

—Ah, estás aquí —dijo—. ¿Puedes venir, por favor?

Su tono era neutro, pero Mila había percibido la tensión en su voz. Steph desapareció antes de que pudiera preguntarle nada,

dejando la puerta entreabierta para ella. La agente se levantó y se encaminó diligentemente en aquella dirección. Mientras se acercaba, captó partes de una conversación. Pero se trataba de varias voces.

Nadie bajaba nunca al Limbo.

Sin embargo, al parecer, Steph tenía compañía.

4

El motivo de la visita debía de ser serio.

Los colegas de los pisos altos se mantenían a distancia, como si el Limbo escondiera una maldición o diera mala suerte. Los superiores no se ocupaban de aquel lugar. Al igual que se hace con la mala conciencia, preferían olvidarlo. O tal vez todos tenían miedo de que las paredes de la sala de los pasos perdidos los absorbieran y se quedaran apresados en aquella existencia a medio camino entre la vida y la muerte.

Cuando Mila abrió la puerta, Steph estaba en su escritorio. Frente a él había un hombre sentado: un traje marrón cubría con esfuerzo sus anchos hombros. A pesar de los kilos que se había echado encima, las entradas y la corbata, que más que darle distinción parecía que lo estrangulara, Mila reconoció inmediatamente la sonrisa bonachona de Klaus Boris.

Se levantó y se encaminó hacia ella.

—¿Cómo estás, Vasquez? —Estaba a punto de abrazarla, pero se detuvo repentinamente al recordar que a Mila no le gustaba que la tocaran. Así pues, sorteó la situación con un gesto torpe.

—Estoy bien, y tú estás más delgado —dijo ella para quitarle importancia.

Boris se rio ruidosamente.

—¿Qué quieres que le haga?, soy un hombre de acción —repuso dándose una palmada sobre el prominente estómago.

Ya no era el viejo Boris, pensó Mila. Se había casado, tenía un par de críos y, al ascender a inspector, se había convertido en superior suyo. Por eso todavía se convenció más aún de que no se trataba de una visita de cortesía.

—Su Señoría te felicita por el descubrimiento que has hecho esta mañana.

«Hasta Su Señoría», pensó Mila. Si el jefe del departamento se interesaba por un poli del Limbo, entonces era que en el fondo había algo más. El argumento era simple: si se comprobaba que detrás de una desaparición se escondía la mano de un asesino, el caso pasaba automáticamente al equipo de homicidios, al igual que la posibilidad de obtener todo el mérito en caso de llegar a una resolución.

No había medallas para los del Limbo.

El caso Conner había seguido un camino parecido. Además, Mila había obtenido una especie de indulto por haber empleado métodos poco ortodoxos. Los de anticrimen habían estado muy contentos de tomar las riendas de la investigación. Al fin y al cabo, se trataba ni más ni menos que de un secuestro.

—¿Su Señoría te ha enviado a decirme eso? Podría haberme llamado por teléfono.

Otra carcajada de Boris, pero esta vez forzada.

—¿Por qué no nos ponemos cómodos?...

Mila lanzó una ojeada a Steph para ver lo que estaba sucediendo, pero el capitán apartó la mirada. No era él quien debía hablar. Boris volvió a sentarse, indicando a Mila la silla que tenía delante. Sin embargo, ella todavía permaneció de pie un momento, volviéndose para cerrar la puerta.

—Adelante, Boris, ¿qué pasa? —preguntó sin mirarlo.

Cuando se volvió de nuevo hacia él, en la frente de Boris había aparecido una arruga. E inmediatamente fue como si la luz de la habitación se hubiera atenuado imperceptiblemente. «Bueno, ya está, se han acabado las formalidades», se dijo Mila.

—Lo que voy a contaros es altamente confidencial. Estamos intentando mantener alejada a la prensa.

—¿Qué motivos hay para tanta prudencia? —lo apremió Steph.

—Su Señoría ha ordenado el más absoluto secreto; habrá que fichar a todos aquellos que sean conocedores del caso para poder identificar posibles fugas de noticias.

No era un simple consejo, pensó Mila, sino una amenaza velada.

—Eso significa que desde este momento nosotros dos también estamos en la lista —atajó el capitán—. ¿Y bien?, ¿se puede saber de qué estamos hablando?

Boris se concedió un instante antes de hablar.

—Esta mañana, a las 6.40, se ha recibido una llamada en una comisaría de fuera de la ciudad.

—¿Dónde? —preguntó Mila.

Boris levantó las manos.

—Espera, primero el resto.

La agente fue a sentarse frente a él.

Boris apoyó entonces ambas manos sobre las rodillas para proseguir, como si tuviera que esforzarse para continuar la narración.

—Un niño de diez años, Jes Belman, dijo que alguien había entrado en su casa a la hora de cenar y había empezado a disparar. Y que estaban todos muertos.

Mila tuvo la sensación de que la energía de las bombillas de la sala volvía a menguar.

—La dirección corresponde a una casa en la montaña, a quince kilómetros de la población. El propietario es un tal Thomas Belman, fundador y presidente de la empresa farmacéutica del mismo nombre.

—La conozco —dijo Steph—. Es la de mis pastillas para la tensión.

—Jes es el hijo menor. Belman tenía otros dos, un chico y una chica: Chris y Lisa.

El verbo en pretérito imperfecto encendió una luz roja en la cabeza de Mila. «Ahora viene la parte dolorosa», pensó.

—Dieciséis y diecinueve años —especificó Boris—. La mujer de Belman se llamaba Cynthia y tenía cuarenta y siete. Cuando los agentes de la comisaría local fueron allí a controlar... —Hizo una pausa y su mirada se nubló de rabia—. Bueno, es inútil seguir dándole vueltas o demorarme más... El niño había dicho la verdad: anoche estaban en casa. Fue una carnicería. Todos muertos. Excepto Jes.

—¿Por qué? —preguntó Mila, sorprendiéndose de que la pregunta le hubiera salido del corazón.

—Creemos que el homicida iba a por el cabeza de familia —repuso Boris, sin añadir nada más.

—Y ¿qué os hace pensar eso? —El semblante de Steph se ensombreció.

—Fue el último al que mataron.

Era evidente la intención sádica de aquella decisión. Thomas Belman debía ser consciente de que sus seres queridos estaban muriendo, y también debía sufrir por ello.

—¿El hijo menor huyó o consiguió esconderse? —Mila intentaba parecer tranquila, pero el breve resumen la había afectado.

Boris se concedió una amarga sonrisa de incredulidad.

—El homicida lo dejó con vida para que nos llamara y nos contara lo que había ocurrido.

—¿Quieres decir que ese bastardo estaba presente cuando llamó por teléfono? —preguntó Steph.

—Quería asegurarse.

«Violencia extrema y protagonismo», pensó Mila. Un comportamiento típico de una especie concreta de asesinos, los asesinos en masa.

Eran más imprevisibles y letales que los asesinos en serie, a pesar de que la gente y los medios de comunicación a veces confundían ambas figuras. Los asesinos en serie pautaban los crímenes en intervalos de tiempo más o menos largos. Un asesino en masa, en cambio, los concentraba en una masacre única, brillante y estudiada. Formaba parte de esa categoría el tipo que, después de ser despedido, volvía a la oficina y mataba a sus compañeros de trabajo, o el estudiante que se presentaba en el instituto con un rifle y abatía a profesores y a compañeros como si de un videojuego se tratara.

Su móvil era el rencor. Contra el gobierno, la sociedad, la autoridad constituida o, simplemente, el género humano.

La diferencia sustancial entre los asesinos en serie y los asesinos en masa recaía en el hecho de que a los primeros uno podía tener la suerte de detenerlos —apretarles las esposas en las muñecas, sentir el placer de mirarlos a los ojos después del arresto, decirles a la cara «se acabó»—, mientras que los segundos se

detenían solos una vez que alcanzaban el número perfecto en su cómputo secreto de muertos. Para sí mismos escogían un único disparo liberador, casi indoloro, efectuado con la misma arma que habían utilizado para cometer la matanza. O bien se hacían abatir deliberadamente por la policía en un acto extremo de desafío. Pero siempre dejaban en los polis la desagradable sensación de haber llegado tarde, porque el objetivo ya había sido conseguido: llevarse consigo el mayor número de vidas al infierno.

Si no hay un culpable al que capturar o al que juzgar, las víctimas desaparecen con él, dejando solamente el vacío rabioso de una revancha insatisfecha. De este modo, el autor de la masacre quiere arrebatar a la policía incluso el consuelo de poder hacer algo bueno todavía por los que han muerto.

No obstante, no debía de ser ése el caso, consideró Mila. Si el suicidio del homicida hubiera sido realmente el epílogo de la historia, Boris ya se lo habría comunicado.

—Todavía está por ahí, sólo Dios sabe dónde —dijo su amigo inspector anticipando sus conclusiones—. Está ahí fuera, ¿comprendéis? Va armado. Y puede que todavía no haya terminado.

—¿Sabéis quién es el psicópata? —preguntó Steph.

Pero Boris eludió la pregunta.

—Sabemos que llegó hasta allí por el bosque y que se fue de la misma manera. Y sabemos que utilizó un rifle de asalto semiautomático Bushmaster calibre .223 y un revólver.

Al parecer, eso era todo, pero Mila tenía la impresión de que faltaba algo en la exposición de Boris. Una parte que todavía no había revelado y que tenía que ver con la razón por la cual se había tomado la molestia de bajar al Limbo.

—A Su Señoría le gustaría que fueses a echar un vistazo.

—No.

La respuesta fue tan inmediata que se sorprendió a sí misma. Como en un flash, se le aparecieron delante de los ojos los cuatro cuerpos, la sangre que embadurnaba las paredes y se encharcaba como aceite en el suelo. Y también había notado el olor. Ese hedor atroz que es como si lo reconociera a uno y le dijera, riendo, que también su muerte, un día, olerá de la misma manera.

—No —repitió más decidida—. No lo haré, lo siento.

—Espera, no comprendo —intervino Steph—. ¿Por qué tendría que ir ella? No es criminóloga, y tampoco analista.

Boris ignoró al capitán y se dirigió de nuevo a Mila:

—El asesino tiene un plan, dentro de poco podría volver a actuar y morirían más inocentes. Ya sé que te pedimos mucho...

Hacía siete años que no ponía los pies en la escena de un crimen.

«Eres suya. Le perteneces. Sabes que lo que verás...»

—No —dijo Mila por tercera vez para interrumpir la voz procedente de la oscuridad.

—Te lo contaré todo cuando estemos allí. Será cuestión de una hora como mucho, te lo prometo. Hemos pensado que...

Steph se echó a reír, en señal de mofa.

—Desde que has entrado en este despacho has estado hablando todo el tiempo en plural: «Hemos decidido, hemos pensado...». Por Dios santo, ya sabemos que ha sido Su Señoría quien ha pensado y ha decidido, y que sólo estás aquí para transmitir sus palabras. Así pues, ¿qué nos escondes?

Gus Stephanopoulos —al que, por comodidad, todo el mundo llamaba desde siempre Steph— era un policía avispado y tan cerca de la jubilación que las consecuencias de sus invectivas le importaban un bledo. A Mila le gustaba porque, todo el tiempo, parecía uno de esos polis que no perdían el rumbo, sin querer nunca pisotear a nadie, siempre atento a decir o a hacer lo que fuera justo, un dócil servidor de la placa. Pero luego, cuando uno menos lo esperaba, su carácter de viejo griego afloraba a la superficie. Había visto muchas otras veces la clase de incredulidad que ahora se dibujaba en el rostro de Boris. Steph se dirigió a ella, divertido:

—¿A ti qué te parece que debería hacer? ¿Le doy una patada en el culo al inspector y lo envío a los pisos superiores?

Mila no dijo nada, sino que desvió lentamente la mirada hacia Boris.

—Tenéis una escena del crimen perfecta, no podría ser mejor para vosotros. Además, tenéis un testigo ocular, el hijo de Belman, e imagino que ya tendréis un retrato robot. Tal vez os falte una parte

del móvil, pero no os costará encontrarlo; normalmente en estos casos está relacionado con alguna forma de rencor. Y no me parece que haya desaparecido nadie; por tanto, ¿qué tenemos que ver los del Limbo con esto? ¿Qué tengo yo que ver? —Mila se concedió una breve pausa—. Veamos, estás aquí porque hay un problema con la identidad del homicida...

Dejó que la frase se asentara. Boris, que había permanecido callado todo el tiempo, no cambió de actitud.

Steph decidió acosarlo.

—No podéis identificarlo, ¿verdad? —A veces sucedía que pedían su ayuda desde otras secciones para asignar una identidad a una cara: en vez de una persona desaparecida necesitaban encontrar su nombre—. Os hace falta Mila, así, si no llegáis a descubrir quién ha sido antes de que cometa otra masacre, podéis cargarle la culpa al Limbo. El trabajo sucio es para nosotros, ¿verdad?

—Te equivocas, capitán —dijo Boris rompiendo el silencio—. Sabemos quién es.

La frase descolocó tanto a Mila como a Steph. Ninguno de los dos pudo decir nada.

—Se llama Roger Valin.

El nombre desató una serie de datos en la cabeza de Mila, pero sin un orden preciso. Contable. Treinta años. Madre enferma. Obligado a ocuparse de ella hasta que ésta murió. Sin familia, sin amigos. Colecciona relojes como hobby. Apacible. Invisible. Ajeno.

En un instante, la mente de Mila salió del despacho, recorrió los pasillos del Limbo hasta la sala de los pasos perdidos. Se colocó ante la pared de la izquierda, después hacia arriba, en lo alto. Y lo vio.

Roger Valin. Rostro demacrado, mirada ausente. Cabello prematuramente cano. La única foto que habían podido localizar era la de la identificación que utilizaba para entrar en su oficina (traje gris claro, camisa de raya diplomática, corbata verde).

Desaparecido inexplicablemente en la nada una mañana de octubre.

Hacía diecisiete años.

5

La carretera seguía el perfil de la montaña.

A medida que el coche iba subiendo, iban dejando a su espalda el panorama de la ciudad aplastada por una capa de contaminación. Después, el paisaje cambió de golpe. El aire se tornó más limpio; altísimos abetos mitigaban la estela del verano.

Al otro lado de la ventanilla, el sol jugaba al escondite entre las ramas, proyectando sombras fugaces sobre el expediente abierto que Mila sostenía en el regazo. Toda la historia de Roger Valin estaba allí. A la agente todavía le costaba creer que el artífice de un acto tan cruel fuera precisamente el triste oficinista que aparecía en la foto del Limbo. Como sucedía con otros asesinos en masa, no existían precedentes de violencia en su pasado. La ferocidad había estallado sin previo aviso, toda a la vez. Y justamente porque Valin nunca había tenido problemas con la ley, no estaba fichado.

¿Cómo habían podido dar con su identidad?

Cuando Mila le planteó la cuestión a Boris, éste se limitó a pedirle que tuviera un poco más de paciencia: pronto se enteraría de todo.

Ahora el inspector conducía un sedán sin distintivos y ella se interrogaba sobre el motivo de tanta reserva. El hecho de verse obligada a imaginar la respuesta acrecentaba su ansiedad.

Si el motivo era realmente tan terrible, no quería saberlo.

Había tardado siete años en aprender a convivir con lo sucedido durante el caso del Apuntador. Todavía tenía pesadillas, pero no por la noche. Con el sueño, todo desaparecía, mientras que a la luz del sol podía sentir un miedo repentino. Al igual que un gato detecta el peligro a través del instinto, ella notaba una presencia a su lado. Una vez que se hubo dado cuenta de que no podía desembarazarse de

esos recuerdos, recurrió a una especie de compromiso consigo misma. El plan preveía tomar algunas medidas de precaución, marcar una «línea de seguridad». Hizo las cosas como era debido, se impuso unas reglas concisas. La primera era la más importante: «No volver a pronunciar nunca más el nombre del monstruo».

Esa mañana, sin embargo, estaba a punto de franquear uno de sus otros límites. Se había jurado a sí misma no volver a ver nunca la escena de un crimen. A Mila la atemorizaba lo que podría sentir al encontrarse cara a cara con un escenario de sangre y violencia. «Sentirás lo mismo que sienten los demás», intentaba convencerse ahora. Pero había una voz oscura dentro de ella que afirmaba lo contrario.

«Eres suya. Le perteneces. Sabes que lo que verás...»

—Ya casi estamos. —Al dirigirle la palabra, Boris hizo callar aquel mantra.

Mila tomó nota mentalmente de la información y asintió, intentando ocultar su malestar. Después desvió la mirada al otro lado de la ventanilla y el miedo subió un peldaño más: dos policías con un radar controlaban la velocidad de los coches que circulaban por allí. Se trataba de una farsa, su verdadera misión era vigilar el acceso al lugar de la masacre. Cuando su coche pasó por delante del radar, los agentes registraron su paso con la mirada. Unos metros más allá, Boris se internó por un sendero estrecho.

El vehículo avanzaba a trompicones por la pista de tierra. Parecía que un túnel de árboles iba a cerrarse sobre el habitáculo. El bosque se extendía para acariciar su paso, embaucador y amable como quien esconde malas intenciones. Pero, después, una arcada de ramas descubrió un claro soleado. Salieron de la sombra e, inesperadamente, se encontraron frente a una villa.

Se trataba de una construcción de tres plantas dispuesta en varios niveles. Reunía el estilo clásico de los refugios de la zona —tejado inclinado y madera vista— con una arquitectura moderna, y el porche elevado estaba rodeado de paredes de cristal.

«Una casa de ricos», pensó Mila enseguida.

Se apearon del coche y ella miró a su alrededor. Había cuatro sedanes y la furgoneta de la científica; ninguno de los vehículos

llevaba distintivos. Un notable despliegue de medios.

Un par de agentes fueron a recibir a Boris y a ponerlo al corriente. Mila no oyó lo que decían, los siguió por la escalera de piedra que conducía a la entrada de la casa, manteniéndose algunos metros por detrás.

Durante el trayecto, Boris le había contado que el propietario, Thomas Belman, era un médico que se había convertido en un hombre de negocios al fundar una próspera empresa farmacéutica. De unos cincuenta años, casado desde siempre con la misma mujer, con tres hijos. Era un apasionado de los aviones y las motos de época. Un hombre que durante su existencia había conocido sólo la fortuna, pero que había muerto de la peor manera que Mila pudiera imaginar: después de haber visto exterminar a su propia familia.

—Venga, vamos —la exhortó Boris.

Fue entonces cuando Mila se dio cuenta de que se había quedado parada en el umbral. En el interior de un amplio salón con una gran chimenea en el centro había por lo menos veinte colegas que, de repente, se volvieron para mirarla. La habían reconocido. Podía intuir sus pensamientos. La situación la incomodaba, y sus pies se negaban obstinadamente a ir más allá. Bajó la mirada y los observó, y tuvo la impresión de que pertenecían a otra persona. «Si lo hago, después no podré cambiar de idea. Si doy este paso, ya no podré volver atrás.» Y el mantra apareció de nuevo para infundirle miedo.

«Eres suya. Le perteneces. Sabes que lo que verás... te gustará», se dijo Mila, completando la frase de memoria.

Su pie izquierdo se movió. Estaba dentro.

Existía una clase de asesino en masa, perteneciente a una subcategoría, con el que ningún policía habría querido cruzarse. El asesino itinerante llevaba a cabo varias masacres en un lapso de tiempo más bien breve. Tal vez ése fuera el caso de Roger Valin. Y, de momento, los minutos y las horas que transcurrían no iban a favor de las investigaciones. Por eso, en la villa se podía percibir

rabia e impotencia. Mila miró a sus colegas que trabajaban. «Ellos ya no pueden hacer nada por los muertos, recuérdalo bien», se dijo.

El odio que Roger Valin había vertido en aquella casa seguía produciendo una oscura reverberación, como una invisible radiación sobre quienes habían llegado después de la carnicería.

Sin darse cuenta, aquellos policías se estaban poniendo enfermos de rencor.

Era el mismo sentimiento que, probablemente, había motivado al asesino múltiple, alimentando su paranoia hasta hacerlo empuñar un arma que aplacara, con su estruendo acompasado y preciso, las voces de su cabeza que lo perseguían y lo empujaban a vengarse de los agravios y las humillaciones que había sufrido.

El espectáculo se concentraba en la planta de arriba, pero antes de acceder a ella le hicieron poner unos cubrezapatos de plástico, guantes de látex, y le dieron un gorro para recogerse el pelo. Mientras la preparaban, Mila vio que uno de sus colegas le pasaba un móvil a Boris.

—Sí, ha venido, está aquí —lo oyó decir.

Habría apostado cualquier cosa a que su amigo inspector estaba hablando con Su Señoría. En realidad, el nuevo jefe del departamento no tenía nada que ver con la magistratura y los tribunales. Se trataba de un mote que le habían puesto años atrás para ridiculizar su aspecto austero. En vez de tomárselo mal, Su Señoría aceptó aquella burla como si fuera un certificado de prestigio. A medida que iba subiendo en el escalafón jerárquico, la acepción de escarnio se fue diluyendo y fue sustituida por un temeroso respeto cada vez que alguien pronunciaba ese apelativo. Y el inventor de aquella broma tuvo que convivir, durante su imparable ascensión, con el miedo a pagar el pato antes o después. Sin embargo, Su Señoría no manifestaba resentimiento hacia sus enemigos, pues prefería mantenerlos en vilo.

Mila y Su Señoría habían coincidido una sola vez, cuando un infarto puso fin al mandato de Terence Mosca como jefe del departamento cuatro años antes. El nuevo jefe hizo una visita rápida al Limbo para saludar a los hombres, animarlos y poner su confianza en ellos. Después, nunca más. Hasta aquella mañana.

Boris cerró el móvil, acabó de equiparse y se le acercó.

—¿Estás lista?

Entraron en la cabina del pequeño ascensor que conectaba las tres plantas de la casa, más un lujo que una necesidad. El inspector se colocó el auricular y, mientras esperaba a que desde arriba le dieran autorización por radio para subir, se volvió de nuevo hacia ella.

—Gracias por haber venido.

Pero Mila no estaba para cumplidos.

—Cuéntame lo que pasó anoche.

—Estaban sentados a la mesa, alrededor de las nueve, al menos según lo que recuerda Jes, nuestro pequeño testigo. El comedor está en la primera planta, se asoma a la terraza de la parte de atrás. Valin llegó por el bosque, por eso no lo vieron mientras subía la escalera exterior. El niño ha dicho que se dieron cuenta de que había un hombre, inmóvil, al otro lado de la puerta cristalera, y de entrada ninguno lograba entender qué estaba haciendo allí.

«Al principio no hubo pánico», se dijo Mila. Simplemente dejaron de hablar y todos se volvieron para mirarlo. En las situaciones de peligro, la reacción más común no es el miedo, sino la incredulidad.

—Entonces Belman se levantó de la mesa y fue a abrirle para saber qué quería.

—¿Le abrió él? ¿No reparó en el rifle?

—Claro, pero creía que todavía controlaba la situación.

«Típico de ciertos hombres poderosos —consideró Mila—. Piensan que siempre tienen la potestad de decidir. Thomas Belman no podía aceptar que alguien le impusiera ninguna regla, y menos aún en su casa. Ni en el caso de que empuñara un rifle semiautomático Bushmaster .223. Como un hábil hombre de negocios, se puso enseguida a negociar, como si realmente pudiera ofrecerle algo imposible de rechazar.

»Pero Roger Valin no estaba allí para negociar.»

En ese momento, Mila se dio cuenta de que Boris se había llevado la mano al auricular. Probablemente le estaban dando vía

libre desde arriba para subir. En efecto, se volvió hacia el panel y pulsó el botón del segundo piso.

—El niño, por teléfono, sólo dijo que Valin se puso a disparar —prosiguió el inspector mientras empezaba la ascensión—. En realidad, las cosas no fueron exactamente así. Al principio hubo una breve discusión, después encerró a Jes en el sótano e hizo subir a los demás arriba.

Antes de llegar a la planta, la cabina redujo la velocidad. Mila aprovechó esos pocos instantes para coger aire.

«Vamos allá», se dijo.

6

Las puertas del ascensor se abrieron.

Boris y Mila quedaron deslumbrados por las lámparas halógenas colocadas sobre caballetes en el pasillo (en la escena del crimen se trabajaba con los postigos cerrados y las cortinas corridas porque la luz del día podía engañar a los técnicos). Mila recordaba la sensación, era como entrar en una caverna de hielo. En ese caso, el aire acondicionado, que mantenían al máximo, contribuía a potenciar el efecto. Pero había una razón específica por la que la calidez de aquella mañana de septiembre no debía penetrar en la zona.

«Los cuerpos todavía están aquí —se dijo—. Están cerca.»

A lo largo del pasillo y entre las habitaciones había un ir y venir de agentes de la científica. Deambulaban por la escena del crimen con sus monos blancos, como silenciosos y disciplinados entes alienígenas. Mila cruzó la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos. El ascensor se cerró a su espalda para regresar abajo, dándole la sensación de que ya no tenía escapatoria.

Boris le abrió camino.

—El homicida no los asesinó a todos en el mismo momento. Los separó y luego los fue eliminando de uno en uno.

Mila contó cuatro puertas en la planta.

—Hola —los saludó Leonard Vross, el médico forense al que, a causa de sus rasgos orientales, todos llamaban Chang.

—Hola, doctor —le contestó Boris.

—¿Están preparados para visitar el mágico mundo de Roger Valin? —A pesar de la broma fuera de lugar, el médico parecía desalentado. Les tendió un pequeño tarro con pasta de alcanfor para que se la untaran debajo de la nariz y así disimular el hedor—.

Tenemos cuatro escenas primarias en la segunda planta. Más una secundaria abajo. Como ven, no nos privamos de nada.

La distinción entre escenas primarias y secundarias dependía de la modalidad de ejecución del crimen. Las secundarias eran menos relevantes para establecer la dinámica de la acción principal, pero podían resultar fundamentales para la reconstrucción del móvil.

En vista de que Boris no había mencionado ninguna escena secundaria, Mila se preguntó qué habría en la planta de abajo.

Mientras tanto, el médico forense los condujo al dormitorio de Chris, el hijo de dieciséis años de Belman.

Pósteres de heavy metal en las paredes. Varios pares de zapatillas deportivas. Una bolsa de deporte tirada en un rincón. Ordenador, televisor de plasma y consola de videojuegos. En el respaldo de una silla, una camiseta ensalzando a Satanás. Pero el diablo no se parecía en absoluto al que se veía en la camiseta. Se había manifestado en aquella habitación de la manera más inocua posible, adoptando el aspecto de un contable.

Un técnico estaba atareado calculando la trayectoria de la bala entre una silla giratoria y el cuerpo que yacía sobre las sábanas empapadas de sangre.

—El cadáver presenta una amplia herida de arma de fuego en el abdomen.

Mila observó la ropa embebida: se había desangrado.

—No le disparó a la cabeza o al corazón —reflexionó—. El asesino eligió el estómago para prolongar su agonía.

—Valin quiso disfrutar de la escena. —Boris indicó la silla situada delante de la cama.

—El espectáculo no era para él —lo corrigió Mila—. Era para el padre, que lo oía llorar y gritar desde su habitación.

La agente imaginó cómo debía de haberse desarrollado el largo suplicio. Las víctimas, encerradas en sus respectivas habitaciones, el lugar donde la familia tenía los recuerdos más felices y que de pronto se habían convertido en prisiones, escuchaban lo que les estaba ocurriendo a sus seres queridos y temblaban sabiendo que pronto también ellos recibirían el mismo trato.

—Roger Valin era un sádico hijo de puta —sentenció Chang—. Puede que se tomara tiempo para hablar con ellos, deteniéndose en cada habitación. Quizá quiso hacerles creer que tenían una escapatoria. Que si decían o hacían algo en concreto, su destino podía ser otro.

—Una especie de juicio —añadió Mila.

—O de tortura —la corrigió Chang.

Un disparo, y Valin seguía adelante. Lo mismo hicieron también ellos. La habitación de al lado era la de una chica. Lisa, de diecinueve años. Cortinas rosa y margaritas violeta en el papel de la pared. Aunque ya no era una niña, no había querido cambiar mucho su cuarto. De modo que las muñecas y los peluches convivían con artículos de maquillaje y pintalabios. Los diplomas de sus méritos escolares y la foto de Disneylandia en medio de Pluto y la Sirenita compartían la pared con los pósteres de varios grupos de rock.

Sobre la moqueta clara, el cuerpo de la chica asumía una extraña postura. Antes de ser asesinada, había conseguido romper el cristal de la ventana para intentar huir, pero la valentía de la desesperación no había sido suficiente para que se atreviera a dar un salto de cuatro metros. Había desistido, con la ilusoria esperanza de obtener clemencia: su cadáver estaba de rodillas.

—Le disparó a la altura del pulmón derecho. —Chang hizo un gesto hacia el orificio de salida de la espalda.

—Valin no llevaba armas cortantes consigo, ¿verdad? —La pregunta de Mila venía dictada por una razón concreta.

—No hubo ningún contacto físico —confirmó Chang, intuyendo su duda—. Siempre mantuvo la distancia con las víctimas.

Se trataba de un dato importante. El hecho de que no quisiera ensuciarse las manos con su sangre excluía un componente psicótico en el asesino múltiple. Le vino a la cabeza una palabra que describía a la perfección lo que había ocurrido entre aquellas paredes: «Ejecuciones».

Prosiguieron hasta la tercera habitación, el baño. La señora Belman estaba desplomada junto a la puerta.

El médico forense señaló la ventana.

—Da a un terraplén. A diferencia del resto de la planta, desde aquí la altura hasta el suelo se reduce a un par de metros. La mujer podría haber saltado. Tal vez se habría roto una pierna, pero puede que no, e incluso podría haber conseguido llegar a la carretera para detener a algún coche y pedir ayuda.

Sin embargo, Mila sabía por qué no lo había hecho. Y la presencia del cadáver junto a la puerta era la prueba. Imaginó que la señora Belman se había quedado allí todo el tiempo, llorando y suplicando al asesino múltiple o buscando con la voz a sus hijos, para que supieran que su madre estaba allí. Nunca los habría abandonado, ni siquiera para intentar salvarlos. El instinto maternal se había impuesto por encima del de supervivencia.

El asesino, sin piedad, le había disparado varias veces a las piernas. Esta vez también utilizó el rifle. Entonces ¿por qué llevaba además un revólver? Mila no se lo explicaba.

—Estoy seguro de que lo que queda de ruta no los decepcionará, señores —afirmó Chang—. Porque Valin reservó lo mejor para el final.

7

La habitación de matrimonio se hallaba al final del pasillo.

En aquel momento era territorio exclusivo del policía científico más experto del departamento. El óvalo del rostro avejentado de Krepp, que sobresalía de la capucha de su mono estéril, era lo único que podía reconocerse de él. Destacaban los piercings de la nariz y de la ceja. A Mila siempre le causaba cierto efecto ese hombre de maneras elegantes, con aspecto de sabio, pero lleno de tatuajes y tachuelas. La extravagancia de Krepp, sin embargo, era equivalente a su talento y competencia.

El dormitorio estaba patas arriba. Evidentemente, Thomas Belman había intentado liberarse de aquella prisión arrojando rabiosamente los muebles contra la puerta.

El cadáver yacía sobre la cama, con la espalda apoyada en la cabecera acolchada. Con los ojos desorbitados y los brazos abiertos, como si esperara recibir la bala liberadora. El orificio de entrada estaba situado a la altura del corazón.

En la habitación, algo apartado del coro de técnicos, había un tipo que, como ella y Boris, llevaba sólo cubrezapatos, guantes y gorro para el pelo. Traje oscuro, ojos pequeños y nariz aguileña. Observaba cómo trabajaba la científica con las manos en los bolsillos. Cuando se volvió hacia ellos, Mila lo reconoció.

Gurevich poseía un grado equivalente al de Boris, pero todos sabían que era el único de quien Su Señoría se fiaba ciegamente. Gracias al ascendente que llegaba a tener sobre el jefe, se lo consideraba el peso pesado del departamento en la sombra. Arribista pero incorruptible. Severo y despiadado. Y tan intransigente que era merecedor de su fama de canalla. Llevaba sus escasos méritos tan al extremo que se convertían en defectos.

El doctor Chang parecía incómodo con la sola presencia del inspector, de modo que se despidió:

—Que se diviertan. Disculpen, pero tengo unos cadáveres que levantar.

Boris se limitó a ignorar a su colega, recibiendo a cambio el mismo trato, y se dirigió a Krepp:

—¿Y bien?, ¿se ha confirmado tu tesis?

El técnico se tomó un segundo para reflexionar.

—Diría que sí. Ahora os lo enseño. —Echó una ojeada a Mila y levantó la ceja para saludarla: no era de los que perdían el tiempo con formalidades.

La agente advirtió que sobre la cama había un revólver y le pareció extraño que el homicida hubiera decidido abandonar el arma. A menos que formara parte de una premeditada puesta en escena. Valin quería que la policía reconstruyera todos los detalles de los hechos acaecidos en aquella habitación.

Krepp había metido el revólver en una bolsa transparente y luego había vuelto a dejarlo donde lo habían encontrado. Un letrero lo identificaba con la letra «A». Otros dos indicaban un cartucho que descansaba sobre una mesilla de noche, salvada del ímpetu por derribar la puerta, y también la mano derecha del cadáver, cuyos dedos componían el signo de la victoria.

Krepp dio otra vuelta por la habitación para comprobar que todo estaba en su sitio y empezar la reconstrucción.

—Bien —comenzó a decir al tiempo que se ajustaba los guantes —. La escena que nos encontramos al llegar era más o menos ésta. El arma, una Smith & Wesson 686, estaba sobre la cama. El tambor contiene seis disparos, pero faltan dos. Un proyectil se encuentra en el corazón del malogrado Thomas Belman. El otro, en cambio, está todavía intacto en su casquillo, sobre la mesilla que hay junto a la cama.

Todos se volvieron hacia la repisa donde estaba el cartucho .357 Magnum.

—Bueno, la explicación me parece más bien sencilla —prosiguió el técnico—. Valin quiso ofrecer a su huésped una oportunidad de sobrevivir. Como en una ruleta rusa pero al revés. Eliminó uno de los

cartuchos del tambor (exactamente el que está encima de la mesilla) y pidió a Belman que eligiera un número.

Mila miró nuevamente la mano derecha del cadáver. Lo que le había parecido el signo de la victoria en realidad correspondía al número que la víctima había elegido.

El dos.

—Belman tenía una posibilidad sobre seis de escapar de la muerte. Y le salió mal —concluyó Krepp.

—Valin también deseaba comprobar si Belman quería sobrevivir a la muerte de sus seres queridos —intervino Mila, provocando el estupor de sus colegas—. Hacerlo experimentar el deseo de poder vengarse algún día del exterminador de su familia. Además de la fragilidad de su condición, en equilibrio entre la vida y la muerte. Pero eso no explica el móvil de todo esto...

En ese punto, el inspector Gurevich se apartó de la esquina en la que se había confinado y empezó a aplaudir lentamente.

—Bien, muy bien —dijo acercándose—. Me alegro de que haya podido venir, agente Vasquez —añadió con tono melifluo, y dejó de aplaudir.

«Diría que no he tenido más remedio», pensó ella.

—El deber, señor.

Tal vez Gurevich detectó una nota de falsedad en su voz. Se acercó un poco más a Mila y ella pudo ver mejor el rostro dominado por la nariz fina como una cuchilla. La calvicie había ahondado en sus sienes, haciendo que su frente huesuda pareciera una especie de caparazón.

—Dígame, agente Vasquez, a la luz de lo que acaba de decir..., ¿sería capaz de trazar un perfil del homicida?

Mila, que había impreso una copia del expediente para revisar la historia durante el trayecto en coche, lo intentó.

—Roger Valin estuvo cuidando de su madre enferma durante toda su vida. No tenía a nadie más que a ella en el mundo. La mujer estaba aquejada de una rara patología degenerativa que necesitaba asistencia continua. A Valin lo contrataron como contable en una empresa de auditorías, por eso, durante el día, mientras estaba en el trabajo, de su madre se encargaba una enfermera especializada que

se quedaba casi con todo el sueldo que él cobraba. En aquel momento, cuando se les preguntó a los compañeros de trabajo, éstos no supieron dar ninguna descripción minuciosa de sus costumbres. Incluso había algunos que no sabían ni su nombre de pila. Valin no hablaba con nadie, no había establecido relaciones de ningún tipo en la oficina, ni siquiera aparecía en la foto de Navidad.

—Me parece el retrato del perfecto psicópata que va acumulando rencor durante toda su vida y que un día va a la oficina con un AK-47 —concluyó Gurevich.

—Creo que la cuestión sería más compleja, señor —lo corrigió Mila.

—¿Qué se lo hace pensar?

—Estamos mirando la vida de Valin desde nuestro punto de vista. Pero lo que parecería la existencia infeliz de un hombre atrapado por la enfermedad de su madre en realidad es otra cosa.

—¿Qué quiere decir?

—No pongo en duda que al principio esa situación fuera un peso para él, pero con el tiempo Roger Valin transformó el malestar en una especie de misión. Ocuparse de su madre, cuidar de ella se convirtió en el objetivo de su vida. Para decirlo en otras palabras: ése era su verdadero trabajo. Todo lo demás (la oficina, las relaciones con la gente...) le resultaba agotador. Al morir su madre, su mundo se vino abajo y él se sintió inútil.

—¿Cómo puede afirmar eso?

—Porque hace poco leí un detalle de su historia que tal vez pueda explicar muchas cosas. Cuando su madre falleció, Valin se quedó velando su cadáver durante cuatro días. Fueron los vecinos quienes avisaron a los bomberos por culpa del olor. Tres meses después del funeral, el contable se esfumó en el aire. Es evidente que se trataba de un individuo con claras limitaciones en la esfera afectiva, incapaz de gestionar el dolor. En esos casos, el sujeto no piensa en matar, sino en matarse.

—Y ¿usted cree que al final lo hará, agente Vasquez? —preguntó Gurevich provocador.

—No lo sé —admitió Mila incómoda. La mirada de Krepp se posó sobre ella, transmitiéndole una silenciosa solidaridad. Justo en ese

momento, ella lo comprendió—. Ya conocían la historia, ¿no es así?

—Admito que hemos sido un poco incorrectos con usted —confirmó Gurevich.

La noticia sacudió a Mila. El inspector le entregó una carpeta transparente que contenía las páginas de una revista científica. La foto de Thomas Belman destacaba junto al artículo.

—Le ahorraré su lectura: en resumen, dice que la empresa de Belman posee desde siempre la patente del único fármaco capaz de garantizar la supervivencia de una rara patología. —Gurevich remarcó la frase para saborear el momento—. Un medicamento prodigioso, capaz de mejorar las condiciones de vida de los pacientes, en ocasiones retrasando su final durante mucho tiempo. Lástima que cueste un montón de dinero. ¿Adivina de qué enfermedad rara estamos hablando?

—Con su sueldo, Roger Valin no podía permitirse curar a su madre —intervino Boris—. Dilapidó todo lo que tenía y luego, cuando ya no pudo hacer más, se vio obligado a verla morir.

«Ésa era la fuente de tanto rencor», pensó Mila, y enseguida tuvo claro qué otro significado tenía el extraño ritual de la ruleta rusa al revés que Valin había practicado con Belman.

—El cartucho que había de menos en el tambor del revólver: ofreció a su víctima una posibilidad de sobrevivir, cosa que a su madre no le fue concedida.

—Así es —confirmó Boris—. Y ahora necesitamos un informe completo de la desaparición de Valin, incluido su perfil psicológico.

—¿Por qué me lo piden a mí? ¿No sería más adecuado que lo hiciera un criminólogo? —Mila seguía sin entender.

Gurevich se metió nuevamente en la conversación.

—¿Quién denunció la desaparición de Valin hace diecisiete años?

La pregunta no tenía nada que ver con las reservas de Mila, pero ella contestó de todos modos.

—La empresa en la que trabajaba, después de una semana de ausencia injustificada. Estaba ilocalizable.

—¿Cuándo fue visto por última vez?

—Nadie lo recuerda.

Entonces el inspector se dirigió a Boris.
—No se lo has dicho, ¿verdad?
—Todavía no —admitió él a media voz.
Mila se quedó mirándolos a ambos.
—¿Decirme qué?

8

El preludio de la masacre se había consumado en la cocina.

Allí fue donde Valin había hecho su aparición, llegando desde el jardín y presentándose delante de la puerta acristalada. Pero el motivo por el que esa pieza había sido clasificada como «escena secundaria del crimen» era otro.

También había sido el escenario del epílogo de una noche larguísima.

Por eso Gurevich, Boris y Mila volvieron a la planta de abajo. La agente siguió a sus dos superiores sin preguntar nada más, segura de que pronto obtendría todas las respuestas. Bajaron por una escalera de madera y se encontraron en una amplia sala, más parecida a un salón que a una cocina. Estaba rodeada por un ventanal que daba al jardín, pero que la científica no había oscurecido con paños negros.

«Aquí no hay ningún cuerpo», pensó Mila. Pero no sintió alivio, porque enseguida tuvo la sensación de que iba a encontrar algo peor.

Gurevich se volvió hacia ella.

—¿Qué foto utilizaron para buscar a Valin después de su desaparición?

—La que tenía en la tarjeta de identificación que utilizaba para entrar en la oficina; acababa de renovarla.

—Y ¿cómo aparecía el hombre en esa imagen?

Mila recordó la fotografía en la pared de la sala de los pasos perdidos del Limbo.

—Pelo canoso, rostro enflaquecido. Llevaba un traje gris claro, camisa de raya diplomática y una corbata verde.

—Traje gris claro, camisa de raya diplomática, corbata verde —repitió Gurevich lentamente.

La agente se preguntó el motivo de esas extrañas preguntas: el inspector ya debería estar al corriente de ciertos detalles.

Pero Gurevich no le dio explicaciones. En vez de eso se dirigió hacia el centro de la cocina, donde había una isla equipada y coronada con una gran campana de piedra embellecida con cobre. Un poco más allá, una mesa de madera maciza para comer, todavía dispuesta con los platos sucios de la cena de la noche anterior, pero en medio se advertían, además, los restos de una segunda comida.

Un desayuno.

Gurevich se percató de que Mila había advertido la anomalía y se plantó frente a ella.

—¿Le han dicho cómo hemos podido identificar a Roger Valin?

—Todavía no.

—Poco después de las seis de la mañana, mientras amanecía, Valin dejó salir del sótano al pequeño Jes, lo trajo aquí y le preparó cereales de avena, zumo de naranja y tortitas de chocolate.

La normalidad prorrumpió en la historia de terror. A Mila la turbaban especialmente esas desviaciones inesperadas. La tranquilidad en medio de la locura normalmente era un presagio.

—Valin se sentó con el niño y esperó a que acabara de desayunar —prosiguió Gurevich—. Como usted ha dicho, hace diecisiete años se quedó velando el cadáver de su madre durante cuatro días. Tal vez esta mañana ha dejado con vida al pequeño Jes para hacerle revivir la misma experiencia. De hecho, ha aprovechado esos momentos durante el desayuno para decirle exactamente quién era. Y para asegurarse de que se acordaba bien de todo, incluso se lo ha hecho escribir.

—¿Con qué finalidad? —preguntó Mila.

Gurevich le hizo un gesto para que esperara; pronto lo comprendería todo.

—Jes es un chiquillo valiente, ¿verdad, Boris?

—Muy valiente —confirmó el inspector.

—A pesar de lo que le ha ocurrido, ha mantenido la calma hasta hace poco. Después se ha hundido en un llanto de desesperación.

Sin embargo, antes ha contestado a todas las preguntas.

—Cuando le han enseñado la foto de Valin, ésa en la que el contable lleva un traje gris claro, camisa de raya diplomática y corbata verde, lo ha reconocido enseguida —añadió Boris. Después su rostro se ensombreció—. Pero cuando le hemos pedido que nos describiera otros detalles, como por ejemplo cómo iba vestido, él ha vuelto a señalar la fotografía... «Así», ha dicho.

El detalle impresionó a Mila.

—No puede ser —soltó, acordándose de la foto de la sala de los pasos perdidos.

—Sí —convino Gurevich—. Un tipo desaparece a la edad de treinta años. Después vuelve a dar señales de vida cuando tiene cuarenta y siete, llevando la misma ropa que hace diecisiete años.

Mila no consiguió abrir la boca.

Gurevich prosiguió.

—¿Dónde ha estado durante tanto tiempo? ¿Lo secuestraron los extraterrestres? —ironizó—. Salió del bosque. ¿Una nave espacial lo depositó delante de la puerta de la casa de los Belman?

—Y hay otra cosa. —Boris indicó el teléfono que había colgado en la pared—. Desde ese aparato, esta mañana, Jes ha avisado a la policía siguiendo las órdenes de Valin. Pero según el listado, en el transcurso de la noche, más o menos hacia las tres, el asesino interrumpió la carnicería para realizar otra llamada.

—El número corresponde a un autoservicio de lavandería que hay en el centro, abierto las veinticuatro horas —explicó Gurevich—. A ese lugar acuden sobre todo ancianos e inmigrantes, por eso hay un teléfono público.

—No cuenta con personal ni ningún vigilante, sólo con un sistema de cámaras de seguridad para disuadir a los vándalos y a los malintencionados. —Boris la miró con atención.

—Entonces ya saben quién contestó a la llamada —estaba segura Mila.

—Ésa es la cuestión —admitió Boris—. Nadie contestó al teléfono. Valin hizo sonar el aparato durante un rato, luego lo dejó correr y no volvió a intentarlo.

—No tiene sentido, ¿no cree, agente Vasquez? —comentó Gurevich.

Mila comprendió los motivos por los que los dos inspectores estaban preocupados, pero no qué papel tenía ella en esa historia.

—Y yo ¿qué puedo hacer?

—Necesitamos cualquier detalle de la vida pasada de Valin para entender adónde se ha dirigido ahora, porque no cabe duda: está tramando algo —afirmó Gurevich—. ¿A quién quería llamar esta noche? ¿Por qué sólo lo ha intentado una vez? ¿Acaso tiene un cómplice? ¿Cuál será su próximo movimiento? ¿Adónde se ha dirigido con un rifle Bushmaster .223?

—Y todas las respuestas están relacionadas con un único interrogante —concluyó Boris—. ¿Dónde ha estado Roger Valin durante estos diecisiete años?

9

La violencia de un asesino itinerante es cíclica.

Cada ciclo dura alrededor de doce horas y se divide en tres estadios: tranquilidad, incubación y explosión. El primero tiene lugar después del asalto inicial. Hay un sentimiento momentáneo de plenitud al que, sin embargo, sigue una nueva fase de expansión: el odio se mezcla con la rabia. Los dos sentimientos se comportan como elementos químicos. Aislados no son necesariamente nocivos, pero si se combinan dan origen a una mezcla altamente inestable. Llegado a este punto, el tercer estadio es inevitable. La muerte es la única conclusión posible del proceso.

Pero Mila esperaba llegar a tiempo.

El epílogo natural de la acción de un asesino en masa es el suicidio, y si Valin todavía no lo había cometido, entonces es que tenía un plan y quería llevarlo a cabo.

¿Dónde iba a actuar, y contra quién, esta vez?

La tarde estaba dando paso a la noche y el cielo empezaba a asumir los colores del verano cuando se va apagando. El Hyundai avanzaba lentamente, mientras Mila se asomaba sobre el volante para leer las placas de los números de las casas.

Todos los chalets eran iguales, de dos plantas, con el tejado a dos aguas y un pequeño jardín en la parte delantera. Sólo los colores variaban —blanco, beige, verde y marrón—, pero tenían en común su tono desteñido. En una época ya lejana, las casas estaban habitadas por familias jóvenes con niños que jugaban en el césped y una luz cálida y acogedora protegida detrás de cada ventana.

Ahora era un sitio para viejos.

Las cercas de madera blanca que señalaban los límites de las propiedades habían sido sustituidas por vallas metálicas. En la hierba

alta se podía vislumbrar basura y chatarra. Cuando llegó a los alrededores del número 42, Mila redujo hasta detenerse. Al otro lado de la calle estaba la casa donde siempre había vivido Roger Valin.

Habían transcurrido diecisiete años y el inmueble ahora pertenecía a otra familia, pero seguía siendo el lugar en el que había crecido el asesino múltiple. Allí fue donde dio sus primeros pasos, donde jugó en el césped, donde aprendió a montar en bici. El escenario de una vida rutinaria. Y también era el lugar en el que Roger había tenido que cuidar a su madre enferma, esperando con ella un final largo e inevitable.

Durante su carrera de buscadora de personas desaparecidas, Mila había aprendido muy bien una lección. Por muy lejos que uno pueda huir, su casa es el lugar que lo sigue allí adonde vaya. Puede cambiar a menudo de vivienda, pero siempre hay una con la que estamos vinculados. Como si uno le perteneciera a ella y no al contrario. Como si ambos estuvieran hechos de los mismos materiales (tierra en vez de sangre, madera en las articulaciones, huesos de cemento).

La única esperanza a la que Mila podía aferrarse para localizar a Roger Valin era que, a pesar de la rabia que alimentaba y de sus propósitos de muerte, después de todo el tiempo que había pasado quién sabía dónde, se hubiera dejado vencer por un recuerdo.

Aparcó el Hyundai junto a la acera, bajó y miró a su alrededor. El viento soplaba entre los árboles y las ráfagas llevaban fragmentos del pitido de una alarma antirrobo lejana que aumentaba de volumen y luego descendía confundiéndose con los ruidos de fondo. En el jardín de la vieja vivienda de los Valin se veía la carcasa de un coche familiar de color burdeos sin ruedas, sostenida por cuatro pilares de ladrillos. En el interior de la casa se podían entrever las sombras de los nuevos inquilinos. Era improbable que Roger se hubiera acercado más que eso. Para encontrar una prueba de su visita, Mila tendría que dirigirse a otro lugar. Miró alrededor y se fijó en la casa de enfrente.

Una señora mayor estaba recogiendo la ropa que tenía tendida en una cuerda entre dos palos. Con el hatillo entre las manos, subió

la escalera del pórtico. Mila se dirigió hacia ella con paso ligero, para detenerla antes de que entrara en casa.

—Disculpe.

La mujer se volvió y la miró con recelo. Antes de alcanzarla, Mila le mostró su placa de policía para tranquilizarla.

—Hola, lamento molestarla, pero necesitaría hablar con usted.

—No hay ningún problema, querida —contestó la anciana con una pequeña sonrisa. Llevaba calcetines de toalla, uno de los cuales se le había bajado hasta el tobillo, y el tejido de la bata estaba manchado y gastado en los codos.

—¿Hace mucho que vive aquí?

La mujer pareció divertida con la pregunta, pero por un instante sus ojos vagaron melancólicamente a su alrededor.

—Cuarenta años.

—Entonces he dado con la persona adecuada —dijo Mila cordialmente. No quería asustarla preguntándole de manera directa si por casualidad últimamente había visto a su antiguo vecino Roger Valin, que llevaba diecisiete años desaparecido. Y además temía que, a causa de la edad, la mujer pudiera decirle una cosa por otra.

—¿Quiere entrar en casa?

—De acuerdo —contestó rápidamente Mila, que esperaba aquella invitación.

La anciana le abrió camino mientras el molesto viento le revolvía una nube de escasos cabellos.

La señora Walcott se movía con pequeños pasos arrastrando las zapatillas de lana entre las alfombras y el viejo parquet, y recorría un determinado sendero en medio del voluminoso mobiliario repleto de objetos de naturaleza diversa: adornos de cristal, porcelanas desportilladas y marcos con fotografías de vidas lejanas. Llevaba una bandeja con dos tazas y una tetera. Mila se levantó del sofá para ayudarla a depositarla sobre la mesa.

—Se lo agradezco, querida.

—No tenía que molestarse.

—Lo hago encantada —dijo la mujer empezando a servir la bebida—. No recibo muchas visitas.

Mila la observó preguntándose si algún día también a ella le tocaría vivir una soledad como ésa. Probablemente, la única compañía de la señora Walcott era el gato rojizo enroscado sobre una butaca, que de vez en cuando entreabría los ojos para escrutar la situación y a continuación volvía a dormitar.

—*Satchmo* no es muy sociable con los extraños, pero es un buen gato.

Mila esperó a que la anciana se sentara frente a ella y seguidamente, cogiendo una taza de té, empezó la conversación.

—Lo que voy a preguntarle le parecerá extraño, porque ha pasado mucho tiempo. ¿Por casualidad recuerda a los Valin, que vivían aquí enfrente? —Señaló la casa del otro lado de la calle y enseguida se fijó en que la señora Walcott se ensombrecía.

—Pobrecillos —murmuró la mujer, confirmándole que se acordaba—. Cuando mi marido Arthur y yo compramos esta casa, ellos también hacía poco que vivían aquí. Eran jóvenes como nosotros y el barrio no hacía mucho que se había edificado. El lugar ideal para vivir en armonía y criar a los hijos. Eso fue lo que nos dijo el agente inmobiliario, y no se equivocaba. Al menos durante los primeros años. Fuimos muchos los que nos trasladamos aquí desde el centro. Principalmente oficinistas o comerciantes. No había obreros ni inmigrantes.

Como formaba parte de otra generación, ese comentario políticamente incorrecto era completamente natural para la señora Walcott. A Mila le molestó, pero no cambió su actitud cordial.

—Háblemе de los Valin. ¿Qué tal eran?

—Gente de bien. La esposa cuidaba de la casa, mientras que el marido tenía un buen trabajo como dependiente. Ella era muy hermosa, parecían felices. Enseguida trabamos amistad. Cada domingo hacíamos barbacoas y pasábamos juntos las fiestas de guardar. Arthur y yo hacía poco que nos habíamos casado, mientras que ellos ya tenían un niño.

—Roger, ¿se acuerda de él?

—Cómo podría olvidar a ese chiquitín. A los cinco años ya sabía montar en bicicleta e iba arriba y abajo por la calle. Arthur sentía una verdadera pasión por aquel chiquillo, hasta el punto de que le construyó una casa en un árbol. Al cabo de un tiempo tuvimos la confirmación de que nosotros no podríamos tener hijos, pero ninguno de los dos hizo un drama por ello, sobre todo para no disgustar al otro. Arthur era un buen hombre, ¿sabe? Habría sido un padre estupendo si el buen Dios se lo hubiese permitido.

Mila asintió. Como muchos ancianos, la señora Walcott tendía a divagar, y de vez en cuando había que encauzar el hilo de la conversación.

—¿Qué les pasó después a los padres de Roger?

—La señora Valin enfermó gravemente —dijo la mujer sacudiendo la cabeza—. Los médicos enseguida dejaron claro que no iba a curarse. Pero también dijeron que el Señor no iba a llevársela muy pronto. Antes tendría que padecer penas y dolores. Tal vez fue por ese motivo que el marido decidió abandonar a su familia.

—¿El padre de Roger los abandonó? —Mila no había encontrado esa información en el expediente.

—Sí, señora, volvió a casarse y ya no lo vimos más, ni siquiera vino para saber cómo les iba por aquí —dijo la señora Walcott con un tono de reproche—. Y Roger, que hasta entonces había sido un chiquillo vivaracho y activo, poco a poco empezó a apagarse. Arthur y yo lo veíamos aislarse cada vez más, a pesar de que antes nunca le habían faltado amigos. Se pasaba horas y horas solo o al lado de su madre. Todo un verdadero hombrecito responsable.

La señora Walcott sentía verdadera amargura, probablemente resultaría doloroso para ella saber la atrocidad que Roger Valin había cometido la noche anterior.

—Mi marido se sentía profundamente apenado por aquel muchacho y encolerizado con su padre; de vez en cuando lo oía referirse a él con feas palabras. Y pensar que habían sido tan amigos... Pero nunca lo hacía delante de Roger. Con él Arthur tenía una relación especial, era el único que conseguía sacarlo de aquella casa.

—Y ¿cómo lo lograba?

—Los relojes —dijo la señora Walcott dejando la taza vacía sobre la bandeja, mientras que Mila se dio cuenta de que apenas había probado su té—. Arthur los coleccionaba. Los compraba en los mercadillos o en subastas. Se pasaba días enteros sentado frente a una mesa, desmontándolos y reparándolos. Cuando ya se había jubilado, tenía que recordarle que comiera o que se fuera a dormir. Increíble, estaba rodeado de relojes pero no se percataba del paso del tiempo.

—Y compartió su pasión con Roger —la apremió Mila, que ya conocía el hobby del asesino múltiple.

—Le enseñó todo lo que sabía. Y el muchacho se volvía loco por ese mundo de tictac y precisión. Arthur decía que estaba hecho para eso.

«Lo infinitamente pequeño es una condición envidiable para quien es infeliz», se dijo Mila. Es algo parecido a desaparecer de la vista de los demás con tal de conservar una función en el mundo, esencial como la de calcular el tiempo. Pero Roger Valin al final había elegido desaparecer y ya está.

—Ahí arriba hay una buhardilla —explicó la señora Walcott—. En un principio estaba destinada a los hijos que, sin embargo, nunca tuvimos. Siempre decíamos que íbamos a alquilarla, pero después se convirtió en el taller de Arthur. Él y Roger se encerraban allí arriba y podías pasarte toda la tarde sin verlos. Después mi marido se puso enfermo y, de un día para otro, el chico dejó de venir por casa. Arthur lo justificaba, decía que todos los adolescentes son un poco despiadados, que Roger no lo hacía por malicia. Y además ya estaba obligado a ver morir día a día a su madre, tampoco se podía pretender que tuviera ganas de presenciar cómo acababa la vida de otro ser humano, aunque se tratara del único amigo que todavía tenía. —La mujer sacó un pañuelo arrugado de un bolsillo de la bata y se secó una lágrima que le había brotado en el extremo del ojo. Después lo estrujó en la mano y se lo llevó al regazo, dispuesta a usarlo de nuevo en caso necesario—. Pero yo estoy convencida de que a Arthur no le sentó bien. Creo que, en el fondo de su corazón, cada día esperaba que Roger cruzara de nuevo la puerta.

—De modo que su relación quedó interrumpida —concluyó Mila.

—No —la contradijo algo sorprendida la señora Walcott—. Habían pasado unos seis meses desde la muerte de mi marido, Roger ni siquiera acudió al funeral. Entonces, una mañana, de manera completamente inesperada, se presentó en mi puerta. Me pidió si podía subir a la buhardilla para darles cuerda a los relojes. Desde ese día, empezó a venir aquí él solo.

Instintivamente, Mila levantó la mirada.

—¿Ahí arriba?

—Claro —confirmó la anciana mujer—. Volvía de la escuela, iba rápidamente a ocuparse de su madre y, cuando ella ya no necesitaba nada más, subía a la buhardilla y se pasaba unas cuantas horas. Siguió haciéndolo incluso después de conseguir el empleo de contable, pero luego llegó un momento en que ya no tuve más noticias suyas.

Mila entendió que se estaba refiriendo al momento de la desaparición.

—Por lo que me dice, aparte de su madre, usted era la persona que lo veía con más frecuencia fuera del trabajo. Sin embargo, no fue usted quien avisó a las autoridades. Perdone, pero ¿no la sorprendió que Roger no viniera más?

—Entraba y salía a su antojo. La única manera de acceder a la buhardilla es a través de una escalera exterior, de modo que a veces ni siquiera coincidíamos —dijo la mujer—. Era muy silencioso, pero aunque parezca extraño, yo siempre sabía cuándo estaba arriba. No puedo explicárselo de otra manera... Era una sensación. Notaba su presencia en esta casa.

Mila se dio cuenta de que algo se agitaba en la mirada y en el rostro de la anciana mujer. Era el temor de que no la creyeran, de que la tomaran por una vieja loca. Pero también había algo más. Era miedo. Se inclinó hacia ella y posó una mano en la suya.

—Señora Walcott, dígame la verdad: en los últimos diecisiete años, ¿ha vuelto a tener la sensación de que Roger estuviera aquí con usted?

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas, pero ella intentó reprimirlas irguiéndose y apretando los labios. Después, con un movimiento decidido de la cabeza, asintió.

—Si no le importa —añadió Mila—, me gustaría echar un vistazo a la buhardilla.

10

La alarma antirrobo que había oído al llegar al barrio todavía resonaba a lo lejos.

Mientras subía los escalones exteriores que conducían a la buhardilla, Mila se llevó instintivamente la mano a la culata de la pistola. Dudaba que fuera a encontrarse con Roger Valin, pero el modo en que la vieja señora Walcott había reaccionado a su última pregunta había hecho que se sugestionara. Claro que podía tratarse de los desvaríos de una mujer sola y de edad avanzada, pero Mila estaba convencida de que el miedo nunca era infundado.

Podía ser que la casa hubiera tenido un huésped silencioso y, sobre todo, indeseado.

Por segunda vez en ese día, Mila se disponía a inspeccionar la vivienda de otra persona. A primera hora de la mañana les había tocado a los Conner, y había descubierto a una niña fantasma en el sótano. El cálculo de probabilidades le sugería que ahora no iba a tener la misma suerte, aunque nunca podía saberse.

La puerta de la buhardilla estaba cerrada con llave, pero la señora Walcott le había dado su copia. Mientras se disponía a abrirla, la sirena antirrobo se convirtió en una molesta advertencia que parecía querer ponerla en guardia y también jugar con ella.

Mila puso la palma de la mano en la manija y la accionó esperanzada. Se imaginaba que oiría un chirrido; sin embargo, la puerta se abrió con un suspiro. Ante ella, el pequeño apartamento se alargaba bajo la inclinación del techo. Había un arquibanco, una cama en desuso con el colchón enrollado a un lado, una cocinilla con dos fogones de gas y un pequeño baño aprovechando un armario empotrado. Al fondo de la sala, una claraboya proyectaba un haz de luz sobre un banco de trabajo pegado a la pared, coronado por una

pequeña vitrina cubierta de polvo. Mila soltó la empuñadura de la pistola y se acercó lentamente, casi tenía la impresión de estar violando un espacio privado.

«La madriguera de alguien», pensó.

No había señales de que Roger Valin hubiera pasado por allí. Todo parecía inmóvil e inalterado desde hacía años. Se sentó en el banco de trabajo. Había un tornillo fijado en una esquina de la superficie y una lámpara de banco, una luz redonda con una lente de aumento en el centro. Su mirada vagó por las pequeñas herramientas ordenadas. Reconoció destornilladores y pinzas, un pequeño cuchillo para abrir las cajas y un monóculo de relojero. Cajitas llenas de componentes y piezas de engranajes. Un cojinete de montaje, un martillo de madera, una aceitera. Además de otros instrumentos de precisión que no conocía.

Si no hubiera sido por la maldita alarma que seguía sonando con insistencia, se habría dejado cautivar por la quietud de aquellos objetos. Levantó la mirada a la vitrina que tenía enfrente. En el interior, en dos estantes, se mostraba la colección de relojes del señor Walcott.

Todos parados en el embrujo de la única fuerza capaz de derrotar el poder del tiempo: la muerte.

A simple vista, debía de haber unos cincuenta, de pulsera y de bolsillo. Los fue mirando a través del cristal. Reparó en algunos Longines y un Tissot, un Revue Thommen con correa de piel azul y la caja plateada, un precioso Girard-Perregaux de acero. Mila no entendía de relojes, pero tenía la impresión de que el señor Walcott había dejado a su esposa un pequeño tesoro del que ella, sin embargo, parecía no ser conocedora. Le habría bastado con vender algunas de las piezas para llevar una vida más confortable. No obstante, después, Mila cambió de opinión. ¿Qué más podría haber deseado una mujer sola en el mundo? Tenía suficiente con el afecto perezoso de un gato y un sinfín de recuerdos que a esas alturas habían asumido la forma inanimada de adornos y viejas fotografías.

La claraboya de la buhardilla enmarcaba la vista de la casa de delante. Mila intentó ponerse en contacto con la mente de Roger Valin: «Podías ver tu casa, así tenías la impresión de que nunca

dejabas sola a tu madre. Pero, al mismo tiempo, estar sentado aquí te permitía huir de ella. ¿Por qué desapareciste cuando murió? ¿Dónde has estado? Y ¿por qué has vuelto ahora? ¿Qué sentido tiene tu venganza tardía? ¿Qué harás ahora?».

Los interrogantes se mezclaban con la alarma antirrobo, en un crescendo de molesta opresión. ¿Por qué Valin, antes de cometer la masacre en casa de los Belman, se puso la misma ropa que llevaba cuando desapareció? ¿Por qué aquella noche llamó a un autoservicio de lavandería? ¿Por qué nadie cogió el teléfono?

«Dame una prueba de que has estado aquí, Roger. De que en el fondo de tu alma has sentido nostalgia del mundo del que huiste y has querido hacer un salto al pasado, a tu vieja madriguera.»

De repente, la alarma calló, aunque la sirena siguió resonando en la cabeza de Mila. Pasó un rato hasta que el silencio llenó todos los espacios de la buhardilla y de su interior.

Fue entonces cuando percibió el tictac.

Reiterado como un mensaje en código e insistente como una llamada secreta, centró la atención de la agente, como si repitiera su nombre. Entonces Mila abrió la pequeña vitrina y empezó a buscar el reloj del que procedía la oscura señal.

Era un viejo Lanco de poco valor, con una correa estampada de imitación de cocodrilo, la caja corroída por el óxido, el cristal mellado y el cuadrante de color marfil, oscurecido por el tiempo.

Podía suceder que un reloj se pusiera en marcha, tal vez aprovechando que le quedaba cuerda almacenada desde hacía años. Pero al cogerlo entre las manos, Mila se dio cuenta de que no había sido eso lo que había despertado al objeto de su antiguo sopor.

Alguien le había dado cuerda hacía poco, porque la hora que marcaba era exacta.

11

—Ha estado aquí, no hay duda.

Mila se hallaba en su coche, estacionado ante la casa de la señora Walcott. Acababan de dar las diez de la noche y hasta entonces no había podido ponerse en contacto con Boris, que llevaba toda la tarde ocupado en diversas reuniones para determinar si debía informarse a la prensa de la historia de la matanza y, en consecuencia, divulgar la identidad y la foto del culpable. Según él, eso serviría para hacer tierra quemada alrededor de Roger Valin y comprobar si alguien, al reconocerlo, pudiera ayudarlos a resolver, al menos en parte, el misterio de los diecisiete años transcurridos en la nada. Gurevich, sin embargo, se había mostrado inamovible. Sostenía que la difusión de la noticia complacería al asesino múltiple y lo empujaría a repetir la empresa. Y al final la eminencia velada del departamento se había salido con la suya.

—Excelente trabajo —le dijo su amigo inspector—. Pero por ahora aquí tenemos otras prioridades.

Después de la carnicería, Roger Valin había hecho que se le perdiera completamente la pista. No tenían nada a lo que agarrarse. Y estaba a punto de empezar otra noche. ¿En qué casa iba a introducirse esta vez? ¿Sobre quién iba a desahogar su rencor?

—El problema es que el móvil que ha empujado al asesino múltiple a matar a los Belman era real pero, al mismo tiempo, demasiado aleatorio. Exterminar a la familia del dueño de una industria farmacéutica que fabrica un medicamento que salva vidas demasiado caro no presupone un esquema, ¿no te parece? Y ¿ahora con quién la tomará Valin? ¿Con el presidente de la asociación de maridos que abandonan a sus esposas enfermas con hijos a cargo?

Mila comprendía la frustración de Boris.

—Discúlpame —le dijo luego—. Ha sido un día difícil. De todos modos, lo cierto es que has obtenido un buen resultado. Tal vez podría poner bajo vigilancia la casa de la señora Walcott, a ver si nuestro hombre vuelve a dar señales de vida.

Mila se volvió para observar la casa de la anciana desde el otro lado de la calle.

—No creo que ocurra: Valin ha dejado el reloj para nosotros como una especie de señal.

—¿Tenemos la certeza de que no ha sido la vieja señora quien ha puesto en marcha el mecanismo? Es una pista un poco frágil y no sé en qué medida puede resultar útil para localizar a Valin.

Boris no iba del todo desencaminado, pero Mila pensaba que existían otras implicaciones. Sin embargo, en ese momento era difícil razonar, en vista del peligro real de que el asesino volviera a actuar.

—De acuerdo, nos ocuparemos de ello mañana —dijo ella y, tras despedirse de su amigo, arrancó el coche para regresar a casa.

A esa hora de la noche, el único sitio para aparcar que encontró para el Hyundai estaba a tres manzanas de su edificio. Después de la puesta de sol, la temperatura casi estival que había caracterizado la jornada había sido reemplazada por una humedad penetrante. Mila sólo llevaba puesta una camiseta y los vaqueros, y aceleró el paso.

La zona, edificada más o menos un siglo antes, acababa de ser descubierta por ejecutivos y arquitectos famosos que pronto harían de ella el nuevo epicentro del estilo. Era lo que solía suceder cada vez más a menudo. La metrópoli era un gran magma en continua metamorfosis. Lo único que no cambiaba nunca eran sus pecados. Los barrios se reestructuraban, las calles adoptaban nuevos nombres, así los habitantes podían sentirse modernos, sin darse cuenta de que las vidas que llevaban eran idénticas a las de quienes los habían precedido, repitiendo los mismos gestos, los mismos errores.

Víctimas predestinadas de predestinados verdugos.

Quizá con la masacre Valin había intentado invertir el ciclo. Belman era un hombre importante que, como un dios pagano, poseía el poder de curar y dar la vida, pero lo dispensaba según su propio capricho. Mila, sin embargo, no llegaba a comprender por qué Roger había querido hacer pagar a la mujer y a los hijos las culpas del cabeza de familia.

Seguía reflexionando sobre ello mientras caminaba hacia casa. Poco antes, había hecho una parada para comprar un par de hamburguesas en un local de comida rápida. Se había comido una en el coche, la otra todavía seguía en la bolsa. Al pasar junto a un callejón, la dejó sobre la tapa de un cubo de basura, sin tirarla. Después subió los escalones que conducían a la entrada de un edificio de cuatro plantas. Apenas tuvo tiempo de introducir la llave en la cerradura cuando, como había previsto, vislumbró dos manos sucias salir de las sombras para recoger el precioso paquete de comida. Pronto aquel vagabundo también tendría que abandonar el barrio. No quedaría bien con el nuevo paisaje, que aparecía perfectamente ilustrado en la valla publicitaria que recubría la fachada del edificio en rehabilitación que se hallaba frente al suyo, en la que aparecían en un *trompe l'oeil* los futuros y felices habitantes de la zona.

Como cada vez que entraba en su casa, Mila se detuvo a observar a la alegre pareja de gigantes que sonreían desde el panel. Lo cierto era que no conseguía envidiarlos.

Después de cerrar la puerta del apartamento, esperó unos instantes más antes de encender la luz. Se encontraba exhausta. Disfrutó del silencio de sus propios pensamientos. Pero duró poco.

«Eres suya. Le perteneces. Sabes que lo que verás te gustará.»

Era verdad. Había experimentado una sensación familiar al poner los pies en la escena del crimen, en contacto directo con las señales del mal. La gente que veía los telediarios creía saber, pero no tenía ni idea de lo que significaba realmente hallarse frente al cadáver de alguien que ha sido asesinado. A los policías siempre les

sucedía una cosa extraña. Era una especie de proceso natural, todos pasaban por ello. Al inicio sientes repulsión. Después te vas acostumbrando. Al final, se convierte en una dependencia. En principio asocias la muerte al miedo: de que te maten, de matar, de ver a gente que ha sido asesinada. Pero después la idea se introduce como un gen malvado en la cadena de tu ADN. Se va replicando, llega a formar parte de ti. A partir de entonces, la muerte es lo único que te hace sentir vivo. Para Mila era la herencia que le había dejado el caso del Apuntador. Pero no la única.

Finalmente alargó la mano hacia el interruptor. Como respuesta se encendió una lámpara con pantalla en el otro extremo de la habitación. Pilas de libros llenaban el salón, al igual que el dormitorio, el baño y hasta la pequeña cocina. Había novelas, ensayos, textos de filosofía, historia. Nuevos o usados. Los compraba en librerías o en tenderetes.

Empezó a acumularlos después de que su compañero del Limbo, Eric Vincenti, desapareciera en la nada. Temía terminar como él, consumida por la obsesión por los desaparecidos.

«Los busco en todas partes. Nunca dejo de buscarlos.»

O que esa misma oscuridad que pretendía explorar se la tragara. En cierto sentido, los libros eran un lastre para permanecer anclada a la vida, porque tenían un final. No le importaba si era alegre o no, seguía siendo un privilegio que a menudo las historias de las que ella se ocupaba diariamente no tenían. Y, además, los libros constituían un antídoto para el silencio porque llenaban su mente con las palabras necesarias para colmar el vacío dejado por las víctimas. Y, por encima de todo, eran su vía de escape. Su manera de desaparecer. Se sumergía en la lectura y todo lo demás —ella misma— dejaba de existir. En los libros podía ser cualquiera. Lo que equivalía a no ser nadie.

Cada vez que entraba en su apartamento, sólo la recibían ellos.

Se acercó a la barra que separaba el salón de la pequeña cocina. Sacó la pistola del cinturón, la dejó al lado de la placa y de un reloj de cuarzo. Se quitó la camiseta y, reflejado en una ventana, entrevió su cuerpo delgado recorrido por las cicatrices. Le alegraba no tener formas, en otro caso habría tenido la tentación de

descarnarlas con una cuchilla. Las heridas que se había infligido en el transcurso de los años atestiguaban el dolor que no conseguía sentir por las víctimas de la maldad de los demás. Cortarse era la única manera que Mila conocía para recordarse a sí misma que, en el fondo, era humana.

Dentro de poco se cumpliría un año desde la última herida. Si bien no se había prometido nada a sí misma, lo estaba intentando. Formaba parte del proceso de mejora personal que trataba de llevar a cabo. Trescientos sesenta y cinco días sin cortes, costaba de creer. Pero reflejarse en un espejo seguía siendo una invitación, su cuerpo desnudo la tentaba. De modo que apartó la mirada. Sin embargo, antes de meterse bajo la ducha, encendió el ordenador portátil que había sobre la mesa.

Al cabo de un rato tenía una cita.

12

Se había convertido en un ritual.

Sólo con el albornoz encima, mientras se secaba el pelo con una toalla, Mila cogió el ordenador de la mesa y se lo llevó consigo a la cama. Se lo colocó sobre las piernas y luego arrancó uno de los programas. Apagó la luz y esperó a estar conectada a través de internet. Desde alguna parte, un sistema gemelo respondió y se abrió una ventana oscura en la pantalla. Mila reconoció enseguida un sonido. Era débil pero continuo. Procedía de la oscuridad, pero no era hostil.

Una respiración.

Se quedó un rato escuchándolo, dejándose acunar por el ritmo tranquilo. Unos segundos después, tecleó algunas órdenes y la pantalla negra fue sustituida por una imagen.

Una habitación iluminada por una débil luz verde.

La microcámara —parecida a la que estuvo a punto de colocar en casa de los Conner— sondeaba la oscuridad en modalidad de infrarrojos. Se entreveía el armario a la derecha, una suave alfombra de pelo en el centro cubierta de juguetes, pósteres de personajes de dibujos animados, una casa de muñecas y una cama individual a la izquierda.

Bajo las mantas dormía una niña.

Mila no notó nada extraño, todo parecía tranquilo. Se quedó mirándola un rato más, hipnotizada por la serenidad de la escena. Automáticamente se puso a pensar en otra niña: la niña fantasma encerrada en el sótano a la que había salvado pocas horas antes. Si se concentraba, todavía podía recordar su peso entre los brazos mientras se la llevaba. No sintió compasión ni ternura. La única sensación que le quedaba era una memoria táctil, una especie de

pena secundaria por la condena de no sentir ninguna empatía. Pero su enfrentamiento con la señora Conner en cierto modo la había afectado.

«¿Qué clase de madre sería si no supiera el nombre de la muñeca favorita de mi hija?»

Entonces, en el pequeño dormitorio ocurrió algo. En la puerta abierta se insinuó desde el pasillo una luz lejana, pronto llenada por la prolongación de una sombra humana que avanzaba a la vez que se acortaba. Al cabo de poco, una figura apareció en el umbral. Era una mujer, pero no podía distinguirse el rostro. Se acercó para ajustar el embozo de la sábana a la niña. Cuando hubo terminado, se arrimó a los pies de la cama y contempló el sueño de la pequeña.

«Y tú, ¿sabes cómo se llama su muñeca favorita?», habría querido preguntarle Mila a la mujer de la pantalla.

Pero, de repente, se sintió como una intrusa. Sin cerrar la conexión, tecleó una orden y, al lado de la ventana con las imágenes en directo, se abrió otra con el archivo del expediente de Roger Valin. Quería volver a leerlo una vez más antes de irse a dormir. Había quedado pendiente un punto fundamental.

El misterio de la llamada al autoservicio de lavandería.

No alcanzaba a comprender el motivo por el que el asesino había buscado a alguien por teléfono. Aun en el supuesto de que existiera un cómplice, ¿por qué nadie había contestado la llamada?

Allí había algo que no encajaba. Por fuerza debía de haber una explicación. Ese comportamiento no tenía sentido, al igual que permanecía sin saberse el motivo por el que Valin se había puesto la misma ropa que llevaba en una foto de hacía diecisiete años.

Traje gris claro, camisa de raya diplomática, corbata verde.

Después de la matanza, el homicida estuvo desayunando con el hijo de Belman y aprovechó para revelarle su identidad. Incluso se preocupó de que Jes escribiera su nombre en un papel para que no se equivocara cuando se lo contara a los agentes. Pero, sobre todo, quería que el chiquillo memorizara bien su rostro y cómo iba vestido.

Gurevich había ironizado sobre el detalle de la ropa, sosteniendo que tal vez los extraterrestres habían tenido secuestrado al homicida durante diecisiete años. Pero tras la visita a la casa de los Walcott y

el descubrimiento de los relojes, Mila prefería comparar a Valin con un viajero del tiempo, capaz de pasar a través de un agujero negro que conecta épocas distantes. La diferencia entre las dos hipótesis, ambas inverosímiles, denotaba sin embargo un planteamiento distinto de las investigaciones. Gurevich, que procedía de homicidios, estaba acostumbrado a concentrarse en el presente, en el «aquí y ahora» según un criterio causa-efecto. En el Limbo, en cambio, se trabajaba con el pasado.

Fue Eric Vincenti quien le explicó la diferencia. Mila recordaba las charlas con su compañero de la sección de personas desaparecidas antes de que éste siguiera la misma suerte que quienes buscaba. «Un homicidio se concreta en el momento de la muerte —decía Vincenti—. En cambio, para hablar de un caso de desaparición no es suficiente con desaparecer, sino que es necesario que pase tiempo. No sólo las treinta y seis horas requeridas por la ley antes de empezar la búsqueda, sino mucho más. La desaparición se cristaliza cuando lo que el individuo ha dejado a su espalda empieza a deteriorarse: la compañía eléctrica interrumpe el suministro por falta de pago, las plantas del balcón se marchitan porque nadie las riega, la ropa del armario de casa pasa de moda. Hay que buscar los motivos de todo ese desastre yendo atrás en los años.»

Eric Vincenti exageraba un poco, pero Mila sabía que en el fondo tenía razón. Se empieza a desaparecer mucho antes de la desaparición efectiva.

En los secuestros, sucede cuando la persona que se llevará a alguien se fija en él por primera vez y comienza a infestar su vida como una presencia invisible, observándolo a distancia. En el caso de alejamiento voluntario, empieza el día en que uno tiene por primera vez una sensación de malestar que no puede explicarse. Nota cómo crece dentro de sí, como una exigencia insatisfecha, aunque no sabe de qué. Es como una herida que escuece y pide que la rasque, uno sabe que si cede al impulso empeorará la situación, pero no puede evitarlo. El único modo de hacerla callar es secundar la llamada. Y quedarse cerca de ella en la sombra. Debía de haberle sucedido lo mismo a Roger Valin, y también al pobre Eric Vincenti.

«La razón de una desaparición está en el pasado», se dijo Mila.

Se concentró de nuevo en el asesino múltiple. No había ninguna carta, ninguna nota que explicara su gesto. Un asesino en masa actúa por odio, rencor o venganza. Un asesino en masa se expresa a través de sus propios gestos criminales y no se preocupa de si lo comprenden o no, se repitió a sí misma.

¿Y si la ropa, la llamada a la lavandería y el reloj puesto en hora que había descubierto en casa de la señora Walcott fueran los elementos de un mismo mensaje?

La respuesta era «el tiempo».

Valin estaba llamando la atención sobre el momento de su desaparición.

Mila abrió un motor de búsqueda en el ordenador. «Al llevar esa ropa, Valin nos estaba comunicando que debíamos razonar como si todavía estuviéramos diecisiete años atrás», se dijo. Por eso, cuando hizo la llamada nocturna desde la casa, no se estaba equivocando de número.

Para él el número era correcto.

Mila encontró en la red la página de la compañía telefónica. Había una sección dedicada al archivo histórico de los listines de abonados. En la casilla correspondiente, introdujo el número del autoservicio de lavandería para llegar hasta el nombre y la dirección del cliente al que pertenecía la línea en la época de la desaparición de Valin, y a continuación puso en marcha la búsqueda.

En la pantalla, un pequeño icono con forma de reloj de arena marcaba el paso de los segundos. Mila lo miraba y, sin darse cuenta, se mordía los labios de la impaciencia. Al cabo de poco llegó la respuesta. No se había equivocado. Diecisiete años antes, el número de teléfono estaba activo.

El lugar era la Love Chapel, situada en la estatal que conducía al lago.

Mila buscó rápidamente si tenía otro número de teléfono, pero descubrió que la Love Chapel había cesado su actividad hacía varios años. Se paró a reflexionar. ¿Qué debía hacer? Podía avisar a Boris enseguida o esperar a decírselo al día siguiente. Tal vez también se

tratara de una pista demasiado débil, quizá resultara ser una mera casualidad.

Observó una vez más el recuadro de la pantalla con la toma nocturna de la niña que dormía tranquilamente. No la estaba espiando, la estaba protegiendo. Y se acordó de nuevo de lo que había ocurrido en casa de los Conner. «Yo soy la que se introduce en casa de la gente para colocar una cámara oculta», se dijo. Sólo gracias a su inconsciencia, aquella mañana una niña fantasma había sido liberada de su prisión.

Mila sabía que no podría esperar.

Cerró el portátil, se levantó de la cama y empezó a vestirse.

13

La luna blanca guiñaba el ojo en el cielo límpido.

La carretera que conducía al lago estaba desierta. No sólo era a causa de que fuera de noche, pues de día la situación tampoco era distinta. Hubo una época en que aquellos lugares eran una meta para las vacaciones. Había hoteles, restaurantes y una playa con todos los servicios. Pero unos doce años atrás, en primavera, tuvo lugar una mortandad inexplicable de peces y animales lacustres. Las autoridades no consiguieron dar con la causa, pero hubo quien echó la culpa al exceso de contaminación del agua. La psicosis se extendió y la gente dejó de acudir a la zona. Al cabo de poco tiempo, el problema desapareció: la fauna se repobló y el ecosistema recuperó su equilibrio. No obstante, ya era tarde, y los veraneantes no volvieron. Los establecimientos que los habían alojado durante generaciones cerraron sus puertas y empezaron a deteriorarse por falta de mantenimiento, confirmando así la inexorable decadencia del lugar.

La Love Chapel debía de haber sufrido el mismo destino.

Era uno de esos lugares a los que la gente iba para casarse. Ofrecía un servicio de ceremonias laicas a quienes no pertenecían a ninguna confesión religiosa o no se conformaban con una boda en el ayuntamiento.

Después de pasar por un cambio de rasante, Mila vio aparecer ante el parabrisas del Hyundai el arco de obra que servía de entrada y, también, el cartel. En el centro destacaba una pareja de corazones de diferentes tamaños, hechos con tubos de neón ahora apagados. Estaban coronados por un cupido de hojalata con el rostro parcialmente devorado por el óxido, que había deformado su

expresión. Parecía un ángel maligno que estuviera vigilando un paraíso ilusorio.

El complejo se disponía alrededor de una explanada para aparcar, en una serie de construcciones bajas que tenían en medio lo que parecía una iglesia posmoderna. La luz de la luna la salvaba del olvido de la oscuridad pero, de manera despiadada, también acentuaba su desolación.

Mila detuvo el coche junto a la pequeña casa campestre que hacía las veces de recepción. Apagó el motor y bajó. La recibió el silencio salvaje e inhóspito de un mundo que había aprendido a prescindir de la presencia humana.

La Love Chapel se encontraba sobre un promontorio desde donde se veía el lago. No era el punto con mejor panorámica, pero desde allí se podían divisar los hoteles abandonados que surgían en varios puntos de la orilla.

Subió los tres peldaños del pórtico de la recepción y vio que la entrada de la oficina estaba bloqueada con travesaños de madera. No había manera de quitarlos. Junto a la puerta había una ventana obstruida con tablones de varios tamaños. Sin embargo, a través de las rendijas se podía vislumbrar el interior. La agente cogió la linterna del bolsillo de la cazadora de piel, acercó la cara a las tablas e iluminó el interior.

Un rostro sonriente la sorprendió espiando.

Mila dio un paso atrás. Cuando se recuperó, comprendió que había visto el mismo cupido que estaba situado en la entrada. Por un instante creyó que había abandonado su sitio para asustarla, pero sólo era una figura de cartón. Se acercó de nuevo y, además de su propio reflejo en el cristal, divisó un mostrador cubierto de polvo y un expositor de folletos que en parte habían caído al suelo. En una pared destacaba un póster: junto al logo de la Love Chapel aparecía la oferta reservada a los clientes. Por el texto se evidenciaba que las parejas de enamorados podían coronar su sueño escogiendo entre diversas atmósferas. La capilla, de hecho, podía decorarse de manera diferente, y las ambientaciones propuestas tenían nombres exóticos y evocadores. Se podía escoger Venecia o París, pero también un marco inspirado en una película como *Lo que el viento*

se llevó e incluso *La guerra de las galaxias*. En las últimas líneas del póster aparecía el listado de precios de las ceremonias, que incluían una botella pequeña de champán francés, obsequio de la casa.

Una ráfaga de viento pasó por la espalda de Mila, haciendo que se estremeciera y obligándola a volverse. El aire prosiguió su camino hasta la entrada de la capilla, lo que provocó el chirrido de una de las hojas del portal.

Por lo que parecía, alguien la había dejado abierta.

Como la luna era más que suficiente para alumbrarle el camino, apagó la linterna y avanzó por la explanada. Sus pasos crepitaban sobre el asfalto deteriorado por los largos inviernos. El viento de sombras la seguía, bailando entre sus piernas. En el trayecto, sacó la pistola y ajustó la mano en la empuñadura. Los bajos edificios de alrededor le parecían las ruinas de un cataclismo nuclear. Puertas y ventanas eran bocas que se entreabrían sobre antros tenebrosos, ocultando una oscuridad de mundos secretos o tal vez, simplemente, la nada de la que está hecho el miedo. Mila avanzaba y las dejaba a su espalda. Desde dentro, la oscuridad observaba su paso con ojos negros.

«Debería haber llamado a alguien, probablemente a Boris. Me comporto como esas heroínas de las películas de terror que parece que quieren que las maten», se dijo. Pero conocía el motivo. Sólo se trataba de otro reto en un contexto de desafío continuo. Quien le decía que siguiera adelante era el monstruo que, en su interior, fingía estar durmiendo. El mismo que le guiaba la mano todas las veces que se cincelaba la carne usando una cuchilla. Mila lo alimentaba con su dolor y su miedo, con la esperanza de aplacar su hambre. En otro caso, no sabía lo que sería capaz de hacerle. O de hacer que ella hiciera.

Cuando llegó ante la entrada se detuvo un instante. Después empezó a subir los peldaños que la separaban del portal. En el momento en que se asomó al interior notó el aliento de la oscuridad en la cara. Reconoció el olor. Porque la muerte tiene algo positivo, y

es que no se esconde, enseguida deja las cosas claras con los vivos. Después oyó el sonido. Tenue como un conjunto de susurros, frenético como una maquinaria.

Encendió de nuevo la linterna, dirigió el haz de luz hacia el interior y un amasijo inestable y confuso de criaturas se dispersó en un segundo. Sin embargo, una parte no se preocupó de ella y siguió con lo que estaba haciendo.

En el centro de la escenografía que recordaba la época medieval había un colchón mugriento en el que yacía una figura inmovilizada por correas de sujeción.

Mila hizo un disparo al aire que resonó en la explanada y hasta el lago, y las ratas finalmente se alejaron del cuerpo. Sólo una titubeó, volviéndose para mirarla durante un larguísimo segundo, con los ojillos rojos cargados de odio porque la intrusa había interrumpido su festín. Después también se disipó en la sombra.

La agente observó el cadáver durante un largo instante. Era un varón, de edad indefinida. Llevaba una camiseta y unos calzoncillos azules.

Tenía la cabeza metida en una bolsa de plástico cerrada alrededor de la garganta con cinta aislante.

Mila dio un paso atrás y apartó la linterna para sacar su teléfono del bolsillo, pero un punto luminoso permaneció en el colchón. La luz de la luna se había colado por su espalda y ahora hacía brillar algo en la mano del muerto. La agente se acercó para verlo mejor.

En el anular descarnado de la mano izquierda había un anillo de boda.

14

La zona había sido delimitada.

Habían cerrado el acceso con vallas y, para acabar de disuadir a quien quisiera aventurarse al lago, un cartel luminoso indicaba un desprendimiento en la carretera. De momento, sin embargo, los agentes de policía eran las únicas presencias en el lugar abandonado.

Mila estuvo esperando la llegada de sus colegas a la Love Chapel sentada en los escalones delanteros de la falsa iglesia. Mientras hacía guardia al cadáver, estuvo viendo que el amanecer intentaba forzar los límites del horizonte para invadir el valle. El espejo de agua se había teñido de un rojo vivo, acentuado por el color de las hojas del otoño que acababa de empezar.

La pálida luz del día había desvelado despiadadamente el espectáculo que tenía a su espalda. Pero Mila estaba inmersa en una extraña quietud. Como si estuviera postrada por el cansancio del miedo, no notaba nada. Sin moverse de donde se encontraba, había oído el eco de las sirenas acercándose, a continuación había visto las luces estroboscópicas emerger de la cuneta del fondo de la carretera e ir hacia ella, como un ejército liberador.

En el momento en que encendieron las luces halógenas en la escena del crimen, el horror se había desvanecido, cediendo su lugar al frío análisis.

La científica se había ocupado de asegurar el perímetro, recogiendo muestras, fotografiándolo todo y cristalizando las posibles pruebas. En la habitual coreografía que se desarrollaba en torno al cadáver, ahora le tocaba exhibirse al médico forense junto al destacamento de sepultureros.

—Todo es lo que parece, nada es lo que parece —fue el complicado oráculo de Chang, agachado sobre la víctima.

Mientras fuera había un ir y venir de agentes, en el interior de la capilla, junto a los expertos, sólo estaban presentes Mila y el inspector Gurevich, que no parecía muy satisfecho con la valoración del doctor.

—¿Podría ser más concreto?

Chang analizó una vez más el cuerpo tendido sobre el colchón impregnado de materia orgánica, con sólo la ropa interior puesta y una bolsa de plástico atada en la cabeza.

—La verdad es que no.

La respuesta denotaba el temor que le infundía el inspector.

A Gurevich lo ponía nervioso la indecisión de Chang.

—Tenemos que saber lo antes posible cuánto tiempo lleva muerto.

El problema eran las ratas que habían alterado el estado de los restos. Donde más se habían cebado había sido en las manos y en los pies del cadáver, que se hallaban casi completamente descarnados. Las axilas y las ingles presentaban las heridas más profundas. Los estragos hacían difícil determinar el momento del fallecimiento a través del examen objetivo, por eso era todavía más arduo atribuir la responsabilidad a Roger Valin.

Pero Mila consideró que, si realmente era obra del asesino, se trataba de un cambio radical además de insólito del modus operandi. Era incomprensible que hubiera pasado de usar un rifle semiautomático Bushmaster .223, que no suponía ningún contacto físico con los objetivos, a lo que, en cambio, tenían delante. Por este motivo los ánimos estaban tan tensos.

Boris llegó a la capilla y se puso a escuchar desde una esquina.

—Para formular una hipótesis creíble y saber cuánto tiempo lleva aquí la víctima haría falta una autopsia —dijo el forense dando largas.

Eso aumentó la irritación de Gurevich.

—No le estoy pidiendo un informe, sino sólo una opinión.

Chang lo estuvo pensando, como si ya tuviera en mente una respuesta pero no quisiera comprometerse por miedo a cometer un

enorme error que después le echarían en cara.

—Diría que el deceso se remonta por lo menos a hace veinticuatro horas.

La respuesta tenía dos implicaciones. La menos importante era que, aunque alguien hubiera resuelto antes el enigma relacionado con el número de teléfono del autoservicio de lavandería, el hombre con la cabeza metida en la bolsa de plástico no se habría salvado. Pero la repercusión más destacable era que entonces el culpable no podía ser Roger Valin.

Obviamente, esa posibilidad no entusiasmaba a Gurevich.

—Otro asesino. Una segunda mano.

Sacudió la cabeza pensando en las consecuencias que podría tener ese descubrimiento.

—De acuerdo, vamos a ver quién es el muerto.

Por fin podían proceder a desvelar el rostro de la víctima. Seguramente eso sería de gran ayuda para resolver el nuevo misterio, consideró Mila.

—Me dispongo a quitar la bolsa de la cabeza del cadáver —anunció Chang. El médico forense se cambió los guantes de látex y se puso en la cabeza una linterna frontal de led. Tras proveerse de un bisturí, se acercó al cuerpo.

Con dos dedos levantó un extremo de aquel anómalo sudario que se adhería a las facciones, al tiempo que con la otra mano practicó un corte preciso en el plástico, empezando a la altura del hueso parietal.

Mientras todos los presentes estaban concentrados en la operación y esperaban impacientes el resultado, Mila siguió mirando la alianza en el anular izquierdo del cadáver. Pensaba en la mujer que todavía no sabía que era viuda.

Chang terminó la incisión de la bolsa bajo la garganta de la víctima. Dejó la cuchilla y se dispuso a sacar delicadamente la banda que había obtenido.

Finalmente descubrió el rostro del hombre.

—Mierda —exclamó Gurevich de inmediato. Y todos tuvieron claro que lo había reconocido.

—Es Randy Philips —confirmó Klaus Boris, a la vez que se acordaba de que en el bolsillo de la chaqueta llevaba el periódico de la mañana y se lo pasaba a su colega—. Tercera página.

En el interior aparecía la foto de un hombre refinado con una sonrisa arrogante. Aunque no cabía duda, Gurevich comparó la imagen con la cara del cadáver, y después leyó el titular: «Philips pincha en su debut... El juez condena al imputado porque su abogado no se presenta a la vista».

Mientras Chang completaba el examen de la cabeza, Boris se dirigió a los presentes.

—Randall *Randy* Philips, treinta y seis años, experto en casos de violencia doméstica. Aunque, por lo general, estaba de parte de los maridos malvados. Su estrategia defensiva era descubrir las peores porquerías de esposas y prometidas. Si no las encontraba, se las inventaba. Su especialidad era inundar a las desgraciadas de basura, haciéndolas pasar por unas sinvergüenzas. Es increíble: a pesar de que las pobrecitas llegaban al juicio llenas de moretones, con gafas oscuras o en silla de ruedas, con sus historias Philips era capaz de hacer que el jurado pensara que se lo habían buscado.

Mila advirtió la mirada divertida que intercambiaban los hombres de Chang. La habitual y soez camaradería masculina le recordó las apariciones de Randy Philips en televisión. El lema del abogado era: «Siempre es fácil juzgar a una mujer... Aunque quienes la juzguen sean otras mujeres». De este modo conseguía obtener la absolución de sus defendidos la mayoría de las veces, y en el resto de los casos arrancaba notables reducciones en las penas. Se había ganado el apelativo de Castigaesposas y también otro menos tierno: Randy el Cabrón.

—Tal vez podamos reconstruir lo que ha sucedido —anunció Chang al terminar el examen superficial—. Primero lo han aturdido con una pistola eléctrica, un láser o un aguijón para el ganado. —Señaló un punto en la garganta donde se veía claramente la quemadura provocada por la breve descarga—. A continuación lo han inmovilizado con las correas de sujeción. Y al final le han puesto la bolsa en la cabeza. En poco tiempo, la acidosis respiratoria lo ha conducido a la muerte.

Los presentes subrayaron ese último dictamen con el silencio.

—¿Randy Philips estaba casado?

Todos se volvieron hacia Mila, sorprendidos por la inesperada pregunta. Gurevich la observó con expresión desconfiada.

—Puede que me equivoque, pero no recuerdo que tuviera esposa —afirmó Boris.

Sin añadir nada más, la agente levantó el brazo para indicar la mano izquierda del cadáver y el anillo de boda en que se había fijado gracias a la luz de la luna en el momento en que había hallado el cuerpo.

Nadie dijo una palabra más.

Se trataba de una especie de ley del talión.

—Randy, obligado a casarse con su propia muerte en la capilla del amor, ¿se lo pueden creer? —ironizó Chang mientras abandonaba la escena del crimen, aunque intentando que Gurevich no lo oyera. No satisfecho, cargó un poco más las tintas—: Es como decir: te has enredado en un matrimonio del que no puedes escapar.

«Igual que las mujeres atrapadas en un sueño de amor que, sin embargo, esconde una pesadilla», pensó Mila. Sin posibilidad de pedir el divorcio porque no cuentan con ningún ingreso ni un trabajo, se ven obligadas a soportar los malos tratos porque el miedo a los golpes es inferior al de perderlo todo. Mujeres que por una vez habían encontrado el valor para denunciar la violencia pero que, gracias a Randy, veían cómo su verdugo salía indemne.

—Habrá que determinar si lo ha matado más de una persona —afirmó Gurevich mientras Krepp y su equipo tomaban posesión del lugar para ultimar el trabajo interrumpido y dejar el campo libre al médico forense.

—Un único asesino —dijo enseguida el experto de la científica con su habitual tono arisco, liquidando cualquier otra hipótesis.

—¿Estás seguro? —preguntó Boris.

—Cuando llegamos y protegimos la escena, les pedí a mis hombres que comprobaran las huellas que había en el suelo de la

capilla; el polvo acumulado durante los años nos ha echado una mano en esto. Quitando las de la agente Vasquez, las demás pertenecían a la víctima y a una segunda persona que calzaba un treinta y ocho.

—Continúe —lo animó Gurevich, interesado en la reconstrucción.

—No hemos podido hallar señales claras del paso de neumáticos en la explanada. Todavía tenemos que descubrir cómo llegaron hasta aquí Philips y el asesino. Diría que sería oportuno pedir a los buzos que rastrearan el lago.

«El único motivo por el que el homicida habría querido desembarazarse del vehículo de Randy Philips sería para no anticipar la sorpresa a la persona que encontrara el cuerpo», pensó Mila. Una puesta en escena perfecta.

—Tal vez sea oportuno ver un poco más de cerca la alianza nupcial. —Krepp señaló enseguida el anillo del dedo de Philips.

—Si hay alguna huella, tiene que encontrarla —lo conminó Gurevich.

El experto de la policía científica masculló algo; a continuación se arrodilló junto al colchón y levantó la mano descarnada del cadáver con tanta delicadeza que casi parecía un gesto romántico. Le quitó el anillo para llevarlo al furgón equipado con el instrumental necesario que estaba aparcado fuera.

En la explanada, un policía acudió con dos vasos de café para Gurevich y Boris. Sin embargo, no se preocupó de Mila. La agente se mantenía a una prudente distancia de sus dos superiores, pero al mismo tiempo estaba a la escucha de lo que decían.

—Nadie ha denunciado la desaparición de Randy.

—Si vivía solo, no tiene por qué sorprendernos. Quizá no fuera raro que de vez en cuando no apareciera por el bufete o que no comunicara sus desplazamientos a su secretaria. Era un tipo con mil asuntos y muchos secretos. —Boris se llevó las manos a los costados en un gesto desconsolado—. Pero, dejando a Roger Valin a un lado,

porque no creo que tuviera ningún motivo para hacerlo, entonces ¿quién lo ha hecho?

Mila tenía la impresión de que lo que estaba ocurriendo formaba parte de un plan más complejo. Le habría gustado participar en la discusión entre sus superiores, pero no se atrevió. Gurevich fue quien hizo que se involucrara.

—¿Usted qué piensa, Vasquez? Alguien ha secuestrado al abogado y lo ha traído aquí para matarlo. ¿Cómo lo explicaría?

Había hecho que se sintiera invisible hasta ese momento y de repente ahora le dirigía la palabra. Para contestar, la agente redujo la distancia que los separaba.

—No creo que el asesino raptara al abogado Philips: demasiado complicado y arriesgado. Creo que lo atrajo a este lugar con un engaño. Después de dejarlo aturdido, lo ató e hizo el resto.

—¿Por qué un tipo espabilado como Randy iba a venir a un lugar tan retirado? —La pregunta de Gurevich no sonaba como una crítica a las palabras de Mila. El inspector no descartaba su tesis, en todo caso se esforzaba por comprenderla mejor.

—Se me ocurren varias hipótesis por las que el abogado habría aceptado una invitación para venir aquí: el asesino poseía o fingió poseer algo que Philips quería, tal vez una información comprometedora sobre la mujer o la compañera de algún cliente suyo. O bien ya se conocían, por eso la víctima no tenía motivos para desconfiar.

Gurevich frunció los labios.

—Suéltelo ya, agente Vasquez, sin miedo.

El inspector había intuido que Mila había madurado otra suposición bien distinta, aunque no se decidía a hablar de ella.

—En mi opinión, ha sido una mujer.

Boris levantó la ceja para subrayar lo aventurado de su conjetura.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Philips nos consideraba seres inferiores, por tanto estaba convencido de que podía manejar la situación: por eso confió excesivamente en sí mismo. Y además, sólo una mujer podía alimentar motivos de venganza contra el abogado.

—¿Piensas en una venganza, como con Valin? —preguntó Boris.

—Todavía no pienso nada, es demasiado pronto. Pero sé que la ingenuidad de Philips y las dimensiones del anillo que luce (seguramente un modelo más adecuado para una mano femenina) hacen intuir que la explicación pueda ser ésa.

—Aquí hay algo. —La voz de Krepp llegó del furgón de la científica, que estaba allí al lado, e inmediatamente captó su atención. Los tres se acercaron al mismo tiempo.

El experto estaba sentado a la pequeña mesa con el instrumental. Estaba visionando con una ampliadora la alianza de boda hallada en el dedo de la víctima.

—No hay huellas —anunció—. Pero en el interior hay una inscripción que me parece interesante. —Alargó un brazo para accionar un monitor conectado con el aparato. En la pantalla apareció la imagen agigantada del anillo—. Es una fecha, presumo que la de la boda... «23 de septiembre.»

—Es hoy —exclamó Boris al leerla.

—Sí, pero el grabado seguramente se remonta a unos años atrás —especificó Krepp—. Lo demuestra la pátina opaca que la cubre.

—Bonito aniversario —comentó Gurevich.

—Aparte de la fecha hay algo más.

El experto hizo girar el anillo bajo la lente del microscopio, descubriendo una incisión más, añadida en un segundo momento. De hecho, la grafía se diferenciaba claramente del grabado anterior. No era precisa, sino rudimentaria, seguramente no era obra de la mano experta de un orfebre. En los surcos —que casi parecían arañazos—, el metal era más brillante.

—Lo han hecho hace poco —confirmó Krepp.

La última constatación agravaba el sentido de lo que había escrito.

h21

Gurevich intercambió una mirada preocupada con Boris.

—23 de septiembre, 21.00 horas. Por lo que parece, además de dos asesinos a los que dar caza, ahora encima tenemos un ultimátum.

15

Nadie se imaginaba lo que iba a ocurrir a las 21.00 horas.

Mientras tanto, sin embargo, se había comprobado que Randy Philips había acudido a la Love Chapel con su Mercedes. El coche había sido localizado en el fondo del lago, tal y como había previsto Krepp. Por tanto, el asesino tenía su propio vehículo, con el que después del delito se había alejado de allí.

Descartado el secuestro, se trataba de saber cómo el abogado había sido tan ingenuo de caer en la trampa acudiendo solo a ese lugar abandonado. La intuición de Mila acerca de que una mujer estaba involucrada en el asunto había hecho mella enseguida, y le había asegurado varios seguidores.

Un grupo de policías todavía estaba examinando el archivo del bufete de Randall Philips en busca de alguna simetría con la fecha indicada en el anillo de boda.

El 23 de septiembre era el único asidero con el que contaban en medio de tantos, demasiados puntos oscuros.

El primero de todos, el nexo entre la masacre del chalet y el asesinato en la capilla. Una relación tan sólo descubierta gracias a la intuición de Mila sobre el viejo número de teléfono. No parecía que hubiera ningún vínculo entre las víctimas, por eso la única conexión posible era entre los autores de los crímenes.

En los años en que había escapado de todo y de todos, Roger Valin había conocido a alguien —¿una mujer?—, y juntos habían compartido un plan homicida.

Era la explicación que se daba Mila, mientras deambulaba por los pasillos del departamento como una especie de comparsa. Las preguntas sobre lo que había ocurrido, sin embargo, habían pasado

a un segundo plano respecto a los interrogantes sobre lo que iba a ocurrir.

Ahora la emergencia era el ultimátum.

Con el paso de las horas se iban estableciendo medidas para prevenir o disuadir de que se cometiera un nuevo delito. Muchos agentes fueron reclamados al servicio y se intensificaron los turnos. Al asesino o a los asesinos debía llegarles la idea de que la ciudad estaba vigilada, y con ese fin se establecieron puestos de control y se aumentó el número de coches patrulla. Los informadores que normalmente colaboraban con la policía federal fueron advertidos de que tuvieran los oídos y los ojos bien abiertos. La masiva presencia de fuerzas del orden en la ciudad debería llevar a algunos exponentes del crimen organizado a colaborar, aunque sólo fuera para acabar cuanto antes con la vigilancia de las calles que tanto perjudicaba a los negocios ilegales.

Para que los medios de comunicación no sospecharan, se había difundido un comunicado que anunciaba una operación a gran escala contra la delincuencia. Periódicos, cadenas de televisión e internet se dedicaron a disparar a quemarropa sobre la enésima e inútil ocurrencia propagandística del departamento a costa del contribuyente.

Entretanto, en el cuartel general se sucedían las reuniones más o menos restringidas para determinar la estrategia que había que seguir. Las de más alto nivel contaban con la presencia de Su Señoría. Para las restantes, se iba descendiendo en el escalafón jerárquico. A pesar de la contribución que había hecho a la investigación, Mila enseguida fue relegada a las menos importantes. Tuvo la clara impresión de que su papel había sido intencionadamente reconsiderado, como si alguien quisiera dejarla fuera de la investigación.

Hacia las cinco de la tarde dejó las plantas superiores del departamento para regresar al Limbo. Con la proximidad de la noche aumentaba el temor de lo que iba a suceder, pero Mila llevaba demasiadas horas sin dormir y necesitaba descansar, o de lo contrario perdería lucidez.

Entró en lo que antaño era un trastero, en el que había metido un catre para cuando se quedaba en la oficina más allá del horario nocturno. Se quitó las zapatillas de deporte y se sirvió de la cazadora de piel para abrigarse. La pequeña habitación, acogedora como un refugio secreto, estaba sumida en la oscuridad, excepto por la luz amarillenta que se filtraba por la rendija de debajo de la puerta. La claridad era suficiente para que se sintiera segura, como si alguien allí fuera velara mientras ella estaba en la oscuridad. Acostada de lado, con las piernas encogidas y los brazos cruzados, al principio no conseguía dormirse, pero después la adrenalina disminuyó y el cansancio se impuso.

—Lo tenemos.

Mila entreabrió los ojos, sin saber si la frase procedía de la realidad o del sueño. El tono era tranquilo, para no asustarla. Miró con más atención: la puerta estaba entornada para que la luz no la deslumbrara. A los pies del catre estaba sentado el capitán Steph, sujetando una taza humeante entre las manos. Se la tendió, pero Mila la ignoró y miró enseguida la hora.

—Tranquila, son las siete, el ultimátum todavía no se ha cumplido.

La agente se incorporó y acabó aceptando la taza; sopló en el interior antes de beber.

—Entonces ¿qué es lo que tenemos?

—Las investigaciones en el bufete de Philips han dado los resultados esperados: ahora tenemos un nombre... Nadia Niverman.

A pesar de que había sido la primera en lanzar la hipótesis, Mila se sorprendió al oír al capitán referirse precisamente a una mujer.

—Nadia Niverman —repitió, sin darse cuenta de que se había quedado con la taza a medio camino de la boca.

—Fue el último caso de desaparición del que se ocupó Eric Vincenti —recordó Steph—. Han llamado hace poco: por lo que parece, los peces gordos te necesitan otra vez.

Mila se pasó los diez minutos siguientes al teléfono con Boris. Lo primero que hizo, desde el ordenador de la mesa de Eric Vincenti, fue enviarles por mail el archivo de la investigación de la mujer, ocurrida hacía un par de años.

Nadia Niverman era un ama de casa de treinta y cinco años, metro sesenta, rubia. Se había casado un 23 de septiembre. Tres años después obtuvo la separación porque su marido le pegaba con regularidad.

—No hace falta decirlo: el cónyuge era cliente de Randy Philips —dijo Boris por teléfono—. He aquí un buen móvil para una venganza.

La agente no daba crédito.

—Mila, ¿qué está ocurriendo? ¿Qué diablos es esta historia de desaparecidos que regresan?

—No lo sé —se limitó a decir ella.

No lo entendía. Era incomprensible y, por eso mismo, la asustaba.

Roger Valin y Nadia Niverman habían desaparecido en épocas muy alejadas en el tiempo.

—Si lo supieran, los medios de comunicación los bautizarían como la *pareja asesina*. Aquí todo el mundo se está volviendo loco, Su Señoría ha convocado una reunión de emergencia.

—Lo sé, Steph acaba de subir.

—No comprendo por qué Nadia no ha matado a su marido en vez de al abogado —le confió Boris—. Aunque quizá el ultimátum sea para él —se corrigió enseguida.

—¿Lo habéis avisado?

—Hemos llevado a John Niverman a un lugar seguro. Ahora está bajo vigilancia, pero tendrías que ver lo muerto de miedo que está.

Al igual que con Valin, la foto de Nadia no había sido difundida en los medios de comunicación. A diferencia del contable, la desaparición de la mujer era relativamente reciente, por lo que había más esperanzas de reconstruir dónde había estado en aquel lapso de tiempo.

—Boris, ¿qué quieres que haga? ¿Quieres que vaya?

—No hace falta. Ahora pasaremos al marido por el torniquete e intentaremos averiguar si hay algún detalle de la vida de su exmujer que nos hubiera ocultado ese cabrón cagueta en el momento de su desaparición. Después, a través del expediente de Nadia, intentaremos saber si hace dos años pudo contar con la ayuda de alguien para desaparecer, tal vez de un conocido o de una amiga. Me gustaría que tú hicieras lo mismo. Por favor, ¿podrías comprobar si Eric Vincenti tenía apuntes sobre el caso que no aparezcan en el archivo oficial?

Tras colgar el teléfono, Mila se puso manos a la obra de inmediato.

Hizo deslizar el expediente por la pantalla del ordenador. Su colega del Limbo había usado un orden cronológico progresivo. Ese método sólo se utilizaba en los casos de desaparición. En homicidios, por ejemplo, siempre se empezaban las reconstrucciones por el final, es decir, por la muerte de la víctima.

Eric Vincenti ponía mucho esmero en la redacción de los informes, que parecían novelas.

«Es necesario preservar el impacto emotivo de algunas historias para alimentar su recuerdo —solía decir—. Cualquiera que lea el expediente después tiene que encariñarse con la persona desaparecida.»

Según Vincenti, sólo así su sucesor se comprometería cada día en la búsqueda de la verdad. «Igual que hacía él», pensó Mila.

«Los busco en todas partes. Nunca dejo de buscarlos.»

La agente echó un vistazo a las fotos que completaban el informe. Mostraban el paso de los años en el rostro de Nadia Niverman, pero su mirada había envejecido más que el resto. Y sólo había una cosa que pudiera provocar eso.

Mila conocía bien los efectos corrosivos del dolor.

16

Hubo un tiempo en que Nadia Niverman era una bonita muchacha. La compañera de instituto con la que todos los chicos habrían querido casarse. Campeona de atletismo, excelentes notas, actriz en la compañía de teatro de la escuela. Los antecedentes de una extraordinaria carrera escolar se vieron confirmados durante los primeros años de universidad, en la Facultad de Filosofía. A los veinticuatro años, Nadia ya era una mujer independiente y madura. Al acabar la licenciatura, realizó un máster en periodismo y la contrataron a media jornada en la redacción de una cadena de televisión. Se habría abierto paso, pero un día se cruzó en su camino el hombre equivocado.

Comparado con ella, John Niverman no era nada. Dejó el instituto a medias, el servicio militar a medias, y tenía un matrimonio a medias a su espalda. Había heredado de su padre una pequeña pero próspera empresa de transportes y había conseguido arruinarla.

«Un destructor», pensó Mila.

Nadia conoció a John en una fiesta. Un muchacho guapo, alto, con un aire de granuja simpático, le caía bien a todo el mundo. Y ella había picado. El noviazgo duró poco, y se casaron al cabo de un par de meses.

Mila podía imaginar cómo habían ido después las cosas. Nadia sabía desde el principio que a John le gustaba beber, pero estaba convencida de que era capaz de manejar la botella, y con el tiempo pensaba que conseguiría cambiarlo.

Y ése fue su mayor error.

Según lo que la mujer les había contado a los asistentes sociales, los problemas empezaron pocos meses después de la boda. Se peleaban por los mismos frívolos motivos que cuando eran

novios, sólo que ahora aparecía en las discusiones algo que Nadia no conseguía definir. No sabía decir de qué se trataba. Era sobre todo una sensación que derivaba de algunas actitudes de John. Por ejemplo, él había empezado a increparla, y cada vez se le acercaba más. Un centímetro cada vez. Pero después se echaba hacia atrás en el último momento.

Después, un día, la golpeó.

Pero por equivocación, dijo él. Y ella lo creyó. Aunque notó que había un resplandor nuevo en sus ojos, que nunca antes le había visto.

Una luz maliciosa.

Eric Vincenti había recopilado la enorme cantidad de información íntima y personal leyendo las denuncias que Nadia había presentado a la policía en el transcurso de los años. Todas puntualmente retiradas unos días más tarde. Tal vez por el bochorno de que lo supieran amigos y familiares, o por la vergüenza de tener que afrontar un juicio. O quizá porque, cuando John volvía a estar sobrio y le pedía perdón, era tan convincente que Nadia le concedía una segunda oportunidad. Y durante los años habían sido bastantes. Se podían contar, junto con los moretones. Al principio eran sobre todo contusiones que podían disimularse fácilmente con un jersey de cuello alto y un poco de maquillaje. Nadia consideraba que no había motivo para preocuparse mientras no hubiera sangre. Mila sabía lo que ocurría en esos casos: sólo hay que subir un poco más arriba el listón de lo que una mujer está dispuesta a tolerar para seguir con la vida de siempre. Cuando llegan las heridas, agradecen que no sean fracturas. Y cuando se rompe algún hueso, se convencen de que, al fin y al cabo, podría haber sido peor.

Pero había algo que dolía más que los golpes. Un sentimiento de impotencia y miedo que no abandonaba nunca a Nadia Niverman. Saber que la violencia siempre estaba al acecho y podía desencadenarse por cualquier tontería. Si decía o hacía algo que no debía, se desataría el castigo de John. Una pregunta de más, incluso normal, como querer saber a qué hora volvería para cenar. O simplemente si el marido encontraba algo inadecuado en su manera

de dirigirse a él o incluso en su tono de voz. Cada nimiedad podía convertirse en un pretexto.

Mila se daba cuenta de que cualquiera que no hubiera vivido esa experiencia, al leer la narración, se sorprendería por el hecho de que Nadia no hubiera huido enseguida. Y llegaría a la conclusión de que tal vez las cosas no iban tan mal si ella estaba dispuesta a aceptarlas. Pero Mila conocía el mecanismo de la violencia de género, en que los papeles son claros e inamovibles. Precisamente era el miedo lo que mantenía a la víctima atada a su opresor, porque producía un efecto paradójico.

En la psique herida de Nadia, la única persona que podía protegerla de John era el propio John.

Sólo en una cosa Nadia había conseguido plantarle cara a su marido. Él quería un hijo, pero ella tomaba la píldora a escondidas.

Aunque estaba convencida de que ese sexo embriagado y desmemoriado al que John la obligaba de vez en cuando no podía constituir un peligro, había sido muy taxativa al decidirlo. No impondría nunca a una nueva criatura lo que en cambio ella estaba dispuesta a tolerar.

Pero una mañana de marzo regresó a casa del supermercado con una extraña sensación en la barriga. Su ginecóloga le había dicho que, a pesar de tomar la píldora, había un pequeñísimo porcentaje de posibilidades de quedarse embarazada. Y Nadia, instintivamente, enseguida pensó que esperaba un bebé.

El test confirmó lo que ya sabía.

Le habría gustado abortar, pero no pudo convencerse de que fuera lo más adecuado.

Encontró la manera de decírselo a John y al poco tiempo constató con gran sorpresa que, a partir de la noticia, él se había calmado de repente. Temía que la rabia le estallara toda de golpe. Aun así, las discusiones después de beber continuaron pero, por muy encendidas que fueran, él ya no la tocaba. Su barriga se había convertido en una armadura. Nadia no podía creerlo y, lentamente, comenzó de nuevo a ser feliz.

Una mañana, se preparó para ir a su ginecóloga para hacerse una ecografía y John se ofreció a acompañarla porque empezaba a

nevar. Él tenía la expresión ausente y algo triste que tienen los alcohólicos cuando se levantan. No había ningún rastro de rabia en su manera de comportarse. Nadia se había puesto el abrigo, había cogido el bolso y se disponía a enfundarse los guantes en la parte de arriba de la escalera de su casa. Fue un instante. Sintió la presión violenta e inesperada de unas manos detrás de la espalda, el mundo de repente desapareció bajo sus pies y ya no supo lo que estaba arriba y lo que estaba abajo. El primer rebote fue en el escalón de madera, con las manos que, siguiendo el instinto, corrieron a proteger el vientre. Hubo una segunda cabriola, esta vez con más ímpetu que antes. La pared se le vino a la cara, el canto de la baranda al pómulo, y las manos, vencidas por la fuerza centrífuga, soltaron su presa. Otro choque, el tercero, a merced de la gravedad. La barriga amortiguó el golpe. La caída finalmente se detuvo. No había dolor, no había ruido y, lo que era peor, ninguna reacción. Todo parecía tranquilo allí dentro, demasiado tranquilo. Nadia recordaba el rostro de John en lo alto de la escalera. Impasible. Después él había dado media vuelta para marcharse y la había dejado allí.

La falta de empatía impedía que Mila supiera lo que Nadia había sentido. La única emoción a la que tenía acceso era la rabia. Evidentemente lo sentía por esa mujer, pero temía poder parecerse más a John.

Después de la caída por la escalera, la policía no podía ignorar la nueva agresión, con o sin denuncia. Lo que había ocurrido se parecía más a un intento de asesinato. Los agentes hicieron entender claramente a Nadia que, si contaba una mentira para exculpar a John, tal vez asegurando que había tropezado, él probablemente volvería a intentarlo. Y esta vez, en lugar del bebé, sería ella quien moriría.

Así fue como se armó de valor. Después de la denuncia hizo las cosas como es debido, buscando alojamiento en una casa para mujeres maltratadas donde él no pudiera localizarla. John había sido arrestado y su resistencia a los agentes le impidió ganarse la libertad bajo palabra. La mayor victoria de Nadia no había sido soportar

todos esos años junto a aquel monstruo, sino conseguir una separación rápida.

Pero entonces apareció Randy Philips.

Al abogado le bastó con mostrar en la sala un par de zapatos de tacón. Ningún testigo, ninguna prueba más para demostrar qué clase de madre era. Una mujer que, aun estando embarazada, no estaba dispuesta a renunciar a un capricho, a pesar de representar un peligro para la estabilidad de sus movimientos en un día de invierno en que nevaba. Una mujer que no sabía pensar en el bienestar de la criatura que llevaba en sus entrañas.

Ese día, John fue puesto en libertad. Y Nadia desapareció.

No se llevó consigo ni una pieza de ropa ni ningún objeto de su vida pasada, quizá para que todos creyeran que había sido el exmarido quien se había desembarazado de su mujercita. El hecho fue que John se vio en apuros durante un tiempo. Pero, según Randy Philips, no había pruebas para inculparlo. Y de ese modo Nadia volvió a perder la partida una vez más.

Cuando Mila terminó de leer el expediente, se puso a reflexionar. Tenía que estar lúcida y dejar a un lado la sensación de cólera que le provocaba. Después de todo lo que había pasado, Nadia tampoco merecía que le dieran caza como a un animal cualquiera. Tal vez Valin sí. Aunque la exasperación del hombre por la muerte de su madre fuera auténtica y comprensible, podría haberla superado, seguir adelante. Roger había dispuesto de diecisiete años para hacerlo, caramba.

La pareja asesina, tal y como los había definido Boris, en realidad estaba formada por individuos muy distintos. En un momento de su vida de fugitiva —porque así era como Mila veía a una esposa que escapa de un marido violento—, Nadia había conocido a Roger y se habían contado sus respectivas vidas, y habían descubierto que guardaban el mismo secreto y, quizá, el mismo odio en contra del mundo. Al aunar su rencor, habían creado una sociedad homicida.

«No comprendo por qué Nadia no ha matado a su marido en vez de al abogado —había dicho Boris por teléfono un rato antes—.

Aunque quizá el ultimátum sea para él», se había corregido enseguida.

Mila no estaba segura de ello. Si realmente Nadia hubiera querido matarlo, lo habría hecho al revés. ¿Qué sentido tenía matar a Randy de una manera tan impactante si luego la policía seguramente protegería a su exmarido? Si hubiera hecho lo contrario, nadie habría sospechado que también quería eliminar a Philips.

«El ultimátum no es para John Niverman», se dijo segura. Boris había afirmado que el hombre estaba muerto de miedo. La pena del talión que la asesina había escogido para el abogado era un anillo de boda en el dedo y una dolorosa muerte en la capilla dedicada a los novios. Para el exmarido, era el miedo. No quería que John saliera del paso con una muerte rápida. Tenía que pasar lo que había pasado ella, notar una sensación constante de peligro, saber que de un momento a otro podía tocarle a él, y experimentar así la insoportable espera de un destino cierto.

El teléfono del escritorio de Eric Vincenti sonó. Tras sobresaltarse, Mila esperó un poco antes de contestar.

—¿Qué haces ahí todavía? —Era Steph—. Son más de las once, el ultimátum hace rato que ha acabado.

Mila miró el reloj de la pared, no se había dado cuenta.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

—Nada de nada. Sólo una pelea a navajazos en un bar y un tipo que ha decidido echar a su socio del negocio precisamente esta noche.

—¿Has visto a Su Señoría?

—Se ha despedido de nosotros hace un cuarto de hora y he pensado en llamarte, ya que sabía que todavía estarías ahí. Vete a casa, Vasquez. ¿Entendido?

—De acuerdo, capitán.

17

Una neblina fría y ligera se deslizaba por las calles como un río fantasma.

Hacia la medianoche, Mila fue a buscar su Hyundai al aparcamiento exterior del departamento. Sin embargo, cuando estaba cerca del coche se dio cuenta de que tenía dos ruedas pinchadas. La sorpresa la puso en alerta: en su cabeza, ese imprevisto pasó a ser un peligro potencial. Un par de neumáticos deshinchados podía indicar que alguien quería aprovechar la ocasión para agredirla después por la calle. Pero Mila desechó enseguida esa paranoia: era un efecto colateral del caso en el que estaba trabajando. De hecho, le bastó con echar un vistazo alrededor para descubrir que los coches cercanos al suyo habían sufrido la misma suerte. Seguramente era obra de gamberros que querían vengarse de los polis del departamento. Ya había ocurrido otras veces en el último mes.

De modo que Mila optó por el metro y se dirigió a la parada más cercana.

No había nadie por la calle, la suela de goma de sus zapatillas gemía por la humedad, y sus pasos resonaban entre los edificios. Al llegar a la embocadura del metro fue embestida por la corriente de aire que producía un tren al llegar. Bajó corriendo los escalones con la esperanza de llegar a tiempo, introdujo el billete en el torno, pero se atascó. Volvió a intentarlo, sin éxito. Oyó que el convoy arrancaba y decidió renunciar.

Poco después, esperaba delante de la máquina automática a que emitiera otro billete.

—¿Tienes algo para mí?

Cogida por sorpresa por la voz, Mila se volvió de golpe. A su espalda, un muchacho con una sudadera con capucha le tendía la mano para que le diera monedas. Instintivamente, le habría gustado romperle la cara; en lugar de eso, le llenó la mano con el cambio de la máquina y lo miró mientras se alejaba contento.

Por fin consiguió pasar la barrera de tornos. Cogió la escalera mecánica que se ponía en marcha automáticamente en cuanto alguien subía al primer peldaño. Llegó al andén mientras un tren procedente de la dirección opuesta descargaba a un grupito de pasajeros en el otro lado. Al cabo de algunos segundos arrancó de nuevo medio vacío.

Mila levantó los ojos al panel que indicaba una espera de cuatro minutos.

Estaba sola en toda la estación. Pero no duró mucho tiempo. Advirtió un ruido, se dio la vuelta y vio que la escalera mecánica se había accionado de nuevo. De un momento a otro aparecería un segundo pasajero. Pero Mila no lo veía llegar. Los escalones seguían deslizándose hacia abajo como una cascada de acero, sin nadie. «Está tardando demasiado», se dijo. Y en ese momento le volvió a la cabeza la lección que había aprendido durante el caso del Apuntador.

El enemigo nunca aparece de repente, siempre crea una maniobra de distracción.

Se llevó la mano a la pistola y se volvió hacia el otro andén en busca de un peligro. Fue entonces cuando la vio.

En la plataforma del otro lado de las vías, frente a ella, Nadia Niverman la miraba con ojos vacíos y el rostro envejecido como si acabara de regresar de un largo viaje. Los brazos caídos a los costados, cansada. Llevaba una trenca demasiado grande.

Se quedaron inmóviles durante un tiempo que pareció infinito. Luego Nadia levantó la mano derecha y se la llevó al rostro. Con un dedo puesto sobre los labios, le hizo señal de callar.

Algunos papeles se levantaron de los raíles como marionetas colgadas de hilos invisibles y danzaron brevemente para ellas. Mila casi no se dio cuenta de que el soplo que las había movido en realidad anticipaba una ráfaga de aire frío, pero se recobró cuando vio que por el otro lado estaba llegando un convoy.

Estaba cerca y pronto se situaría como una barrera entre los dos andenes.

—¡Nadia! —gritó.

Pero cuando vio que la mujer daba un paso adelante, tuvo miedo. En su corazón antes que en la cabeza, supo que tenía que hacer algo. Sin pensarlo, estaba a punto de saltar a las vías con la intención de vadear ese río invisible de polvo y viento. Las luces del tren aparecieron en el túnel. Iba deprisa, demasiado deprisa. No lo conseguiría.

—¡Espera! —dijo a la mujer, que la observaba sin mover un músculo.

El tren estaba a unos cincuenta metros. Mila sintió una corriente de aire que la abofeteaba.

—Te lo ruego, no lo hagas —se oyó suplicar mientras un galope metálico se cernía sobre su voz.

Nadia sonrió. Dio otro paso.

Cuando el primer vagón empezó a frenar, la mujer se dejó caer en las vías con una delicadeza que Mila nunca podría olvidar, como si levantara el vuelo. Un único sonido sordo, inmediato, que la estridencia de los frenos se encargó de sofocar.

La agente se quedó observando durante un instante el telón de metal que se había interpuesto entre ella y la escena. Después se movió, echando a correr escalera arriba. En poco tiempo, bajó por el lado opuesto hasta llegar al andén donde antes estaba Nadia.

Un pequeño corrillo de gente que había bajado del tren se había agolpado al fondo del andén, antes del túnel. Mila se abrió paso.

—Policía —anunció mostrando su placa.

El conductor estaba fuera de sí por la rabia.

—Joder, es la segunda vez que me pasa este año. Pero ¿por qué no lo hacen en otro sitio? Joder —repitió sin piedad.

Mila miró las vías. No esperaba ver sangre o restos humanos. «Siempre sucede lo mismo —pensó—, es como si el tren se hubiera tragado a la persona.»

En efecto, entre los raíles sólo había un zapato de mujer.

No sabía por qué, pero aquella imagen le recordó a su madre, aquella vez que había tropezado cuando la acompañaba al colegio.

Ella siempre tan compuesta en sus maneras, tan atenta a las apariencias, estaba en el suelo, víctima del descaro de un tacón roto. La recordaba despeinada, sin un zapato y con una media de color carne con una carrera a la altura de la rodilla. Su considerable belleza, que los hombres no perdían la ocasión de subrayar con la mirada, quedó desmitificada por la risita de un tipo que ni siquiera se detuvo a ayudarla. Mila había sentido rabia por aquel patán y pena por su madre; fue una de las últimas veces que sintió algo en el corazón, antes de que llegara el vacío.

El recuerdo la indujo a dirigirse al grupo de pasajeros congregados detrás de ella.

—Aléjense —los conminó.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que, un poco más allá, estaba el muchacho con la sudadera de capucha con el que se había cruzado poco antes. Tal vez la confusión lo había atraído y había bajado a mirar, aunque sin alejarse del pie de la escalera. Sin embargo, la atención de Mila se centró en el objeto que el joven tenía entre las manos, observándolo con aire interrogativo.

—Eh, tú —llamó.

El muchacho se volvió con un sobresalto.

—Eh, suéltalo —le ordenó mientras avanzaba hacia él.

El joven dio un paso atrás asustado. Después le tendió enseguida lo que guardaba.

—Lo he encontrado aquí —dijo señalando el andén—. No quería robarlo, lo juro.

Le mostró el estuche de terciopelo de un anillo.

Mila se lo quitó de las manos.

—Vete —le dijo simplemente. Y el chico obedeció.

La agente observó a su vez el objeto, relacionándolo enseguida con la muerte de Randy Philips. Pero si el anillo de boda estaba en el dedo del cadáver, ¿qué contenía ahora el pequeño joyero?

Mila titubeó. Después abrió con prudencia el estuche, por el temor del secreto que iba a desvelar. Aunque reconoció de inmediato el contenido, lo examinó sin comprender su significado.

Era un diente con sangre incrustada. Y era humano.

18

—He visto muchas mutilaciones de cadáveres, créanme.

El joven sargento se había preguntado adónde habría ido a parar el premolar de la víctima y por qué el asesino había decidido llevarse ese souvenir.

—Hay quien escoge una oreja o un dedo. Una vez, debajo de la cama de un traficante, encontramos la cabeza del drogadicto al que había matado unas horas antes. Quién sabe lo que se le pasó por la mente para llevársela a casa.

La anécdota no sorprendió a Mila y a Boris. Si no hubieran llegado ellos, el episodio del diente también habría acabado simplemente en la lista de hechos curiosos que cuentan los colegas durante la pausa para almorzar. Mila, en particular, no tenía ganas de oír historietas truculentas mientras a unos kilómetros de distancia los sepultureros recogían el cadáver de Nadia Niverman de los raíles sobre los que había pasado aquel maldito tren.

Por suerte, el joven sargento se calló, de modo que el trío pudo cruzar una cocina de estilo rústico, después un dormitorio pintado de gris, un salón de estilo victoriano y otra cocina, esta vez moderna. Mientras iban pasando por las habitaciones de la exposición de la enorme tienda de muebles usados, Mila pensaba en lo que había ocurrido aquella noche, empezando por los neumáticos pinchados del Hyundai: seguramente una artimaña ideada por Nadia para atraerla hacia el metro. Antes de matarse, la mujer le había hecho un gesto para que se callara. Después le había dado aquella pista. Mila todavía se asombraba por la facilidad con la que habían hallado la nueva escena del crimen. Había bastado con introducir en el ordenador del departamento la palabra *diente* y había aparecido un extraño homicidio ocurrido precisamente al amanecer de esa misma

madrugada, exactamente a la hora en que las mejores mentes de la policía federal estaban concentradas en la Love Chapel.

—No hemos encontrado pistas del asesino —afirmó el sargento —. Ni siquiera una huella, y eso que había un montón de sangre. Es obra de un profesional, se lo digo yo.

La víctima se llamaba Harash, un hombre de cincuenta y cinco años de origen árabe.

—Lo apodaban el Sepulturero, su negocio consistía en vaciar las casas de los muertos —dijo el sargento para esbozar un retrato rápido—. En cuanto alguien moría, él se presentaba a los familiares y les hacía una oferta por todas sus cosas. Compraba el paquete completo. Hay un montón de gente que vive sola, ¿saben? El heredero resulta ser un hijo o un sobrino que no sabe qué hacer con los muebles y los electrodomésticos. Harash les resolvía el problema y los otros no podían creerse que fueran a hacer negocio con esos trastos viejos. El sepulturero sólo tenía que leer las necrológicas para descubrir los mejores negocios. Pero todo el mundo sabe que empezó prestando dinero con intereses abusivos. A diferencia de los demás usureros, cuando los deudores no podían pagar el plazo, Harash no les rompía los huesos enseguida. En vez de eso, se apoderaba de sus bienes y luego los vendía y se quedaba lo que obtenía como anticipo sobre los intereses.

Mila miró los objetos que la rodeaban. Procedían de otros tiempos, de otras vidas. Cada uno de ellos podía contar una historia. ¿Quién se había sentado en ese sofá? ¿Quién había dormido en aquella cama o había mirado ese televisor? Eran las sobras de la existencia de alguien, el envoltorio para reciclar después de la muerte.

—Así fue como Harash abrió este lugar —continuó el sargento mientras pasaban por otro salón anónimo—. Llegó un momento en que ya no necesitaba prestar dinero. Sus actividades eran lícitas, resplandecientes a la luz del sol. Y además tuvo suerte, porque al final sólo llegó a pasar un par de años en la cárcel. Podría haber continuado así y, sin embargo, empezó otra vez a desempeñar su viejo oficio de usurero a escondidas. Lo que suele decirse: árbol que crece torcido nunca su tronco endereza. No hay duda de que Harash

era codicioso, pero yo creo que principalmente lo hacía para volver a sentir aquel escalofrío al dominar la vida de esa pobre gente que necesitaba dinero.

El sargento se detuvo delante de una puerta con una barra de emergencia. La empujó y el trío se encontró en un depósito atestado de muebles de calidad inferior a los que había expuestos. El policía los condujo a continuación al fondo del local, donde había un pequeño despacho.

—Ha sido aquí.

Les mostró el punto en el suelo donde habían hallado el cadáver. Ahora sólo quedaban los contornos del cuerpo, trazados con cinta adhesiva amarilla.

—El asesino le ha arrancado los dientes, de uno en uno, con unas tenazas. Quería convencerlo para que le desvelara la combinación... —Señaló la caja fuerte empotrada en la pared—. Es un modelo anticuado, con doble cerradura.

En la pared, alguien había apuntado una combinación. La caligrafía estaba torcida. La habían escrito con un rotulador negro.

6-7-d-5-6-f-8-9-t

Mila y Boris dirigieron la mirada a la portezuela: todavía estaba cerrada.

—No lo ha conseguido —comentó el sargento leyéndoles el pensamiento—. Ese avaro sepulturero bastardo era obstinado, creía que podría resistir. El ladrón le ha arrancado la combinación cifra a cifra y letra a letra, pero Harash la ha palmado antes de revelar la última parte. El médico forense afirma que su gordo corazón no soportó la tensión. ¿Saben que el dolor que se siente con la extracción sin anestesia de un diente es idéntico al de cuando te disparan una bala? —Sacudió la cabeza, no se sabía si porque no podía creerlo o porque le resultaba divertido—. Le sacó ocho. Nosotros hemos encontrado siete y el último es el que tienen ustedes. Quién sabe por qué se lo habrá llevado...

—Porque no debían ser ustedes quienes descubrieran la verdadera razón por la que el asesino vino aquí —afirmó Mila.

—¿Cómo? —El sargento no lo entendía.

—Debían creer que se trataba de un robo que había acabado mal. —Mila sacó un par de guantes de látex del bolsillo de su cazadora. Se los puso y se acercó a la caja fuerte.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó el sargento a Boris, que, en vez de contestarle, le hizo una señal para que observara en silencio lo que iba a ocurrir delante de sus ojos.

Mila empezó a manipular las ruedecillas de la puerta, una con los números y la otra con las letras. Pasando la mirada de la caja fuerte a la pared, las giraba para componer la combinación apuntada en rotulador negro.

—No es exacto decir que el asesino de Harash no ha podido sonsacarle toda la combinación. Lo que ocurre es que el final estaba escrito en otro lugar.

Al terminar la secuencia, Mila añadió *«h-2-1»*.

Cuando tiró de la manija, tuvo la confirmación de que el grabado que había en el interior de la alianza hallada en el dedo de Randy Philips no era un ultimátum.

—Joder —exclamó el sargento.

La cavidad metálica estaba atestada de fajos de billetes, y también había una pistola. Pero al parecer nadie había tocado nada.

—Haré venir enseguida a Krepp —dijo Boris excitado—. Quiero que un especialista ponga patas arriba de nuevo este sitio en busca de huellas.

—La sección local de la científica ha hecho un buen trabajo —se defendió el sargento, revelando cierto disgusto por la desconfianza que demostraba el superior. En el fondo, para él Mila y Boris no eran colegas, sino sólo dos intrusos enviados por el departamento para poner en tela de juicio sus métodos.

—No es una cuestión personal, sargento —le dijo el inspector a modo de despedida—. Dé las gracias a sus hombres de nuestra parte, pero ya hemos perdido mucho tiempo. Ahora aquí hace falta lo mejor. —A continuación se dispuso a hacer una llamada con el móvil.

Mila seguía observando el interior de la caja fuerte. Estaba decepcionada. Confiaba en encontrar un indicio decisivo. «¿Esto es

todo? —Casi esperaba que algo la contradijera—. No es posible, no me lo creo.»

Mientras tanto, a su espalda, la polémica seguía.

—Haga lo que le parezca, pero está cometiendo un error, señor. —El sargento estaba claramente molesto—. Si pudiera hacerme caso un minuto más, me gustaría decirle que el asesino...

—Eso es exactamente: el asesino —lo interrumpió Boris sin reprimir su irritación—. Usted sigue hablando de un único culpable, pero es posible que fueran dos, o tal vez tres. Todavía no hay manera de saberlo, ¿no le parece?

—No, señor. Era sólo uno —contestó con firmeza el sargento, casi como un desafío.

—Y ¿cómo puede estar tan seguro?

—Porque tenemos un vídeo.

19

El vídeo podía significar un giro en la investigación.

El sargento había organizado una pequeña proyección en su despacho, disfrutando de la inesperada popularidad que había suscitado su última revelación.

Pasaba un poco de las dos de la madrugada y Mila notaba los efectos de la falta de sueño y de azúcar. Antes de visionar la grabación, había sacado una barrita de chocolate de un distribuidor automático que encontró junto a los ascensores.

—No sé por qué, pero de esta historia ya me espero cualquier cosa —le dijo Boris en voz baja mientras tomaban asiento delante de la pantalla.

Mila no hizo comentarios.

El sargento se aclaró la garganta.

—Estamos casi seguros de que el asesino entró en el almacén de muebles por la entrada principal. Tal vez cuando llegó ya era tarde o entró con otros clientes y después se escondió esperando el mejor momento para actuar, eso no lo sabemos. Pero, para escapar, utilizó una salida secundaria. La suerte ha querido que, justo a unos metros de distancia, hubiera la cámara de seguridad de una farmacia.

La policía de la zona había confiscado rápidamente la grabación que estaban a punto de ver.

El proyector estaba conectado a un ordenador que manipulaba un policía experto en informática.

—Todo sucede de manera bastante rápida —anunció—. Por tanto tendrán que prestar atención.

Apareció la calle desierta, en gran angular. Junto a la acera había algunos coches aparcados. La hora sobreimpresa en la parte

de arriba indicaba las seis menos cuarto de la mañana. La toma no era muy buena, se veía granulada y a veces avanzaba a saltos. Mila y Boris no dijeron ni una palabra, a la espera. De repente, una sombra pasó fugazmente justo por debajo de la cámara. Seguidamente desapareció en menos de un instante.

—Ése es nuestro hombre alejándose después del homicidio —anunció el sargento.

—¿Eso es todo? —preguntó Boris.

—Ahora viene lo mejor —lo tranquilizó el sargento, y le hizo una señal al policía que manejaba el ordenador.

La pantalla cambió: era otro tramo de la calle, pero grabado a lo largo. La fecha y la hora eran las mismas.

—Después de detectar al sospechoso, lo hemos seguido con la ayuda de otras cámaras de seguridad que están localizadas en la zona, y hemos podido reconstruir sus movimientos: esta toma, por ejemplo, pertenece a un supermercado.

En ese momento, el asesino pasó por debajo del objetivo. Ahora advirtieron claramente que llevaba un impermeable y una gorra.

—Por desgracia, la visera oculta el rostro —refirió el sargento.

Las imágenes siguieron cambiando. Las cámaras de un cajero automático y de un gimnasio, la del control del tráfico en un cruce. Los diversos objetivos, sin embargo, nunca conseguían capturar las facciones del sospechoso.

—Él lo sabe —dijo Mila. Y todos la miraron—. Sabe cómo moverse para evitar que las cámaras lo capten. Ha sido astuto.

—No lo creo —replicó enseguida el sargento—. Hay al menos unas cuarenta cámaras en esa zona, y no todas son reconocibles. Nadie sería capaz de conseguir una cosa así.

—Y, sin embargo, lo ha hecho —afirmó Mila segura de sí misma.

Se quedaron mirando la pantalla con la esperanza de que el asesino hubiera cometido un error. El montaje duró cinco minutos más. Después, de repente, el sospechoso giró en la esquina de una calle y desapareció.

—¿Qué ha ocurrido? —saltó Boris, en absoluto satisfecho.

—Lo hemos perdido —se apresuró a comunicarle el sargento.

—¿Qué significa que lo han perdido?

—No les había prometido un rostro, sino la confirmación de que actuó solo.

—Y entonces ¿por qué nos ha hecho ver esto durante diez minutos?

El inspector estaba fuera de sus casillas. El sargento no pudo contestarle. Visiblemente abochornado, le hizo una señal al técnico.

—Ahora lo veremos a cámara lenta.

—Espero por usted que esta vez se vea algo.

—Esperen. —Mila los detuvo—. ¿Tienen también las filmaciones de la tarde anterior al homicidio?

El sargento no comprendía la relación.

—Sí, hemos confiscado las películas de todo el día. ¿Por qué?

—Sabía dónde estaban situadas las cámaras, hizo una inspección.

—Pero eso no significa que lo hiciera el día antes del homicidio —la corrigió el policía.

Una idea fermentaba en la cabeza de Mila. «Él quiere que lo reconozcamos, pero no que lo hagan estos aficionados. Es como con la ropa de Roger Valin o el anillo de boda de Nadia Niverman. Nos está poniendo a prueba.» El homicida quería estar seguro de que delante de la pantalla estuvieran las personas adecuadas: más concretamente, quien ya se estaba ocupando del caso. ¿Por qué?

—Vamos a verlo de todos modos —dijo Mila—. Tal vez tengamos suerte. —No obstante, estaba convencida de que no dependía de la suerte.

Boris se volvió hacia ella.

—Si tienes razón, bastará con mirar la grabación de una sola cámara. ¿Cuál escogemos?

—La que controla el tráfico: tiene una panorámica más amplia y las imágenes son más nítidas.

El sargento dio las indicaciones oportunas al técnico y se dispusieron a ver la filmación.

En la pantalla apareció la misma calle de antes pero a la luz del día. Era un ir y venir de coches y transeúntes.

—Pásela deprisa —pidió Mila.

Hombres y vehículos aceleraron el paso. Era como estar delante de una película de cine mudo. Pero a nadie le apetecía reír, la tensión era palpable. Mila rogaba no haberse equivocado. Era la única posibilidad que tenían, pero se daba cuenta de que la intuición también podía acabar siendo un error.

—Aquí está —anunció triunfal el sargento, y apuntó el dedo hacia la esquina de la pantalla.

El técnico puso las imágenes a velocidad normal. Vieron al hombre con la gorra andando por la acera al fondo del encuadre. Iba con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos del impermeable. Se detuvo a la altura del cruce, junto a otros peatones que esperaban a que el semáforo se pusiera en verde para cruzar.

«Tendrás que mirar hacia arriba —se dijo Mila—. De lo contrario, ¿cómo vas a localizar las cámaras?» Y, mientras tanto, lo alentaba: «Venga, adelante».

Los peatones empezaron a caminar, señal de que el semáforo había cambiado. Pero su hombre se quedó inmóvil.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el sargento perplejo.

Siguieron observando su extraño comportamiento. Mila empezaba a entenderlo. «Ha escogido la cámara del tráfico por el mismo motivo por el que la hemos escogido nosotros: la visión es más amplia, y las imágenes, más nítidas», se repitió a sí misma. Estaba segura de que les iba a mostrar algo.

El sospechoso se agachó junto a una tapa de alcantarilla para atarse un zapato. Cuando hubo terminado, levantó la cabeza justo en dirección a la cámara. Después, con extrema calma, levantó una mano, se quitó la gorra de la cabeza y la agitó.

Estaba saludándolos precisamente a ellos.

—No es Roger Valin —dijo Boris.

—Bastardo —estalló el sargento.

No lo habían reconocido.

Sólo había una persona en aquella habitación que se acordara de él. Y era Mila. Y no porque su rostro estuviera colgado en la pared de la sala de los pasos perdidos. El verdadero motivo era que lo había tenido delante de ella a diario, en carne y hueso, durante

mucho tiempo, sentado al escritorio que estaba frente al suyo, abajo en el Limbo.

«Los busco en todas partes. Nunca dejo de buscarlos.»

Eso le decía antes de desaparecer Eric Vincenti.

BERISH

Prueba 511-GJ/8

Transcripción del sms enviado por el asesino de Victor Moustak —ahogado en *****, el 20 de septiembre de *****— a través del teléfono móvil de la víctima:

La larga noche ha empezado. El ejército de las sombras ya está en la ciudad. Preparan su llegada porque pronto él estará aquí. El Mago, el Encantador de almas, el Señor de las buenas noches: los nombres de Kairus son más de mil.

20

Todo el mundo quería hablar con Simon Berish.

Había algo en él que empujaba a la gente a abrirse, a revelarle los detalles más íntimos y personales. Y no era algo que hubiera descubierto recientemente, porque —a toro pasado— había comprendido que siempre había tenido esa clase de talento. Como cuando la maestra, a saber por qué, le confió sólo a él que tenía una relación con el subdirector. No lo dijo en esos términos, pero el sentido era claro: «Simon, el señor Jordan leyó tu redacción el otro día en mi casa. Dice que no escribes nada mal».

Y en una ocasión Wendy, la chica más mona de la escuela, le reveló sólo a él que había besado a su compañera de pupitre. Y después comentó: «Ha sido *magicoso*». Wendy incluso se había inventado un adjetivo para desvelarle la más ardiente de las verdades. Pero ¿por qué se lo decía precisamente al chico más desgraciado de la escuela?

En el fondo, unos años antes que Wendy o la maestra, su padre había hecho más o menos lo mismo: «Si un día de éstos no oyeras el ruido de mi coche entrando por el sendero, no te preocupes por mí, pero cuida de mamá». Efectivamente, no era una frase para decírsela a un niño de sólo ocho años. No lo hizo para responsabilizarlo, sino para quitarse un peso de encima.

Aquellos recuerdos habían vuelto repentinamente todos a la vez y ahora le enredaban la mente con pensamientos. No eran tristes ni desagradables. Lo que ocurría era que, después de tanto tiempo, no sabía qué hacer con ellos.

—... y Julius estaba tan borracho que entró en el establo que no era y, en vez de una vaca, se encontró con un toro de una tonelada que lo miraba.

Fontaine rio a gusto al final de la historieta, y Berish lo secundó a pesar de que se había perdido a la mitad de la anécdota. Las aventuras rurales de Fontaine habían ocupado la última media hora. Era una buena señal, el campesino empezaba a relajarse.

—¿Cuánta avena sacas? —preguntó Berish.

—Puedo llenar un par de silos por temporada. No está mal, diría yo.

—Ostras, no creía que fuera tanto —se congratuló él—. Y este año, ¿cómo irá? He oído que habéis tenido problemas con las lluvias.

Fontaine se encogió de hombros.

—Cuando la cosa va mal, me estrecho un poco el cinturón, aumento la porción de barbecho y al año siguiente planto maíz y lo recupero todo.

—Pensaba que era un ciclo continuo, que ya no hacía falta dejar descansar la tierra. —Para decirlo, Berish se servía de lo que recordaba de las clases de ingeniería agrícola en la escuela superior. Pero a esas alturas estaba a punto de acabar con sus conocimientos. No podía permitirse perder el contacto con Fontaine, sentía que en la última hora se había acercado mucho. Sin embargo, tenía la necesidad de cambiar de tema, y el paso no debía parecer demasiado brusco—. Apuesto a que la mitad de lo que ganas se lo queda el fisco.

—Sí, esos bastardos siempre tienen las manos dentro de mis bolsillos.

Los impuestos, ése sí que era un excelente inicio de conversación. Siempre funcionaba. Y, además, creaba complicidad, justo lo que necesitaba. Por eso, cargó las tintas:

—Hay dos personas que cuando me llaman por teléfono me entra un sudor frío: mi asesor fiscal y mi exmujer.

Se rieron juntos. Berish, sin embargo, nunca había estado casado. Se había servido de la mentira para introducir una palabra prohibida.

Mujer.

Pasaban de las cuatro de la madrugada y todavía no habían hablado de ello. Y, en cambio, era el verdadero motivo por el que se encontraban allí, por el que Simon Berish se había tragado la friolera

de setenta kilómetros de carretera. Pensaba que, si alguien los observaba ahora, no habría notado la diferencia entre ellos y dos tipos que acaban de conocerse en la barra de un bar y charlan para pasar el rato delante de una cerveza. Sólo que el lugar donde estaban era lo menos parecido que hubiera a un bar.

La sala de interrogatorios de la policía, en aquella pequeña comisaría de campo, era angosta y apestaba a nicotina rancia.

Los sitios como aquél tal vez fueran los últimos locales estatales en los que todavía se podía fumar. Berish había permitido a Fontaine que llevara consigo el tabaco y el papel. Sus compañeros consideraban que los cigarrillos eran un premio. Por ley, no podían impedir al sospechoso que fuera al baño, y tenían que suministrarle comida y bebida si éste la solicitaba. De modo que dilataban el permiso para ir al lavabo o le pasaban botellines de agua caliente que parecían meados, pero siempre corrían el riesgo de recibir una denuncia por abuso de los medios de coacción. El tabaco, en cambio, no estaba contemplado en la lista de derechos, y si el interrogado tenía la desgracia de ser un fumador empedernido, entonces la abstinencia podía resultar un instrumento de presión útil. No obstante, Berish no lo creía. Al igual que tampoco creía en las amenazas o en la táctica poli bueno, poli malo. Tal vez porque a él nunca le habían servido de nada esa clase de truquitos, o incluso porque pensaba que las declaraciones hechas en un estado de tensión no eran plenamente fiables. Algunos policías se conformaban. Pero Berish pensaba que existía una única confesión, hecha en un único lugar y en un único lapso de tiempo, y que ciertos pecados no podían admitirse a plazos.

Especialmente el homicidio fortuito.

Todo lo que venía después —las declaraciones hechas ante el fiscal o repetidas en la vista en beneficio de los miembros del jurado durante todos los pasos del proceso— sólo era palabrería corrompida por la necesidad de pactar consigo mismos por el crimen cometido. Porque el mayor problema no recae en afrontar el juicio de los demás, sino en convivir cada maldito día y condenada noche con la idea de no parecerse a la buena persona que uno creía ser.

Por eso, para liberar la conciencia, existía un único, mágico momento.

El de Fontaine estaba muy cerca, Berish lo presentía. Y lo vio precisamente por la reacción del agricultor ante la palabra *mujer*.

—Las mujeres saben cómo llegar a ser un verdadero dolor de cabeza —comentó el agente especial de una manera bastante frívola. Pero de ese modo había abierto la puerta al fantasma de Bernadette Fontaine, que entró en la sala de interrogatorios y se sentó silenciosamente entre ellos.

Era la cuarta vez que citaban al marido para que diera su versión sobre el hecho de que no se tuviera noticias de la mujer desde hacía casi un mes. No se hablaba de desaparición, y mucho menos de homicidio, puesto que faltaban elementos para probar tanto una hipótesis como la otra.

Legalmente el término exacto para el estado de la mujer era *ilocalizable*.

Y era por culpa de la costumbre de Bernadette de abandonar el techo conyugal cada vez que alguien le prometía apartarla de aquel marido estúpido que olía a estiércol. Generalmente eran camioneros o viajantes de comercio que se fijaban en lo vulnerable que era a los halagos y la compraban diciéndole que era demasiado guapa e inteligente para estar en un asqueroso pueblecito de montaña. Ella siempre picaba, subía al camión o al coche con ellos, pero nunca conseguía llegar más allá del primer motel. Se quedaban allí algunos días y, después de pasárselo bomba, éstos le propinaban un par de bofetones y la mandaban hacia atrás, a casa del inepto que se había casado con ella. Fontaine la aceptaba sin preguntar nunca nada, sin decir siquiera una palabra. Y, probablemente, Bernadette lo despreciaba todavía más por ello, pensaba Berish. Puede que alguna vez hubiera deseado que la emprendiera a bofetadas con ella. Sin embargo, todo cuanto había conseguido en la vida era un hombre inútil que —estaba segura— nunca la había amado.

Porque quien ama de verdad también es capaz de odiar.

Su marido era su carcelero. La tenía atada corta con la pasiva y condescendiente convicción de que, total, ella nunca podría encontrar nada mejor. La sola vista de Fontaine le recordaba cada

día —cada aciago instante— que, a pesar de ser más bonita e inteligente que las demás, no se merecía otra cosa más que él en la vida.

Sin embargo, las fugas de Bernadette duraban como máximo una semana, mientras que la última se estaba prolongando más de lo normal.

Nadie habría sospechado nada si, después de haberse escapado con un representante de abonos, un par de testigos no hubieran afirmado que la habían visto volver a casa, a la granja. Pero no había vuelto al pueblo a hacer la compra o a misa el domingo. De modo que empezaron a circular rumores acerca de que Fontaine, al final, se había cansado del papel de cónyuge estúpido y la había echado de casa.

Los policías locales dieron crédito a las murmuraciones porque, según una amiga de Bernadette que había ido a comprobar el motivo por el que no contestaba a las llamadas y no se dejaba ver, en la vivienda todavía estaban todas sus cosas. Y cuando una patrulla se había acercado para hacer un control, el marido confirmó que se había ido en plena noche, llevando sólo un pijama y una bata. Sin zapatos y sin dinero.

La historia, obviamente, no convencía a nadie. Pero los polis, en vista de las anteriores escapadas de Bernadette, no tenían pruebas para incriminar a Fontaine.

Si en realidad la había matado, la manera más fácil de deshacerse del cuerpo era enterrarlo en uno de los terrenos de la granja.

Los agentes habían registrado una parte de la propiedad con los perros de detección de cadáveres, pero, dada la extensión de la finca, se habrían necesitado centenares de hombres y meses de búsqueda.

De modo que Fontaine había sido convocado en tres ocasiones en la comisaría de policía. Lo habían presionado durante horas, por turnos. Pero no había servido de nada. El agricultor seguía insistiendo en su versión. Cada vez habían tenido que mandarlo a casa. Para el cuarto interrogatorio había sido llamado un experto de

la ciudad. Uno que, en opinión de mucha gente, era bueno en su oficio.

Todo el mundo quería hablar con Simon Berish.

El agente especial sabía que sus colegas habían sacado las cosas de quicio. Porque lo más difícil de hacer confesar a un hombre no es un homicidio, sino dónde ha ocultado el cuerpo.

Y era precisamente el motivo por el cual en el cuatro por ciento de los casos de asesinato el cadáver no se encontraba. Por eso estaba seguro de que, aunque consiguiera que Fontaine admitiera haber matado a su joven mujer, no podría sacarle una sola palabra acerca de dónde había escondido el cadáver.

Era una actitud habitual. De ese modo el asesino no se veía obligado a aceptar la idea de lo que había hecho. La confesión se convertía en objeto de un compromiso: «Os digo que he sido yo y vosotros me permitís borrar para siempre a la víctima de mi existencia dejándola allí donde está ahora».

Naturalmente, un acuerdo parecido no habría sido posible desde el punto de vista jurídico. Pero Berish sabía perfectamente que para el policía que lleva a cabo el interrogatorio es suficiente con alimentar la ilusión en el culpable.

—Sólo me he casado una vez y para mí ya fue una vez de más —ironizó el agente especial, haciendo avanzar su escenificación—. Tres años de infierno y, por suerte, no tuvimos hijos. Aunque ahora estoy obligado a mantenerla a ella y a un chihuahua. No puedes imaginar lo que me cuesta mantener a ese maldito perro, que, encima, me odia.

—Yo tengo un par de mestizos, son buenos haciendo guardia.

Fontaine había cambiado de tema, aquello no iba bien, pensó Berish. Tenía que llevarlo hacia atrás antes de que se perdiera del todo el hilo de la conversación.

—Hace años tuve un hovawart.

—¿Qué raza es ésa?

—Su nombre significa «guardián de patio». Es un bonito perrazo de pelo largo y rubio. —El agente especial no estaba mintiendo, le había puesto el nombre de *Hitch*—. El perro de mi mujer es tan inútil

como los mosquitos. Pero mi padre siempre decía: cuando te casas con una mujer, eres responsable de ella y de todo lo que ama.

No era cierto: su padre —ese bastardo— había declinado sus obligaciones trasladando el peso a las espaldas de un niño de sólo ocho años. Pero en ese momento necesitaba un padre íntegro, capaz de dar memorables lecciones de vida.

—Mi padre me enseñó a trabajar duro —repuso Fontaine, ensombreciéndose—. Me convertí en lo que soy porque él era así. He heredado el oficio de los campos y todos los sacrificios que conlleva. No es una vida fácil, créame. En absoluto, no. —El hombre había inclinado la cabeza y la sacudía lentamente, perdiéndose en una extraña tristeza.

Se estaba cerrando.

Berish notó sobre sí la mirada del fantasma de Bernadette, que parecía reprocharle que le hubiera permitido alejarse. Debía recuperarlo enseguida, o de lo contrario lo habría perdido. El único modo era tirar al azar, pero si no daba en el blanco, entonces se habría terminado. Si no lo había entendido mal, como mínimo el padre de Fontaine había sido tan cabrón como el suyo, por eso dijo:

—No es culpa nuestra si somos lo que somos. Depende siempre de quien nos ha precedido en esta mierda de mundo.

Había introducido un concepto importante: el de la culpa. Si Fontaine era una persona quisquillosa o creía que había tenido el mejor padre del planeta, se ofendería, echando a perder aquella charla de seis horas. Si, en cambio, el campesino nutría resentimiento por haberse comportado siempre como un débil, entonces Berish acababa de ofrecerle la oportunidad de descargar sobre otra persona sus propias equivocaciones.

—Mi padre era severo —admitió el hombre—. Tenía que levantarme a las cinco y apresurarme con mis tareas en la granja antes de ir al colegio. Pretendía que las cosas se hicieran como él quería. Y cuidado si fallaba.

—Yo también he conocido el sonido de los bofetones —le echó una mano Berish.

—No, él usaba la correa. —Lo dijo sin rencor, de manera casi desencantada—. Pero tenía razón: a veces no tenía la cabeza donde

debía estar, o me ponía a fantasear.

—De pequeño pensaba continuamente en los viajes espaciales, me encantaban los tebeos de ciencia ficción.

—Yo, en cambio, ni siquiera sé en qué pensaba. Me esforzaba en mantenerme concentrado, pero al cabo de un rato la cabeza se me iba sin que pudiera evitarlo. Los maestros también decían que era lento. Pero mi padre no quería atender a razones porque en el oficio de agricultor no puedes distraerte. Así, cada vez que hacía algo mal, él me daba una lección. Y yo aprendía.

—Apuesto a que desde entonces no has vuelto a equivocarte.

El hombre hizo una breve pausa.

—Hay un pedazo de tierra al abrigo de la ciénaga donde no crecerá nada este año —dijo luego, casi en un susurro.

Por un instante, Berish dudó de si había pronunciado realmente la frase. No replicó, sino que dejó que el silencio calara entre ellos como un telón. Si le molestaba, debía ser Fontaine quien lo corriera para mostrarle lo que había detrás, el espantoso resto de la historia.

De hecho, el agricultor añadió:

—Probablemente sea culpa mía, he echado demasiado herbicida.

Se había colocado a sí mismo y la palabra *culpa* en la misma frase.

—¿Podrías llevarme a ese terreno cerca de la ciénaga? ¿Sabes?, me encantaría verlo... —propuso Berish con calma.

Fontaine asintió y luego levantó la cabeza. En el rostro del agricultor se proyectaba la sombra de una sonrisa. Había puesto las cosas en su sitio. Había sido duro quedarse aquello dentro, pero por fin era libre, podía dejar de preocuparse de fingir.

El agente especial se volvió. El fantasma de Bernadette se había marchado.

Poco después, los coches patrulla pasaban como balas en medio del campo. Durante todo el trayecto en coche, el asesino se mostró tranquilo. Se merecía aquella serenidad, pensó Berish. Fontaine había cumplido con su deber, había cuidado de su mujer y ahora Bernadette tendría un funeral y una sepultura digna.

Todo el mundo quería hablar con Simon Berish.

Pero, en el fondo, habría sido más exacto afirmar que todo el mundo quería confesar algo malo a Simon Berish.

21

Eric Vincenti guardaba en el cajón de su escritorio un ejemplar de *Moby Dick*.

A Mila le costaba imaginar que un hombre que había encontrado el significado de su propia vida en las páginas del libro de Melville fuera un asesino que arrancaba los dientes a la víctima con el único objetivo de torturarla hasta la muerte.

Su compañero del Limbo sostenía que la novela contenía todo lo que había que saber sobre su oficio, porque Ahab buscaba a la ballena blanca exactamente como ellos buscaban a quienes se habían perdido en el océano de la nada. «Sin embargo, a veces no sabes quién es el malo, el verdadero monstruo de esta historia —decía—. ¿*Moby Dick* o el capitán? ¿Por qué Ahab insiste en buscar algo que no quiere ser encontrado?»

La duda sobre el sentido de su trabajo se resumía en esa simple pregunta.

El asesino de Harash *el Sepulturero* era un hombre dotado de una increíble profundidad y capaz de gestos de espontánea gentileza, como acordarse de llevarle el café todas las mañanas cuando empezaba su turno en el Limbo. Y mientras trabajaba, tenía una pequeña radio sintonizada en una emisora de música de ópera a un volumen casi imperceptible y murmuraba las arias en voz baja. El mismo Eric Vincenti que, cuando iban a hablar con los padres de un desaparecido, siempre llevaba en el bolsillo un pañuelo limpio por si necesitaban llorar. Eric Vincenti, que siempre tenía caramelos de menta para ofrecer. Eric Vincenti, que no se enfadaba nunca. Eric Vincenti, el poli menos poli que Mila había conocido nunca.

—Eric bebía —le confió Steph en voz baja. En su despacho reinaba el silencio acogedor de una iglesia—. Era esclavo del alcohol.

—Nunca me di cuenta.

—Porque no era como el marido de Nadia Niverman, que desahogaba la maldad de sus borracheras con su mujer. Eric estaba entre los que yo llamo los profesionales de la botella. Gente que sabe cómo repartir una lenta cogorza de bebidas alcohólicas en el curso de un día entero, que no deja notar nada porque en realidad no se emborracha nunca. Aunque te pareciera un tipo serio, siempre hay que pagar un tributo a tu lado oscuro. Todos llevamos una máscara para esconder la peor parte de nosotros. La de Eric eran los caramelos de menta.

Mientras tanto, al otro lado de la puerta, los agentes anticrimen se estaban llevando todo lo que había en el escritorio de Vincenti —excepto el ejemplar de *Moby Dick*, que años atrás había desaparecido junto con él— con la esperanza de encontrar una pista que los condujera a la siguiente casilla del intrincado misterio.

Esta vez no habían hallado ninguna señal que anunciara el próximo delito.

No estaba en la caja fuerte de Harash *el Sepulturero*, ni en su cadáver. Podía considerarse una noticia tranquilizadora que confirmara la esperanza de que todo hubiera terminado, pero los polis eran desconfiados por naturaleza. Y a menudo hacían bien, pensaba Mila. Ella, por ejemplo, se había fiado de Eric y ahora tenía que sufrir las consecuencias.

—Nadia vino a matarse delante de mí, en el metro, para dejarme la pista del diente... porque sólo yo podría haber reconocido a Eric en ese vídeo —constató Mila con desolada amargura—. Pero ¿por qué Harash? ¿Qué tenía que ver un usurero con Vincenti o con estar enganchado a la bebida?

El móvil de la venganza personal que había servido para Roger Valin y Nadia Niverman no se sostenía. Además, la mujer había decidido suicidarse, mientras que Eric Vincenti y el asesino múltiple habían reaparecido para volver a desvanecerse después en la nada. Todo ello complicaba claramente las cosas.

—La maldición de Eric era este lugar —prosiguió Steph—. Su cara ya había acabado entre las fotos de la sala de los pasos perdidos, sólo que él todavía no se había dado cuenta, ni yo

tampoco —añadió con una nota de pesar—. Tendría que haber intuido que estaba llegando al punto crítico, que ya no podía aguantar el peso de la responsabilidad de todas esas vidas pendientes. Todo policía está obligado a pasar cuentas con su propio oficio y con el horror que conlleva. Pero los que estamos en el Limbo no vamos a la caza de ladrones o asesinos; nuestro enemigo es el vacío y está hecho de aire y de sombra. Cuanto más lo miras, más real te parece. Se traga a las personas y ya no las devuelve, o por lo menos no como eran antes. A nuestros compañeros del departamento no se les pasa por la cabeza la idea de que el objeto de su investigación pueda corromperlos. El vacío, en cambio, un día empieza a hablarte, y para algunas personas puede volverse atrayente. Te regala una pista y así te convence de que podrás conseguir otras. Mientras tanto empiezas a cederle parte de ti. Pero no se puede convivir con el vacío, con el vacío no se negocia. Al final serás tú quien le abrirá la puerta de tu casa, como si fuera un amigo que sólo viene a saludarte. Él entra y empieza a saquearlo todo.

—Exactamente igual que un usurero —dijo Mila.

Steph se detuvo, no lo había pensado.

—Sí, como Harash. —La mirada del capitán se perdió en la oficina y en el interior de reflexiones desconocidas—. Creo que Vincenti decidió matarlo porque el Sepulturero era un parásito, se aprovechaba de los mismos sufrimientos que normalmente empujan a la gente a desaparecer.

«¿Quién es el monstruo, Ahab o *Moby Dick*?»

Los músculos del rostro del capitán se relajaron.

—Con toda franqueza, no tengo fuerzas para condenar a Eric por lo que le ha hecho a ese bastardo.

Era una afirmación fuerte por parte de Steph, un compromiso con la oscuridad. Debería haber sido «nosotros en este lado, él al otro». Pero la sombra siempre intentaba extenderse, pensó Mila. Y, a su vez, los representantes de la justicia tampoco sabían resistirse a la tentación de echar un vistazo al otro lado para ver qué había. En el fondo, todos necesitaban una ballena blanca para fingir que le daban caza.

El capitán se levantó de la silla y la miró.

—La reunión en los pisos superiores está a punto de empezar. Por eso, digan lo que digan sobre Eric, nosotros no cambiaremos de idea sobre él. —Después añadió, serio—: Los pecados del Limbo quedan en el Limbo.

Mila asintió. Y su gesto fue como una absolución.

22

En el departamento se había convocado una reunión de urgencia.

Estaban presentes los peces gordos, junto a los subdirectores y a los analistas de anticrimen. En total, unas cincuenta personas. Todavía estaba vigente la máxima discreción.

Mila entró en la sala al lado del capitán Stephanopoulos. Normalmente no estaba permitido que una simple agente participara en las reuniones de los dirigentes, por eso ella se sentía fuera de lugar. Steph le guiñó el ojo, en ese momento tenían que hacer frente común porque pesaba una especie de culpa colectiva sobre los miembros del Limbo a causa de la implicación de Eric Vincenti; los miraban con recelo por el solo hecho de haber trabajado con él. Además, la agente también se sentía incómoda porque era la única mujer presente.

Pero lo que destacaba todavía más en aquella asamblea de machos alfa era la ausencia de Su Señoría.

Aunque el jefe no se dignara intervenir, su espíritu flotaba en el ambiente. Y Mila estaba convencida de que la cámara de seguridad situada en el techo, en un lado de la sala, no estaba tan inactiva como parecía.

—Señores, tomen asiento, vamos a empezar —anunció Boris intentando que cesara el murmullo de los que se habían agrupado alrededor de una mesita con dos grandes termos de café caliente que habían llevado para la ocasión.

Al cabo de pocos segundos todos habían ocupado ya su sitio.

Mientras atenuaban las luces para permitir ver la pantalla, Mila tuvo una extraña sensación. Ese cosquilleo en la base del cuello que normalmente la avisaba de que algo estaba a punto de cambiar, irreversiblemente.

Hacía siete años que no le sucedía.

No la ponía necesariamente en guardia contra un peligro. También podía ser sólo la oscuridad, agazapada en su interior, que daba señales de vida y reclamaba su dosis de atención.

Un haz de luz polvorienta atravesó la sala hasta llegar a la pantalla a la espalda de Boris. A continuación aparecieron, una al lado de otra, las fotos de Roger Valin, Nadia Niverman y Eric Vincenti.

—Seis víctimas en menos de cuarenta y ocho horas —empezó diciendo el inspector—. Y de momento sólo tenemos preguntas sobre quiénes son los responsables. ¿Por qué estas personas decidieron desaparecer hace años? ¿Dónde han estado durante todo este tiempo? ¿Por qué están volviendo precisamente ahora para matar? ¿Qué plan se esconde detrás? —Se concedió una pausa con efecto—. Como ven, hay bastantes puntos oscuros, y siempre relacionados entre sí. Pero una cosa es segura: sea lo que sea, nosotros lo pararemos.

En la jerga de la policía, aquellas frases debían servir para transmitir un sentimiento de seguridad y determinación. Pero en algunos gestos musculares, Mila siempre lograba adivinar principalmente un sentimiento de impotencia y desorientación.

«Cuando el enemigo nos está derrotando, en vez de reaccionar, nos preocupamos por esconder nuestra debilidad», eso era lo que pensaba ella.

Aunque la agente también había cometido un error. Había creído que Valin y Niverman se habían conocido después de haber huido del mundo, que habían puesto en común sus respectivos dramas y rencores para idear un plan de muerte. Pero al añadirse un tercer protagonista había puesto en entredicho la teoría de la pareja asesina. La presencia de Eric Vincenti era la demostración de que se enfrentaban a un fenómeno más amplio e imprevisible. Por eso ella también tenía miedo y esperaba que de aquella reunión se derivaran contramedidas tranquilizadoras.

—Después de haber intercambiado largamente opiniones con Su Señoría, hemos decidido la estrategia que deberemos adoptar a partir de ahora. Pero para interrumpir lo que está sucediendo,

primero tenemos que descifrarlo. —Boris hizo un gesto a Gurevich, que se levantó de su asiento para ocupar su sitio y avanzó de espaldas hacia la palestra.

—Nos enfrentamos a una organización paramilitar de corte extremista —afirmó enseguida.

Por un instante, Mila alimentó seriamente la duda de si lo había entendido bien. Pero después se dio cuenta de que Gurevich lo decía en serio. ¿Terrorismo? Era una locura.

—En el fondo, el carácter de tales actos es evidente —continuó el inspector para corroborar la tesis—. Lo que nos ha abierto los ojos ha sido el último homicidio de la serie: excluyendo los motivos de rencor y no siendo todavía clara la relación entre el autor y la víctima, no queda más que una explicación. —Gurevich miró a los presentes uno por uno, interpelándolos con la mirada. Después dijo, con énfasis—: Subversión.

Una oleada de murmullos preocupados partió del fondo de la sala y fue a estrellarse contra las manos levantadas del inspector.

—Se lo ruego, señores —los apaciguó él—. Quienes están actuando son células compuestas por un solo individuo, que obran por aparente venganza, pero cuya única intención, en realidad, es generar el pánico, provocando la desestabilización del orden constituido. Sabemos muy bien que el miedo es más poderoso que mil bombas —afirmó con bravuconería—. Buscan publicidad, pero nosotros se la hemos negado imponiendo al caso el más absoluto secretismo.

Aquella reconstrucción era un disparate, consideró Mila. Pero al fin y al cabo a los policías se les daba bien forzar la realidad: cuando se encontraban arrinconados contra la pared, en vez de admitir que estaban en apuros, replanteaban los hechos para demostrar que siempre habían ido al mismo ritmo que el enemigo. Por otra parte, para ellos el móvil de un crimen era un tema de juicios y tribunales. Los polis estaban interesados en el *quién* y el *cómo*, el *porqué* era totalmente relativo o se daba por supuesto.

En ese instante, detrás de Gurevich empezaron a verse las imágenes de la cámara del tráfico en las que aparecía Eric Vincenti mientras caminaba por la acera, se detenía en el cruce junto con otros peatones y después se agachaba junto a una alcantarilla para atarse un zapato, antes de quitarse la gorra para saludar insolentemente a quien lo estaba observando.

A Mila le parecía ridículo referirse a su compañero del Limbo como a uno de esos fanáticos que luchaban contra la sociedad y sus símbolos. Pero no podía evitar pensar lo distinto que Eric parecía en aquellas imágenes.

—Es inútil negar que va a resultar difícil prever el próximo blanco —prosiguió Gurevich, entrelazando las manos por detrás de la espalda ligeramente encorvada—. A esto tenemos que añadir el hecho de que los tres asesinos que han actuado hasta ahora no habían cometido delitos con anterioridad, por lo que no estaban fichados: Roger Valin ha sido identificado porque le ha revelado su nombre al único superviviente y gracias a una descripción de la ropa que llevaba; Niverman a causa de la alianza que llevaba la víctima en el dedo; Eric Vincenti ha sido reconocido por una compañera.

Mila le agradeció que no pronunciara su nombre.

—Eso avala la tesis de que no se trata de criminales profesionales, por lo que tampoco en adelante debemos confiar en encontrar en el archivo la correspondencia de una huella dactilar, sangre o ADN. Aunque no lo necesitamos —afirmó confiado—. Desde este momento entran en vigor los protocolos de antiterrorismo. La prioridad será la caza del hombre: tenemos que capturar a Roger Valin y a Eric Vincenti, descubrir quiénes son sus cómplices, quién los respalda y cubre su clandestinidad. —El inspector empezó entonces a enumerar ayudándose con los dedos de una mano—: Primero, Valin ha usado un rifle Bushmaster .223 para cometer la matanza: ¿de dónde lo ha sacado? Un simple contable no encuentra él solo un juguete como ése. Segundo: rastrearemos internet en busca de proclamas encendidas, analizaremos los sitios donde los fanáticos se reúnen para conspirar y para intercambiar opiniones contra el gobierno o consejos prácticos para llevar a cabo sus planes delirantes. Tercero: quiero

que presionen a los activistas políticos, a los traficantes de armas y a todos aquellos que en el pasado hayan considerado ni que sea vagamente la posibilidad de atentar contra el orden establecido. Nuestro lema será «mano dura y tolerancia cero». Cogeremos a esos bastardos, de eso no cabe duda.

El aplauso arrancó espontáneamente entre los asistentes. Pero más que la convicción, había sido la incerteza lo que lo había provocado: aplaudiendo, se la quitaban de encima, pero era como poner una alfombra sobre un abismo. Mila, de hecho, se daba cuenta de que todos los que estaban allí dentro temían acabar atrapados en un caso que no lograban comprender. Gurevich les estaba mostrando una vía fácil de escape y, por mucho que no hubiera elementos suficientes para dar crédito a su teoría, por el momento sus colegas sentían que no tenían elección. Sin embargo, el inspector estaba cometiendo un error garrafal: atribuir a los asesinos la etiqueta de *terroristas* sólo servía para calmar los ánimos, ya que no obligaba a preguntarse qué otra cosa podía ser lo que estaba sucediendo.

—Si hacemos una política de tierra quemada a su alrededor y anulamos el impulso de cada una de sus iniciativas, frenaremos nuevos ataques —concluyó Gurevich satisfecho.

Sin darse cuenta, Mila empezó a sacudir la cabeza un poco demasiado enérgicamente, de manera que atrajo la atención del inspector.

—¿No está de acuerdo, agente?

Todos se volvieron en su dirección y fue entonces cuando Mila se dio cuenta de que su superior se estaba dirigiendo a ella. Ahora, la única mujer presente en la sala podía advertir un extenso escozor en la piel, como si hubiera ido a parar al interior de un gigantesco microondas.

—Sí, señor, pero... —contestó con cierta incomodidad.

—Bien, Vasquez. Tal vez tiene usted alguna sugerencia que hacer...

—No creo que sean terroristas. —Ella misma se asombró de haberlo dicho, pero ya no podía echarse atrás—. Roger Valin era una persona débil. Quizá no deberíamos preguntarnos cómo ha cambiado en estos años desde su desaparición, sino qué ha provocado en él ese cambio, llevándolo a decidir empuñar un rifle de asalto para cometer una matanza. Honestamente, no creo que su venganza pueda encuadrarse en una ideología subversiva. Debe haber una explicación más íntima, más personal.

—En cambio, a mí me parece justamente el típico caso de un hombre cualquiera que va incubando rencor hacia la sociedad que no repara en él.

—En cuanto a Nadia Niverman —prosiguió Mila impertérrita—, no conseguía rebelarse contra un marido que le asestaba tantos golpes como para llevarla al borde de la muerte. Francamente, me resulta difícil pensar en ella como en la autora de un atentado.

En la sala empezaron a crecer los comentarios negativos; Boris y Steph la observaban con mirada preocupada.

Mila era consciente del murmullo hostil que la rodeaba, pero aun así decidió seguir adelante.

—Por no hablar de Eric Vincenti, un colega que dedicó toda su vida a solucionar casos de desaparición y que acabó viviendo rodeado de fantasmas.

—¿Quiere enternecernos con esas historias? ¿Tal vez está afirmando que ellos también eran víctimas? —Gurevich le dedicó una expresión cargada de reprobación—. Le aconsejo que tenga mucho cuidado con lo que dice, agente Vasquez, porque corre el serio riesgo de ser malinterpretada.

—Me refería al hecho de que, como usted ha dicho, ninguno tenía antecedentes, y que se trataba de personas que el mundo había abandonado mucho antes de que ellos abandonaran el mundo.

—Exacto. Por tanto, eran perfectos para una organización con finalidades subversivas: gente con poco o nada que perder, en perpetuo conflicto con la sociedad, deseosa de devolver un poco de la injusticia que habían recibido. Es evidente que alguien los reclutó y los ayudó a desaparecer. Les proporcionó una tapadera y, mientras

tanto, se ocupó de adiestrarlos. Y, a continuación, les asignó una misión.

—Tiene razón, existe una finalidad —convino Mila, desorientándolo—. Pero no deberíamos cometer el error de conformarnos con una primera impresión sólo porque nos lo dicta la experiencia. —En la sala no cesaron las quejas. Entonces la agente levantó la mirada, dirigiéndola hacia la cámara que vigilaba la discusión desde el principio, inmóvil y silenciosa—. Digo que seguramente hay un propósito detrás de todo esto. Digo que no hay modo de prever quién será la próxima víctima o el próximo culpable. —Se vio obligada a levantar el tono de voz para imponerse sobre la avalancha de comentarios que se levantaron a su alrededor—. Sólo digo que espero de todo corazón que se trate de terrorismo. Porque si no lo es, será difícil pararlo.

23

La sustitución de los neumáticos del Hyundai había requerido más de una hora.

Al término de la reunión, Mila habría querido regresar enseguida a casa. Sin embargo, en el parking del departamento se encontró con la desagradable sorpresa de la que se había olvidado por completo. Y había sido como revivirla de nuevo, con la rabia añadida que sentía ahora.

Había tenido que llamar a una grúa para transportar el coche al taller. Ahora la agente contemplaba la operación de reemplazar las dos ruedas pinchadas, pero en realidad su mente estaba en otra parte, su calma era sólo aparente.

No la habían echado de la reunión, pero después de su intervención la discusión había proseguido como si ella nunca hubiera abierto la boca. De modo que permaneció sentada e, ignorada por todos, esperó a que la asamblea terminara. Por eso estaba tan colérica consigo misma. Se había puesto en ridículo. Y la tenía tomada con Eric Vincenti porque se sentía engañada por una persona a la que apreciaba.

«¿Eras Ahab o *Moby Dick*? —pensó—. Ni el uno ni el otro, o tal vez ambos, por eso nunca me di cuenta.»

Faltaba un móvil claro para el homicidio que su compañero había cometido, siempre que pudiera definirse como *homicidio* arrancar los dientes de alguien hasta provocar su muerte. Mila estaba impresionada por tanta crueldad gratuita. Y además no había nada que guiara a la policía hasta el siguiente delito. Era también por eso por lo que el nerviosismo entre los investigadores era palpable.

No sabían quién ni dónde actuaría esa vez. Porque había una certeza que los unía a todos: aquello no iba a terminar pronto.

Hasta entonces, la cadena de los acontecimientos se había ido desvelando a partir de pistas concretas. Pequeños enigmas, como si fuera la búsqueda del tesoro: la ropa de Valin, el diente de Harash, el vídeo de Vincenti... Sí, pero ¿por qué su compañero del Limbo se había preocupado de no dejar huellas o restos orgánicos en la escena del crimen y, en cambio, había hecho aquella especie de desfile ante las cámaras?

«Tal vez la solución es tan simple que no conseguimos verla», se dijo Mila.

Pero en el departamento, en lugar de concentrarse en el siguiente eslabón de la cadena, se perdían en alocadas conjeturas. ¿Terroristas? ¿De verdad creían que iba a ser suficiente con asignar un nombre al miedo?

Al cabo de un rato le devolvieron el Hyundai con los neumáticos nuevos. Mila cogió las gafas de sol del salpicadero y se dirigió a su casa. Hacía un día magnífico, nubes dispersas surcaban el cielo azul intenso, diseminando fugaces manchas de sombra alrededor.

Con todo, Mila conducía mirando más allá de sus propios ojos. Las imágenes del vídeo en el que aparecía Eric Vincenti le pasaban por delante continuamente. La secuencia terminaba y volvía a empezar desde el principio, como si alguien en su cabeza rebobinara la película.

Ella siempre había tenido la convicción de que su colega un día aparecería. Que la oscuridad lo escupiría al igual que un bocado indigesto, devolviéndolo al Limbo como prueba viviente de que siempre es posible volver atrás.

Soñaba con que Eric cruzaría de nuevo el umbral de la oficina llevándole el café y, como si no hubiera transcurrido ni un día, iría a sentarse a su escritorio, encendería la radio sintonizada en la emisora que sólo transmitía música de ópera y se pondría a trabajar.

Sin embargo, Mila lo había reencontrado en el lugar más inesperado.

Ya no podría borrar de su memoria la figura grabada por la cámara de tráfico. El hombre con el impermeable que se agachaba

junto a la alcantarilla para atarse un zapato y que, con un gesto tan descarado y, en el fondo, también violento que le ponía la carne de gallina, se quitaba la gorra para saludar en dirección al objetivo.

¿Por qué aquella pantomima? ¿De verdad se trataba sólo de dejarse reconocer?

Parecía más bien una reivindicación, lo que avalaba la tesis de la subversión. Pero Mila veía otra cosa en aquellos fotogramas: su compañero —al que a ella todavía le costaba definir como ex— había sufrido el bautismo de la oscuridad. Y la puesta en escena delante de los ojos de la cámara significaba sobre todo una cosa.

Que Eric Vincenti bailaba con las sombras.

El sol de la tarde, que ya declinaba por detrás de las casas, inundaba de luz dorada el salón del piso de Mila, persiguiendo el polvo alrededor de las pilas de libros como si quisiera hacerlo salir de su escondite. Desde el otro lado de la calle, la pareja de gigantes sonreía al mundo que pasaba por debajo de la valla publicitaria, incluso al vagabundo que empujaba un carrito de supermercado repleto de bolsas de plástico y viejas mantas. Más tarde, Mila volvería a dejarle comida en el bidón de la entrada del callejón. Nada de hamburguesas en esta ocasión, tal vez una sopa de pollo.

Recuperada la calma, la agente se alejó del alféizar. Tomó asiento delante de su portátil y lo encendió. Al cabo de unos minutos, el software conectado a la microcámara de vigilancia estaba en funcionamiento. En la pantalla se veía de nuevo la habitación de la niña que controlaba a distancia.

La pequeña estaba dibujando sentada a una mesa redonda y baja. A su alrededor, una compuesta reunión de muñecas.

¿Cuál sería su favorita?

Llevaba el largo cabello rubio ceniza recogido en una cola que dejaba al descubierto la mitad del rostro. Empuñaba un lápiz de color y, por su expresión, parecía muy concentrada en lo que estaba haciendo. «Una perfecta señorita de seis años», pensó Mila, y subió

el volumen, pero de momento de los altavoces sólo llegaba el ruido de fondo.

En el encuadre apareció la misma mujer que había visto cuando se conectó un par de noches antes; llevaba una bandeja. A pesar de que pasaba de los cincuenta, todavía era muy hermosa.

—La merienda —anunció.

La niña se volvió, pero después enseguida continuó con sus cosas:

—Un momento.

La mujer dejó la bandeja sobre la mesa. Había un vaso de leche, galletas y pastillas de colores.

—Venga, vamos, ya terminarás luego. Ahora tienes que tomarte tus vitaminas.

—No puedo —insistió ella, como si estuviera llevando a cabo la tarea más importante del mundo.

La mujer se acercó y le quitó el lápiz de la mano. La niña testaruda consideró que no valía la pena protestar. «No hay ningún peligro —se dijo Mila—. Todo va bien.» Después la pequeña cogió una muñeca de pelo rojo y la estrechó en sus brazos, usándola como una especie de barrera, mientras en la carita se le dibujaba un morrito provocador.

«¿Qué clase de madre sería si no supiera el nombre de la muñeca favorita de mi hija?»

—Deja estar esa cosa —la riñó la mujer en la pantalla.

«Ella no lo sabe —se dijo Mila—. No lo sabe, caramba.»

—No es una cosa —protestó la niña.

La mujer suspiró, a continuación le dio las pastillas de vitaminas y el vaso de leche. Después se volvió para arreglar la mesa.

—Fíjate qué desorden —la regañó.

Aprovechando la distracción de la mujer, la niña hizo ver que se ataba el zapato y, en cambio, escondió las píldoras en el vestido de la muñeca del pelo rojo.

Ante la astucia de la pequeña, a Mila se le escapó una leve sonrisa. Pero se apagó casi enseguida de sus labios, al igual que sus ojos dejaron de mirar la pantalla a pesar de tenerla todavía delante.

Era como si la toma hubiera sido sustituida en la mente de la agente con la de otra cámara.

Eric Vincenti se paraba antes de un cruce y, junto a otros peatones, esperaba a que el semáforo se pusiera en verde. Eric Vincenti, en vez de cruzar, se inclinaba sobre una alcantarilla para atarse un zapato. Eric Vincenti se quitaba la gorra para saludar.

«No, no es exacto —se dijo Mila—. No está simplemente saludando. Quiere que se lo reconozca, claro está, pero... también quiere llamar la atención.»

Eric conocía bien a los agentes de policía, sabía cómo hacerlos volverse locos. Sabía que iban a perderse en complicadas conjeturas con tal de no admitir que estaban en un aprieto. La opción del terrorismo era una demostración.

«En cambio, la solución es tan simple que no conseguimos verla», se repitió Mila. Después recorrió de memoria cada instante de la secuencia, como si estuviera pasando los fotogramas de la filmación a cámara lenta.

La asociación de ideas con el truquito de la niña y las vitaminas era lo que la había iluminado.

Tal vez Vincenti, al agacharse, había ocultado algo para ellos en aquella acera.

24

La esquina de la calle estaba invadida por el tráfico de peatones que se apresuraban a volver a casa.

Desde el otro lado de la calzada, Mila observaba el ir y venir de zapatos de tacón, zapatillas deportivas, mocasines, chanclas. Gente ignorante de que en sus propios pies podía ocultarse una pista importantísima de la que dependía la vida y la muerte de alguien.

Como no quería dejar nada al azar, la agente cruzó la calle para realizar las mismas acciones que había visto hacer a Eric Vincenti en la filmación.

Lo primero que hizo fue caminar por la acera manteniendo la mirada baja. Su paso contrastaba con el de la gente que pasaba por su lado, despreocupada o distraída, que tal vez se lamentaba por verse obligada a ir más despacio. Pero Mila continuó tanteando con los ojos cada centímetro del empedrado, hasta que estuvo cerca de la alcantarilla junto a la que Vincenti se había agachado antes de empezar a saludar a la cámara.

Repitió el gesto de su compañero del Limbo. Con la espalda encorvada, inmóvil como una roca en un río de peatones obligados a esquivarla, observó la tapa de hierro sobre la que estaba grabado el escudo de la ciudad y el nombre de la fundición que la había fabricado. Detalles en los que, normalmente, nadie se fijaba. Un objeto que todo el mundo pisaba, pero que apenas entraba en el campo visual de los transeúntes.

Mila recorrió con los dedos las hendiduras del perímetro, hasta que encontró un papelito doblado. Con la ayuda de las yemas de los dedos intentó sacarlo, pero estaba muy metido, hasta el fondo. Lo intentó varias veces, obstinadamente, incluso rompiéndose una uña de la que empezó a salir sangre. Al final lo consiguió.

Chupándose el dedo para detener la pequeña hemorragia, se puso de pie. Sin apartar la mirada de la nota, y curiosa como una niña que acaba de hallar antes que nadie una pista para localizar el tesoro, giró en la siguiente esquina apartándose del flujo de peatones. En el callejón, con las manos temblorosas por la impaciencia, abrió el rebujo de papel.

Era un recorte de periódico.

Para ser más exactos, se trataba de una noticia breve que relataba un homicidio ocurrido el 20 de septiembre, el día antes de la matanza de Roger Valin.

El hecho había merecido un espacio en la crónica por las absurdas y crueles circunstancias de aquella muerte. Pero el detalle de que la víctima sólo fuera un pequeño traficante había relegado la noticia al final de la página.

Mila leyó.

Según las declaraciones de su hermano, Victor Moustak odiaba el agua. Y, aun así, había muerto ahogado. Más exactamente, en tres centímetros de un líquido turbio. El asesino le había atado las manos y los pies y luego le había sumergido la cara en un cuenco de metal que normalmente servía para dar de beber a los perros.

Los investigadores tenían las huellas del homicida, halladas en una de las cuerdas usadas para inmovilizar a Moustak. Sin embargo, buscando en el archivo, no se había encontrado al culpable y éste había quedado sin identificar.

El periodista, además, también contaba un hecho extraño que había caracterizado el homicidio.

Antes de marcharse, el asesino había usado el teléfono móvil de Moustak para enviar un sms al hermano de la víctima, aunque también cabía la posibilidad de que su número hubiera sido seleccionado al azar de la lista de contactos. La policía no había querido difundir el contenido del mensaje.

Cuando terminó de leer, Mila advirtió un añadido a lápiz al final del recorte.

PVH

Sacó su móvil del bolsillo e hizo una llamada.

—Stephanopoulos —contestó rápidamente el capitán del Limbo.

—Puede que la serie de asesinatos empezara antes de la carnicería de Roger Valin.

—¿Cómo lo sabes?

—Eric Vincenti me ha dejado una pista.

Steph se quedó callado unos segundos y Mila intuyó que no estaba solo.

—¿Podemos hablarlo luego? —preguntó el capitán.

—Necesito que entres en el archivo del departamento con tu ordenador.

—Dame diez minutos y te llamo desde mi despacho.

Transcurrieron quince antes de que el móvil de Mila sonara.

—¿Qué es todo esto? Tienes que avisar a Boris y a Gurevich.

—¿Para avalar su tesis del complot terrorista? Ni hablar. Los llamaré cuando tenga las ideas más claras.

—Por favor, Mila —dijo simplemente, sabiendo que no conseguiría hacerla cambiar de idea.

—Tranquilo. —A continuación lo informó rápidamente del artículo de periódico escondido en la tapa de la alcantarilla. Al final le pidió que revisara el caso de Victor Moustak en el archivo—. Quiero saber qué ponía en aquel sms.

El capitán tardó un poco en leer y resumir los varios informes policiales. Cuando llegó a la parte del mensaje, dejó escapar una risita.

—¿Qué es tan divertido?

—No debería haberme reído, Mila. Confía en mí.

—¿Me lo cuentas o no?

Se lo leyó.

—«La larga noche ha empezado. El ejército de las sombras ya está en la ciudad. Preparan su llegada, porque pronto él estará aquí. El Mago, el Encantador de almas, el Señor de las buenas noches: los nombres de Kairus son más de mil.»

«El ejército de las sombras», pensó Mila. Era una definición perfecta.

—¿Qué es toda esta historia?

—El motivo por el que la policía no dijo una palabra a la prensa: un asunto ridículo. Déjalo correr, hazme caso.

Pero Mila no tenía intención de desistir.

—Quiero saber más. Puede que luego lo deje correr.

Steph suspiró, sabiendo que se encontraba frente a un muro infranqueable.

—Hay una persona que puede contártelo todo. Se ocupó del caso, pero antes de hablar con él hay un par de cosas que debes saber.

—¿De qué se trata?

—Tiempo atrás era un poli de acción, de esos musculosos con placa. Pero con el tiempo las cosas cambiaron y se recicló en un papel completamente distinto: se puso a estudiar antropología.

—¿Antropología? —preguntó Mila maravillada.

—Se ha convertido en el mayor experto en interrogatorios del departamento.

—Entonces ¿por qué nunca he oído hablar de él?

—Éste es otro aspecto de su personalidad, pero lo descubrirás por ti misma. Sólo quería decirte que te dejes de jueguecitos con él. Tendrás que convencerlo para que colabore, y no será fácil.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es Simon Berish.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Todas las mañanas desayuna en un restaurante de polis, en el barrio chino.

—Bien. Y también necesito que controles si, en el caso del ahogado, las huellas digitales del asesino se encuentran entre los informes de las PVH. Había un apunte escrito a mano en el recorte del periódico.

—Le pasaré la petición a Krepp, pero no le diré para qué lo necesito —le anticipó el capitán.

—Gracias.

—Vasquez...

—¿Sí?

—Ten cuidado con Berish.

—¿Por qué?

—Es un paria.

25

El restaurante chino era un lugar frecuentado por policías.

Los polis, al igual que los bomberos, elegían sus locales preferidos y luego ya no los cambiaban nunca. Cuál era la alquimia por la que se producía la elección seguía siendo un misterio; normalmente ni siquiera dependía de la calidad de la comida o del servicio, y tampoco de la distancia al lugar de trabajo. Y era igualmente arduo remontarse al origen de aquella costumbre. ¿Quién fue el primer agente que puso los pies en ese restaurante en concreto? Y ¿por qué después otros lo imitaron? El hecho era que esos lugares se convertían en una especie de territorio exclusivo, en el que el resto de los clientes —los *civiles*— eran una minoría tolerada pero no precisamente grata. Los dueños no tenían motivos para quejarse por ello, al contrario, para ellos era un maná del cielo: siempre tenían la caja asegurada, y además contaban con la posibilidad de disfrutar de un seguro especial contra ladrones, mala gente y proveedores fraudulentos.

Cuando Mila cruzó el umbral del local la embistió el penetrante olor a frito. El impacto con el vocerío de los uniformes azules que abarrotaban la sala fue igualmente molesto. Una camarera la recibió y, al ver que era una clienta nueva, le comunicó enseguida que servían los platos tradicionales a la hora de comer, mientras que por la mañana hacían el clásico desayuno internacional. Por un instante Mila tuvo la tentación de preguntar por qué un restaurante de comida cantonesa servía huevos y beicon hasta las nueve de la mañana, pero en vez de eso le dio las gracias por la información y empezó a mirar a su alrededor. Le bastó una ojeada para tener la clara percepción de lo que quería decir Steph cuando definió como un paria al hombre que había ido a buscar.

En medio de decenas de polis que se tomaban el desayuno charlando y bromeando entre sí, Simon Berish era el único que comía solo.

Mila se abrió paso entre las mesas hasta llegar a la última del final, escondida entre dos reservados. El hombre con americana y corbata estaba concentrado leyendo el periódico al mismo tiempo que se llevaba a los labios una taza de café. A su izquierda había un plato arrinconado con restos de huevos revueltos y beicon, además de medio vaso de agua con hielo y limón. A los pies del hombre había un perro de tamaño mediano tumbado, de pelo rubio, que dormitaba tranquilo.

—Perdona —empezó a decir Mila para hacerse notar—. ¿Agente especial Berish?

El hombre bajó el periódico, casi sorprendido de que estuviera dirigiéndose precisamente a él.

—Sí.

—Me llamo Mila Vasquez, somos compañeros. —Le tendió la mano, pero en vez de estrechársela, Berish se limitó a observarla como si fuera una pistola que estuviera apuntándolo. Simultáneamente, Mila se dio cuenta de que en la sala las miradas habían empezado a converger en su dirección, como si ella acabara de violar un tabú—. Me gustaría hablar de un antiguo caso tuyo —dijo bajando la mano y sin ocuparse de lo que ocurría alrededor.

Berish la escrutó con aire desconfiado, dejándola allí pasmada sin invitarla a sentarse.

—¿Qué caso?

—El Mago, el Encantador de almas, el Señor de las buenas noches. O Kairus.

El agente especial se puso rígido.

Mila se sentía cada vez más incómoda en aquella situación.

—Sólo te robaría unos minutos.

—No creo que sea una buena idea. —Berish miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo hubiera oído.

—Explícame al menos por qué y te dejaré en paz —insistió Mila, que había visto que su compañero habría hecho cualquier cosa con

tal de quitársela de delante—. ¿Quién es el Mago, el Encantador de almas, el Señor de las buenas noches?

—El protagonista de un cuento —dijo Berish en voz baja—. Podría hacer compañía al hombre del saco y al monstruo del lago Ness. Hace veinte años, la gente lo inventó en una especie de sugestión colectiva, una histeria de la que nadie se libró. Y los medios de comunicación lo sacaban a relucir cada vez que alguien desaparecía: bastaba con condimentar la noticia con uno de esos nombres y la audiencia enseguida se ponía por las nubes. Era como tener un traje azul en el armario: te lo puedes poner para un funeral, pero también sirve para ir a una boda.

—Pero tú te lo creías.

—Fue hace mucho tiempo, y tú todavía eras una chiquilla —dijo el agente especial mostrándose esquivo—. Ahora, me perdonas, me gustaría acabar de desayunar. —Y volvió a dedicarse a leer las noticias.

Mila estaba a punto de marcharse, pero en ese momento los agentes de uniforme de la mesa de al lado se levantaron después de haber pagado la cuenta. Uno de ellos pasó por su lado y con el costado chocó con el plato que Berish había dejado en el borde la mesa. La corbata del agente especial quedó salpicada de huevo. Había sido un gesto deliberado. Hasta el perro debajo de la mesa levantó el hocico, percibiendo la tensión.

Mila ya se imaginaba lo peor, pero Berish acarició al animal, que siguió dormitando. Después, con gran calma, sacó un pañuelo bien planchado de su americana, lo mojó en el vaso de agua y se limpió los restos de comida, fingiendo que no había pasado nada. Mila estaba estupefacta. Un subordinado había faltado al respeto descaradamente a un superior, y además en público, y ahora se iba de allí tranquilamente sin pagar las consecuencias. Es más, incluso había dejado escapar una sonrisita de jactancia dedicada a sus compañeros. Ella estaba a punto de intervenir, pero notó que le aferraban la muñeca.

—Déjalo estar —le dijo Berish sin mirarla y ofreciéndole su pañuelo.

El tono amable que había utilizado le hizo comprender muchas cosas. También el motivo por el que no la había invitado a sentarse a su mesa. No era grosería, sino que simplemente no estaba acostumbrado a tener compañía. Por extraño que fuera, Mila podía entender lo que pasaba por su cabeza. No era empatía, lamentablemente, sólo experiencia. Según el código de honor no escrito de los polis, existían pocos pero insalvables motivos para ser tachado de *paria*. Entre ellos, los más graves eran la traición y la delación. La pena equivalía a la pérdida de parte de los derechos civiles y, sobre todo, de la seguridad. Porque quien por ley debería haberte protegido no volvería a mover un dedo por ti. Sin embargo, Berish parecía soportar bien la situación.

Mila aceptó el pañuelo y se quitó de la cazadora de piel las salpicaduras que también la habían manchado a ella.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó Berish de golpe—. Invito yo.

La policía se sentó al otro lado de la mesa.

—Huevos y café, gracias.

El agente especial llamó la atención de una camarera, pidió lo de ella y un *espresso* para él. Mientras esperaban a que les sirvieran, Berish dobló el periódico con cuidado y recostó la espalda en el acolchado del reservado.

—¿Por qué alguien con un bonito nombre hispánico como el tuyo decide hacerse llamar *Mila*?

—¿Y tú qué sabes de cómo me llamo realmente?

—María Elena, ¿verdad? De ahí viene el diminutivo.

—Es un nombre que no me pega, o tal vez soy yo la que no le pega.

Berish tomó nota mentalmente y siguió observándola con sus ojos oscuros. Pero a Mila no le molestaba. Había una bonita luz en aquellos ojos, y a ella no le disgustaba que la miraran así. Él parecía sentirse cómodo en aquella situación. Su actitud reflexiva, el buen estado físico y los músculos que se intuían bajo la camisa hacían que el traje formal que llevaba pareciera una especie de coraza. No siempre había sido así, como lo veía ahora. Steph le había dicho que Berish se había dedicado a estudiar antropología. Pero, por el

momento, no le interesaba saber lo que lo había empujado a un cambio tan radical.

—¿Y bien?, ¿me hablarás de Kairus?

El agente especial consultó el reloj.

—Dentro de quince minutos este lugar estará desierto. De modo que disfruta del desayuno y luego contestaré a tus preguntas. Tras lo cual nos despediremos y no volveré a verte. ¿Entendido?

—Me parece bien.

Les llevaron lo que habían pedido. Mila se comió los huevos y Berish se bebió el *espresso*. Poco después, como él había pronosticado, el bar se vació. Las camareras recogían las mesas. El alboroto que reinaba unos minutos antes fue sustituido por el sonido de los platos que iban retirando.

Nada cambió para el perro que estaba a los pies de Berish, que seguía dormitando tranquilamente. El agente especial empezó entonces a hablar.

—No quiero saber el motivo por el que has venido, no me interesa. Aparqué esa historia hace muchos años, de modo que te diré lo que sé, aunque podrías haberlo leído en el informe correspondiente.

—Ha sido mi capitán quien me ha aconsejado que hablara contigo, Stephanopoulos.

—El viejo Steph —comentó Berish—. Fue mi primer jefe cuando salí de la academia.

—No lo sabía, creía que Steph había estado siempre en el Limbo.

—Pues no, era el jefe del Programa de Protección de Testigos.

—Nunca he oído hablar de ello.

—De hecho, ya no existe. Fue en la época de apogeo del crimen organizado, la ciudad tenía que hacer frente a los procesos para inculpar a los cabecillas del hampa. Cuando se terminó la emergencia, la unidad se disolvió y nos recolocaron a todos en otros puestos. —Hizo una pausa—. En cambio, tú...

—¿Yo qué?

Berish la escrutó con atención.

—Eres tú, ¿no es cierto?

—No entiendo.

—Participaste en el caso del Apuntador, ahora lo recuerdo.

—Tienes buena memoria. Pero, si no te importa, por esta vez dejaremos tranquilos a mis fantasmas y hablaremos un poco de los tuyos. —Lo miró—. Kairus, háblame de él.

Berish exhaló un profundo suspiro. Y fue como si hubiera abierto una puerta que llevaba mucho tiempo cerrada en su interior. Como Mila había intuido, detrás de aquella entrada todavía se agitaban viejos espectros. Afloraron por turnos en el rostro del agente especial en el momento en que empezó a contar la historia.

26

Normalmente, el día que precede al fin del mundo es tranquilo.

La gente va a trabajar, coge el metro, paga sus impuestos. Nadie sospecha nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Sigue haciendo lo que hace siempre basándose en una sencillísima constatación: si hoy es igual que ayer, ¿por qué mañana tendría que cambiar? Ése era un poco el sentido del discurso de Berish, y Mila lo compartía.

A veces el mundo se acaba para todos. Otras, sólo para algunos.

Puede ocurrir que un tipo, una mañana, se despierte sin saber que es el último día de su vida. Pero en ciertos casos el final es silencioso, incluso invisible. Madura sin que nadie lo moleste, para después revelarse en un detalle fuera de lugar, o en una formalidad.

El caso del Señor de las buenas noches, por ejemplo, empezó con una multa de aparcamiento.

El coche llevaba en el parabrisas el distintivo que autorizaba a los residentes a estacionar en la calle. Pero dos ruedas quedaban fuera del espacio permitido. Los encargados municipales de vigilar la red viaria advirtieron la infracción. La multa acabó en el limpiaparabrisas una mañana de un martes normal y corriente; al día siguiente, otra idéntica fue a hacerle compañía. Y así toda la semana, hasta que pegaron en la ventanilla el adhesivo que conminaba al propietario a retirar inmediatamente el vehículo de allí. Al final, veinte días después, la grúa municipal se encargó de llevárselo. El coche —un Ford gris metalizado— fue a parar al depósito de vehículos. Si el propietario quería recuperarlo, tendría que desembolsar una considerable suma de dinero. Tal y como estipulaba la ley, cuatro meses después de la retirada forzosa empezaron las providencias de embargo, a lo que seguirían otros

sesenta días que se le concedían al propietario para pagar, antes de que el bien fuera puesto a subasta para cubrir la deuda que reclamaba el ayuntamiento. Ese plazo también transcurrió inútilmente. La subasta en la que había intentado venderse el Ford quedó desierta, y el automóvil fue enviado al desguace. Para recuperar la deuda, el consistorio envió a un agente judicial a embargar los bienes a casa del desventurado propietario.

Hasta entonces no se dieron cuenta de que el hombre —un tal André García, que no tenía familia, se había despedido del ejército a causa de su homosexualidad y vivía con el subsidio estatal— llevaba varios meses desaparecido.

Octavillas y folletos publicitarios se acumulaban en el buzón. Se le habían cortado los suministros por falta de pago. La nevera se había convertido en una cripta de alimentos en estado de putrefacción.

En aquella época, los periodistas siempre iban a la caza de historias para demostrar que los políticos sacaban dinero a los ciudadanos con los métodos más perversos, sirviéndose de las leyes y con la complicidad de la burocracia.

Así fue como André García acabó en los periódicos.

El artículo explicaba cómo se había puesto en marcha el mecanismo persecutorio y cómo a nadie, antes de la intervención del agente judicial, se le había pasado por la cabeza ir a llamar a la puerta de aquel ciudadano para preguntarle por qué diablos no se decidía a mover el maldito coche medio metro más atrás. Los periódicos se rieron de lo lindo y lo titularon: «¡El mundo no se acuerda de él, pero el ayuntamiento no olvida!». Y también: «El alcalde declara: "¡García, danos nuestro dinero!"».

En realidad, no se preguntaron mucho sobre el destino del pobre André. Podía haber abandonado la ciudad o haberse tirado al río, pero no había elementos que hicieran pensar que hubiera sido víctima de un delito, fuera cual fuese la manera en que había terminado; estaba en su pleno derecho. Sin embargo, sí tenía un mérito: había servido de ejemplo. Y, como al público le gustaba indignarse, los medios de comunicación buscaron casos similares en los que la administración, los bancos o la oficina del fisco seguían

cobrando indebidamente dinero de gente que quizá llevaba muerta y enterrada desde hacía tiempo, o simplemente estaba en coma en un hospital como consecuencia de un accidente.

Y así fue como, casi en broma, aparecieron los otros seis. Cuatro mujeres y dos hombres, de edades comprendidas entre los dieciocho y los cincuenta y nueve años, que se habían esfumado en los últimos doce meses.

Los *insomnes*.

—Eran tipos ordinarios, parecidos a la camarera que nos sirve el desayuno todas las mañanas en la misma cafetería, al que nos lava el coche cada fin de semana o al que nos corta el pelo una vez al mes —explicó Berish—. Estaban solos. Como muchos otros, eso podría objetarse, pero su soledad era distinta. Les había crecido una especie de planta trepadora encima que, poco a poco, los había envuelto y se había quedado con todo el espacio, escondiendo completamente lo que había debajo. Se movían en medio de sus semejantes con aquel parásito en el cuerpo que se alimentaba no de su sangre, sino de su alma. No eran invisibles, se podía interactuar con ellos, intercambiar unas palabras o una sonrisa mientras esperabas el café o mientras te preparaban la cuenta o te devolvían el cambio. Te los encontrabas continuamente, pero inmediatamente después los olvidabas. Y era como si nunca hubieran existido, sólo para volver a existir la vez siguiente, y se esfumaran de nuevo. Porque eran insignificantes, que es mucho peor que ser invisible. Destinados a no dejar ningún rastro en la vida de los demás.

En el transcurso de su existencia no habían despertado ningún interés entre quienes los rodeaban. Con su desaparición, en cambio, de repente no sólo todos se daban cuenta de ellos, sino que hasta se convertían en objeto de una tardía atención.

—Cómo podría olvidarme de aquel chico que hacía entregas a domicilio, o de la estudiante que coleccionaba unicornios. Del profesor de ciencias jubilado o de la viuda a la que sus tres hijos nunca iban a visitar. O de la mujer con una minusvalía en la pierna que regentaba una tienda de ropa para el hogar o de la dependienta de los grandes almacenes que se pasaba los sábados por la noche

en la misma mesa de un bar esperando a que alguien se fijara en ella.

Los medios de comunicación, un poco arbitrariamente, habían buscado una relación entre las siete desapariciones, planteando la hipótesis de que detrás se escondía la misma razón, tal vez la misma mano. La policía, como solía ocurrir en esos casos, había seguido la pista, indagando posibles responsabilidades de terceros. Había habido suposiciones, discusiones. Aunque no se hablaba de ello abiertamente, había quien se refería a un posible asesino en serie.

—Parecía un *reality*, cuando todavía no existían los *realities* —comentó Berish—. Los siete desaparecidos eran los protagonistas del programa. Todo el mundo se creía autorizado a hablar de ellos, a escarbar en sus vidas, a juzgarlos. A la policía federal también la examinaban con lupa, arriesgándose en consecuencia a hacer un mal papel. El único ausente era la verdadera estrella: el asesino. Presunto, obviamente, porque no había cadáveres. A falta de un nombre, lo bautizaron de varias maneras. El Mago, porque hacía desaparecer a la gente. El Encantador de almas, porque no se encontraban los cuerpos (la definición era un poco *dark*, pero vendía bien). Sin embargo, el que más arraigó fue el Señor de las buenas noches, porque el único dato de la investigación que había trascendido, y también lo único que los desaparecidos tenían en común, era que los siete padecían insomnio y, para dormir, tomaban somníferos.

En circunstancias normales, si no hubiera habido tanta presión, la policía federal no habría dado mucho peso a un caso basado en una coincidencia tan frágil.

—Sin embargo, se había creado tal expectación que difícilmente los policías podríamos haber esquivado el golpe. Aunque nadie creyera que hubiera realmente un caso. Se acabó como muchos habían previsto que acabaría: no hubo más desapariciones de insomnes, la gente se cansó de la historia y los medios de comunicación complacieron al público desviando su interés hacia otro lado. Había empezado como una farsa, con la multa de aparcamiento endilgada al pobre soldado André García, y como una

farsa había terminado: el asunto quedó sin un culpable y desde entonces no se supo nada más.

—Hasta hoy —añadió Mila.

—Imagino que ése es el motivo por el que estás aquí —dijo Simon Berish—. Pero yo no quiero saber nada de ese asunto.

Hacía poco que habían dado las diez y el restaurante chino empezaba a animarse con nuevos clientes. Civiles normales que aprovechaban la ausencia de los hombres de uniforme para reivindicar comida y un poco de atención.

—Me has explicado los apodos del presunto monstruo, pero no me has dicho por qué Kairus —dijo Mila.

—La verdad, es la primera vez que oigo ese nombre.

Ella advirtió que el agente especial había evitado sutilmente su mirada. Berish podía ser el mejor experto en interrogatorios del departamento, pero tal vez no era tan bueno mintiendo. Sin embargo, Mila no estaba del todo segura. Se había mostrado solícito, y ahora no quería herir su susceptibilidad acusándolo de ocultar algo.

—Bueno, haré que te laven esto —dijo refiriéndose al pañuelo que le había prestado un rato antes para limpiarse—. Y gracias por el desayuno.

—No hay de qué.

El móvil de la agente emitió entonces un sonido que la avisaba de la llegada de un sms. Lo leyó y luego metió el teléfono en el bolsillo junto al pañuelo, disponiéndose a salir del reservado.

—¿Qué te ha dicho Steph sobre mí? —la detuvo Berish.

—Que eres un paria, y que tuviera cuidado.

El hombre asintió.

—Muy sabio por su parte.

Mila se inclinó para acariciar al perro de Berish.

—Pero me he dado cuenta de una cosa... ¿Por qué me aconseja que hable contigo y al mismo tiempo me dice que me mantenga en guardia?

—Sabes qué le pasa a quien se relaciona con un poli paria, ¿verdad? Es como una infección.

—No debería darme miedo, en vista de que pareces sentirte cómodo en ese papel.

Berish encajó con una sonrisa el sarcasmo de Mila.

—¿Ves este lugar? —preguntó refiriéndose al restaurante—. Hace muchos años, dos polis que estaban patrullando entraron por aquella puerta a la hora del desayuno y, al igual que has hecho tú, pidieron huevos y café. El dueño, que para tu información acababa de llegar de China, tenía dos opciones: decirles que lo que pedían no estaba en la carta, seguramente perdiendo así dos clientes, o bien ponerse a cascar huevos en la cocina. Se decantó por la segunda opción y, desde aquel instante, durante tres horas al día sirve comida que no tiene nada que ver con la tradición de la cocina cantonesa, pero que ha significado su fortuna. Y sólo porque aprendió una lección importantísima.

—¿La de que el cliente siempre tiene la razón?

—No. Que es más fácil adaptar un poco una cultura milenaria que hacer cambiar de idea a un poli que quiere comer huevos y beicon en una mierda de restaurante chino.

—Si esto te sirve de algo, te diré que no me importa nada lo que los compañeros piensan de mí.

—Crees que es un juego en el que hacerse el duro sirve para ganar puntos, pero te equivocas.

—¿Por eso no has reaccionado cuando hace un rato un subordinado te ha faltado al respeto?

—Habrás pensado que soy un cobarde, pero ese poli no la tenía tomada conmigo —afirmó Berish divertido—. Cuando estoy solo en mi mesa, nadie se atreve a molestarme. Fingen que no estoy o como mucho me miran como si fuera un pelo que hubiera caído en su plato: te da asco, pero después lo quitas y sigues comiendo... Lo que ha ocurrido esta mañana, en cambio, ha sido sólo por tu presencia. Era a ti a quien querían avisar, el mensaje era bastante claro: «Quédate lejos de éste, o te ocurrirá lo mismo». Yo en tu lugar seguiría el consejo.

Mila estaba desconcertada y enfadada por la manera en que Berish la estaba tratando.

—Pues entonces ¿por qué vienes aquí todas las mañanas? Steph estaba seguro de que te encontraría. ¿Acaso eres masoquista?

Berish sonrió.

—Empecé a venir cuando entré en la policía y nunca se me ha pasado por la cabeza cambiar de restaurante. A pesar de que, a decir verdad, no es que se coma muy bien y el tufo a fritanga se impregna en la ropa. Pero si no me dejara ver más, daría la razón a todos los que les gustaría verme fuera del cuerpo.

Mila no conocía el pecado por el que Berish pagaba esa penitencia, y sabía a ciencia cierta que no tenía solución, pero respecto al caso de Kairus sí había entendido algo. Se apoyó con una mano en la mesa para poder acercarse y coaccionar al agente especial.

—Steph me ha enviado a verte porque, a diferencia de todos los demás, tú no te resignaste, ¿verdad? Seguiste buscando la verdad de aquellas desapariciones mientras todo el mundo se desmarcaba. Y entonces fue cuando cometiste la equivocación que te ha convertido en un renegado. Aunque, en mi opinión, todavía no has renunciado a saber lo que ocurrió. A lo mejor te gustaría, pero hay una parte de ti que no puede hacerlo, aunque no sé el porqué. La paz de la que te rodeas como un monje zen no es más que rabia transformada en silencio. La verdad es que, si lo dejaras estar, no te lo perdonarías nunca.

Berish sostuvo su mirada.

—Y ¿tú cómo puedes decirlo?

—Porque para mí sería lo mismo.

El agente especial pareció asombrado por la respuesta. Tal vez estaba acostumbrado al juicio severo de los demás, pero todavía no había conocido a nadie en la policía que no tuviera miedo de la maldición que llevaba encima.

—Sería mejor que olvidaras esa historia, te lo digo por tu bien. Kairus no existe, y el resto sólo fue una alucinación colectiva.

—¿Sabes qué significa PVH? —preguntó Mila a quemarropa, refiriéndose al texto a lápiz que había al pie del artículo que Eric

Vincenti había dejado en la alcantarilla.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Potenciales Víctimas de Homicidio. Existe un archivo dedicado a ellos en el Limbo. Conservamos huellas, sangre o ADN de personas desaparecidas que podrían haber sido asesinadas. Se recogen de sus objetos personales: un mando a distancia, el cepillo de dientes, un pelo atrapado en un peine, un juguete. Las muestras se conservan sobre todo en el caso de que haya que reconocer restos humanos.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Hace cuatro días, un traficante fue asesinado. Más concretamente, lo ahogaron en tres centímetros de agua sucia en un cuenco para perros. El asesino dejó huellas en la cuerda que usó para inmovilizar el cuerpo, pero a pesar de ello no pudieron identificarlo.

—No estaba fichado.

—Lo estaba, pero no en el archivo de los criminales, sino en el de las víctimas... PVH. —Mila sacó el móvil de su bolsillo y se lo mostró a Berish—. Hace cinco minutos me ha llegado este sms. Según la científica, las huellas dactilares pertenecen a un tal André García, exmilitar homosexual del que no se tenían noticias desde hace veinte años.

Berish palideció.

—Ahora, si te apetece, podrías decirme que no te importa nada saber lo que hay detrás de todo esto. —Mila gozó de cada segundo de silencio—. Por lo que parece, una de las presuntas víctimas del Señor de las buenas noches ha regresado.

27

La agente lo había entendido.

No cabía duda al respecto. Después de cruzar la puerta al salir del restaurante chino, lo había dejado solo con el eco de aquella última frase.

Anunciaba el retorno de André García desde el mundo de las sombras.

Y no se trataba de un acontecimiento casual e imprevisible. Había regresado para matar. Eso ponía en peligro muchas cosas. Cosas que Simon Berish, muy a su pesar, había decidido preservar.

El agente especial estaba con los pies apoyados sobre la mesa de su despacho. Se balanceaba temerariamente en la silla y tenía la mirada perdida en el vacío, como un loco equilibrista en la cuerda floja de sus propios pensamientos.

Hitch lo observaba desde la esquina donde siempre se echaba (una de las ventajas de ser un paria era que podía llevar a su perro al trabajo sin que nadie protestara).

Fuera del despacho, en la comisaría, se vivía la efervescencia habitual. Pero aquel frenesí nunca traspasaba el umbral, al igual que tampoco lo hacían los compañeros de Berish, que se mantenían a una prudente distancia de su espacio. Para él eran un fugaz vaivén oscuro en la opaca transparencia del cristal esmerilado de la puerta.

El despacho era su exilio.

Pero lo mantenía en orden como si siempre estuviera esperando la visita de alguien. Los archivadores de documentos estaban perfectamente alineados en las estanterías. Sobre el escritorio tenía colocados con cuidado una lámpara estereoscópica, un portalápices, un calendario y un teléfono. Y delante de la mesa había dos sillas equidistantes.

La rutina era lo que lo había salvado en aquellos años de aislamiento forzado.

Se había construido a su alrededor una barrera de costumbres consolidadas que le permitían soportar el desprecio de los demás y la soledad. Después de caer en el abandono, había tenido que inventarse una vida y también una nueva manera de ser policía. El hecho de perder la estima de todos tendría que haberlo obligado a la única solución sensata: la dimisión. Pero lo que no podía aceptar de ninguna manera era tener que cumplir una condena sin apelación. Si hubiera renunciado a la placa, habría seguido precipitándose en el abismo. De este modo, en cambio, había frenado la caída.

A pesar del precio que tenía que pagar todos los días, los gestos irrespetuosos y las miradas maliciosas le ofrecían un pretexto para luchar.

La batalla había empezado cuando compró el primer texto de antropología. Siempre había sido un hombre de acción, pero había decidido sacar provecho de la parte de sí mismo que había descuidado durante demasiado tiempo, e hizo que ocupara el sitio de la pistola.

La mente se convirtió en su arma.

Puso corazón y alma en el estudio de la disciplina, concienzudamente. Empezó como una simple curiosidad, pero enseguida vio su potencial. Una lección para aplicar a su trabajo diario en la policía.

La antropología le abrió nuevos horizontes, le hizo comprender cosas de los demás y también de sí mismo.

Sin duda en la comisaría debieron de pensar que se había vuelto loco, en vista de que se pasaba las horas de su turno atrincherado en su despacho leyendo un libro tras otro. Pero, en el fondo, no tenía nada más que hacer. Sus superiores ya no le pasaban casos, y sus compañeros no querían trabajar con él.

Todos esperaban que lo dejara correr y se retirara.

Por tanto, tenía que ocupar de alguna manera el vacío de sus jornadas. Y esos volúmenes eran un excelente relleno. Al principio le parecía que estaban escritos en una lengua incomprensible, más de una vez estuvo tentado de arrojar alguno contra la pared. Pero, poco

a poco, el significado de las frases empezó a emerger de las páginas, como los restos de una civilización perdida que afloran del océano.

Sus compañeros lo observaban con desconfianza mientras llevaba enormes cajas de libros al despacho, y al mismo tiempo se preguntaban qué podía estar tramando. En realidad, ni el propio Berish sabía de qué podría servirle tanto ahínco. Pero estaba convencido de que, antes o después, lo descubriría.

Sucedió cuando, muchos años después, se encargó del interrogatorio de un sospechoso. En vez de forzar la confesión o distorsionarla, se puso a su mismo nivel y transformó la discusión en una charla. El secreto de su éxito residía en una simple constatación.

A la gente no le gusta hablar, pero, sin duda, le gusta que la escuchen.

Para algunos parecía una especie de oxímoron. Pocos veían la diferencia. Berish estaba entre éstos, y desde entonces ya no se había detenido. La fama de su particular talento no se había impuesto a la de paria, pero se transmitía como un secreto masónico, la solución extrema para los casos desesperados. Cuando no tenían más remedio, lo llamaban a él.

De esta manera se construyó un espacio en medio de ellos, a pesar de seguir siendo invisible.

Pero Mila Vasquez había puesto en peligro el frágil equilibrio del hábitat que con tanto esfuerzo había cultivado aquellos años. Aunque la agente no le había dicho nada al respecto, Berish tenía la impresión de que, además del caso de André García, había otros.

Desaparecidos que regresaban para matar.

Durante los últimos tiempos había advertido cierta tensión dentro del departamento. Obviamente, nadie hablaba de ello con él, pero estaba seguro de que algo pasaba. Si Mila Vasquez se hubiera limitado a contarle que las huellas de García habían sido localizadas en la escena del asesinato de un traficante, el agente especial evidentemente se habría preocupado.

Pero había nombrado a Kairus. Y eso lo aterrorizaba.

En el restaurante chino intentó disimular su sorpresa y le dijo a la agente que era la primera vez que oía ese pseudónimo. Sin

embargo, no era verdad.

«Y ella se ha dado cuenta —se repitió Berish—. Sabe que le he contado una mentira.»

El nombre de Kairus era un detalle del caso de los siete desaparecidos veinte años atrás que la policía federal no había querido revelar.

Sucedía a menudo que en las investigaciones más delicadas se evitara difundir algún determinante particular, con el objetivo de desenmascarar a posibles mitómanos o bien para tantear la veracidad de una declaración. La decisión de no hacer público el nombre de Kairus había estado dictada por motivos de necesidad mucho más graves. Por eso sólo quienes estaban realmente implicados en el asunto podían conocer esa palabra.

Pero Stephanopoulos había aconsejado a la agente que fuera a hablar con él: si el viejo capitán se había comprometido tanto, seguro que se había producido un giro determinante.

Simon Berish notó la desagradable sensación de que una presencia se manifestaba desde lo invisible.

Tal vez se había apresurado al despachar a Mila Vasquez.

28

Hacía más de treinta y seis horas que no se descubría ningún otro homicidio.

Mientras en el departamento todo el mundo estaba a la espera de un nuevo movimiento de la que creían que era una organización terrorista, Mila cada vez estaba más convencida de estar siguiendo la pista exacta y, por el momento, no tenía ninguna intención de compartir sus descubrimientos con sus superiores.

Era un riesgo, pero formaba parte de su naturaleza.

La charla con Berish en el restaurante chino le había abierto los ojos. Estaba segura de que el agente especial no le había dicho toda la verdad. El capitán Steph le había aconsejado que tuviera cuidado con ese hombre, pero había omitido decirle que había estado bajo sus órdenes en el pasado, cuando Berish acababa de salir de la academia y él dirigía el Programa de Protección de Testigos.

En cualquier caso, Mila había podido hacerse una idea. Fuera lo que fuese lo que hubiera ocurrido en su carrera capaz de hacer que se convirtiera en un renegado, el agente especial no se había rendido. No había optado por la botella para convertir la frustración y el rencor en un alcohólico consuelo, tal y como hacían muchos polis desencantados. Había adoptado otra estrategia.

Había cambiado.

Tras abandonar el restaurante chino, Mila regresó al departamento. Después de la reunión en la que se había puesto en ridículo, Boris y Gurevich no habían vuelto a buscarla, seguramente estaban ocupados dando caza a un asesino en masa y a un policía convertido en homicida.

Nadie sospechaba que la cadena de crímenes no se había interrumpido en absoluto con el asesinato perpetrado por Eric

Vincenti y que, al contrario, continuaba en el pasado reciente, con la muerte de un traficante por ahogamiento ocurrida el 20 de septiembre, el día antes de que Roger Valin llevara a cabo su carnicería. El método que apuntaba la secuencia de delitos estaba claro: Mila encontraría la respuesta a los interrogantes yendo hacia atrás en el tiempo. Tenía que llegar hasta lo que había ocurrido veinte años antes y compararlo con lo que estaba sucediendo ahora.

Había una conexión evidente entre presente y pasado.

La máquina del tiempo para ir hacia atrás era el archivo situado en el subterráneo del Limbo.

Mila bajó un tramo de escalera que se perdía en un ciego hipogeo. Cuando se terminaron los escalones, alargó un brazo en la oscuridad y accionó un interruptor. Los neones se despertaron por turnos —como un pestañeo a lo largo del bajo techo— y mostraron un dédalo de pasillos en los que destacaban paredes de armarios.

El olor de los cimientos y un frescor húmedo la envolvieron. Era un lugar alejado del mundo, la luz del sol estaba proscrita y la señal de los móviles se quedaba en el umbral, como si tuviera miedo de entrar.

La agente se dirigió con paso seguro hacia la izquierda.

Los muebles junto a los que pasaba estaban marcados con códigos progresivos y tenían puertas de cristal transparente a través del cual se podía entrever el contenido, objetos de diversa naturaleza preservados en envoltorios de plástico etiquetados. Había trajes bien doblados y apilados uno sobre otro, cepillos de dientes de varios tipos, zapatos desparejados (porque no servía de nada conservar los dos). O gafas, sombreros, peines. Y colillas de cigarrillo. Pero, aparte de las sobras de la cotidianeidad y los efectos personales, había mandos a distancia de televisor, fundas de almohada y sábanas manchadas, platos todavía sucios y aparatos telefónicos.

Todo aquello que pudiera ocultar una pista orgánica del desaparecido estaba relacionado en su expediente.

Los agentes del Limbo siempre se procuraban un objeto con el que la persona a la que buscaban estuviera en contacto habitualmente con el fin de obtener el ADN o, simplemente, las huellas dactilares. Cuando existía la sospecha fundada de que no se trataba de un alejamiento voluntario, clasificaban el caso entre las PVH, las Potenciales Víctimas de Homicidio.

Se trataba de un procedimiento estándar cuando quienes desaparecían eran niños, pero también se seguía en los casos en que la desaparición dejaba suponer un crimen violento.

Todo ciudadano adulto y con plena capacidad cognitiva y volitiva era libre de esfumarse en la nada si lo deseaba. «Los del Limbo no obligamos a nadie a regresar —solía decir Steph—. Sólo queremos asegurarnos de que no le haya pasado nada malo.»

Y cada vez que ponía los pies en el archivo, Mila se acordaba de las palabras del capitán.

Tras recorrer un breve trecho, aprendido de memoria en el curso de varias visitas, desembocó en una especie de sala —en realidad, un espacio cuadrado situado en medio de los armarios— que configuraba el corazón del laberinto.

En el centro, una mesa de formica, una silla y un viejo ordenador.

Antes de ponerse a trabajar, Mila dejó la cazadora en el respaldo, sacó de los bolsillos los objetos que le molestaban y los depositó sobre la mesa. Entre las llaves de casa, del Hyundai y el móvil, salió también el pañuelo que Berish le había prestado en el restaurante chino. Instintivamente, lo olfateó.

Olía a agua de colonia.

«Quizá demasiado», se dijo para apartar la idea de que, sin embargo, aquel perfume le gustaba. Volvió a dejarlo junto al resto de las cosas y decidió olvidarse del tema; a continuación se puso enseguida a buscar el expediente que resumía el caso de las siete desapariciones de hacía veinte años. La digitalización del archivo se había implantado hacía sólo un año, por lo que únicamente podía consultarlo en papel.

Lo encontró y regresó con él a la mesa de formica.

En cuanto empezó a hojearlo, se dio cuenta de que dentro sólo estaban los documentos que informaban de cada una de las desapariciones —todas clasificadas como PVH— y nada más. Ninguna alusión al Mago, al Encantador de almas o al Señor de las buenas noches, y mucho menos a Kairus. Sólo una escueta referencia a la posibilidad de que una misma mano estuviera detrás de las desapariciones.

Mila tuvo la impresión de que la carpeta había sido *limpiada*, es decir, que los resultados reales del caso se encontraban en otra parte y que lo que había en el archivo del Limbo era un expediente espejo (así se llamaba a los documentos que habían sido clasificados por motivos de conveniencia o seguridad).

Pero ella tenía a André García.

El hombre de la multa impagada podría compararse con el paciente cero de una pandemia. El origen de todo.

De los siete desaparecidos veinte años atrás, el exmilitar había sido el primero en hacer que se le perdiera la pista. De los cuatro asesinos de los últimos días, había sido el primero en volver.

«Y en atacar», recordó Mila.

Por tanto podía aprender mucho de André García. Lo mismo que un epidemiólogo va en busca del foco inicial del contagio para comprender cómo se ha desarrollado la enfermedad.

Se le ocurrió una idea sobre lo que podrían tener en común García, Valin, Niverman y Vincenti.

Cuando alguien decidía desaparecer normalmente no hacía el equipaje, quizá porque todo lo que poseía siempre le habría recordado la vida de la que quería escapar. Si el desaparecido, en cambio, se llevaba algo consigo, entonces podía ocurrir que el objeto —o, mejor dicho, el vínculo afectivo que encarnaba— actuase como una cuerda de seguridad, que en cualquier momento podía ser recorrida a la inversa para volver a casa. Pero eran más frecuentes los casos en que la fuga no era premeditada. Y también eran los más difíciles de resolver.

«A veces hay que hacerlo y se hace —se dijo Mila—. Se huye de algo (una obsesión, un dolor, o de alguien), y la única solución que se vislumbra es anularse completamente.» Para encontrar el rastro de esas personas, en el Limbo confiaban en un par de trucos y en la suerte.

Siempre tenían la esperanza de que el desaparecido cambiara de idea, pero también de que pudiera cometer una ligereza, como usar el cajero automático para sacar dinero o la tarjeta de crédito para pagar algo. O que intentara comprar los fármacos que tomaba regularmente. Por ejemplo, si el sujeto era diabético, necesitaría insulina. Por eso los agentes del Limbo hablaban con el médico que lo llevaba para comprobar si tenía alguna patología y, durante el primer registro de su casa, hacían un inventario del contenido del botiquín.

Precisamente esa última regla había hecho que algo se disparara en la cabeza de Mila.

Lo primero que hizo fue encender el ordenador que tenía delante, así no necesitaría subir hasta su escritorio. A través de él, accedió al archivo digital del Limbo.

Escribió en el teclado los nombres de Roger Valin, Nadia Niverman y Eric Vincenti. Los expedientes correspondientes aparecieron de uno en uno en la pantalla del océano de *bytes*. Mientras los miraba, Mila tomaba apuntes en un cuaderno que tenía junto al ratón. Cuando acabó la búsqueda, observó lo que había anotado en la hoja: los siete desaparecidos veinte años atrás tomaban fármacos para dormir. «El Señor de las buenas noches», recordó.

Pues bien: Roger Valin tenía Halcion en casa, se lo habían recetado a su madre enferma. Nadia Niverman acababa de comprar una caja de Noctamid. Eric Vincenti, en cambio, tenía una receta médica para Rohipnol, aunque el fármaco nunca fue hallado en su apartamento.

Existía un vínculo con García y los demás desaparecidos de hacía veinte años, los insomnes.

Mila no sabía si estar más excitada o asustada por lo que había descubierto. Un viejo caso de desapariciones en serie detrás del cual

incluso se había hablado de que pudiera haber la mano de alguien —¿un asesino en serie?—, pero sin que nunca se hubiera encontrado ninguna confirmación de ello. Desapariciones que habían comenzado sin un motivo y que sin ninguna razón habían cesado.

Pero a la luz de lo que acababa de encontrar, el último dato podía cambiar.

«Supongamos que las desapariciones de los insomnes se detienen durante un tiempo —reflexionó Mila—. Pasan tres años de silencio, de manera que la atención disminuya, y es el turno de Roger Valin, que, de hecho, desapareció en la nada hace diecisiete años. Nadie relaciona la desaparición del contable con las anteriores y todo vuelve a empezar desde el principio.»

—Pero, si esas personas están regresando, quiere decir que no están muertas, por tanto no es correcto llamarlas *víctimas* —dijo Mila al silencio.

Igualmente, la hipótesis de que hubiera alguien detrás de las desapariciones —el Mago, el Encantador de almas, el Señor de las buenas noches— en esas circunstancias era completamente arbitraria.

«Pero Berish reaccionó de un modo extraño cuando le mencioné el nombre de Kairus», recordó la agente mientras apagaba el ordenador para volver arriba. Todavía había algo que no encajaba en la reconstrucción. Faltaba una pieza para la verdad. El agente especial tenía conocimiento de una información crucial sobre lo que había pasado veinte años atrás, pero se la había ocultado.

«Kairus no sólo fue una alucinación colectiva», se dijo con convicción.

Recogió el cuaderno y el pañuelo perfumado de Berish de la mesa y regresó por los pasillos hasta llegar a la escalera. Luego se dispuso a subir hacia las oficinas del Limbo; hacía poco que habían dado las nueve.

Absorta como estaba en sus reflexiones y en las consecuencias que podría provocar la existencia de una mente sutil detrás del asunto, Mila casi no advirtió que, cuando faltaban pocos peldaños para salir, su móvil se había puesto a vibrar en el bolsillo de la cazadora de piel.

Cogió el aparato y miró la pantalla: una decena de sms la avisaban de que alguien había intentado ponerse en contacto con ella varias veces.

Era el número del centro de control del departamento. Había un único motivo por el cual podían llamar a un agente del Limbo, por eso un escalofrío le recorrió la espalda.

Al llegar a la sala de los pasos perdidos, marcó la secuencia de números. La respuesta no se hizo esperar.

—¿Agente Vasquez? —preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo —dijo impaciente.

—Llevamos toda la tarde intentando hablar con usted. Tenemos una emergencia.

Mila sabía lo que significaba esa frase.

Los casos de desaparición de adolescentes solían ser alejamientos voluntarios o fugas que se resolvían rápidamente y de manera positiva. Las nuevas generaciones estaban demasiado vinculadas a la tecnología y, si los chicos llevaban consigo el móvil, encontrar su pista sólo era cuestión de esperar.

Solían tener apagado el aparato para que no se pusieran en contacto con ellos y aumentar así la desesperación de los padres. Pero normalmente no aguantaban más de veinticuatro horas sin comprobar si su amiga o su amigo del alma les había enviado un sms. En cuanto encendían el teléfono, aunque no hicieran ninguna llamada ni enviaran ningún mensaje, la tarjeta sim se conectaba a la red de celdas que había en la zona y, al momento, la policía sabía exactamente dónde se encontraban.

Cuando la suerte no se mostraba tan espléndida y las desapariciones se prolongaban silenciosamente en el tiempo, el Limbo pedía a las compañías telefónicas que no desactivaran el servicio, porque también podía ocurrir que, al cabo de años, un móvil o una tarjeta sim cobraran vida. El centro de control del departamento, además, monitoreaba el número a la espera de una señal.

—Nos consta una reactivación —dijo el operador—. Lo hemos comprobado, no se trata de una señal fantasma, aunque desde ese número no se han realizado llamadas. La reactivación está confirmada.

Si no se trataba de un error, Mila sintió que realmente estaba sucediendo algo.

—¿Quién es? —preguntó inmediatamente.

—La titular del contrato resulta ser una tal Diana Müller.

Catorce años. Morena, ojos oscuros. Desaparecida una mañana cuando iba por la calle de camino al colegio. Según los listados, su móvil había dejado de funcionar hacia las ocho y dieciocho minutos.

Después de nueve años de silencio, el teléfono había cobrado vida.

—¿Han podido localizar la señal?

—Claro —dijo el operador.

—De acuerdo, deme la dirección.

29

El teléfono era un viejo Nokia.

Diana Müller lo había encontrado en un banco del parque, tal vez alguien lo había perdido. Pero era imposible hallar al propietario. Todavía funcionaba, aunque no era gran cosa como móvil —la batería duraba pocas horas y la pantalla estaba agrietada por todas las veces que se había caído accidentalmente—, y evidentemente no podía competir con los *smartphones* de última generación, que en la época de la desaparición de la muchacha ni siquiera existían.

Pero para Diana, que no había tenido nunca ninguno, significaba mucho.

Representaba una especie de pasaporte para entrar en el mundo de los adultos. A pesar de que ya entonces era un modelo pasado de moda, la chiquilla lo había cuidado como si fuera nuevo. Incluso había conseguido embellecerlo, añadiéndole un colgante con un ángel azul y una funda llena de estrellitas doradas. Y en el interior de la tapa de la batería había escrito PROPIEDAD DE DIANA MÜLLER y dibujado un pequeño corazón con las iniciales del chico del colegio que le gustaba. Le había parecido una especie de gesto mágico para propiciar una llamada suya, tal vez, quizá, algún día.

El teléfono del que la chiquilla estaba tan orgullosa seguramente no despertaría el interés de ningún chico de catorce años de ahora. No se podía tener acceso a internet, ni consultar el correo, ni tampoco descargar juegos o aplicaciones. No se podía usar como navegador, ni siquiera como cámara fotográfica.

Sólo servía para llamar o, en todo caso, para enviar mensajes.

—Cuántas cosas te has perdido, Diana —dijo Mila a media voz mientras conducía hacia la dirección en la que había sido localizado

el móvil. No estaba muy lejos del lugar de su desaparición, cosa que en cierto modo la impresionó.

Nueve años atrás, una joven vida parecía haberse desmaterializado, o haberse disuelto en el aire. Pero Mila creía que el origen del misterio estaba conectado con lo que representaba para Diana el móvil que ahora enviaba señales a la oscuridad.

Una obsesión.

A la edad en que puede ocurrir que una niña vuelva a casa con un cachorro callejero, Diana un día había vuelto de la escuela con una vieja radio contando que se la había encontrado por la calle. Aseguraba que habría sido una verdadera lástima dejarla allí y que, seguramente, el propietario no sabía lo que se hacía cuando la había tirado.

Pero a diferencia del móvil, la radio estaba estropeada y no podía repararse. Aunque para Diana eso no parecía tener ninguna importancia.

Aquella vez su madre también la dejó hacer, sin saber que, desde ese momento, la niña iba a empezar a llevar a casa las cosas más diversas —una manta, un cochecito, tarros de cristal, revistas viejas—, justificando todo lo que encontraba con una historia convincente.

Al principio, la madre de Diana, aun siendo consciente de que había algo que no estaba bien en la extraña costumbre de su hija, no consiguió esgrimir razones concluyentes para que dejara de hacerlo. Sin embargo, la manía ocultaba un morboso apego a los objetos conocido con el nombre de disposofobia.

A diferencia de aquella mujer, Mila sabía que se trataba de un trastorno obsesivo-compulsivo. Quien lo padece acapara cosas de las que ya no puede desprenderse.

En el caso de Diana, la cosa siguió adelante hasta que los objetos que acumulaba en su habitación se convirtieron en un estorbo excesivo. Aparte de la falta de espacio, que incluso impedía a una persona moverse cómodamente, estaba la cuestión higiénica, porque existía la sospecha de que los *tesoros* que Diana aseguraba encontrarse por casualidad en realidad procedían todos de la basura.

La madre fue consciente del problema el día en que las cucarachas invadieron la casa. Estaban por todas partes: en los armarios, en las alacenas de la cocina, debajo de la moqueta. Procedían de la habitación de Diana y, cuando la mujer fue a inspeccionar para intentar descubrir lo que estaba ocurriendo, reconoció con horror las bolsas de su propia basura. Desde hacía un tiempo, sin motivo comprensible, su hija había empezado a volver a meterlas en casa, escondiéndolas en medio de todo lo demás.

Mila se imaginaba la tremenda y sorprendente sensación de encontrarse delante de algo que, por una costumbre natural de la sociedad de consumo, se considera que ya ha sido eliminado de la propia existencia y, en consecuencia, de la memoria. Tiramos los restos de comida y los objetos que ya no nos sirven y, al mismo tiempo, estamos seguros de que esas cosas ya no tienen nada que ver con nosotros y que otra persona se ocupará de ellas. Pero la sola idea de que aquello de lo que nos hemos deshecho pueda volver inesperadamente a atormentarnos nos asusta como si alguien al que creíamos muerto se presentara de repente ante nosotros.

Es a la vez incomprensible y terrorífico, como las imponderables motivaciones de los locos o el impulso patológico de los necrófilos.

La madre de Diana, dominada por el pánico, decidió desembarazarse de todas las cosas de su hija y lo tiró todo. Cuando la niña regresó del colegio, se vio obligada a enfrentarse ella sola al vacío. Y, al cabo de pocos días, el vacío se la tragó.

La madre de Diana se llamaba Cris, y sólo la tenía a ella. Mila recordó la mirada extraviada de la mujer. En la época de la desaparición de su hija, la agente todavía no había empezado a prestar servicio en el Limbo. No se conocieron hasta más tarde, porque Cris pasaba regularmente por la sección para saber si había novedades. Y cada vez era un sufrimiento también para ellos.

La veían en el umbral de la sala de los pasos perdidos, mientras buscaba el rostro de Diana para asegurarse de que la foto todavía estaba en su sitio en la pared y que nadie, por tanto, la había olvidado. Después de encontrarla, entraba casi de puntillas y esperaba a que alguien advirtiera su presencia.

Normalmente era Eric Vincenti quien se ocupaba de ella. Hacía que se sentara y le ofrecía un té. Después se quedaba charlando un rato, hasta asegurarse de que estaba bien para volver a casa. Desde que su compañero había desaparecido, la tarea de consolar a Cris le había tocado a Mila.

Al no sentir ninguna empatía, le resultaba difícil imaginar lo que podía pasar en el corazón de ella, qué tipo de sufrimiento experimentaba. Mila era buena clasificando su *propio* dolor: cuchilla, quemadura, cardenal. Junto con la rabia y el miedo, era el único recurso emotivo que poseía. Tal vez por eso en realidad nunca había conseguido conectar con la mujer, como hacía Vincenti. Pero igualmente había comprendido muchas cosas de ella.

Por ejemplo, que Cris no era una mala madre. Sabía educar a su hija y ser severa cuando era necesario, incluso a falta de un marido o compañero que hiciera de padre. Había tolerado la absurda manía de Diana porque sabía que no era perfecta y eso a menudo la colocaba en una situación de desventaja. Una vez le dijo a Mila que estaba segura de que su niña era desgraciada y que la odiaba en secreto. Y eso incluso teniendo en cuenta que Diana —tan dulce y tierna— era la chiquilla menos propensa a odiar a nadie.

El pecado de Cris era que le gustaban los hombres.

Siempre había permitido que ellos se aprovecharan de esta circunstancia; una conciencia masoquista que la llevaba a coleccionar un error tras otro.

Pero Diana era la verdadera víctima de su actitud.

¿Cuántas veces había ocurrido que la esposa de uno de sus amantes agrediera a Cris en el supermercado, diciéndole que dejara en paz a los maridos de las demás? Y ¿cuántas veces había tenido que buscar empleo porque el jefe se había hartado de la relación y la había despedido? Ella y su hija se veían obligadas a mudarse continuamente, abandonándolo todo, para huir de las murmuraciones y la malicia de la gente.

De modo que, cuando Diana empezó su *colección*, tal vez quería mandar un mensaje a su madre y, al mismo tiempo, marcar su territorio para que fuera finalmente suyo. Al no tener un pasado de

objetos y cosas familiares a las que aferrarse, se apoderaba del pasado que los demás tiraban en forma de desechos.

Pero Cris se había dado cuenta demasiado tarde y había tratado a su hija como a una pobre enferma mental. Una vez le dijo a Mila que estaba completamente segura de que Diana no había desaparecido ni había sido secuestrada. Estaba convencida de que había acabado con todo por culpa de que su madre era una puta, porque había desaparecido una caja de Rohipnol de casa.

Mila frenó de golpe el Hyundai y el motor se paró. Se quedó en el centro de la calle desierta con el tictac que procedía del salpicadero y el recuerdo de aquella frase, que no sabía de dónde había salido.

Un somnífero en la desaparición de Diana no podía ser una coincidencia.

«No es verdad. No es posible. No me lo creo», se repitió. Esta vez tendría que avisar a Boris. No podía asumir el riesgo.

«Sin embargo, ya has ido demasiado lejos —pareció decirle una voz desde su interior—. Así te excluirán definitivamente de la investigación.»

La señal que emitía el móvil que volvía a funcionar después de nueve años era una invitación, y estaba dirigida sólo a ella. Algo o alguien la estaba esperando. Mila volvió a arrancar el Hyundai.

No quería faltar a la cita.

30

La zona de los negocios estaba cerca del río.

Los altos edificios plateados albergaban sobre todo oficinas y, a aquella hora de la noche, eran catedrales transparentes vacías. En el interior, en lugar de los empleados, se podía entrever al personal de limpieza empujando pulidoras y aspiradoras, y vaciando papeleras llenas.

Mila dejó atrás tres manzanas antes de encontrar la calle que le interesaba.

Giró a la izquierda y recorrió la vía hasta una pared de acero corrugado que se extendía entre dos edificios, interrumpiendo la calle. Grandes letreros indicaban que se estaban haciendo obras.

Aparcó el coche y bajó, mirando a su alrededor. La dirección se encontraba al otro lado del parapeto. Volvió a llamar al centro de control para que le confirmaran que, mientras tanto, la señal del móvil de Diana seguía todavía activa y no se había movido.

—Todavía está ahí —dijo el operador.

Colgó la llamada y se puso a buscar un lugar por donde pasar. Lo encontró junto al edificio de la derecha. Se agachó para cruzar por el punto donde la chapa se curvaba hacia el interior.

Se puso de pie y se sacudió el polvo de las manos y los vaqueros. La zona de obras que había delante de ella estaba desierta. Se imaginaba que por lo menos habría un guardia, pero nadie vigilaba el lugar. Había un edificio en construcción que de momento no pasaba de la décima planta pero, teniendo en cuenta la amplitud de la base, estaba destinado a llegar mucho más arriba. Al lado, se veía el agujero para los cimientos de un segundo inmueble gemelo que todavía no habían empezado a levantar. Al fondo, otros

edificios en construcción servirían para complementar a los dos principales.

Justo en medio se entreveía una casa de ladrillos rojos que se remontaba al siglo anterior, últimos vestigios del viejo barrio, barrido por las excavadoras para dejar espacio a los rascacielos. Mila observó el número que tenía en la fachada y se dirigió hacia allí por el descampado, pasando al lado de maquinaria y herramientas. En vez de retenerla, la mano invisible del miedo la empujaba.

Ella iba hacia la casa. Pero la casa también iba a su encuentro.

La casa de ladrillos rojos tenía dos plantas. Las ventanas se veían tapadas por dentro con paneles de contrachapado en los que habían pintado palabras con espray advirtiendo del peligro de derrumbamiento. En medio de la nueva arquitectura, el bajo edificio tenía el aspecto de un diente cariado. Y parecía en estado de completo abandono.

La agente se acercó al pesado portón de madera de la entrada, en el que había un papel colgado. Se trataba de una orden de expropiación emitida por el ayuntamiento hacía poco más de veinte días. Por disposición del alcalde, la casa iba a ser derruida para dejar sitio a otras construcciones y llevar a cabo así el nuevo plan urbanístico. Por tanto, se conminaba a los propietarios a que desalojaran la vivienda antes de tres semanas.

Mila reflexionó. Según el documento, las operaciones de demolición deberían empezar al día siguiente.

Tanteó la puerta para comprobar si se podía entrar. La madera no se movió. Intentó manipular la cerradura, pero no consiguió nada.

Entonces se alejó un paso para coger un poco de empuje y seguidamente golpeó la puerta con el hombro. Una, dos veces. No cedía.

Miró a su alrededor en busca de un objeto que pudiera ayudarla a derribarla. A pocos metros de distancia, vio una pala. Fue a cogerla y, poco después, metió la hoja en la hendidura central del

portón. Hizo fuerza para que penetrara algunos centímetros y saltaron astillas. Después se colocó con todo el peso de su cuerpo sobre el mango y empujó, de manera que hiciera palanca. La madera emitió unos chirridos, empezaba a ceder. Mila no se dio por vencida. Transcurrieron algunos segundos, mientras gotas de sudor le bajaban por la frente.

Después, algo en el interior se partió y la puerta se abrió de par en par.

Mila tiró la pala y dio un paso adelante. Su entrada en el vestíbulo oscuro fue saludada por el eco. Un intenso hedor la embistió. Era algo dulzón, como una enorme fruta que se hubiera podrido. No supo reconocer su origen.

Lo primero que hizo fue sacar su linterna de la cazadora de piel. La encendió y la apuntó al frente. El haz de luz iluminó inmediatamente un espacio abierto, vacío, y una escalinata que conducía al piso superior.

Se volvió hacia la puerta que acababa de desencajar. Notó que, efectivamente, por la parte de dentro había una barra que servía para bloquearla. Estaba entera, mientras que las cerraduras de hierro, gastadas por el óxido, habían cedido a la presión de la palanca.

Mila se puso a escuchar una vez más el eco esperando que le descubriera la presencia de alguien.

El sonido, el olor y la consistencia de la oscuridad hacían pensar en un pozo secreto en el que tirar las cosas que ya no servían, o que quieren tenerse apartadas de la vista al no poder olvidarlas.

No iba a ser capaz de soportar el hedor. Buscó en el bolsillo el pañuelo que Simon Berish le había dado en el restaurante chino para limpiarse las salpicaduras de huevo. Lo encontró y se lo ató alrededor de la boca.

Todavía estaba impregnado del agua de colonia del agente especial.

Después observó la oscuridad que tenía enfrente, insolente. Mila no temía a la oscuridad porque sentía que formaba parte de ella desde que era una niña. Pero eso no la convertía en una valiente. Sólo que no huía ante el miedo, necesitaba de él. La dependencia de

ese sentimiento la hacía imprudente, era consciente de ello. Debería haber dado media vuelta y regresado al coche a llamar a sus compañeros de departamento. En vez de eso, sacó la pistola y empezó a subir los escalones, lentamente, para ir a ver qué la esperaba allí arriba.

31

Al final de la escalera había una puerta.

El miasma nauseabundo procedía de allí, podía sentirlo incluso a través del filtro del pañuelo que le protegía la nariz y la boca. Mila extendió la mano para tantear la resistencia de la puerta, pero ésta se abrió con la simple presión de sus dedos.

Apuntó la linterna.

Columnas de periódicos viejos llegaban casi al techo, que por lo menos tenía tres metros de altura. Estaban pegadas unas a otras como formando una única pared insalvable, y delimitaban un espacio apenas suficiente para abrir la puerta.

Mila entró en aquel vestíbulo preguntándose cómo iba a superar la barrera cuando, al desplazar el haz de luz, vislumbró un paso.

Sin titubear, se metió dentro.

Ante ella, un pasillo apenas suficiente para dejar pasar a una persona continuaba como una garganta en medio de dos paredes de cosas amontonadas. Se encaminó por aquel sendero. Como el domador que mantiene a raya a la fiera con el látigo, la agente se servía de la linterna para alejar la oscuridad que continuamente amenazaba con agredirla.

A su alrededor había de todo.

Envases de plástico, botellas vacías, latas. Y también chatarra de hierro. Ropa de distinta hechura y color. Una máquina de coser de los años veinte. Libros antiguos encuadernados en piel, o modernos con las tapas de colores y estropeadas por el tiempo. Cabezas de muñeca. Paquetes de cigarrillos arrugados. Sombreros. Maletas. Cajas. Un viejo equipo de música. Piezas de motores. Un pájaro disecado.

Parecía el depósito de un trapero que se hubiera vuelto loco. Pero también el estómago de una gran ballena que hubiese recogido todo tipo de objetos en sus largos viajes por el mar.

Sin embargo, el desorden tenía un sentido.

Mila no conseguía comprenderlo, pero podía verlo. Lo tenía delante de los ojos y, aunque resultaba difícil de explicar, se daba cuenta de ello. Era como si hubiera un método. Como si cada cosa hubiera sido asignada exactamente al sitio en el que debía estar. Como si alguien, quién sabía por qué oscuro motivo, hubiera intentado poner orden en un vertedero gigantesco, catalogando los desechos según un criterio secreto en el que cada cosa tenía un papel y era importante.

La respuesta para lo que tenía delante de los ojos era disposofobia. El trastorno obsesivo-compulsivo de Diana Müller.

Esta vez, sin embargo, había hecho las cosas a lo grande. Seguramente se trataba de un amplio almacén abarrotado hasta lo inverosímil. Un único gran local en el que se había erigido un laberinto.

Mientras proseguía en aquella tripa, Mila notaba la presencia de otras cosas bajo sus pies, objetos que habían caído de las pilas y que daban una idea precisa de la inestabilidad de lo que la rodeaba. Prosiguió poniendo mucha atención.

Al llegar al fondo vio que el cañón se bifurcaba. Apuntó la linterna hacia ambas direcciones, buscando un motivo para escoger una u otra. Finalmente optó por la derecha, pues era la que parecía converger hacia el centro del laberinto.

Era como el archivo del Limbo, parecía que en aquel lugar hubieran sido amontonados los restos de miles de vidas humanas. Las únicas pruebas de la existencia en el mundo de personas que ya no existían.

«El ejército de las sombras —recordó Mila—. ¿Adónde he ido a parar? ¿Dónde está el móvil de Diana Müller? ¿Dónde está la chica?»

Un ruido repentino, un crujido, la obligó a detenerse. Ratas. Debían de estar por todas partes, al igual que las cucarachas. Al mover la luz hacia el suelo, obtuvo la confirmación de sus sospechas. Estaba lleno de pequeños excrementos diseminados.

Podía sentir múltiples ojitos clavados sobre ella, tal vez miles. La observaban desde sus escondites para ver qué iba a hacer, mientras su instinto se preguntaba si la intrusa era una amenaza o la oportunidad de un suculento banquete.

Para apartar ese pensamiento, Mila se movió más deprisa y con la rodilla chocó con un saliente de la pared. Apenas tuvo tiempo de ver un amasijo que se desplomaba desde la cima y que estaba a punto de aplastarla. Se cubrió levantando los brazos sobre la cabeza y la cascada de objetos, unos duros y otros más blandos, la embistió con una especie de estruendo. Alcanzó a la linterna, se le escurrió de las manos, quedó sepultada y se apagó. La misma suerte corrió la pistola, de la que salió un disparo que retumbó en el estrecho espacio y ensordeció a Mila. La agente se puso de cuclillas y esperó durante un larguísimo instante a que el desprendimiento terminara.

Por fin cesó. Y, lentamente, pudo abrir los ojos.

En sus oídos resonaba un fuerte acúfeno, un sonido único, persistente y perforador. El dolor que sentía se había mezclado con el miedo. Las vértebras y los brazos gemían bajo la ropa. La cazadora de piel, aun así, había amortiguado en parte el golpe. El corazón le latía con fuerza. Recordó que tenía que respirar y entonces se arrancó el pañuelo de la cara y, a pesar del hedor, dio tregua a la bomba que le estaba perforando el pecho. Su experiencia de años haciéndose daño le decía que no tenía nada roto.

Se levantó y apartó los objetos que la habían cubierto. La oscuridad había aprovechado para asaltarla, Mila podía notar su mal aliento sobre la cara. A continuación, lo primero que hizo fue excavar para buscar la linterna.

Si había algo peor que morir arrollado por una avalancha de basura seguramente era quedarse a oscuras allí dentro, sin manera de encontrar la salida.

Al final dio con lo que buscaba. Las manos le temblaban y, cuando apretó el botón para encenderla, hubo un instante en que la luz titubeó y que a punto estuvo de provocarle un infarto.

Movió la linterna para ver lo que había ocurrido y para buscar también la pistola. A su alrededor se había formado una montaña.

Metió las manos esperando que las yemas de los dedos lograran reconocer el arma. Se hundió todo cuanto pudo y al final la vio.

Estaba a un metro de ella, pero las cosas que tenía encima servían de puntal para la pared. Si sacaba aunque sólo fuera uno de esos objetos, la montaña volvería a venirse abajo.

«Maldición», pensó.

Se llevó una mano a la boca mientras apoyaba la otra en el costado dolorido e intentó reflexionar. Pero no era fácil con los oídos zumbándole continuamente. Tenía que seguir adelante, ya volvería luego a recuperar la pistola. No había otra opción. Miró a su alrededor buscando algo que pudiera servirle de arma y encontró una barra de hierro. La empuñó, tanteando su potencialidad. Podía serle útil.

Donde antes había una pared, el derrumbamiento había originado un paso. Mila lo franqueó, porque era el único camino que podía tomar, y se encontró en un pasillo paralelo.

Avanzaba con cautela. De vez en cuando vislumbraba algo que se parecía al hormigueo de insectos, pero prefería ignorarlo. Y oía el ruido de las ratas persiguiéndose.

Era como si la guiaran en una dirección concreta.

Entre un giro y otro, calculó que había recorrido por lo menos unos cincuenta metros. El haz de luz iluminó un obstáculo a pocos pasos de ella. Se había desplomado otra pared, el paso estaba obstruido. Se disponía a volver atrás cuando notó algo que sobresalía en la base del montón. Un largo objeto blanquecino. No quería equivocarse, de modo que se acercó.

Una tibia.

No era una alucinación. Mila movió la linterna y entrevió otras partes del esqueleto que sobresalían del amasijo. Un codo, los dedos de una mano.

No cabía duda de que se trataba de Diana Müller.

A saber cuánto tiempo llevaría muerta. Probablemente por lo menos un año. «Podría acabar como ella», se dijo. Si la avalancha

de un rato antes no se hubiera parado, seguramente habría corrido la misma suerte. Evitó pensar en ello e intentó superar el obstáculo, con cuidado de no pisar lo que quedaba del cuerpo.

No muy lejos había un ensanchamiento.

Llegó hasta él y descubrió que se trataba de una especie de alcoba con un colchón tirado en el suelo, cubierto de mantas y sábanas sucias. ¿Allí era donde dormía Diana? En una mesa había botes de comida maloliente, objetos varios como tenedores de plástico o CD, o incluso juguetes que, por algún motivo indescifrable, habían sido considerados más valiosos que el resto y habían merecido un sitio privilegiado.

En medio de la confusión, reconoció un colgante en forma de ángel azul. Después vio que todavía estaba enganchado al móvil de la chica.

Mila dejó la barra de hierro y sujetó la linterna con los dientes. Cogió el aparato y observó con atención la funda de estrellitas doradas.

La pantalla estaba encendida, pero no aparecían llamadas entrantes ni salientes.

Cuando abrió la tapa posterior del móvil, en busca de la última confirmación de que se trataba justamente del teléfono de la chica desaparecida —donde ponía «Propiedad de Diana Müller» y las iniciales del compañero que le gustaba—, reparó en que la batería había sido colocada recientemente. Era natural, en vista de que Diana se quejaba de que no duraba, ya que de otro modo no podría haber funcionado ininterrumpidamente durante toda la tarde.

A Mila la asaltó una certeza fulminante. Evidentemente no había sido la muchacha que ahora yacía muerta a pocos pasos de allí quien se había encargado de cambiarla. Ni quien había encendido el móvil después de nueve años.

La oscuridad fue a llamar a su espalda y Mila se puso rígida. Cogió de nuevo la barra de hierro y agarró también la linterna. Al volverse lentamente para inspeccionar mejor el lugar, se dio cuenta de que justo detrás de ella, entre los residuos, había otro paso del laberinto.

Mila se dirigió hacia la hendidura. Tuvo que ponerse a cuatro patas para atravesarla. La mano con que sujetaba la barra rozaba el suelo mugriento, recubierto de una capa de hojas de periódico. Con la otra mantenía la linterna recta y el haz precedía su avance. Al final, la galería terminó.

Había una segunda habitación.

Pero, a diferencia de la primera, en ella reinaba un orden particular, cuidado. Una verdadera cama estaba situada en el centro, con sábanas y mantas y, al lado, una mesilla. Velas de varios tamaños se apilaban sobre una mesa baja. La atención dedicada a la decoración de aquel espacio hizo llegar a la mente de Mila la habitación de invitados de la que su madre estaba tan orgullosa.

Y tuvo la impresión de que, además de a Diana Müller, aquel lugar servía de refugio a otra persona. Una persona importante, a la que dedicar una esmerada consideración. En el fondo, era un lugar perfecto para desaparecer del mundo.

Sus pensamientos estaban completamente absortos en el descubrimiento. Pero, cuando oyó el ruido de un nuevo derrumbamiento procedente de un punto lejano del laberinto, no titubeó y apagó enseguida la linterna.

Había alguien.

32

El zumbido incesante en los oídos le había impedido darse cuenta de aquella presencia.

Sólo gracias al estruendo del derrumbamiento ahora era consciente de ello. Después vio que la otra persona también llevaba una linterna, cuyo resplandor se reflejaba en el techo.

Había escapado al hundimiento y ahora se estaba acercando.

Mila había salido de la que había bautizado como la *habitación de invitados* porque no tenía ninguna intención de que la sorprendieran en un callejón sin salida. Podía llegar hasta el pasillo, y tener así por lo menos una vía de escape. Pero, al no poder encender la linterna para que no la vieran, era difícil moverse sin el riesgo de provocar un nuevo derrumbamiento.

Tenía que ocurrírsele algo. Ya no contaba con la pistola, y la barra de hierro que había encontrado sólo le sería útil en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Pero ¿qué pasaría si el otro llevaba consigo un arma de fuego?

«Si se trata del huésped, se dirigirá hacia su madriguera», se dijo. Justo en su dirección. De momento, la única solución era ir a su encuentro y enfrentarse con él. Aunque, al mismo tiempo, era una locura.

Mila intentó conservar la calma y aplicar las reglas que había aprendido en la academia de policía y que le habían sido útiles en los años de experiencia sobre el terreno. Lo primero que tenía que hacer era estudiar el lugar en el que estaba operando. En la oscuridad, la agente intentó entonces atraer a su memoria la disposición de todo lo que la rodeaba.

Se acordó del camastro de Diana y de que encima del colchón tirado en el suelo había visto mantas. Recogió una y volvió a tientas

sobre sus pasos, pasando por encima de los restos de la mujer muerta.

Tal vez existía un modo para escapar del huésped.

Pero, para que funcionara, hacía falta encontrar el lugar más adecuado. Había un punto en el que el pasillo se ensanchaba para dejar espacio a un pilar; Mila consideró que la anchura era suficiente. Se tumbó en el suelo y se envolvió con la manta maloliente.

El plan consistía en esconderse y esperar a que el huésped pasara.

Después de ello, tendría el camino libre para llegar a la salida. A falta de alternativas, le parecía una buena idea. Pero tenía que apresurarse: fuera quien fuese, estaba cerca.

Había bastante espacio como para que pasara caminando por su lado sin darse cuenta de su presencia. Si por desgracia no fuera así, Mila se desharía de la manta y se enfrentaría a él con la barra. No obstante, ésa era una posibilidad que no quería tener en cuenta. «Todo irá bien», se dijo.

Se preparó y se puso a escuchar. Los acúfenos causados por el disparo no daban señales de disminuir el efecto. Probablemente, el temor los acrecentaba. Mila se había colocado debajo de la manta de manera que dejaba un espacio libre para los ojos y podía controlar lo que ocurría a su alrededor. Sin embargo, la inmovilidad hacía que su campo visual fuera muy limitado.

Primero vio el haz de luz que inspeccionaba el horizonte del túnel. A pesar de no poder oír los pasos que se acercaban crujiendo sobre la alfombra de residuos, sabía que el huésped se movía con cuidado, y también tal vez con cautela.

«Sabe que hay un intruso —repetía una vocecita en la cabeza de Mila—. Lo sabe.»

La presencia se aproximaba, casi podía sentir su aliento. Entonces una sombra se detuvo justo en el punto donde ella se encontraba. Por el espacio que había dejado para mirar, podía vislumbrar unos zapatos de hombre. Intentó no hacer ruido, evitando incluso respirar.

«¿Por qué se queda ahí y no se mueve?»

El tiempo se detuvo, algo se le removió en la tripa. El miedo que tantas veces había invocado se extendió como una fría marea por sus venas. Por un instante pensó que los zumbidos que resonaban en su cabeza la conducirían rápidamente a la locura.

La sombra se volvió justo en su dirección y, en el momento en que el haz de la linterna golpeó su escondite, la agente recuperó todas sus fuerzas y salió al descubierto blandiendo la barra. La luz la deslumbró impidiéndole ver, pero intentó golpear de todos modos. La barra prosiguió su recorrido sin interrupciones, signo de que había fallado el blanco. Mila volvió a intentarlo y esta vez lo pilló de refilón. Fue suficiente para hacer que perdiera el equilibrio y acabara en el suelo. La linterna se le cayó de la mano y, una vez más, la oscuridad se apoderó del espacio.

—¡Mila! —oyó gritar desde el suelo—. Espera.

Con la respiración entrecortada y la barra que seguía buscando un objetivo a ciegas, la agente se sorprendió al preguntar, casi gritando:

—¿Quién eres?

La sombra calló.

—¿Quién eres? —repitió ella con mayor convicción.

—Soy yo, Berish.

Los acúfenos le impedían reconocer su voz.

—¿Cómo me has encontrado? —La ansiedad hizo que su tono sonara estridente.

—He llamado al departamento, me han dicho que estabas aquí.

—Y ¿por qué has venido?

—La situación es grave. He cambiado de idea, y he decidido ayudarte.

Mila se quedó pensando unos instantes. Pero después se convenció de que la historia era sensata.

—Vete a la mierda, Berish —dijo bajando la barra—. Ahora busca tu maldita linterna, por favor. No soporto estar más a oscuras.

—Entonces ayúdame a levantarme.

Mila estaba a punto de inclinarse hacia él para buscarlo a tientas, pero en ese momento, por la espalda, otra persona la cogió de la mano. Instintivamente, se volvió y fue suficiente para que notara un olor familiar. Estaba asustada, pero no reaccionó. Fueron segundos a cámara lenta. La presencia que tenía detrás tiró de ella hacia sí. A continuación empezaron las explosiones. Los disparos de pistola resonaron en aquella sorda tripa, pero en los breves destellos Mila pudo distinguir que quien la había agarrado era el verdadero Simon Berish, y el olor que la había calmado era su agua de colonia.

En cambio, el hombre tendido en el suelo la había engañado. En la secuencia de destellos instantáneos, no vio el rostro del impostor, porque tuvo tiempo de darse la vuelta e intentar huir. Lo vio desaparecer detrás de la primera esquina, entre las balas, mientras las paredes de la garganta se venían abajo, cerrándose a sus espaldas como para proteger su fuga.

Cuando los disparos cesaron, el verdadero Berish se dirigió a ella.

—¡Vámonos de aquí, enseguida! —gritó.

La arrastró a la oscuridad, aunque a los pocos metros encendió la linterna que llevaba consigo. Mila iba detrás de él, cogiéndole la mano con fuerza. Sólo debía vigilar en qué lugar ponía los pies. Berish corría y parecía haberse aprendido bien el camino para alcanzar la salida.

El pánico se apoderó de Mila, los pasos habían aminorado la velocidad, como la angustiosa lentitud que siempre caracterizaba la huida en las pesadillas. Empujaba las rodillas hacia adelante, pero le parecía estar corriendo en un fluido aceitoso, como si la oscuridad hubiera adquirido repentinamente densidad.

Poco después, la agente reconoció el vestíbulo que había visto nada más llegar. La puerta estaba allí. Tan cerca que parecía inalcanzable, porque la idea de cruzarla era tan maravillosa que parecía irreal. Sintió el aire fresco procedente del exterior y era como si la puerta respirara.

Tras cruzar aquella frontera, se encaminaron escalera abajo. Mila tuvo la sensación de que los escalones se inclinaban bajo sus pies, como los dientes de una criatura que abre la boca. En ese

momento, oyó el ladrido insistente de un perro que parecía llamarlos desde el exterior de la casa. De modo que la libertad estaba cerca.

Poco antes de cruzar el portón, Mila tuvo la sensación de que la casa de ladrillos rojos se estaba cerrando sobre ellos. Entornó los ojos, contó los pasos.

Berish se detuvo junto a su perro y se agachó para acariciarlo.

—Tranquilo, *Hitch*, todo va bien.

Recuperaron el aliento. El animal se calmó. El agente especial observó a Mila, que todavía se estremecía y se había llevado las manos a los oídos con una mueca de dolor. Sintió la necesidad de explicarse.

—Te he encontrado después de llamar al departamento y que ellos me dijeran que habías venido aquí —le dijo en voz alta, intuyendo que no estaba en condiciones de oír bien.

—Entonces, el que se ha hecho pasar por ti sabe que he ido a buscarte para pedir tu ayuda. Si es así, me está siguiendo. —Mila tuvo una repentina sensación de malestar—. ¿Quién era ese hombre? —preguntó señalando la casa.

Pero el agente especial eludió la pregunta.

—Caramba, un *nido*. Nunca había visto ninguno.

—¿De qué hablas?

Berish todavía estaba agachado de rodillas.

—Del refugio de un disposofóbico.

¿Un nido para qué? Mila tuvo una sensación de repulsa. Diana Müller se había quedado recluida en aquella casa, rechazando el mundo exterior y preparando la madriguera para alguien.

—Ahí dentro había una habitación; la chica recibía a un huésped.

Berish cogió a Mila por los hombros:

—Tienes que avisar a todo el mundo, haz que vengan aquí. Se ha quedado encerrado ahí dentro, ¿entiendes? No tiene escapatoria.

En la mirada del agente especial había un atisbo de preocupación. Sin preguntar nada más, Mila se dispuso a coger el

teléfono para llamar a Boris al departamento, pero *Hitch* empezó a ladrar, esta vez más fuerte. Señalaba algo detrás de ellos. Los ojos de Mila y Berish se dirigieron repentinamente hacia la casa de ladrillos rojos.

Por las ventanas tapadas salía humo gris. Al cabo de unos segundos, las llamas las hicieron estallar.

Los dos agentes se resguardaron el rostro con las manos, y después se alejaron rápidamente junto con el perro, mientras en el interior se desataba el infierno.

Cuando estuvieron a una distancia segura, se volvieron hacia el incendio.

—No, no... —se lamentó con impotencia el agente especial.

—Mírame —dijo Mila obligándolo a mirarla—. ¿Quién era ese hombre? Tú lo conocías, ¿no es así?

Berish bajó los ojos.

—No le he visto la cara. Pero supongo que era él.

—¿Quién?

—Kairus.

ALICE

Prueba 443-Y/27

Declaración del técnico sanitario de servicio en la ambulancia la noche del 26 de septiembre de *****:

«Llegamos a la vivienda del herido poco antes de medianoche. Antes nos habían informado por radio de su estado y de que se trataba de un representante de las fuerzas de la policía. A nuestra llegada, el paciente presentaba extensas quemaduras de tercer y cuarto grado, así como síntomas de una grave asfixia. A pesar de su cuadro clínico seriamente grave, el hombre estaba consciente. Mientras mi equipo y yo nos disponíamos a llevar a cabo los procedimientos clásicos para evitar posibles complicaciones y al mismo tiempo intentábamos estabilizar la respiración, el sujeto se mostraba bastante inquieto e insistía en comunicarse con nosotros. Logró arrancarse la mascarilla de respiración por unos segundos y repitió frases inconexas, entre las que sólo entendimos las palabras "Por favor, no quiero morir". Pero durante el trayecto en la ambulancia falleció».

33

Todos estaban esperando a Su Señoría.

La zona de obras estaba vigilada por la policía, pero nadie diría ni haría nada antes de que llegara el jefe del departamento. La escena parecía congelada.

Mientras, el incendio había sido controlado, pero la casa de ladrillos rojos se había derrumbado de repente. La combustión de los materiales acumulados en su interior había provocado una nube tóxica que, al mezclarse con la luz del amanecer, confería al cielo un color brillante.

El efecto era fascinante y letal al mismo tiempo, pensó Mila, admirándolo.

Hasta las cosas malas podían parecer hermosas. Pero los bomberos se habían visto obligados a evacuar el barrio.

—Justo la publicidad que necesitábamos —comentó Boris.

Se negaba a hablar con Mila. Estaba enfadado, pero la agente temía que también estuviera decepcionado. No lo había puesto al corriente de sus descubrimientos, lo había dejado al margen. Pero lo peor era que no había confiado en él. Algo se había roto irremediablemente en su relación.

Gurevich también la ignoraba. Esa noche, Mila lo había llamado a él en vez de a Boris, para que nadie sospechara que estaba compinchada con su viejo amigo. Cuando llegaron los refuerzos, el inspector escuchó su informe de manera impasible. La agente le contó los progresos de su investigación en solitario: a partir del recorte de periódico que había encontrado en la tapa de alcantarilla, añadiendo el detalle del sms que hablaba de Kairus y completando la narración con la historia de Diana Müller.

Sólo omitió un detalle. Simon Berish.

Fue ella quien le dijo que se marchara. No quería que sus superiores lo hallaran allí. La reputación del agente especial ya era lo bastante comprometida como para exponerse por un caso que no era suyo. Mila le aseguró que más tarde iría a ponerlo al corriente.

Hacía unos diez minutos que los bomberos los habían autorizado a que se quitaran las máscaras antigás. Las exhalaciones venenosas que procedían de los escombros humeantes ya eran inocuas gracias a la espuma que habían arrojado.

El acúfeno había cesado, pero Mila no podía quitarse de la cabeza la voz del hombre en la sombra.

Había sido hábil atrayéndola a la trampa del nido. «Me ha estado observando —se dijo—. Sabe que sufro la llamada del miedo.»

Berish había dicho que se trataba de Kairus, admitiendo así la existencia del Señor de las buenas noches. Pero ¿por qué en su primer encuentro el agente especial le había ocultado la verdad?

Un BMW negro con los cristales tintados rebasó la barrera de policías que impedía a periodistas y a curiosos la entrada en la zona de operaciones. Fue a aparcar justo debajo del rascacielos en construcción. Mila reconoció el coche de Su Señoría. Gurevich y Boris dieron un salto para ir a su encuentro.

En lugar de apearse, el pasajero se quedó sentado en el habitáculo y bajó la ventanilla para conversar con los dos hombres que estaban de pie en el exterior. Mila se encontraba en el lado opuesto al coche y no podía asistir al diálogo. Transcurrieron algunos minutos. Luego, al final, los inspectores se apartaron para permitir que se abriera la puerta.

El tacón de doce centímetros se plantó en el suelo polvoriento de cemento. La cabellera rubia apareció inmediatamente después. El traje sastre era indefectiblemente negro y el maquillaje perfecto incluso a aquellas horas de la mañana.

Como siempre estaba impecable. Joanna Shutton *Su Señoría*.

Sobre ella circulaban muchas historias en el departamento. Ninguna de ellas había superado nunca la categoría de chismorreo —sólo se sabía que era soltera y que su vida privada estaba blindada —, pero lo más curioso era que ninguno de aquellos comentarios contenía ninguna insinuación de naturaleza sexual. Aquello decía mucho en favor de su poder de intimidación. Tenía un currículum perfecto para desempeñar el papel de comandante en jefe.

Después de haberse distinguido en la academia como la mejor de su promoción, a Joanna Shutton no le había sido reservado un cargo de prestigio. La chica prometía, pero los varones quedarían mal en comparación con ella y además era una pelmaza sabelotodo. De modo que sólo le asignaban casos menores. Sin embargo, siempre conseguía la manera de destacar gracias a su capacidad de aprendizaje, esfuerzo y abnegación. También se ganó el apelativo peyorativo de Su Señoría, que ella enseguida transformó en un título de mérito.

Los periodistas la adoraron desde el primer momento.

Era perfecta para las primeras páginas y para la televisión, con el aspecto de una modelo y el carácter arisco de un poli de viejo cuño. Se había producido lo que sus superiores se temían. No querían que la imagen de la policía federal se filtrara a través de la figura de una rubia sexy.

En sólo dos años, habiendo sabido manejar todo lo que le encomendaban, Joanna Shutton se convirtió en la inspectora más joven de la historia del departamento. Después de eso, ya nadie pudo obstaculizar su ascenso hacia la cúspide del escalafón.

La mujer se quitó las gafas de sol y se dirigió con paso seguro hacia el centro de la escena, evaluando con la mirada el espectáculo que ofrecían las ruinas de la casa de ladrillos rojos.

—¿Quién puede ponerme al corriente?

Inmediatamente, alrededor de ella se agruparon el solícito Gurevich, Boris y el jefe de bomberos. Fue este último quien habló.

—Hemos controlado las llamas hace una hora. Pero el edificio se derrumbó casi enseguida. Según lo que ha dicho su gente, el fuego se desató de pronto. Pero no me atrevo a confirmar si ha sido

intencionado: con todo el material inflamable que había acumulado ahí dentro, habría bastado una chispa.

Su Señoría ponderó la frase.

—Una chispa que, por lo que parece, ha esperado durante años y ha elegido precisamente esta noche para incendiarlo todo...

El comentario sarcástico de Shutton cayó en el silencio como una piedra en un estanque. Nunca sabían cómo reaccionar con ella, notó Mila. No se sabía si estaba bromeando o si utilizaba la ironía como un látigo con el único objetivo de mantenerlos a raya.

—Agente Vasquez —la convocó la mujer sin siquiera mirarla.

Mila se acercó al pequeño grupo. El halo de Chanel de Su Señoría se extendía alrededor como una esfera de poder, que en aquel momento la englobó también a ella.

—Sí, señora.

—Me dicen que vio a un hombre ahí dentro y que éste intentó agredirla.

No había sido exactamente así, pero Mila respetó la versión acordada con Berish.

—Hubo un breve altercado durante el cual se me cayó la linterna. Nos quedamos a oscuras, pero pude realizar algunos disparos para que huyera.

—De modo que no lo hirió.

—No lo creo. —Esta vez Mila era sincera—. Sólo vi que escapaba. Después yo también hui porque corría el riesgo de que se me cayera todo encima.

—Y perdió la pistola. ¿Es correcto?

Mila bajó la mirada. El hecho de perder su arma no era honorable para un policía. Al no poder revelar que había sido Berish quien había disparado, se había salvado de tener que admitir que la pistola se le había caído de la mano por un estúpido descuido. De todos modos, tampoco así quedaba mejor parada.

—Es correcto, Su Señoría.

Shutton se desinteresó momentáneamente de ella y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Chang?

Al cabo de un momento, el médico forense apareció de las ruinas incandescentes llevando un mono de amianto. Se quitó el gorro y se reunió con ellos.

—¿Me ha mandado llamar?

—¿Han encontrado cuerpos en la escena?

—En el almacén había ingentes cantidades de sustancias químicas, hidrocarburos y plástico: todo ello, cuando se inflama, alcanza temperaturas muy elevadas. Y hay que añadir que los ladrillos de la construcción han actuado como un horno. En condiciones semejantes, cualquier resto humano prácticamente se habría disuelto —dijo seguro el médico forense.

—Sin embargo, ese hombre estaba ahí —afirmó Mila con voz casi estridente, sin darse cuenta de que nadie la estaba acusando de mentir—. Y también el esqueleto de Diana Müller, una chiquilla que desapareció a los catorce años y de la que no se tenía noticia desde hace nueve.

—¿Cómo es posible que nunca nadie se haya dado cuenta de nada? —preguntó Su Señoría.

—La casa formaba parte de una herencia indivisa —puntualizó Gurevich, ignorando a Mila—. Según la empresa que hoy tenía que demoler el edificio, no vivía nadie en ella. Y además es curioso que no haya llegado ningún aviso a los servicios sociales en todo este tiempo. Miren a su alrededor: no es que nos encontremos en un suburbio deshabitado. Es la zona de negocios, con miles de personas que trabajan y transitan por aquí todos los días.

«Sí, aunque después de ponerse el sol este lugar es un desierto», le habría gustado rebatir a Mila, pero simplemente sacudió la cabeza en señal de rechazo.

Únicamente Boris no se ensañó con ella, limitándose a evitar mirarla. Aquel silencio hería a la agente más que las veladas acusaciones del otro inspector. Joanna Shutton, en cambio, parecía imperturbable.

—Si todo se ha desarrollado como asegura la agente Vasquez, entonces el hombre que la ha agredido también ha provocado el incendio y ha decidido morir entre las llamas —afirmó Gurevich en tono resabido—. ¿Por qué iba a hacer eso? Es una insensatez.

Su Señoría se dirigió nuevamente al jefe de bomberos.

—Imagino que usted habrá hablado con la empresa que gestiona las obras.

—Así es, nos hemos puesto en contacto con ellos porque conocen bien la zona en la que teníamos que intervenir.

—Dígame, aparte de la entrada principal, ¿había otro modo de tener acceso a la casa?

El hombre reflexionó un momento.

—Bueno, estarían los conductos de los desagües que pasan justo por debajo de la propiedad. No excluiría que alguien hubiera encontrado la manera de acceder a ellos desde el interior del edificio.

Su Señoría se volvió entonces hacia sus colaboradores masculinos.

—Ahí tienen una posibilidad que no habían tenido en cuenta. Es decir, que los habitantes de la casa utilizaran un camino distinto para entrar y salir sin ser vistos. El asaltante puede haberla usado para escapar después de incendiarlo todo.

Mila encajó el apoyo inesperado de Shutton. Pero no se hizo ilusiones.

Su Señoría finalmente la miró.

—El escepticismo de sus colegas, querida, se debe al hecho de que usted ha actuado sin esperar órdenes, demostrando una absoluta falta de respeto por las jerarquías. Además, ha puesto la investigación en peligro. Será difícil encontrar el hilo, teniendo en cuenta que las pruebas, si es que las había, han quedado destruidas en el incendio.

A Mila le habría gustado decir que lo sentía, pero sus palabras habrían parecido una patética mentira. De modo que se quedó callada y, con la cabeza gacha, siguió tragando.

—Si se cree mejor que nosotros, entonces dígalo. Conozco su trabajo, sé lo buena que es. Pero nunca habría esperado de una agente tan experta un comportamiento como éste. —Entonces Shutton se dirigió a los demás—: Déjennos solas.

34

Los tres hombres se alejaron después de un rápido intercambio de miradas.

A pesar de ser la mayoría, delante de una mujer como Su Señoría los hombres se mostraban siempre en inferioridad.

Una vez solas, Shutton esperó unos segundos antes de hablar, como si quisiera reflexionar mejor.

—Me gustaría echarle una mano, agente Vasquez.

La policía, que se esperaba otra reprimenda, se quedó de piedra.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

—Yo la creo.

Era mucho más que un apoyo. Más bien parecía la propuesta de una alianza.

Shutton empezó a pasear y Mila fue tras ella.

—Mientras venía hacia aquí, Gurevich me ha puesto al tanto de lo que ha ocurrido. Me ha contado que usted tenía intención de introducir en el informe algunas referencias a hechos ocurridos hace veinte años.

—Así es, señora.

—El Mago, el Encantador de almas, el Señor de las buenas noches... ¿Es exacto?

—Y Kairus —añadió Mila.

—Sí —dijo Su Señoría, deteniéndose—. Ahora también está ese otro nombre.

Mila estaba segura de que Shutton ya lo conocía. Pero tal vez formaba parte de una verdad reservada a unos pocos.

—Recuerdo el caso de los insomnes —afirmó la jefa del departamento—. El asunto marcó el declive del Programa de

Protección de Testigos. Al cabo de unos años, uno de los agentes especiales involucrados perdió su cargo por otro sórdido asunto.

Mila intuyó que se estaba refiriendo a Simon Berish. No preguntó qué había ocurrido, pero Shutton se lo dijo.

—Aceptó una suma de dinero para que un criminal arrepentido al que tenía que proteger y también vigilar pudiera escapar.

Mila no podía creer que ése fuera el motivo por el que Berish era considerado un paria, no se lo imaginaba haciendo el papel de poli corrupto. Pero también se dio cuenta de que Shutton se moría de ganas de contarle la historia. Así pues, decidió seguirle el juego.

—Ese agente ya no debe de estar en activo, me imagino.

Su Señoría se paró en seco, volviéndose para mirarla.

—Por desgracia, nunca conseguimos encontrar pruebas para incriminarlo.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque no quiero que acuda a él —admitió Shutton con extrema franqueza—. Pase lo que pase, usted sólo se dirigirá a mí. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Tiene algo en contra de que cite a Kairus en mi informe? —preguntó Mila para provocarla.

—En absoluto —le quitó importancia Su Señoría. Y a continuación adoptó un tono confidencial para añadir—: Pero si quiere un consejo, de mujer a mujer, yo no lo haría. Es un caso viejo, de hace veinte años: sin pruebas ni pistas corremos el riesgo de quedarnos estancados. Y, además, esos apodos no significan nada. Sólo son una manera de asustar al público que los medios de comunicación crearon para aumentar la audiencia televisiva o vender algunos ejemplares más de periódicos y revistas. No se ponga en ridículo yendo detrás de un personaje de tebeo.

Pero Mila no podía evitar pensar en la figura que había encontrado en la casa esa noche. Era humano, de carne y hueso como todo el mundo. Tal vez el contexto —el nido y la oscuridad mezclados con el miedo— había contribuido a que lo idealizara. Podía estar de acuerdo en el hecho de que no se trataba de un monstruo.

Pero estaba allí, y era real.

—¿Y si en el informe afirmo simplemente que fui agredida por un desconocido?

Shutton sonrió.

—Indudablemente, mucho mejor. —Después se la quedó mirando—. He seguido sus pasos desde el principio de la investigación y creo que se ha movido bien. Sé que ha manifestado su perplejidad respecto a la hipótesis de que detrás de la serie de asesinatos haya una organización terrorista.

—Así es, y sigo sin creerlo.

—¿Puedo permitirme tomar partido por su idea, agente Vasquez?

Mila no acababa de ver qué tenía en mente.

—Gurevich me ha pedido que la quite de en medio, pero creo que puede ser útil de otra manera.

Shutton hizo entonces una señal a su chófer, que al momento bajó del coche para llevarle una carpeta marrón. Su Señoría se la tendió luego a Mila, que la observó. Era muy delgada.

—¿De qué se trata?

—Quiero que siga una nueva pista. Y aquí dentro hay algo que, estoy segura, le interesará.

35

Su despacho siempre había sido su refugio, pero ahora le parecía una celda.

Berish iba arriba y abajo buscando una manera de evadirse.

—No pude acertarle —dijo dirigiéndose a *Hitch*, que, echado en su rincón, seguía con la cabeza la inquieta caminata de su amo.

No se resignaba por lo que había pasado la noche anterior. En la oscuridad, la mano le había temblado y no había sido capaz de dar en el blanco. Al fin y al cabo, hacía tiempo que no empuñaba una pistola. El hombre de acción se había convertido en un hombre de mente, se recordó a sí mismo, ridiculizándose.

Pero lo peor de todo era que no había conseguido ver bien la cara del artífice del tormento que lo había perseguido durante veinte años. De modo que tendría que seguir con la duda, sin descanso.

«Kairus ha vuelto», se repetía.

Aquella noche, antes de abandonar las obras, Mila le había revelado todo lo que había ocurrido en los últimos días, poniéndolo al corriente sobre la matanza llevada a cabo por Roger Valin y los homicidios cometidos por Nadia Niverman y Eric Vincenti. Todos ellos personas que, como André García, habían desaparecido y luego reaparecido, pero sólo para matar.

Berish había escuchado con atención el resumen de los crímenes que primero habían sido etiquetados como venganzas y luego como actos terroristas, mientras un antiguo miedo se abría paso dentro de él, siguiendo un camino conocido pero que el agente especial no recorría desde hacía años. Un grumo de dudas y aprensiones se le había subido a la garganta.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué esos delitos encadenados?

Siempre que se sentía inquieto, Sylvia se encargaba de calmarlo. El recuerdo impregnaba el manto informe de sus angustias como un espejismo luminoso que surca la niebla. Acudía a consolarlo con su sonrisa y una caricia.

No había día que Berish no pensara en ella.

A pesar de estar convencido de que había conseguido exiliar su memoria a un lugar cerrado incluso a sí mismo, Sylvia siempre encontraba la manera de volver. Como un gato que cada vez consigue encontrar el camino a casa. La sorprendía en los objetos, o en un paisaje. O le hablaba con las palabras de una canción.

Por muy breve que hubiera sido su relación, él todavía la amaba.

Pero ya no era el sentimiento salvaje que se había rebelado ferozmente contra él después de que acabara casi pidiéndole explicaciones sobre lo que había ocurrido y echándole la culpa. Se había convertido en una lejana nostalgia. Afloraba en el corazón, él la recogía durante un instante con los dedos, la contemplaba como si fuera un paisaje sugerente y luego la dejaba caer de nuevo.

La primera vez que se vieron le impresionó su trenza azabache. Enseguida aprendería que el gesto de deshacérsela indicaba las ganas que tenía de hacer el amor. No era hermosa, aquel día. Pero al instante vio que no podría prescindir de ella.

Tres golpes hicieron retroceder al agente especial.

Berish se detuvo en el centro de la habitación. *Hitch* también se puso en alerta.

Nadie llamaba nunca a la puerta de ese despacho.

—Probablemente el hombre que vimos en la casa pudo salvarse del incendio escapando a través de las cloacas.

Mila estaba fuera de sí. Berish tiró de ella hacia el interior, esperando que sus colegas no se hubieran percatado de su presencia allí.

—¿Por qué has venido?

La agente del Limbo agitaba una carpeta marrón.

—Shutton me ha hablado de ti. Ella fue quien tomó la iniciativa, me aconsejó..., mejor dicho, me conminó a dejar el tema. Pero si el jefe del departamento ha dado un paso como ése, entonces es que hay algo debajo.

Berish estaba asombrado. No imaginaba qué le habría contado Shutton a Mila. O tal vez lo sabía muy bien y no quería que la agente se hubiera dejado condicionar. Pero si había ido hasta allí, esa posibilidad podía descartarse.

—Ya sé que preferirías regodearte en tu condición de paria —estaba diciendo Mila, reaccionando ante su silencio—. Ya lo sé, pero ahora sería demasiado cómodo. Quiero saberlo todo.

El agente especial intentó que bajara la voz.

—Ya te lo he contado todo.

Mila le señaló la puerta.

—Allí fuera, en el mundo real, he tenido que mentir por ti. He contado un montón de trolas al jefe del departamento para que no te creara problemas. Me parece que tú ahora me debes algo.

—¿No te basta que esta noche te haya salvado la vida?

—A estas alturas los dos estamos implicados.

A continuación, Mila dejó la carpeta que había llevado consigo encima de la mesa.

Berish la miró como si se tratara de una bomba de mano a punto de estallar.

—¿Qué hay ahí dentro?

—La prueba de que hasta este momento no estábamos equivocados.

El agente especial rodeó la mesa y fue a sentarse cruzando las manos debajo de la barbilla.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

Veinte años atrás, la desaparición de los siete insomnes había tenido un epílogo.

La policía federal investigaba acerca de lo que unía a un exmilitar homosexual, un repartidor, una estudiante, un profesor de ciencias jubilado, una viuda, la propietaria de una tienda de ropa para el hogar y una dependienta de unos grandes almacenes.

Si hubieran encontrado lo que tenían en común, tal vez habrían comprendido si alguien se había interesado en ellos, haciéndolos desaparecer, y por qué. Pero no había traslucido nada, excepto el detalle demasiado débil del insomnio.

Parecía un caso concebido con astucia por la prensa basándose en meras coincidencias. Al fin y al cabo, ¿cuánta gente desaparecía diariamente en la ciudad? Y ¿cuántos tomaban somníferos? Pero la opinión pública había suscrito la idea macabra de que había un responsable. Creían menos en ella quienes se encargaban de investigar.

Fue entonces cuando empezaron a aparecer testigos.

—Siempre hay alguien que ha visto o le ha parecido ver algo. En el departamento estábamos entrenados para reconocer a fanfarrones o mitómanos atraídos por las luces del candelero, sabíamos cómo tratarlos. Antes que nada, valorábamos si habían esperado demasiado para salir a la luz. Después, las versiones que contaban, por lo general, se parecían más o menos todas; es un clásico. Nos hablaban de sensaciones vinculadas a un tipo sospechoso que merodeaba por debajo de la casa de uno de los desaparecidos. Entonces los sometíamos a la prueba del retrato robot. No sé por qué, pero cuando se trata de criminales, la gente describe siempre más o menos la misma cara: ojos pequeños y frente despejada. Según la antropología, es un legado de la evolución: el enemigo aguza la mirada cuando nos está apuntando, y la frente es lo primero en lo que solemos fijarnos en caso de tener que distinguir a un adversario escondido en un espacio abierto. De cualquier forma, si recurren a esos dos elementos somáticos, entonces se puede dudar legítimamente de que el retrato robot sea auténtico. —Berish se aclaró la voz—. Pero uno de ellos nos proporcionó una descripción que parecía fiable.

El agente especial abrió entonces el cajón de su escritorio y le tendió a Mila una hoja con un retrato.

Kairus —el hombre que hacía desaparecer a la gente— tenía un rostro andrógino.

Fue lo primero en que se fijó la policía mientras observaba con atención para ver si reconocía el rostro que entrevió la noche anterior entre los destellos de los disparos de la pistola de Berish. A pesar de la plana reproducción del retrato robot, sin ninguna perspectiva, del dibujo emergía de todos modos la delicadeza de los rasgos. Parecían converger en torno a los ojos negros, que, como espirales gemelas, absorbían la luz de alrededor. El pelo oscuro servía de corona a una frente huesuda. Los pómulos eran altos y los labios carnosos. En el centro del mentón, un hoyuelo imprimía fuerza y gracia al mismo tiempo.

Como era previsible, Kairus no parecía en absoluto un monstruo.

—La declaración del testigo era meticulosa, precisa y detallada: cotejable en todos sus detalles. Según lo que contó, Kairus rondaba el metro sesenta de altura, era de constitución atlética y tendría unos cuarenta años. El testigo se fijó en él porque, cuando lo vio, un comportamiento singular esculpió en su memoria aquella figura humana.

El Señor de las buenas noches había sonreído.

—Sin ningún motivo, simplemente como si quisiera que se acordara de él. El testigo nos contó que había tenido una sensación de malestar e inquietud al mismo tiempo.

Lo pusieron bajo protección. Pero no fue suficiente.

—Mientras lo protegíamos, desapareció en la nada.

En el rostro de Berish se formó la típica expresión de quien sabe que se enfrenta a una amenaza que no es capaz de comprender.

—Es como si fueras al cine para ver una película de terror y el monstruo atravesara la pantalla: el miedo por el que has pagado la entrada se convierte en otra cosa, y no sabes cómo llamarla. Es pánico, pero también algo más. Es la idea misma de no tener escapatoria. La irremediable y repentina consciencia de que no existe distancia que pueda ponerte a salvo. Y que la muerte sabe tu nombre. —Berish se pasó una mano por los cabellos entrecanos—. Lo llamamos, y él acudió: el Señor de las buenas noches estaba

entre nosotros. No sólo tenía un rostro, sino que también había elegido cómo quería que lo llamaran.

Kairus.

—Tres días después de la desaparición de la única persona que le había visto la cara, llegó un paquete al departamento. Dentro había un mechón de pelo perteneciente al testigo. Iba acompañado de una nota. Una sola palabra: «Kairus».

No sólo se trataba de salir al descubierto, sino que era un desafío en toda regla.

—Parecía que nos estuviera diciendo: «Hasta ahora no os habéis equivocado. Siempre he sido yo. Tenéis mi retrato robot, y ahora también mi nombre. Encontradme».

En el departamento reinaba un ambiente de derrota absoluto, y el miedo no hacía excepciones con nadie. Porque si el nivel de la provocación llegaba a esos niveles, entonces la intimidación los afectaba a todos, no sólo a los seres humanos más insignificantes.

—Allí se acabó, no volvimos a oír hablar de Kairus y no hubo más desapariciones —prosiguió Berish—. La broma más lograda del Señor de las buenas noches fue dejarnos solos ante una duda. No podíamos llamarlo *asesino* porque no había cadáveres. No podíamos definirlo como *secuestrador* porque no existían pruebas de que las desapariciones se hubieran producido mediante la fuerza. En torno a él y a sus motivos sólo existían hipótesis.

Kairus era el autor de un crimen sin nombre. Si hubiera sido capturado, no habrían sabido de qué acusarlo. Aun así, para las personas desaparecidas seguía usándose igualmente el apelativo de *víctimas*.

—¿Cómo se llamaba el testigo?

—Sylvia.

36

El testigo era una mujer.

Mila se dio cuenta de que Berish había titubeado al pronunciar el nombre, como si le costara un esfuerzo.

—Esa tal Sylvia ya os había proporcionado el rostro de Kairus; ¿por qué la hizo desaparecer?

—Para demostrarnos lo que era capaz de hacer. Y lo decidido que estaba a hacerlo.

—Y lo consiguió —concluyó amargamente la agente—. Porque, obviamente, cuando el retrato robot no os condujo a ninguna parte, decidisteis archivar el caso antes de que el fracaso os aplastara. Pero, en realidad, se le dio carpetazo: en el archivo del Limbo sólo he encontrado un dosier incompleto. Os justificasteis diciendo que el Señor de las buenas noches sólo era una invención, una especie de leyenda, un montaje. —Mila estaba fuera de sí por la rabia—. En cambio, era real, y tanto que lo era. Esta noche hemos tenido la prueba, cuando nos lo hemos encontrado delante.

El agente especial todavía parecía turbado por lo que había sucedido en la casa de ladrillos rojos.

—Estabas bajo las órdenes de Steph en el Programa de Protección de Testigos, por eso fuiste tú quien tuvo que proteger a Sylvia, ¿verdad? —En el rostro de Mila ahora había desilusión—. Estabais implicados el capitán Stephanopoulos y tú; ¿quién más?

Berish se encaró a la agente con franqueza.

—Joanna Shutton y Gurevich.

Mila se quedó paralizada. ¿Su Señoría? Por eso antes le había ofrecido su ayuda.

—De acuerdo con vuestro capitán Steph, cerrasteis un pacto para salvar vuestras carreras. Nadie volvió a buscar a los

desaparecidos. No os importaban nada.

—¿Me hablas a mí de carrera? —Berish dejó escapar una carcajada irónica—. Y Stephanopoulos pidió que lo asignaran al Limbo porque no quería resignarse.

—Pero tú permitiste que los demás lo dejaran correr en nombre del interés personal. Fuiste su cómplice.

Berish sentía que se merecía esa acusación, pero igualmente quiso rebatirla.

—Si pudiera volver atrás, lo haría todo igual porque Shutton y Gurevich son unos excelentes policías. El favor no se lo hice a ellos, sino al departamento.

Mila se preguntó por qué el agente especial tomaba partido por unos compañeros que sin duda lo despreciaban. Recordó la historia que le había contado Su Señoría sobre las sospechas de que Berish era un poli corrupto. Por un instante la asaltó la duda de que todo fuera verdad.

Pero la agente empezaba a atisbar el motivo de la discreción con la que habían sido encubiertos los homicidios de los últimos días, empezando por la matanza llevada a cabo por Roger Valin. Evitando la fuga de noticias, sus superiores no intentaban proteger la integridad de la investigación, sino a sí mismos por el escándalo de lo que había ocurrido veinte años atrás.

—Y ¿Klaus Boris está al corriente de esto?

—En este juego, tu amigo y tú sólo sois peones.

Mila sintió un ligero alivio al oír las palabras de Berish. No podía estar segura de si se correspondían con la verdad, pero la confortaban.

—Entonces ¿por qué Su Señoría me ha entregado esa carpeta? —inquirió al tiempo que señalaba el pliegue marrón sobre la mesa.

—No sé por qué —tuvo que admitir Berish—. En realidad tendría que haberte echado del caso. Pero con Joanna nunca puede saberse, es muy buena utilizando a las personas.

—Si lees lo que hay escrito, te darás cuenta de que prácticamente me ha ofrecido un punto de partida para llegar a la verdad sobre la decisión que tomasteis hace veinte años.

Berish sonrió con amargura.

—Y ¿te fías de ella? Debe de haberlo hecho porque ha visto que la historia acabará saliendo a la luz de todos modos. Sólo se está preparando para lo peor, créeme.

El agente especial también podía tener razón. Por eso Mila decidió que no le importaba tener contacto con un poli que probablemente en el pasado se había dejado corromper por un criminal arrepentido.

—¿Por qué no echas un vistazo a la carpeta? Quizá podrías decidir echarme una mano...

Berish resopló. Miró a Mila y, a continuación, la carpeta marrón. Al final extendió la mano sobre la mesa y la cogió para leerla.

Ella lo observaba mientras los ojos recorrían las líneas de una única hoja. Cuando terminó, la devolvió a su sitio.

—Si lo que dice aquí es verdad, eso lo cambia todo.

37

Era un martes de finales de septiembre que parecía verano.

El aire cálido los envolvía como un abrazo del que era imposible despegarse. *Hitch* sacaba la cabeza por la ventanilla del Hyundai, disfrutando de la brisa artificial que se creaba con el movimiento del coche.

Mila observaba la carretera mientras, en el asiento de al lado, Berish volvía a leer por enésima vez el contenido de la carpeta marrón.

El agente especial llevaba una mancha de café en el puño que intentaba esconder tirando obstinadamente hacia abajo de la manga de la americana. Lo hacía casi sin darse cuenta. Mila se fijó en el gesto con el rabillo del ojo y le pareció simpático. Berish se preocupaba por su aspecto, más que apariencia era cuestión de decoro. Le recordó a cuando su padre estaba vivo, el cuidado que ponía al sacar lustre a los zapatos todas las mañanas. Decía que era importante presentarse bien, por respeto hacia los demás. Aunque evidentemente Berish no tenía la edad de su padre, sus maneras eran las de un hombre chapado a la antigua. Y eso para Mila era tranquilizador.

—¿Cuánto tiempo llevas sin dormir? —le preguntó distraídamente.

—Estoy bien.

Las últimas veinticuatro horas habían sido una frenética sucesión de acontecimientos. El calor de la tarde tenía un efecto calmante en los nervios de la agente. El barrio por el que circulaban se veía tranquilo. Estaba formado por casitas, todas distintas, y lo habitaban sobre todo familias de clase obrera. La gente trabajaba y criaba a sus hijos, sin aspirar a nada más que a una vida tranquila.

La comunidad debía de estar bien avenida y, obviamente, todos se conocían.

Pasaron por delante de la iglesia baptista del final de la manzana, una edificación blanca en medio de una amplia extensión de césped con un campanario acabado en punta. Se oían himnos alegres, a pesar de que en el exterior estaba aparcado un coche fúnebre.

Mila giró justamente allí al lado y se detuvo frente a la tercera casa de la calle, bajo la sombra de un gran olmo.

Bajaron del coche y una ráfaga de viento ardiente acudió a recibirlos para después pasar de largo. En el jardín de enfrente de la modesta vivienda, que constaba de una única planta, había tres niños, dos chicos y una chica. Dejaron de jugar para observar a los dos intrusos. Sus rostros estaban cubiertos de pequeñas manchas rojas.

—¿Está vuestra mamá en casa? —preguntó Berish mientras hacía bajar a *Hitch* del coche.

Ninguno de los tres contestó, concentrándose enseguida en el hovawart.

En ese momento, en la puerta de la casa, apareció una mujer que llevaba a un niño de unos dos años en brazos y que por un instante los escrutó con aire receloso. No obstante, después ella también sonrió al perro.

—Buenos días —dijo la mujer.

—Buenos días —contestó Berish con el mismo tono cordial—. ¿La señora Robertson?

—Sí, soy yo.

Dicho esto, los dos agentes recorrieron el sendero esquivando algunos juguetes y un triciclo y subieron los escalones que conducían al porche.

—Somos del departamento de la policía federal. —Al llegar a la puerta, el agente especial sacó la única hoja que contenía la carpeta marrón y, manteniéndola levantada con dos dedos, la mostró a la mujer—. ¿Reconoce esta denuncia?

—Sí —dijo la señora Robertson algo desorientada—. Pero no he tenido más noticias.

Berish intercambió una rápida mirada con Mila y seguidamente se dirigió de nuevo a la dueña de la casa.

—¿Podemos entrar?

Al cabo de un rato, *Hitch* se divertía en el jardín junto a los hijos mayores de la señora Robertson, mientras los dos agentes estaban sentados en el salón de la casa.

La alfombra que tenían bajo sus pies estaba repleta de piezas de construcciones y de puzles. Sobre la mesa de comedor descansaba un cesto lleno de ropa limpia para planchar. Había un plato sucio haciendo equilibrios sobre el apoyabrazos de una butaca.

—Disculpen el desorden —dijo la dueña de la casa mientras dejaba en el parque al niño que llevaba en brazos—. Es difícil llegar a todo con cinco hijos que criar.

Ya les había explicado que los mayores no estaban en el colegio porque tenían el sarampión. El penúltimo se había quedado en casa con ella porque en la guardería tenían miedo de contagiarse. El más pequeño, de sólo tres meses, dormía en la cuna que estaba situada en la entrada.

—No se preocupe —repuso Mila—. Al contrario, sentimos habernos presentado sin haberla avisado.

Camilla Robertson era una mujer robusta que pasaba de los treinta; unos brazos fuertes sobresalían de la blusa amarilla en la que destacaba una cadenita con un crucifijo de plata. Pelo castaño corto, tez clara y límpidos ojos azules que resaltaban a causa de las mejillas coloradas. La impresión de conjunto era la de una madre atareada pero feliz.

—Mi marido es el pastor Robertson de la iglesia baptista de la esquina —quiso precisar la mujer mientras se sentaba con ellos, después de haber quitado el plato sucio de la butaca—. Está celebrando las exequias de un hermano de la comunidad que falleció ayer y yo tendría que haber estado con él ahora.

—Lo sentimos mucho por su amigo —intervino Berish.

La mujer le dedicó una sonrisa sincera.

—No debería sentirlo, ahora está en las manos del Señor.

La casa estaba decorada de manera sencilla, los únicos adornos eran marcos con fotos familiares y cuadros que representaban a Jesús, a la Virgen o la Última Cena. Sin embargo, a Mila no le parecían adornos de una fe llamativa, si acaso el tributo a una religiosidad profunda que acompañaba todos los aspectos de la vida familiar.

—¿Les apetece tomar algo? —preguntó la mujer.

—No se moleste, señora Robertson —le contestó Berish.

—Camilla —lo corrigió ella.

—De acuerdo, como quiera..., Camilla.

—¿Va bien un café? Sólo será un instante.

—En serio, tenemos mucha prisa —intentó frenarla el agente especial. Pero la mujer ya se había levantado para dirigirse a la cocina.

Se vieron obligados a esperarla unos minutos, mientras el hijo de dos años no les quitaba ojo desde el interior del parque. Camilla volvió con una bandeja y dos tazas humeantes que sirvió enseguida a sus huéspedes.

—¿Podría contarnos la historia de esa denuncia? —preguntó Mila para ganar tiempo.

La señora Robertson volvió a sentarse en la punta de la butaca, juntando las manos sobre las rodillas.

—Qué quieren que les diga... Fue hace tanto tiempo, prácticamente en otra vida.

—No hace falta que lo cuente exactamente, puede decirnos lo que recuerde —la animó Berish.

—Veamos... Tenía casi dieciséis años. Vivía con mi abuela en un bloque de viviendas por donde está el enlace ferroviario. Mi madre me dejó con ella cuando tenía unos meses, era una inadaptada que no sabía ocuparse de mí. A mi padre, en cambio, nunca lo conocí. Pero no les guardo rencor, los he perdonado. —Hizo una mueca a su hijo en el parque, que se la devolvió con una sonrisa—. Mi abuela Nora no me quería, siempre decía que era una carga para ella. Cobraba un subsidio por enfermedad porque de joven se fracturó la cadera trabajando en la fábrica. Aseguraba que, si no hubiera estado

yo, con ese dinero habría vivido mucho mejor; en cambio, por culpa mía se veía obligada a llevar una vida de perros. Intentó varias veces colocarme en alguna institución, pero yo siempre me escapaba para volver con ella. Quién sabe por qué... Una vez, a los ochos años, me confiaron a una familia. Eran buenas personas y tenían seis niños más, algunos de padres distintos, como en mi caso. Vivían en armonía y siempre estaban contentos. Yo, en cambio, me sentía incómoda porque no lograba comprender el motivo de ese afecto desinteresado. La mujer no era pariente mía y, sin embargo, se ocupaba de mí: me lavaba la ropa, me hacía la comida y cosas así. Pensaba que tenía que agradecérselo de alguna manera, y que esperaba que lo hiciera. De modo que una noche me quité la ropa y me metí en la cama con su marido, como había visto hacer en una película que daban una noche ya tarde por televisión en casa de la abuela. Aquel hombre no se enfadó, fue amable y me dijo que ciertos comportamientos no estaban bien en una niña y que volviera a ponerme la ropa. Pero enseguida me di cuenta de que estaba muy turbado. ¿Cómo podía saber que lo que había intentado hacer era cosa de mayores? Nunca nadie me lo había explicado. Al día siguiente vino una asistente social a recogerme. No lo vi nunca más.

Camilla Robertson había contado el episodio con una ligereza que sorprendió a Mila. Como si ya hubiera pasado cuentas con el pasado y estuviera plenamente en paz, sin tener que preocuparse de esconder nada. Y en su tono de voz no había rencor, sino solamente una vaga tristeza.

Berish quería que fuera al grano, pero se dio cuenta de que tenía que dejarla hablar.

—La primera llamada telefónica se produjo cuando tenía dieciséis años, el día de mi cumpleaños. El aparato sonó unas cuantas veces, eran las dos de la tarde y normalmente la abuela dormía hasta las seis. El timbre dejó de sonar, y enseguida volvió a empezar. Al otro lado había un hombre que me felicitó. Fue extraño, puesto que nadie se acordaba de que cumplía años. Hasta entonces sólo había tenido un pastel con velitas, durante una de mis muchas estancias en el centro, y había tenido que apagarlas junto con otros cinco niños que habían nacido en la misma época. Había sido bonito,

pero no especial. En cambio, cuando el hombre del teléfono me dijo que había llamado sólo por mí, me sentí... halagada.

Mila observó las fotos de los Robertson repartidas por el salón. Decenas de pasteles de cumpleaños y caras sonrientes manchadas de crema y nata montada.

—Aquel hombre... ¿le dijo quién era? —preguntó Berish.

—Ni siquiera se lo pregunté. No me importaba. Los demás se referían a mí llamándome la *nieta de Nora*, y cuando Nora me necesitaba utilizaba palabras malsonantes. Por eso, lo que contaba era que él supiera mi nombre. Me preguntaba si estaba bien y quería conocer algunas cosas de mi vida, por ejemplo, cómo me iba en el colegio, quiénes eran mis amigos, mi cantante o grupo favorito. Pero también sabía muchas cosas: que me gustaba el color violeta, que en cuanto tenía algo de dinero en el bolsillo me iba al cine, que me volvían loca las películas con animales y me gustaría tener un perro que se llamara *Ben*.

—¿No la sorprendió que supiera tanto sobre usted? —se maravilló Mila.

Camilla Robertson negó divertida con la cabeza.

—Le aseguro que me asombraba más el hecho de que alguien se interesara por mí.

—¿Qué pasó después?

—Las llamadas se volvieron frecuentes. Por lo general telefoneaba el sábado por la tarde. Charlábamos durante unos veinte minutos, pero sobre todo hablábamos de mí. Era agradable y no me sabía mal no saber quién era o qué cara tenía. Al contrario, a veces era bonito pensar que me había elegido para establecer una relación especial. Nunca me dijo que no le contara a nadie nuestras conversaciones, por tanto no sospechaba que llevara malas intenciones. Nunca pretendió que nos encontráramos o que hiciera algo por él. Era mi amigo secreto.

—¿Cuánto tiempo estuvieron hablando? —preguntó Berish.

La mujer se concentró.

—Durante aproximadamente un año, creo... Después las llamadas cesaron. Pero la penúltima todavía la recuerdo. —Se concedió una pausa y se puso seria—. Tenía un tono de voz distinto.

Me planteó una pregunta que nunca me había hecho y que sonaba más o menos como: «¿Te gustaría tener una nueva vida?». Después me explicó a lo que se refería. Si yo quería, podría cambiar de nombre y de ciudad, empezar desde el principio sin la abuela y tal vez tener también un perro que se llamara *Ben*.

Mila y Berish se permitieron una rápida mirada de entente.

—No me explicó cómo podría hacerse una cosa así, sólo me dijo que, si lo deseaba, él podía convertirlo en realidad.

Mila se inclinó lentamente hacia la mesa para dejar la taza de café, ya que no quería romper la atmósfera que se había creado.

—Me parecía una locura y pensé que se trataba de una broma. Pero él estaba muy serio. Le aseguré que estaba bien, que no quería otra vida. La verdad es que sólo intentaba calmarlo, me sabía mal que sintiera pena por mí. Él me dijo que lo pensara bien y que le diera una respuesta el sábado siguiente. Cuando llamó al cabo de una semana, le repetí lo mismo. No parecía que se hubiera enfadado por ello. Empezamos a hablar de esto y de aquello. Yo no sabía que ésa iba a ser nuestra última conversación. Recuerdo que cuando, siete días más tarde, el teléfono no sonó, tuve un sentimiento de abandono como nunca había experimentado en mi vida. —El bebé de la cuna se puso a llorar y Camilla Robertson se recuperó de sus pensamientos—. Disculpen —les dijo mientras se levantaba para ir a ver al pequeño.

Mila se volvió hacia Berish y le habló en voz baja:

—Tengo la impresión de que tiene mucho que contar.

El agente especial indicó con un dedo la carpeta marrón con la denuncia.

—Todavía tenemos que hablar de eso...

38

Poco después, Camilla Robertson regresó con el bebé.

Se quedó de pie, acunándolo entre los brazos para que volviera a dormirse.

—No soporta el calor y, francamente, yo tampoco. El Señor este año nos ha regalado este largo verano, alabado sea.

—Dígame, Camilla —intervino Mila—. Usted volvió a hablar con ese hombre por teléfono...

—Sucedió muchos años después. Yo tenía veinticinco y no llevaba lo que podría definirse una vida recta. Cuando cumplí la mayoría de edad, mi abuela me echó de casa. Me dijo que ya no tenía ninguna obligación hacia mí. Murió al cabo de un tiempo, y rezo por ella todos los días para que vaya al paraíso.

—Creo que, a partir de que se encontró sin casa, las cosas tomaron un feo cariz, ¿no es así? —se entrometió Berish.

Camilla lo miró abiertamente.

—Sí, así es. Al principio tenía miedo, pero estaba convencida de que iba a ser feliz de todas maneras. Sólo Dios sabía lo equivocada que estaba... La primera noche que dormí en la calle me robaron lo poco que tenía. El segundo día acabé en urgencias con una costilla fracturada. Una semana después comprendí el sistema para sobrevivir y empecé a prostituirme. Y un mes más tarde descubrí el secreto para ser feliz en aquel infierno, fumando mi primera dosis de crack.

Cuanto más observaba Berish a la mujer tranquila y conciliadora que tenía delante, menos podía creer que estuviera hablando de sí misma.

—Me arrestaron varias veces, entraba y salía de la cárcel o de las casas de acogida, pero volvía a empezar otra vez la misma vida.

A veces no comía durante días para poder comprar droga. La aceptaba como pago de mis clientes, de los pocos que todavía se atrevían a venir conmigo, en vista de que era piel y hueso, con el pelo que se me caía y los dientes con caries. —Mientras hablaba, el pequeño intentaba engancharse al pecho de su madre a través de la blusa.

Había una disonancia entre la escena de pureza que se desarrollaba delante de los ojos de los dos policías y la que, en cambio, evocaba la mujer con su narración.

—Recuerdo una noche de invierno, llovía a cántaros. No había ni un alma por la calle, pero no tenía más remedio que estar fuera para reunir el dinero para una dosis. Además, no sabía adónde ir. Pasaba gran parte del tiempo en una especie de dimensión paralela, estaba enajenada. Y eso sucedía cuando me drogaba pero también cuando estaba limpia, porque el único instinto de supervivencia que conocía no me empujaba a comer o a dormir, sino sólo a ponerme. Durante la tormenta encontré refugio en una cabina telefónica. No recuerdo cuánto tiempo me quedé allí esperando a que dejara de llover. Estaba empapada y tenía mucho frío. Intentaba calentarme frotándome las manos por el cuerpo, pero no lo lograba. En ese momento, el teléfono del interior de la cabina sonó. Todavía me acuerdo de que lo miré un buen rato, sin darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. Lo dejé sonar porque no tenía el valor de levantar el auricular. Algo dentro de mí me decía que no se equivocaban de número. Que la llamada iba dirigida precisamente a mí.

Mila esperó que la mujer se tomara todo el tiempo, como si estuviera de nuevo en aquella cabina y en la memoria levantara de nuevo el auricular, igual que había hecho muchos años antes.

—La primera palabra que dijo fue mi nombre: Camilla. Y enseguida reconocí su voz. Recuerdo que me preguntó cómo estaba, pero sabía que ya conocía la respuesta, así que rompí a llorar. No pueden imaginarse lo bonito que es llorar después de no hacerlo durante años y años, aun habiendo tenido motivos. Un solo llanto y habría muerto en aquel mundo despiadado: era la única debilidad que no podía permitirme. —Algo se rompió en la voz de la mujer—.

Después, por segunda vez, el hombre me hizo aquella pregunta: «¿Te gustaría tener una nueva vida?». Y yo le dije que sí.

El pequeñín había vuelto a quedarse dormido entre los brazos de su madre, mientras el otro niño jugaba tranquilamente en el parque. Fuera, los tres hijos mayores gritaban alegres persiguiendo a *Hitch*. En aquella casa, Camilla Robertson estaba rodeada de las cosas más queridas. Había puesto ahínco y dedicación para construir ese pequeño mundo, como si nunca hubiera deseado otra cosa.

—¿Le explicó cómo iba a ofrecerle una vida nueva? —preguntó Berish.

—Me dio instrucciones muy concretas. Tenía que comprar unos somníferos y la noche siguiente ir a un hotel. Allí encontraría una habitación reservada a mi nombre.

El detalle del narcótico enseguida hizo aumentar el interés de Mila y Berish: tal vez estaban realmente cerca de una explicación del misterio de los insomnes. Pero los dos agentes evitaron incluso mirarse para no interferir en el avance de la narración.

—Tenía que tumbarme en la cama y tomar la pastilla para dormir —prosiguió Camilla—. A continuación, me despertaría en un lugar distinto y todo podría empezar desde el principio.

Mila tomó nota mentalmente de las referencias. Todavía no podía creer que la historia fuera real. Y, sin embargo, tenía sentido.

—Y ¿usted qué hizo? ¿Fue allí?

—Sí —confesó la mujer—. La reserva de la habitación estaba hecha. Subí la escalera y abrí la puerta. Aparte de la sordidez, no había nada que me turbara o me hiciera pensar en un peligro. Cogí el frasco de los somníferos y me tumbé en la cama, sin deshacerla y sin desnudarme. Recuerdo que tenía el envase entre las manos, sobre el regazo, y que miraba al techo. Me había estado drogando durante siete años y, sin embargo, en ese momento me daba miedo tomarme un somnífero. Seguía preguntándome qué me sucedería y si efectivamente estaba preparada para una nueva vida.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Berish.

Camilla Robertson lo miró con ojos cansados.

—Con una lucidez que no creía tener, me dije que, si no intentaba salir de aquello yo sola en vez de lanzarme al vacío, seguramente moriría. ¿Lo entiende, agente Berish? Por primera vez me di cuenta de que, a pesar de la autodestrucción a la que me sometía, no tenía ninguna intención de morir. —Exhaló un profundo suspiro y la cruz que llevaba al cuello se elevó a la vez que el tórax —. Me levanté de aquella cama y me marché.

Berish sacó del bolsillo de su chaqueta el retrato robot de Kairus. Desplegó la hoja y se la tendió a la mujer.

—¿Ha visto alguna vez a este hombre?

Camilla Robertson mostró un breve titubeo al aceptar lo que le ofrecía el agente especial. Después cogió el trozo de papel de su mano y lo mantuvo a distancia, casi con temor. Los ojos se posaron en el rostro y recorrieron todos los rasgos y matices.

Berish y Mila permanecieron a la espera, conteniendo la respiración.

—No, no lo he visto nunca antes.

Los dos agentes no dejaron traslucir su enorme decepción.

—Señora Robertson, un par de preguntas más, si no le molesta —intervino Mila—. ¿Ha recibido más llamadas?

—Ninguna.

La agente la creía.

—No fue necesario —añadió Camilla—. Después de aquella experiencia entré en una comunidad terapéutica, pero haciendo las cosas bien. Allí conocí al pastor Robertson y nos casamos. Como ve, lo he conseguido yo sola —concluyó con tono triunfal.

Berish le perdonó con una sonrisa aquel pecado de soberbia.

—¿Por qué años después decidió denunciar a aquel tipo?

—Con el tiempo cambié de opinión sobre él. Ya no estaba tan segura de que las intenciones de ese hombre fueran buenas.

—¿Qué se lo hizo pensar? —Su punto de vista le interesaba mucho a Berish.

—No sabría decirlo. Cuando conocí a mi marido y vi cómo se dedicaba a los demás, me pregunté por qué alguien que tiene buenos propósitos necesita esconderse en las sombras. Y además...

Berish y Mila permanecieron en vilo durante aquella pausa.

—Además... había algo... maléfico.

Berish ponderó la respuesta. No quería dar a Camilla la impresión de que hubiera dicho algo absurdo, porque él también intuía un sentido en aquellas palabras.

—Una última cosa —dijo Mila—. ¿Recuerda el nombre del hotel y la habitación en la que estuvo aquel día?

—Por supuesto, debería... —Camilla levantó la mirada hacia el techo para hacer memoria—. La 317 del Ambrus Hotel.

39

El Ambrus Hotel era un lugar para olvidar.

Se trataba de un estrecho paralelepípedo, encajado en una hilera de edificios iguales.

La fachada no se distinguía de las demás. Cuatro ventanas en cada planta, hasta la sexta. La vista que tenía era el puente del ferrocarril, por el que pasaba un tren más o menos cada tres minutos. Sobre el tejado sobresalía un cartel de neón, que, sin embargo, a aquella hora de la tarde estaba apagado.

En el exterior se había formado una fila de automóviles; el sonido de las bocinas se mezclaba con la música *house* procedente de la radio de un coche. Las personas que se desplazaban para trabajar en el centro se veían obligadas a cruzar aquella parte de la ciudad para coger la circunvalación que las llevaría a las barriadas en las que residía la clase media. Pero muchos de ellos, especialmente oficinistas de sexo masculino, se detendrían allí durante unas horas. De hecho, aquella zona era un florilegio de bares y luces rojas, locales que prometían espectáculos de *lap dance* y *sex-shops* esperando clientes. Los letreros insinuadores eran un reclamo irresistible para hombres en busca de evasión. La boca del metro expelía chicas monas y muy maquilladas.

La función del Ambrus Hotel en la economía local era bastante evidente.

Mila y Berish se metieron en una puerta giratoria y salieron a un vestíbulo polvoriento. El puente del ferrocarril impedía que penetrara la luz del sol, y los apliques amarillos no conseguían iluminar el ambiente, sumergido en una penumbra de color azafrán. El olor a humo de cigarrillo impregnaba el aire.

Del exterior procedían todavía los ruidos del tráfico, pero amortiguados. Una música lejana llenaba la sala y, por la voz de la cantante, a Berish le pareció reconocer un viejo disco de Édith Piaf, un aura de romanticismo maldito que acogía a los condenados voluntarios de aquel involuntario infierno.

En un sofá de piel lisa estaba sentado un viejo hombre de color con una americana de cuadros y el cuello de la camisa abotonado pero sin corbata. Miraba un punto impreciso frente a sí y murmuraba la canción de fondo con una mano apoyada en un bastón blanco.

Mila y Berish pasaron por delante del ciego siguiendo la línea burdeos que atravesaba la moqueta hasta el mostrador de recepción. En el otro lado no había nadie. Esperaron.

—Mira —dijo el agente especial indicando el soporte donde estaban las llaves, cada una enganchada a un pomo de latón con un número grabado—. La 317 está libre.

Alguien apartó la cortina de terciopelo rojo que llevaba a la parte de atrás. A continuación se asomó un hombre muy delgado con pantalones vaqueros y camiseta negra, acompañado por las notas de un tocadiscos. Era él quien escuchaba a Édith Piaf, advirtió Berish.

—Salud —dijo metiéndose en la boca el último trozo de un sándwich.

—Salud a usted —le contestó el agente especial, devolviéndole así la anacrónica bienvenida.

El hombre tenía unos cincuenta años. Se limpió las manos con una servilleta. Los tendones de los brazos estaban tensos y la piel recubierta de tatuajes descoloridos. Llevaba el pelo entrecano cortado a cepillo, le colgaba un aro dorado del lóbulo izquierdo, y un par de gafas de lectura pendían de la punta de su nariz; parecía el vivo retrato de una estrella del rock envejecida.

—¿Necesitáis una habitación? —dijo sentándose en su sitio al otro lado del mostrador y bajando enseguida la mirada al registro de entrada. Evidentemente, a la clientela habitual del hotel no le gustaba que el portero los escrutara. Y él los observaba lo menos posible.

Por un instante, Mila y Berish intercambiaron una ojeada. Los había tomado por una pareja ocasional en busca de intimidad.

—Sí —contestó ella, dejando que lo creyera—. Gracias.

—Los nombres para el registro ¿se los han inventado ya o quieren que me ocupe yo?

—Usted mismo —contestó Berish.

—¿También quieren toallas? —El portero señaló con el bolígrafo una pila de paños de rizo que había en un carro de ropa blanca.

—No, está bien así —concluyó Mila, pero luego añadió—: ¿Nos podría dar la habitación 317?

El hombre levantó la mirada del registro.

—¿Por qué?

—Es nuestro número de la suerte —contestó Berish asomándose al otro lado del mostrador—. ¿Hay algún problema? —Estudió la reacción del portero.

—¿Sois satanistas, espiritistas o simplemente curiosos?

Berish no lo entendió.

—¿Alguien os ha dicho que vinierais aquí? Porque de otro modo no me lo explico.

—¿Explicar qué? —preguntó Mila.

—Joder, no tenéis aspecto de no saberlo. Os lo advierto: si de verdad queréis esa habitación os costará un quince por ciento más. No me timéis.

—Pagaremos sin problema —dijo Berish para aplacarlo—. ¿Ahora nos dirá qué tiene de particular la habitación 317?

El hombre hizo un gesto de reprobación con la mano.

—Bah, cosas de idiotas... Dicen que hace unos treinta años mataron a alguien en ella, y de vez en cuando la gente se entera y la pide para ir a follar. —A continuación, se los quedó mirando—. ¿No será que sois aficionados al *bondage*? La semana pasada tuve que bajar a uno con calzoncillos de piel que le había pedido a una puta que lo colgara en el armario.

—No se preocupe por nada, no le causaremos problemas —lo tranquilizó Berish, zanjando así el asunto.

—Porque esos enfermos mentales llegan en tropel. Si pillo al que ha hecho correr la historia de la 317, se lo haré tragar —añadió

el hombre mientras se volvía hacia el soporte de las llaves para coger el pomo de latón con el número correspondiente—. ¿Una hora irá bien?

—Estupendo —dijo Berish.

Pagaron y cogieron la llave.

Para subir utilizaron el ascensor. En la cabina de madera apenas cabían dos personas. El mecanismo de cuerdas y poleas los elevó lentamente hasta la tercera planta. Una vez allí, se detuvo con una breve sacudida.

Las puertas se abrían manualmente y Berish, además, corrió la reja que los separaba del rellano. Después de cerrar la cabina, siguieron las indicaciones hacia las habitaciones.

Llegaron frente a la que estaban buscando. Era la última del final del pasillo, al lado del montacargas. Una puerta negra —de madera lacada, igual que las demás— en la que destacaban tres números de metal bruñido.

317

—¿Qué opinas? —preguntó Mila antes de que el agente especial introdujera la llave en la cerradura.

—Que el hecho de estar tan cerca del montacargas hace que sea perfecta para sacar cuerpos dormidos de aquí sin problema.

—Entonces ¿crees que el Señor de las buenas noches se sirvió siempre de la misma habitación para engatusar a sus víctimas?

—Y ¿por qué no iba a hacerlo? No sé si es verdad o no que mataran a alguien aquí, pero lo cierto es que las habladurías le vinieron bien a Kairus.

—Claro —convino Mila—. Si reservaba a menudo la misma habitación, incluso utilizando nombres falsos, antes o después alguien podría haber sospechado. Pero gracias a su fama macabra, la 317 ya era la más solicitada del hotel. Una elección acertada, diría yo.

Berish hizo girar la llave en la cerradura.

Entraron.

La 317 se presentaba como una habitación cualquiera del hotel. Las paredes estaban revestidas de papel pintado rojo oscuro. El suelo estaba cubierto por una moqueta del mismo color pero con grandes flores azules, escogida a propósito para que los clientes no distinguieran los puntos en que se iría manchando en el transcurso de los años. Una lámpara polvorienta destacaba sobre una cama de matrimonio marrón de madera lacada. El cubrecama era de raso burdeos y presentaba algunas quemaduras de cigarrillo. Había dos mesillas de noche con la repisa de mármol gris, en una de las cuales había un teléfono negro. En la pared de encima de la cama era visible la sombra dejada con los años por un crucifijo que había sido quitado. Todas las ventanas daban al lado oeste y se asomaban a la calle. A unos treinta metros de distancia pasaba el tren sobreelevado, con su ir y venir de vagones.

Sin dar explicaciones, Berish se puso enseguida a buscar algo en la habitación.

—¿De verdad crees que encontraremos pistas para comprender la motivación de Kairus? —preguntó Mila.

—Verás —dijo él mientras abría el armario y los cajones—, se ponía en contacto con ellos por teléfono y los conquistaba poco a poco con la promesa de una nueva vida. No le costaba mucho darles coba, teniendo en cuenta que principalmente se dirigía a gente que no tenía nada más que dolor e indiferencia. Le bastaba con mostrarse amigable, prestarles la atención que nadie les prestaba. Después, cuando llegaba el momento, les decía que vinieran aquí con una caja de somníferos. El sueño es el estado en el que nos hallamos más indefensos. Él los convencía para que se entregaran, vulnerables. ¿Te das cuenta de la fuerza de persuasión que hace falta? Ése es Kairus.

Aparte de una ristra de perchas vacías, algunas mantas polvorientas y una vieja Biblia con la cubierta de imitación de piel en la que estaba grabado el logo del hotel, la búsqueda de Berish no dio resultados. Sin embargo, no desistió y continuó la inspección en el baño.

Estaba revestido de azulejos blancos esmaltados, mientras que el suelo era ajedrezado, blanco y negro. Había un lavabo, un váter y

una bañera en lugar de ducha.

Desde el umbral, Mila vio que el agente especial sacaba del armario oculto por el espejo un frasco de gel de baño medio gastado y una caja vacía de preservativos.

—No has contestado a mi pregunta... ¿Por qué el Señor de las buenas noches quería a esas personas?

—Estaba construyendo un regimiento... El ejército de las sombras, ¿recuerdas?

—Sí, pero ¿con qué objetivo regresar para matar?

En el momento en que Berish se disponía a responder, un timbre agudo —estridente y molesto— resonó en la estancia. Los dos agentes se asomaron desde la puerta del baño y clavaron la mirada en la habitación.

El teléfono negro de encima de una de las mesillas reclamaba su atención.

Berish dio un paso sobre la moqueta, mientras que Mila no lograba apartarse de la puerta del baño.

El agente especial se volvió hacia ella, indicándole el aparato.

—Tenemos que contestar.

La policía lo observó como si acabara de proponerle que se tiraran juntos por la ventana.

Mientras tanto, el teléfono no cesaba de reclamarlos a su lado.

Mila asumió el peso de contentarlo. Al final avanzó hacia la mesilla, pero, cuando posó la mano sobre el receptor, en su mente irrumpieron las palabras con las que el Señor de las buenas noches se dirigía a sus víctimas.

«¿Te gustaría tener una nueva vida?»

Estaba segura de que, desde el otro lado, la recibiría esa misma frase. Levantó el auricular y los timbrazos cesaron de golpe. Se lo llevó a la oreja y escuchó un vacío hecho de silencio que parecía proceder de un pozo oscuro y sin fondo.

Berish la interrogó con la mirada, Mila estaba a punto de decir algo, aunque sólo fuera por poner fin a aquella quietud oprimente.

Pero las palabras se le disolvieron en la boca, precedidas por una música.

Era una pieza clásica, una melodía antigua y lejana.

La agente extendió el brazo con el receptor en dirección a su compañero, de manera que él también pudiera oírla.

El enigmático mensaje era la confirmación de que se encontraban tras la pista correcta. Y tal vez también constituía el indicio que iba a conducirlos al próximo homicidio. Pero sin duda era la prueba de que Kairus conocía sus movimientos con antelación. Y que, a distancia, los observaba.

Entonces, la llamada se cortó.

En ese mismo instante, Mila notó un escalofrío que nunca antes había sentido. Miró al agente especial y repitió la pregunta que ya le había planteado, de manera distinta, al menos dos veces desde que habían puesto los pies en la habitación 317, sin obtener una respuesta de él. No obstante, esta vez fue más directa.

—Berish, ¿qué es el ejército de las sombras?

—Puedo decirte que no se trata de terroristas.

—Entonces ¿qué es?

—Un culto.

40

—¿Has oído hablar alguna vez de la *hipótesis del mal*?

La voz de Simon Berish resonaba en la gran biblioteca. Mila lo observaba sentada a una de las largas mesas de la sala de lectura, rodeada de antiguas librerías repletas de textos que se alzaban hacia los altos techos. Sobre el tablero de caoba había varios volúmenes esparcidos que el agente especial había cogido de los estantes. Ahora se movía impaciente en torno a ella. Mientras tanto, *Hitch* correteaba satisfecho por el amplio espacio.

Estaban solos.

—La verdad es que no —admitió Mila respondiendo a la pregunta del agente especial.

—Ante todo, me gustaría precisar que esta historia no tiene nada que ver con los demonios o Satanás, Dios o los santos.

—Entonces ¿de qué se trata?

—Se trata de la idea del culto, y no tiene nada que ver con la religión; de lo contrario, nos habríamos encontrado con asesinatos rituales, caracterizados por un simbolismo evidente y por la repetición de la misma liturgia de la muerte. Está claro que entre nuestros homicidios hay muchas similitudes, pero a nosotros nos interesan más las diferencias.

Mila vio que había una luz distinta en los ojos del agente especial, como si estuviera experimentando una feliz epifanía.

—Bien, los aspectos comunes los conocemos —dijo ella—. Quienes matan son personas desaparecidas que regresan después de mucho tiempo. En los dos primeros casos, el móvil es el rencor.

—Puede parecerlo —la corrigió Berish—, pero no es así. —Intentaba razonar en voz alta—. ¿Roger Valin extermina a la familia del propietario de una industria farmacéutica porque el medicamento

que podría haber alargado la vida de su madre era demasiado caro? Venga ya, no se sostiene. —El agente especial se llevó las manos a la cadera—. Nadia Niverman mata al abogado de su marido. Pero fíjate: no la toma con su cónyuge.

—Quería que él viviera en el miedo.

—Y ¿por eso después se suicidó?

Mila calló. En efecto, no lo había pensado. La tortura de John Niverman había durado demasiado poco.

—Como ves, el móvil del rencor del que procedería la venganza es débil en ambos homicidios. Pero ahora miremos los casos de los otros dos asesinatos... Eric Vincenti mata al Sepulturero, un usurero con el que nunca ha tenido ninguna relación.

—Y también falta el vínculo en el delito cometido por André García —constató Mila—. ¿Por qué la tomó con un traficante? No nos consta que, antes de desaparecer, el exmilitar estuviera enganchado a las drogas.

Por primera vez, la agente tenía ante sí un cuadro lleno de incongruencias. Había estado tan ocupada rebatiendo la tesis del terrorismo que no se había preocupado de dar credibilidad a la suya.

—Entonces ¿estás diciendo que esas personas han sido asesinadas sólo porque se lo merecían?

—No, tampoco es eso. —Berish apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella—. La respuesta está en el significado de la hipótesis del mal.

El agente especial cogió uno de los libros y le dio la vuelta para mostrárselo. Lo dejó delante de ella y Mila vio que se trataba de un antiguo texto de zoología abierto por el capítulo dedicado a la ética animal.

—Existe un principio antropológico relacionado con este tema.

Le señaló la ilustración de una leona abalanzándose sobre unos cachorros de cebra. El dibujo era en blanco y negro, pero aun así era muy realista.

—¿Qué te inspira esta imagen?

—No sé —dijo Mila—. Consternación, y también un sentimiento de injusticia.

—Bien —convino Berish con brusquedad. Entonces volvió la página.

Una segunda figura representaba a la misma leona alimentando a sus propios cachorros con la carne de las cebras.

—¿Qué sientes ahora?

La policía reflexionó un momento.

—Me parece que hay una justificación.

—Ésa es la cuestión. La leona que mata a crías de cebra para alimentar a sus cachorros ¿es buena o mala? Claro, la cebra sufrirá por la muerte de sus pequeños, pero la única alternativa es que la leona vea morir a los suyos por culpa del hambre. Las categorías de bien y mal se confunden porque no existen leones vegetarianos, ¿no es así? En el mundo animal, cuando la decisión es obligada, no se puede emitir un juicio. ¿Y con los seres humanos?

—Nosotros estamos más evolucionados. Debería ser más simple escoger entre el bien y el mal.

—La respuesta, en realidad, está en otra pregunta. Si existiera un solo hombre en la tierra, ¿sería bueno o malvado?

—Ni una cosa ni la otra... o tal vez las dos.

—Exacto —dijo Berish—. Las dos fuerzas no son en absoluto una dicotomía, dos opuestos necesarios por los que sin el mal no existiría el bien y viceversa. El bien y el mal a veces son el resultado de una convención, pero sobre todo no existen de manera absoluta. La hipótesis del mal, de hecho, dice: «El bien de algunos coincide siempre con el mal de otros, pero es válido también lo contrario».

—Es algo parecido a afirmar que haciendo el mal también se puede hacer el bien, y que para hacer el bien a veces es necesario hacer el mal.

Berish asintió, satisfecho de su nueva alumna. Mila estaba admirada por cómo la había encaminado a lo largo del razonamiento. Nunca lo había pensado. La hipótesis del mal era una síntesis asombrosa de lo que veía todos los días como policía. Pero también explicaba muchas cosas de ella.

«De la oscuridad es de donde vengo, y a la oscuridad es adonde de vez en cuando debo regresar.»

En cuanto al agente especial, la soledad y los años de marginación habían dejado en él una marca profunda. Se intuía que se moría de ganas de compartir los conocimientos que había acumulado en ese largo período. Y Mila se sentía una privilegiada.

—Entonces, ahora dime: ¿cómo se convierte una víctima como Roger Valin o Nadia Niverman o Vincenti o García en un asesino? —preguntó Berish.

—Convenciéndola de que lo que hará servirá para mejorar la vida de otras personas.

—Exacto —dijo él—. ¿Y luego?

—Para Valin y Niverman no se trataba de venganza. Tenían que decidir a quién atacar, su decisión simplemente recayó en los blancos que mejor conocían. Fue la experiencia lo que los empujó, no el rencor.

—La motivación es tan potente que Nadia Niverman fue personalmente al metro a entregarte la pista del diente, y luego se suicidó para no arriesgarse a que la capturaran, pero, sobre todo, para demostrar que su fe en el culto era tan fuerte que la hacía escoger la muerte. —Entonces Berish añadió—: Quien da origen a un culto crea una nueva sociedad, ya sea pequeña o grande, le proporciona un código de conducta y por tanto un nuevo ideal de justicia.

—Kairus ha motivado a sus adeptos.

—Los ha salvado de existencias miserables, los ha adoctrinado dando un sentido a sus inútiles vidas. Los ha hecho partícipes de algo grande: un plan... Un traficante que se aprovechaba de la desgracia de los demás para colocar su droga, un industrial farmacéutico que podría salvar vidas pero, en cambio, sólo se preocupaba de su propio beneficio, un abogado que podría defender la ley y, sin embargo, la sorteaba con engaños, un usurero que se aprovechaba de la necesidad de sus deudores para quitárselo todo: los asesinos no sólo querían castigarlos por sus fechorías. Al eliminarlos, eliminaban el problema.

—Una misión —dijo Mila.

—Los nazis, las sectas milenaristas, los extremistas rastafaris, hasta los cristianos durante las cruzadas se sirvieron de la hipótesis

del mal para justificar sus ideas y sus empresas —continuó Berish—. Lo llamaron el *mal necesario*.

—En vista de eso, Kairus es un guía.

—Mucho más —dijo Berish con una voz que sonaba dolorosa—. Es un predicador.

El eco de la última frase se perdió en dirección al techo y, por un instante, el silencio volvió a apoderarse de la biblioteca.

En la época de internet y del dominio de la red, ese lugar era un anacrónico vestigio del saber. En apariencia, inútil como un paraguas para capear un huracán. «Pero si un cataclismo informático pusiera de repente fin a la era digital, los hombres vendrían aquí», pensó Berish por un instante. Luego observó a su perro: los separaban millones de años de evolución, y aquella biblioteca era la prueba de la primacía humana.

«Sin embargo, los hombres también tienen un instinto animal. Es la parte más vulnerable de cada uno, y los predicadores actúan sobre ella», se dijo el agente especial. Después pensó de nuevo en los insomnes.

Kairus los hizo desaparecer y de víctimas los convirtió en verdugos.

El mismo destino podría haberle tocado en suerte a su Sylvia. Pero Berish, por el momento, prefirió apartar esa posibilidad de su cabeza.

—Los llamados *manipuladores de conciencias* se dividen en varias categorías —prosiguió. Intentaba llegar al fondo de la cuestión por etapas—. Los *sembradores de odio* son los que, sin parecerlo, crean un ideal malvado esperando que alguien decida seguirlo: se sirven de información adulterada y la difunden para incitar a los demás a la violencia. Después están los *buscadores de venganza*, que consiguen imponer como objetivo de una multitud desconocida la aniquilación de un enemigo.

Berish se inclinó a la espalda de Mila para mostrarle otro texto, esta vez de antropología. En aquella posición podía sentir el olor de

ella. Era una extraña mezcla de sudor y desodorante, pero no era malo, al contrario. Procedía de sus cabellos y del cuello. Y ese placer robado obligó al agente especial a preguntarse cuánto tiempo hacía que no estaba tan cerca de una mujer. Demasiado, fue la respuesta.

—No sólo existen esas categorías, ¿verdad? —preguntó ella para retomar el hilo de la conversación.

—No —admitió Berish incorporándose—. En efecto, existe una tercera. Y es la que nos interesa... Los predicadores.

Al agente especial le volvió a la cabeza la pregunta que Kairus le había hecho por teléfono a Camilla Robertson —«¿Te gustaría tener una nueva vida?»— antes de dirigirla a la habitación 317 del Ambrus Hotel.

Era la promesa con la que el Señor de las buenas noches reclutaba a sus discípulos.

—La cualidad principal de un predicador es el *mimetismo*, y en eso el talento de Kairus es más que evidente, teniendo en cuenta que llevamos veinte años sin poder encontrarlo. Entra en la vida de las personas, a lo mejor haciéndose pasar por una figura amiga. Se interesa por ellas, crea un vínculo. Y así las conquista. Su segunda característica a favor es la disciplina. Es aplicado, puntilloso y firme en sus convicciones. —Berish avanzó hacia ella agitando un puño para dar énfasis a sus palabras—. Su voluntad es tan íntegra, su visión tan fervorosa, que se impone de manera absoluta a sus seguidores. El nombre de *culto* atribuido a ese fenómeno depende del hecho de que, al igual que ocurre con una verdadera religión, los adeptos adoran y obedecen ciegamente al líder, que, sin embargo, no es una divinidad hipotética y distante. Su dios es una persona de carne y hueso.

Mila se levantó de la mesa en un movimiento instintivo, ya que no sabía adónde iba.

Había miedo en ese gesto, pero también desorientación, notó Berish. De repente, el brío del agente especial también se detuvo. Tal vez, en el fervor de su explicación, había dicho algo equivocado. Tal vez, sin darse cuenta, había sido insensible con ella.

—No, no puedo... otra vez —balbuceó entre dientes ella al tiempo que sacudía la cabeza.

Berish comprendió que Mila estaba pensando en el Apuntador y en lo que había tenido que pasar por culpa de aquel caso. Y ahora la historia, por desgracia, se repetía. Había otro enemigo invisible —el enésimo manipulador de conciencias— que amenazaba con entrometerse en su vida. Antes de su lección sobre la hipótesis del mal, el culto y los predicadores, la agente no había mirado a Kairus desde esa perspectiva.

Pero no podía ser sólo eso. Sin duda había algo más.

Él se le acercó.

—¿Qué sucede?

—No puedo seguir, eso es todo.

—¿Por qué? —insistió Berish, y tuvo la confirmación de que las razones de su colega iban más allá de lo que había ocurrido años atrás con el Apuntador. El problema se refería a algo referente a su vida actual—. Eres la persona más adecuada para dar caza al Señor de las buenas noches. ¿Por qué motivo quieres echarte atrás ahora?

Mila se volvió para mirarlo con ojos asustados.

—Porque tengo una hija.

41

Regresar a casa aquella noche no había resultado fácil.

Tenía la sensación de estar andando hacia atrás, como si la vida rebobinara llevándosela a lugares a los que no hubiera querido regresar. Lugares de su interior, sobre todo.

«No puedo», fue la última frase con la que se despidió de Berish. Y lo decía en serio. A la mañana siguiente llamaría a Su Señoría para renunciar al cargo. El agente especial estaba decepcionado, aunque en realidad debería sentirse aliviado, teniendo en cuenta que al principio había sido él quien había ofrecido resistencia. Mila estaba convencida de que Berish tenía una cuenta pendiente en la historia de Kairus.

Pero ella no quería tener nada que ver.

La visita a la habitación 317 del Ambrus Hotel, la música antigua que había oído por teléfono, la hipótesis del mal... Ya tenía suficiente.

Por eso recorrió el último tramo que la separaba del edificio con paso acelerado. La pareja de gigantes de la valla publicitaria la saludó con su habitual e invariable sonrisa. Por un instante se alejó de sus pensamientos y se dio cuenta de que había roto su rutina.

No se había preocupado de la cena del vagabundo que vivía en el callejón de debajo de su casa.

Lo vio tumbado en un camastro de cartones. Debajo de una capa de mantas, dormía un sueño tranquilo, como el de los niños. Mila se acercó a él. Se llevó una mano al bolsillo y sacó unas cuantas monedas que iba a dejarle a sus pies. Pero se vio obligada a recordar lo que había dicho Berish sobre la hipótesis del mal. Ese acto de generosidad aplacaría la conciencia de quien lo llevaba a cabo, pero no significaba que fuera algo bueno para quien lo recibía.

Porque el vagabundo podría gastarse el dinero en otra botella con la que continuar en su decadencia, en vez de invertirlo en una comida caliente.

No obstante, Mila le dejó las monedas de todos modos.

En el fondo, ese hombre se le parecía. Estaba en continua lucha con la dureza del mundo. Como un asceta o un caballero medieval. El hedor era su armadura, lo necesitaba para mantener alejados a los enemigos.

A continuación lo confió a sus sueños, o tal vez a sus pesadillas. Al llegar a la puerta, sintió nacer una urgencia en su interior. Se apresuró a coger las llaves. Estaba cansada, no sabía cuánto tiempo llevaba sin dormir, y los últimos días había dedicado pocos momentos al sueño. Se daba cuenta de que tenía los sentidos alterados.

Pero, antes de permitirse descansar, necesitaba ver a su hija.

Le había puesto el nombre de Alice, como la protagonista del libro que siempre leía de pequeña. Una fábula ambigua y peligrosa, la historia de un mundo paralelo y escondido, como el que ella visitaba todos los días. Un país del que la gente normal ni siquiera sospechaba su existencia.

Las luces de la casa estaban apagadas, y la pantalla del ordenador creaba un halo luminoso alrededor de Mila, que estaba tumbada en la cama, en albornoz.

Alice tenía seis años. Y si su madre hubiera tenido que escoger un adjetivo para definirla, habría dicho *atenta*. Te escrutaba con ojos profundos e intensos, como si consiguiera ver cosas que a su edad tendrían que haber representado un enigma.

Pero, a diferencia de Mila, Alice era mucho más sensible a las emociones de los demás. Siempre sabía lo que había que hacer para consolar a alguien o para mostrarle su afecto. Eran gestos no convencionales, a menudo sorprendentes.

Una vez, en el parque, un niño se hizo un arañazo en una rodilla y empezó a llorar. Alice se acercó a él y, sin decir una palabra,

comenzó a recoger sus lágrimas con los dedos. Primero las que caían al suelo, después las de la ropa y, al final, las de las mejillas. De una en una, las ponía en un pañuelo. Al principio el niño no le hizo caso, pero después empezó a mirarla con estupor. La dejaba hacer y, mientras tanto, se olvidaba de la herida e incluso de llorar. Cuando paró del todo, ella también se detuvo, le sonrió y se alejó con el tesoro de lágrimas. Mila estaba segura de que el niño se había quedado con la sensación de haber perdido algo: «Yo recojo lo que tú tiras»; la próxima vez lo pensaría mejor antes de abandonarse a la desesperación por tan poca cosa.

En la pantalla del ordenador, Mila observó a su hija mientras dormía en otra cama, en otra casa. El objetivo de la cámara oculta enfocaba la espalda, pero sobre la almohada se esparcía una larga cabellera que ella sabía que era de color rubio ceniza.

«Se parece al pelo de su padre», se dijo sin que fuera necesario.

Como en el caso del Apuntador, el nombre de aquel hombre también había sido proscrito de su vida. Al no poder olvidarlos a ninguno de los dos y lo que le habían hecho, había decidido borrar para siempre la forma de aquellos nombres de sus labios.

Hubo un momento, durante el embarazo, en que incluso pensó que conseguiría superarlo todo. Imaginaba que podría vivir tranquilamente, ella y su hija. Fue durante el período en que había empezado a sentir algo por los demás, se sentía como una persona ciega que acabara de recuperar la vista. Pero aquello duró poco. El tiempo necesario para comprender que nunca conseguiría huir del mal, que para ella «lejos» nunca iba a ser «lo bastante lejos», que la oscuridad todavía podía encontrarla en cualquier sitio.

Después del parto, la empatía se esfumó.

Entonces comprendió que no se había equivocado: el paréntesis durante el que se había sentido de nuevo humana había sido mérito de la niña, no suyo. Por eso decidió que no sería sano para Alice crecer junto a una madre como ella, no completamente negada para sentir emociones, pero sí incapaz de sentir *sus* emociones. La aterrorizaba no llegar a discernir si su hija estaba triste o era infeliz, o si necesitaba su ayuda.

Los primeros meses fueron horribles. Por la noche la niña se despertaba en la cuna y lloraba. Mila se quedaba en la cama, vigilante pero incapaz de sentir pena por su llamada desesperada. El estado de total alienación afectiva le impedía comprender las necesidades de un ser tan frágil. «Podría dejar que se ahogara mientras duerme sólo porque no consigo darme cuenta de que está mal», se decía.

Unos meses después le pidió a la abuela de Alice que se ocupara de ella.

Ines se había quedado viuda pronto y había tenido una única hija: Mila. A pesar de que ya no era joven, aceptó cuidar de su nieta. Mila iba a verlas de vez en cuando. Por lo general, se quedaba a pasar la noche y se iba al día siguiente.

La interacción entre Alice y ella se reducía al mínimo. Mila había intentado besarla o acariciarla, como haría una madre normal. Pero esos gestos resultaban torpes incluso para la pequeña, que, de hecho, no los reclamaba.

Mila había escondido a su hija.

Aunque, en lugar de hacerlo al resto del mundo, se la había ocultado a sí misma. Colocar una microcámara en la habitación para controlar de vez en cuando si estaba bien era en parte una manera de absolverse por la culpa de no estar presente en su vida. Pero, a veces, ocurría algo que volvía a ponerlo todo a cero, echando a perder el esfuerzo y haciendo que se sintiera inadecuada.

«¿Qué clase de madre sería si no supiera el nombre de la muñeca favorita de mi hija?»

Una de esas frases que causan efecto y desvelan una verdad molesta. Desde que Mila la oyó pronunciar a una madre desnaturalizada, se había convertido en una obsesión para ella.

Por eso buscó en la pantalla. La vio en el suelo, al lado de la mesilla de noche. La muñeca de cabello rojo de la que Alice no se separaba nunca; debía de habérsele escurrido de los brazos mientras dormía.

Mila no recordaba cómo se llamaba, o tal vez nunca lo había sabido. Tenía que descubrirlo antes de que fuera demasiado tarde. Era consciente de que eso no haría de ella una madre mejor, puesto

que tenía muchas otras carencias, pero algo en su interior la empujaba a ponerle remedio.

Mientras pensaba en ello y se prometía cambiar, los párpados empezaron a pesarle. Le volvió a la mente la música que había oído por teléfono en el Ambrus Hotel. La dulzura de la melodía se impuso esta vez sobre cualquier significado maligno, y Mila se dejó acunar por el recuerdo de las notas. El cansancio la envolvía como una manta cálida. Los últimos retazos de conciencia empezaron a mezclarse con el delirio del primer sueño.

Pero, mientras se adormecía, en la pantalla vio que una mano se retiraba bajo la cama de su hija.

42

—Venga, contesta...

Conducía con el móvil pegado a la oreja. En el otro lado, el teléfono seguía sonando sin que nadie se decidiera a levantar el auricular; un único y extenuante sonido, la señal codificada de la desesperación. Mientras tanto, Mila apretaba el acelerador.

Después de que el miedo la hubiera agredido devolviéndole la conciencia, se había pegado al teléfono para contactar con su madre. Al mismo tiempo, se vistió mientras intentaba mantener la lucidez. Se había acordado de coger la pistola de reserva que guardaba en el armario, ya que el arma reglamentaria se había perdido en el incendio del nido de Kairus. No podía hacer otra cosa.

La imagen de la mano estilizada retrocediendo en la sombra bajo la cama de Alice todavía estaba viva en su memoria. Había sido sólo un instante, pero Mila estaba segura de lo que había visto.

No podía avisar a sus compañeros de la policía. Aparte de no saber qué decirles, no la habrían creído. Y habría perdido un tiempo precioso.

El Hyundai circulaba por las calles a toda velocidad, esquivando los vehículos en la hora en que los noctámbulos salían en busca de aventuras y transgresión. Mila se saltaba los semáforos y dejaba atrás los cruces sin tocar nunca el freno, confiando sólo en la suerte para evitar colisiones.

Jamás había corrido tantos riesgos. Y, sin embargo, así era como normalmente podía sentirse viva. Sin embargo, esta vez había algo distinto. Incluidas cosas de las que había oído hablar a menudo a otros padres, sin que nunca las hubiera sentido personalmente. Era lo que su madre definía como «el tercer ojo para mirar el

mundo, ese que te sale en medio de los otros dos después del parto».

Un hijo era exactamente eso. Un sentido nuevo, completamente distinto de los otros cinco, que te ofrece una percepción inimaginable de lo que te rodea. Y, de repente, todo lo que afecta a la carne de tu carne te incumbe directamente.

«Si te concentras, puedes sentir cuándo Alice está contenta, o su dolor», seguía diciendo su madre. Pero Mila nunca lo había experimentado. No quería revelarle que no podía sentir empatía, la habría decepcionado. Mientras conducía como una desesperada para llegar cuanto antes a la casa donde vivía su hija, no sabía si la ansiedad que crecía en su interior era comparable con el hecho de sentir algo a través de alguien.

Sin embargo, sí era perfectamente consciente de que, si le ocurría algo malo a su niña, entonces el dolor —el sentimiento amigo que la limpiaba de la fealdad del mundo— sería insoportable.

La zona residencial de la colina se separaba del resto de la ciudad como una formación alienígena. A su vez, las viviendas eran cosmos aislados.

Así había crecido Mila. Con su padre y su madre, sólo ellos tres. Planetas con órbitas distintas y distantes que alguna vez —raramente— se cruzaban.

El coche botaba bruscamente sobre los resaltes disuasorios al pasar sin reducir la velocidad, emitiendo un ruido sordo de plancha. Recorrió la larga avenida bordeada por silenciosos jardines y derrapó cerca de la meta. Un largo frenazo puso fin a la carrera del Hyundai, que, después de saltar la acera, se hundió con las ruedas en el césped delantero de la casa.

Mila dejó caer el móvil sobre el asiento del acompañante, lo reemplazó por la pistola y a continuación bajó del vehículo. Ni siquiera estaba segura de poder respirar.

Las ventanas de las dos plantas de la casa estaban a oscuras.

Se precipitó hacia el porche en el que una lámpara blanca velaba junto a la puerta de entrada verde. Alrededor, sólo el canto de los grillos. Se pegó al timbre y seguidamente empezó a golpear la madera con la palma de la mano; ni siquiera tenía una llave de la casa en la que había crecido. La única respuesta que obtuvo procedía de los perros de los vecinos, que empezaron a ladrar.

Habían bastado pocos instantes para olvidar los dictámenes que aprendió durante su adiestramiento en la policía. No había controlado el perímetro de la casa para buscar señales de si algún acceso había sido forzado. No había pensado en proteger su propia seguridad, evitando exponerse a la probable represalia de un posible enemigo. Finalmente, había infringido la regla más importante, aquélla según la cual, pase lo que pase, es necesario mantener el control.

Al no obtener respuesta a su insistencia, Mila se disponía a disparar a la cerradura. Pero en un momento en que recuperó la racionalidad, recordó que su madre siempre tenía una copia de la llave escondida debajo de una maceta del jardín. Volvió atrás y empezó a buscarla. La encontró al tercer intento, levantando una planta de begonias.

Cuando por fin consiguió entrar, encontró el vestíbulo sumergido en un pesado silencio.

—¿Dónde estáis? —preguntó en voz alta—. ¡Contesta! —gritó.

Entonces vio que una luz se encendía en lo alto de la escalera. Subió los escalones de dos en dos. Su madre se asomó al otro lado de la barandilla atándose una bata.

—¿Qué sucede? Mila, ¿eres tú? —preguntó con la voz pastosa por el sueño.

Pero ella llegó al rellano y la apartó, dirigiéndose hacia la habitación de Alice.

—Pero ¿qué...? —consiguió balbucear la mujer, que a punto estuvo de perder el equilibrio.

Los latidos del corazón de Mila eran pasos gigantescos, una enorme criatura avanzaba dentro de ella como el monstruo de un cuento.

Al llegar al final del pasillo, mientras las luces de la casa se encendían a su espalda, alargó una mano en la oscuridad para buscar el interruptor del cuarto de Alice.

Una lámpara con forma de abeja iluminó la habitación.

La niña estaba acostada, y Mila la aferró con un solo brazo, como para arrancarla de las fauces de la cama que se había convertido en una horrenda criatura, mientras que con la otra mano apuntaba con la pistola. La pequeña se asustó y lanzó un grito. Ella no se preocupó, sino que en vez de eso dio una patada al colchón para descubrir qué escondía.

Los pulmones bombeaban aire en su tórax y durante algunos segundos fue el único sonido que Mila consiguió oír. Las orejas repentinamente tapadas, como si estuviera precipitándose desde una altura sideral. Una respiración, luego dos, jadeando. Y los ruidos empezaron a volver. El primero de todos, el llanto de Alice, que se revolvía entre sus brazos.

En el suelo, sólo un amasijo de mantas, peluches y cojines.

43

En la cocina, Ines preparaba una infusión.

Mientras Mila la observaba trastear con el hervidor, le pareció revivir una escena de cuando era pequeña —los mismos rulos en el pelo, la misma bata rosa—, cuando por la noche su madre ponía al fuego un poco de agua para ella y empezaba así el rito del consuelo tras una fea pesadilla.

—No sé lo que me ha pasado —dijo—. Lo siento.

No quería decirle que había escondido una cámara en la habitación de su hija. Nadie lo sabía, y no quería que Ines pensara que no se fiaba de ella. De modo que le contó una mentira.

—Ya sé que no llamo nunca por la noche, pero me entraron ganas de saber cómo estaba Alice y, al no contestar al teléfono, me ha entrado el pánico.

—Ya me lo has dicho —comentó Ines volviéndose con una sonrisa—. No me lo repitas más. También es culpa mía, tengo el sueño pesado, debería haber oído el timbre.

La abuela se había encargado de meter a Alice de nuevo en la cama, tranquilizarla y esperar con paciencia a que volviera a quedarse dormida. Mila había permanecido en el pasillo, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza gacha escuchando a su madre, que una vez más la sustituía.

Le habría gustado decirle a su hija que todo iba bien, que no había peligro, que se había equivocado y que nadie se escondía debajo de la cama. Por otro lado, la casa estaba sellada. «Hace más de cuarenta y ocho horas que no duermo», se había dicho para justificarse. Y había que añadir la noticia de que había otro manipulador de conciencias en circulación. Todo ello había

despertado en su interior el miedo a que volvieran los días del Apuntador.

Ines sirvió el contenido del hervidor en dos tazas y las llevó a la mesa, donde se sentó al lado de Mila. La luz cálida de la lámpara baja formaba una especie de burbuja protectora en torno a ellas.

—¿Y bien?, ¿cómo estás? —le preguntó su madre.

—Estoy bien —contestó ella sin extenderse.

Sabía que Ines se conformaría con aquellas dos palabras, sin indagar más allá. Su madre no compartía su decisión de hacerse policía. Habría preferido otra cosa para ella. Tal vez que fuera médico o arquitecto. Sin duda, que se casara.

—Hace ya tiempo que quería hablar contigo, Mila.

Su voz tenía un tono de preocupación.

—Se trata de Alice. El otro día, en la escuela, se subió a la cornisa de la segunda planta. Les costó un rato convencerla para que saliera de allí, no quería bajar. Decía que no era peligroso. Es más, según ella, era divertido.

—¿Otra vez con esa historia? —Mila intentó protestar, no era la primera vez que hablaban de ello.

—Alice carece del sentido del riesgo. ¿Recuerdas aquella vez en la playa? Se fue mar adentro, estuvo a punto de ahogarse. ¿O cuando la perdí un segundo de vista y la encontré caminando por en medio de la calzada, con los coches esquivándola y tocando el claxon?

—Alice es una niña normalísima, los médicos también nos lo dijeron.

—A mí me gustaría escuchar otra opinión. ¿Qué sabrá un psicólogo infantil? No se pasa con ella horas y horas cada día.

Mila bajó la mirada hacia la taza.

—Yo tampoco, y eso ¿qué significa?

Ines suspiró.

—No pretendía... Es sólo que he aprendido a conocer a esa niña mejor que nadie, teniendo en cuenta que vive conmigo. No estoy diciendo que tenga algo que no funcione, sólo estoy preocupada porque no puedo vigilarla todo el tiempo. —La mujer extendió una

mano para coger la de su hija—. Ya sé cuánto te importa y lo mucho que te cuesta estar lejos de ella.

Mila sentía el peso insoportable de la mano de su madre sobre la suya. Habría querido apartarla porque no le gustaba el contacto físico, pero se esforzó, con la piel doliéndole y un sentimiento de repulsión, como si un reptil se estuviera deslizando entre sus dedos.

—¿Qué sugieres hacer?

Ines quitó la mano y miró a su hija con ojos compasivos.

—Alice me pregunta siempre por su padre. Tal vez deberías presentarle...

—No digas su nombre —dijo Mila, adelantándose—. Yo ya no lo llamo así. Es más, no me refiero a él de ninguna manera.

—De acuerdo, pero sería oportuno que Alice supiese por lo menos qué cara tiene.

Mila lo pensó un momento.

—De acuerdo, mañana la llevaré con él.

—Me parece lo más adecuado, ya es lo suficientemente mayor.

Mila se levantó de la silla.

—Pasaré por la tarde.

—¿Por qué no te quedas aquí esta noche?

—No puedo, tengo que levantarme temprano para ir a trabajar.

Ines no insistió, pues sabía que no serviría de nada.

—Cuídate.

Parecía seriamente preocupada por ella. Y con ese único consejo —*cuidarse*: una palabra que sólo las madres saben llenar con múltiples significados—, la mujer quería hacerle ver que tenía que cambiar por su propio bien. A Mila le habría gustado contestarle que todo iba de fábula, pero la frase no habría sonado sincera. Se limitó a recoger la pistola que había dejado sobre la mesa, pero luego, al llegar a la puerta de la cocina, se volvió de nuevo hacia su madre. Lo que estaba a punto de pedirle la incomodaba.

—La muñeca favorita de Alice es la que tiene el pelo rojo, ¿verdad?

—Se la compré yo las Navidades pasadas —confirmó Ines.

—¿Por casualidad sabes qué nombre le ha puesto? —preguntó casi distraídamente.

—Me parece que la llama Miss.

—Miss —repitió Mila, saboreando la conquista de aquel nombre —. Me voy ya. Gracias.

44

Contaba con encontrarlo en el restaurante chino.

De modo que cruzó el umbral esperanzada. En la sala atestada de policías, la mesa de Simon Berish estaba vacía. Sin embargo, en el lugar acostumbrado, todavía quedaban los restos de un desayuno sin terminar.

Mila estaba a punto de preguntar a la camarera cuánto tiempo hacía que se había ido, cuando reparó en que *Hitch* estaba debajo de la silla. Inmediatamente después vio salir a su amo del servicio mientras con una toallita de papel intentaba quitarse una mancha de café de la camisa. No era difícil imaginar lo que había ocurrido. Al fondo, oyó carcajearse al grupo habitual de policías. En él estaba el poli que unos días antes había salpicado a Berish con huevos y beicon.

El agente especial regresó a su mesa y siguió comiendo tranquilamente. Mila se abrió paso entre las sillas y se reunió con él.

—Esta vez invito yo —dijo.

Berish se la quedó mirando sin saber qué decir.

—Como hace un tiempo que no me relaciono con el prójimo, estoy oxidado sobre el significado exacto de gestos y palabras. No entiendo los dobles sentidos, se me escapan los matices y hasta tengo algunas dificultades con las metáforas... Por tanto, tu oferta de pagarme el desayuno debería ser una manera de decirme que quieres que colaboremos, ¿es eso?

El sarcasmo de Berish estaba a punto de arrancarle una sonrisa, pero Mila consiguió retenerla. ¿Cómo podía ese hombre seguir siendo cordial después de haber recibido una humillación más por parte de sus compañeros?

—De acuerdo, ya paro —dijo él, levantando las manos en señal de rendición ante su expresión de contrariedad.

—Bien, así estamos de acuerdo. —Mila se sentó. Pidió algo de comer para ella y comida para llevar.

Berish se preguntó a quién iba destinada, pero prefirió no meterse en asuntos que no le concernían. Mientras tanto, se la quedó mirando y, cuando la camarera se alejó, le planteó una pregunta que llevaba tiempo queriéndole hacer.

—¿Por qué una agente capacitada como tú, que fue capaz de resolver el caso del Apuntador, decidió quedarse en el Limbo?

Mila se quedó pensando, aunque ya conocía la respuesta.

—Así no tengo que perseguir a los culpables. Yo busco a las víctimas.

—Es un sofisma, pero es sensato. Entonces podrás explicarme por qué lo llaman *Limbo*: siempre me he preguntado de dónde viene ese nombre.

—Tal vez sea a causa de las fotos que hay en las paredes de la sala de los pasos perdidos. Esas personas están como colgando de un hilo... Vivos que no saben que están vivos. Y muertos que no pueden morir.

Berish asimiló la explicación, le pareció razonable. Los pertenecientes a la primera categoría iban por el mundo como espectros —ignorantes e ignorados—, sólo esperando a que alguien les dijera que *todavía* estaban vivos. Los segundos, en cambio, se contaban erróneamente entre los vivos porque quien todavía los estaba esperando no acababa de resignarse.

La palabra clave era *todavía*, una prolongación indefinida del tiempo que tiene como solución la verdad o el olvido.

—¿Sigues pensando que es mejor que no le cuente a Su Señoría, ni tampoco a Gurevich ni a Boris, que estás involucrado en mi investigación?

La pregunta de Mila devolvió al agente especial a la realidad.

—Deja que ellos se ocupen de los terroristas, nosotros tenemos que tratar con un culto.

—¿Alguna idea sobre cómo proceder?

Berish bajó el tono de voz y se acercó a ella por encima de la mesa.

—¿Recuerdas la música que oímos por teléfono en el Ambrus Hotel?

—Sí. ¿Qué pasa?

El agente especial estaba exultante.

—He descubierto de qué pieza se trata.

Mila se mostró incrédula.

—Y ¿cómo lo has hecho?

—Admito que no soy ningún experto en música clásica... Pero esta mañana he ido al conservatorio y he pedido hablar con un profesor. —Le avergonzaba un poco contar el resto de la historia—. Le mencioné el tema y él lo reconoció.

—¿Quieres decir que se lo has... cantado? —Mila compuso una expresión divertida.

—No tenía otra elección. Pero, a cambio de la actuación, el profesor me regaló esto... —Berish sacó un CD del bolsillo.

El pájaro de fuego, de Ígor Stravinski.

—Es un ballet que el músico compuso en 1910... Si seguimos la pista, llegaremos al próximo homicidio.

—Francamente, no sé cómo pretendes usar esa información...

—En la historia que se narra en el ballet, la música que oímos corresponde a la escena principal, cuando el príncipe Iván captura al pájaro de fuego.

Mila intentó razonar:

—Los elementos son tres: la captura, el pájaro de fuego y el nombre de Iván. El primero podría significar una especie de desafío.

—Es exacto sólo en parte —repuso el agente especial—. Kairus no está compitiendo con nosotros: el predicador quiere adoctrinarnos. Por eso no se trata de un desafío, sino de pruebas. Cada vez que nos somete a un examen quiere que consigamos superarlo. La llamada telefónica en la habitación 317 también lo era. Nos humilla para hacernos sentir inferiores, pero en el fondo toma partido por nosotros. Por eso las respuestas a sus complejos enigmas son siempre sencillas.

—¿Qué tiene de sencilla la imagen de un pájaro de fuego? —objetó Mila.

—No lo sé, pero lo descubriremos. De momento yo me concentraría principalmente en el nombre de Iván.

—¿Crees que podría referirse a la identidad de la próxima víctima?

—O a la del homicida... Piénsalo bien: ¿qué sentido tendría que nos diera un nombre si no tuviéramos la posibilidad de encontrar una evidencia enseguida?

—Y ¿dónde?

Berish golpeó la mesa con la mano.

—Tenemos que examinar el archivo de desaparecidos en busca de una conexión con el nombre de Iván.

—Teniendo en cuenta que nos interesa un período de veinte años, ¿sabes de cuántos individuos estamos hablando?

—No, tú eres la experta.

—No tenemos tiempo para eso. Ha pasado ya demasiado desde el último homicidio, y seguramente un nuevo discípulo del predicador se prepara para actuar dentro de poco.

Berish parecía decepcionado, le habría gustado que su idea funcionara.

—Habrá que pensar en otra cosa —añadió Mila para intentar consolarlo—. Tal vez tendríamos que empezar a preguntarnos qué quiere realmente el Señor de las buenas noches de nosotros.

Berish levantó la mirada hacia ella.

—Al final del camino iniciático nos espera una revelación.

La mirada de Mila se perdió un instante en el vacío.

—No sé si conseguiré llegar hasta el final.

—Supongo que lo dices a causa de tu hija.

Mila sentía que había hablado demasiado. Se mantuvo en el papel de madre y dejó que creyera que su temor dependía únicamente de Alice. «Si hay algo en la oscuridad, por fuerza tengo que asomarme a mirar.» Eso era lo que debería haberle dicho, poniéndolo en guardia. Sin embargo, decidió dar validez a su tesis y se oyó a sí misma preguntar:

—¿Tienes familia, Berish?

—Nunca me he casado y no tengo hijos. —El recuerdo acudió a Sylvia y a lo que podría haber sucedido si hubieran seguido juntos. Pero el agente especial impidió que el recuerdo que tanto daño le hacía se entrometiera en el presente—. No me arriesgo tanto como tú, soy consciente de ello. Pero también sé que se trata de un riesgo calculado.

—¿Qué quieres decir?

—Son personas.

—Hablas de nuestros enemigos.

—Son seres vulnerables como todos nosotros, sólo que no podemos verlos. Si bien existe una explicación de su comportamiento, y es racional. Tal vez te parecerá absurda, pero, como me ha enseñado la antropología, no dejará de ser una razón humana.

Ponderaron en silencio aquella afirmación. Aunque los rodeaba una multitud vociferante y ruidosa, ambos notaron el frío de una repentina soledad. Mila pidió la cuenta y la camarera le llevó el recibo y también la comida para llevar que había encargado.

—Tú también tienes un perro —constató Berish para romper el hielo, yendo en contra de su decisión de meterse en sus propios asuntos.

—La verdad es que es para un vagabundo que vive debajo de mi casa —repuso ella, y no añadió nada más.

Pero el agente especial parecía interesado.

—¿Es amigo tuyo?

—Ni siquiera sé cómo se llama. Y, además, pensándolo bien, ¿de qué sirve llamarse de una manera o de otra? Es completamente superfluo para alguien que ha decidido ser olvidado, ¿no te parece?

Berish parecía compartir su pensamiento, pero también pareció iluminarse.

—Puede que acabes de sugerirme una idea sobre cómo aprovechar la pista de la identidad que se oculta en la música de Stravinski.

—¿Cuál?

—Para encontrar un nombre necesitamos a un hombre que nunca haya tenido ninguno.

45

Berish utilizó el teléfono público para llamar.

Mila lo esperaba en el coche junto a *Hitch*, preguntándose el motivo de tanta prudencia. Una vez terminada la conversación, el agente especial colgó el aparato y se quedó donde estaba. La agente no lo entendía. Su compañero paseaba por la acera, como si esperara la llegada de alguien.

Pasaron veinte minutos sin que sucediera nada.

Cuando Mila ya estaba a punto de bajar del Hyundai para pedirle explicaciones, Berish se dirigió de nuevo hacia el teléfono público, que, evidentemente, había empezado a sonar. Habló con un interlocutor misterioso y después regresó con ella.

—Tenemos que ir a un par de sitios —le anunció en tono lacónico.

Mila arrancó el motor sin hacer preguntas, aunque lo cierto era que ya empezaba a hartarse. Primero pasaron por la residencia donde vivía Berish. Su compañero no la invitó a subir a su apartamento, y poco después volvió a bajar sin decir una palabra. Pero, mientras subía al coche, Mila se dio cuenta de que llevaba un sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

Le indicó el camino y, media hora más tarde, llegaron a la zona industrial que se encontraba en el margen oeste de la ciudad, una serie de naves todas iguales y de camiones yendo y viniendo por las calles. El lugar al que se dirigieron era una fábrica de elaboración de carne.

Cuando llegaron al parking de la empresa, Berish le hizo una señal para que se detuviera y apagara el motor.

Al lado de unos edificios blancos anónimos se veía una rampa de carga. Desde allí, los animales eran introducidos en el ciclo de

producción. Una chimenea echaba humo gris que impregnaba el aire de un olor agrio y, a veces, nauseabundo.

—¿Y bien?, ¿quién es tu amigo? —preguntó ella, curiosa y un poco harta de que su compañero todavía no le hubiera desvelado nada.

—No le gustan las preguntas —se limitó a advertirla él.

Mila no estaba segura de poder aguantar más. Sólo esperaba que el ridículo velo de confidencialidad que Berish había impuesto al asunto cayera cuanto antes.

El agente especial permaneció callado. Después, por una pequeña puerta que había en la parte de atrás de la fábrica, salió un hombre fornido, de unos cincuenta años, vestido con una bata blanca y un gorrito, que se dirigió hacia el Hyundai a paso ligero, con las manos metidas en los bolsillos.

Berish quitó el seguro de las puertas para que pudiera subir detrás.

—Hola, agente, cuánto tiempo —empezó a decir el bajito.

Hitch le ladró.

—¿Todavía llevas este maldito perro?

Era evidente que no se soportaban.

Entonces el hombre miró a Mila.

—¿Quién es ésta?

—Agente Vasquez —se presentó ella, ofendida—. Y ¿tú quién eres?

El hombre la ignoró y se dirigió de nuevo a Berish.

—¿Le has dicho que no me gustan las preguntas?

—Se lo he dicho —confirmó el agente especial dedicándole una mirada de reproche—. Pero todavía no le he explicado qué hacemos aquí porque quería que lo hicieras tú.

El hombre creyó percibir que Berish tenía prisa, por eso esta vez se dirigió directamente a Mila.

—Yo no tengo nombre —le dijo—. Mi trabajo no existe. Lo que vas a oír ahora tendrás que olvidarlo.

—Todavía no sé de qué te ocupas.

El hombre dejó escapar una sonrisita.

—Hago desaparecer a la gente.

Durante los quince minutos siguientes, Mila comprendió el significado de aquella expresión.

—Supongamos que tú eres un acaudalado hombre de negocios con algún problemilla con la ley. Alguien como yo puede ayudarte a quedar fuera de circulación.

—¿De verdad haces eso? —preguntó la policía, asombrada y horrorizada al mismo tiempo—. ¿Ayudas a delincuentes a salir libres de polvo y paja?

—Sólo a los que han cometido crímenes fiscales o financieros. Yo también tengo mi ética, ¿qué te has creído?

—Nuestro amigo es un *escape artist* —intervino Berish—, un verdadero profesional de la fuga: con un ordenador puede borrar la existencia de una persona entrando en lugares en los que legalmente un hombre no podría ni acercarse sin una orden: archivos estatales, bases de datos de bancos, compañías de seguros y otras cosas por el estilo.

—Elimino el rastro de tu paso y al mismo tiempo creo otro falso para despistar a posibles perseguidores. Adquiero un billete de avión para Venezuela, después hago que conste una compra con la tarjeta de crédito en el *duty free* de Hong Kong, al final alquilo una avioneta para Antigua, si bien en el momento de aterrizar a bordo sólo irá el piloto... Funciona así: mientras quien va detrás de ti se pierde en mi juego de la oca, tú ya estás cómodo y tranquilo tomando el sol en una playa de Belice.

Mila miró a Berish.

—¿De verdad puede hacerse?

El agente especial asintió. El sentido de la respuesta tácita era que los desaparecidos del Señor de las buenas noches también podrían haber ido por ese camino. Aun sin disponer de los medios económicos de un directivo de las altas finanzas, bastaba con tener la ayuda de un buen experto en informática.

Y era probable que Kairus lo fuera.

—La explicación es siempre racional, ¿recuerdas? —puntualizó Berish aludiendo a lo que le había dicho unas horas antes.

Esa vez fue Mila quien asintió.

—Pero nuestro artista de la fuga también puede hacer a la inversa, es decir, penetrar en los bancos de datos más inaccesibles para encontrar algún rastro del hombre que estamos buscando. —Y para que la idea quedara más clara, el agente especial añadió—: Son cosas que en el Limbo no podéis hacer.

Habían sido suficientes unos pocos minutos para que Mila se diera cuenta de lo inadecuados que eran los medios de los que habitualmente disponía al hacer las búsquedas. Los rostros de la sala de los pasos perdidos le iban a pedir cuentas de ahora en adelante.

Berish se volvió en su asiento para mirar al hombre sin nombre a la cara.

—Entonces ¿podrás echarnos una mano?

Por el reflejo del retrovisor, Mila vio que, mientras hacía la pregunta, su compañero deslizaba en el bolsillo del hombre el sobre que había cogido de su apartamento de la residencia antes de ir hacia allí.

Habían dejado a *Hitch* de guardia en el coche y seguían el espectro a lo largo de los pasillos del matadero industrial.

—Cuando hayamos terminado, podrás llevarle un buen bistec a tu bicho —aseguró el bajito a Berish.

—¿Por qué trabajas aquí? —se le escapó a Mila.

Pero el otro no se lo tomó a mal.

—Nadie ha dicho que trabaje aquí.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Yo no tengo ordenadores, móviles ni tarjetas de crédito. Yo no existo, ¿recuerdas? Esas cosas dejan rastro. Berish se pone en contacto conmigo con un mensaje en un buzón de voz que suelo escuchar cada hora. Después lo llamo al número que me indica en cada ocasión.

—Entonces ¿qué hacemos en este lugar? —inquirió Mila cada vez más curiosa.

—Hay un empleado de baja por enfermedad y queda un ordenador libre. Utilizaremos ése.

Era inútil preguntar cómo podía saberlo, pensó la agente. Ese tipo era realmente bueno buscando información.

Se cruzaron con varios empleados, pero ninguno les prestó atención. El lugar era demasiado grande para que la gente reparara en movimientos extraños o en caras desconocidas.

Cuando llegaron delante de un despacho, el experto miró a su alrededor. Tras asegurarse de que no había nadie por allí, se sirvió de una llave maestra para entrar.

Era un pequeño local con una mesa y un par de archivadores. Además de algunos pósteres con vacas pastando, que resultaban bastante macabros en aquel contexto, había fotos de la familia del empleado que trabajaba allí.

—Tranquilos, no vendrá nadie —aseguró el hombre. Se puso a trastear con el ordenador—. ¿Qué necesitáis?

—Estamos buscando a un tipo desaparecido en los últimos veinte años que se llama Iván o que tiene un nombre similar —lo informó Berish.

—Un poco débil como pista —comentó el experto—. ¿No hay nada más?

El agente especial añadió la información con el detalle del ballet *El pájaro de fuego*, de Stravinski, y la escena de la captura de la criatura por parte del príncipe.

—Quien nos ha dado la pista quiere que encontremos una respuesta, no tiene que resultar imposible.

—Un desafío —dijo el hombre satisfecho—. Bien, me gustan los desafíos.

«No, es una prueba», pensó Mila, y estuvo tentada de corregirlo con las mismas palabras con que Berish le había explicado a ella el objetivo del predicador. Sin embargo, lo observó mientras se ponía a trabajar. En religioso silencio, empezó a teclear en el ordenador, accedió vía internet a los archivos digitales de bancos, hospitales, periódicos y hasta al de la policía. Sus dedos se movían ligeros sobre las teclas, como si conocieran el camino para entrar en todos los lugares del universo informático. Contraseñas, claves electrónicas y códigos encriptados fueron violados con una facilidad extrema. En la pantalla se materializaba todo tipo de información. Artículos de

prensa, informes médicos, antecedentes penales, extractos bancarios.

Transcurrió casi una hora durante la cual Berish no dijo ni una palabra. Vagaba por la habitación de manera inquieta, mirando por la ventana de vez en cuando. Mila se le acercó.

—¿Cómo os conocisteis? —dijo indicando al experto con un gesto de la cabeza.

—Trabajaba para el Programa de Protección, nos ayudaba a esconder a los testigos de quienes podrían tener interés en hacerlos callar.

Mila no siguió preguntando, ya que se imaginaba que Berish no podía compartir más. O probablemente era ella quien no quería conocer toda la verdad. Porque la escena de él pasando un sobre a escondidas al experto en informática todavía la turbaba. Le retumbaban en la cabeza las palabras de Joanna Shutton referidas indirectamente a Berish: «Uno de los agentes especiales involucrados perdió su cargo por otro sórdido asunto... Aceptó una suma de dinero para que un criminal arrepentido al que tenía que proteger y también vigilar pudiera escapar».

Sin duda la colaboración del experto no era barata. Y, además, ¿qué hacía el agente especial con todo ese dinero en metálico en casa?

A continuación, el repiqueteo de las teclas cesó de repente. El hombre sin nombre estaba listo para el dictamen.

—Se llama Michael Ivanovič. Desapareció cuando tenía seis años.

«La edad de Alice», pensó Mila de inmediato. Era extraño lo mucho que las desapariciones de niños la afectaban desde que tenía una hija.

—Siempre se creyó que lo había secuestrado un maníaco —prosiguió el experto—. Si de verdad se trata de la misma persona, ahora tendrá unos veintiséis años.

Mila miró a Berish.

—Desapareció en la misma época que los insomnes.

—Si en ese momento no lo incluimos entre las primeras víctimas de Kairus debió de ser porque evidentemente no estaba el detalle del somnífero.

Siete personas desaparecidas en la nada, a la que se había añadido Sylvia, la testigo. Pero existía un noveno desaparecido...

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? —preguntó Mila.

—No sabría decirlo —contestó el experto—. Pero puedo afirmar con seguridad que su rastro ha reaparecido repentinamente en la red hace una semana. Es como si hubiera vuelto «virtualmente».

—A pesar de que no salga el detalle del narcótico, me parece un poco fuerte como coincidencia, ¿no creéis? —afirmó Berish entusiasmado—. Yo diría que es él.

Mila asintió.

—¿Cómo lo encontraremos ahora?

—Las pistas de las que os hablaba sirven precisamente para eso. Ivanovič llamó a una compañía telefónica para que le activaran una línea de móvil y les dejó su nombre y apellido. Hizo lo mismo cuando pidió que le abrieran una cuenta corriente online. Pero las direcciones no coinciden, señal de que sólo quería enviar un mensaje al aire con la esperanza de que alguien lo recogiera. Michael quiere que sepáis quién es, pero al mismo tiempo no quiere que lo encontréis.

«Porque tiene una tarea que llevar a cabo —pensó Mila—. Tiene que matar a alguien.»

—¿Y ahora? —preguntó Berish.

—Tengo la respuesta que buscas —sonrió el mago del ordenador—. En un viejo informe médico de cuando era pequeño pone que Michael Ivanovič es portador de una anomalía congénita más bien rara que se conoce con el nombre de *situs inversus total*.

—Y ¿eso qué significa? —preguntó Mila.

—Que tiene todos los órganos invertidos, el corazón en el lado derecho, el hígado en el izquierdo, y así todo —contestó Berish.

La agente no había oído hablar nunca de ello.

—Y ¿de qué nos sirve esa información?

—Los individuos con *situs inversus*, en un porcentaje que alcanza el noventa y cinco por ciento de los casos, sufren cardiopatías. Por eso necesitan frecuentes controles médicos —añadió el hombre.

Para Berish la idea era excelente.

—No tenemos que buscar su nombre, sino su anomalía. Así, aunque durante estos años haya utilizado identidades falsas, podremos reconstruir sus movimientos a través de quien lo haya tratado.

—No será tan fácil —afirmó el otro apagando su entusiasmo—. En la red no aparece ningún historial médico que describa un caso de *situs inversus* en un chico de veintiséis años.

—¿Cómo es posible? —preguntó Berish.

—Tal vez en todo este tiempo Michel Ivanovič no haya acudido a ningún hospital, sino a médicos de familia o a especialistas. Necesitaría más tiempo para descubrir quiénes son.

Berish resopló.

—Lo cierto es que no tenemos el tiempo que te hace falta.

El hombre levantó las manos.

—Lo lamento, pero de momento no puedo hacer más.

—Está bien —intervino Mila, dirigiéndose al agente especial—. No sirve de nada desanimarse. Estoy segura de que, si lo dejamos trabajar, sacará algo en claro de nuestro Michael.

Berish intentó abrigar la misma esperanza.

—De acuerdo, lo intentaremos. Y, mientras esperamos, ¿qué hacemos?

Mila miró la hora.

—Yo tengo una cita.

46

La primera vez que Alice preguntó por su padre tenía más o menos cuatro años.

La pregunta, sin embargo, ya llevaba tiempo rondando por su cabeza. Como suele suceder con los niños, asumía otras formas, en los gestos o en la manera de hablar. De repente Alice empezó a dibujar a su familia incluyendo una figura de la que nunca había oído hablar. Quién sabía cuándo había surgido en ella la consciencia de tener otro progenitor. Sin duda habría sido al compararse con los niños de su edad o al oír hablar a Ines de su marido, el abuelo. Si Mila había tenido un padre, ¿por qué ella no? En todo caso, la primera pregunta que planteó al respecto fue una especie de compromiso: «¿Cuántos años tiene mi papá?».

Una manera de darle la vuelta a la cuestión sin perder de vista el blanco principal.

Al cabo de un tiempo, Alice volvió a tocar el tema a propósito de su estatura, como si la valiosa información pudiera cambiar su destino. Desde entonces, los interrogatorios se habían ido sucediendo. El color de los ojos, el número de pie, su plato preferido.

Era como si, pieza a pieza, Alice estuviera intentando componer la imagen de su padre.

Un ejercicio meticuloso y extenuante, especialmente para una niña, Mila era consciente de ello. Ines había empezado a hacerle entender que tal vez sería mejor que el padre y la niña se vieran. Mila lo había pospuesto porque esperaba el momento adecuado, aunque no sabía exactamente cómo sabría si había llegado. Cuando Ines volvió a la carga la noche anterior, Mila no dudó en decirle que sí, como si nunca hubieran discutido sobre el tema. Después de lo

que había ocurrido —la irrupción en la casa, el pánico y el desconcierto—, Mila sentía que estaba en deuda con la pequeña. No estaba segura de ser una buena madre, pero no podía impedir que la niña se sintiera una buena hija.

Y las buenas hijas van a ver a su papá.

Además, los acontecimientos de aquella semana la habían transportado inevitablemente a los días del Apuntador. La petición de la niña no era tan difícil de satisfacer. Tal vez el destino quería que ajustara cuentas con el pasado. O tal vez Alice le estaba comunicando que no se podía ignorar el mal cometido.

Y más porque, sin aquel mal, ella nunca habría nacido.

La carretera se encaramaba por las colinas que las ramas de los árboles acariciaban.

Alice miraba por la ventanilla y, durante un instante, a Mila le pareció verse a sí misma de niña en el retrovisor. A ella también le gustaba robar instantes a la velocidad, imágenes que se le escapaban delante de los ojos y de las que sólo podía atrapar fragmentos. Una casa, un árbol, una mujer que tendía la ropa para que se secara.

Madre e hija no se habían dicho mucho desde el principio del viaje. Mila había sacado del maletero del Hyundai el elevador de seguridad, lo había colocado en el asiento posterior para Alice y luego había dejado que Ines la instalara en el vehículo, asegurándose de que tuviera bien abrochado el cinturón, acompañada de su muñeca favorita.

Ese día Ines le había hecho ponerse un vestido rosa de algodón con unos tirantes que le dejaban los hombros al descubierto. Llevaba zapatillas deportivas blancas y, en el pelo, un pasador del mismo color.

Al cabo de unos kilómetros, Mila le preguntó si por casualidad tenía calor o quería escuchar la radio, y Alice negó con la cabeza y se estrechó todavía más contra Miss, la muñeca del cabello rojo.

—Sabes adónde vamos, ¿verdad?

La niña siguió mirando hacia fuera.

—La abuela me lo ha dicho.

—Y ¿estás contenta de ir?

—No lo sé.

Con una simple afirmación, Alice había puesto fin a cualquier aspiración de Mila de proseguir la conversación. Otra madre habría profundizado en el significado de esa duda. Otra madre tal vez habría propuesto volver atrás. Otra madre, quizá, habría sabido qué hacer. Pero Mila sentía que ya era «la otra madre» para Alice, porque la de verdad era su abuela.

El edificio de piedra gris apareció en la lejanía.

¿Cuántas veces había ido allí de visita en los últimos siete años? Debía de ser la tercera. La primera tuvo lugar nueve meses después de lo sucedido, pero no consiguió pasar de la puerta y se fue corriendo. La segunda vez llegó hasta la habitación, lo vio pero no le dijo nada. En el fondo habían pasado tan poco tiempo juntos que no tenían muchos temas que compartir.

La única noche que pasó con él la había marcado más que mil cortes. El dolor que sintió fue devastador, pero también tan bonito, tan intenso que no podía compararse con ninguna forma de amor. Él desnudándola, desvelando el secreto de su cuerpo herido, él recorriendo a besos sus cicatrices, él confiándole toda su desesperación, sabiendo que ella sabría cómo tratarla.

Hacía por lo menos cuatro años que no iba a verlo.

Un celador de color fue a recibirla al aparcamiento. Mila había avisado por teléfono de su visita.

—Buenos días —las saludó el hombre, sonriendo—. Nos alegra que hayan venido. Hoy está mucho mejor, ¿saben? Vengan, las está esperando.

Decía todo aquello de cara a la niña, para no asustarla. Debía parecer todo natural.

Cruzaron la entrada principal. Detrás de un mostrador había dos guardias privados que le preguntaron a Mila si recordaba el

procedimiento que había que seguir en las instalaciones. Ella entregó la pistola, la placa y el móvil. Los guardias también registraron la muñeca de cabellos rojos. Alice seguía aquellas operaciones con curiosidad, sin protestar. Después, madre e hija pasaron a través de un detector de metales.

—Todavía recibe amenazas de muerte. —El celador se refería a su huésped principal.

Recorrieron un largo pasillo lleno de puertas cerradas que olía a desinfectante. De vez en cuando, Alice perdía el paso de Mila y se veía obligada a acelerar. Por un instante la niña extendió la mano hacia la de su madre, pero, al reparar en su error, la apartó de inmediato.

Cogieron un ascensor con el que llegaron a la segunda planta. Otros pasillos, esta vez más animados. De las habitaciones procedían sonidos acompasados: el émbolo repetido de los respiradores y el tintineo de los monitores cardíacos. Las personas empleadas en aquel lugar iban vestidas de blanco y se movían disciplinadamente, repitiendo una rutina imprescindible hecha de jeringas que se llenaban, goteros que se renovaban, bolsas que vaciar o catéteres que tirar.

Cada uno tenía asignado un huésped, hasta que el tiempo de que disponía se agotaba. Al menos eso fue lo que un médico le dijo a Mila: «Nosotros estamos aquí porque estas personas, al nacer, recibieron un excedente de días». Y ella pensó en una especie de error de fábrica. Como si la vida y la muerte hubieran tomado carrerilla y ahora prosiguieran emparejadas y constantes en una lentísima prolongación de la existencia, hasta que la primera cedía su lugar a la segunda.

Pero ninguna de las personas que estaban tendidas en las camas de aquella clínica podía esperar volver atrás en el viaje que había emprendido.

Muertos que no sabían que estaban muertos y vivos que no podían morir. Así había definido Mila a los desaparecidos del Limbo a Berish. Y en aquel confín sucedía lo mismo.

El celador las condujo hasta la habitación.

—¿Quieren quedarse a solas con él?

—Sí, gracias —contestó Mila.

Mila dio un paso adelante respecto a Alice, que, en cambio, permaneció quieta en el umbral, con las zapatillas perfectamente alineadas y sin dejar de estrechar a la muñeca.

Miraba al hombre tendido boca arriba en la cama, con los brazos que asomaban de la sábana blanca perfectamente doblada a la altura del pecho. Las palmas de las manos estaban apoyadas suavemente sobre las mantas. El tubo fijado en la garganta, a través del que respiraba, había sido ocultado con un velo de gasa para no turbar a la joven visitante, pensó Mila.

Alice observó a su padre con una mirada inmóvil. Tal vez tenía que encontrar la manera de hacer coincidir lo que tenía delante de los ojos con la imagen que se había fabricado de él en su cabeza.

Mila debería haberle hecho creer desde el principio que había muerto, habría sido mucho más fácil, también para ella. Pero, en vista de cómo estaban las cosas, habría sido una verdad engañosa. Estaba escrito que llegaría el día de las preguntas más importantes, con respuestas que iban más allá del color de los ojos o el número de zapato. Entonces, tanto daba esperar para explicar que aquel cuerpo inútil era la infranqueable prisión del alma condenada de su padre.

Pero, por suerte para ambas, todavía les quedaba tiempo.

Alice no se movió, sólo inclinó la cabeza un instante, como si hubiera captado un matiz en la escena, algo que los adultos no podían ver. A continuación se dirigió a Mila y dijo:

—Ya podemos irnos.

47

La desaparición de Michael Ivanovič ocurrió en una época en que las fotos de los niños desaparecidos se difundían a través de los cartones de leche.

Una forma de investigación simple aunque potencialmente muy efectiva. El resultado era que, cada mañana, todas las familias del país se encontraban con ese rostro al sentarse a la mesa. Gracias a la astuta estratagema, se inducía a los ciudadanos a memorizarlo y podían avisar en caso de que lo vieran de manera fortuita. Si existía un secuestrador, era la manera de que se sintiera acosado.

Pero también existía un efecto colateral.

El menor desaparecido acababa siendo adoptado por todo el país. Era el hijo o el nieto por cuyo destino se sufría y se rezaba todas las noches, y su localización era esperada como la extracción de los números de la lotería, con la seguridad de que habría habido un ganador.

Sin embargo, después surgió un problema: los investigadores —y con ellos los productores de leche— se preguntaron durante cuánto tiempo tenía que estar la foto en los cartones. Porque, cuanto más tiempo transcurría, las probabilidades de un final feliz más disminuían. Llegados a ese punto, no era agradable para nadie desayunar con la imagen de un niño que podía estar muerto. Y así, de una mañana a otra, la foto desaparecía. Aunque nadie protestaba, pues preferían olvidar.

Michael Ivanovič —a quien enseguida todo el mundo bautizó afectuosamente como *el pequeño Michael*— apareció durante dieciocho meses en los cartones de leche. Hacía una semana que había cumplido seis años el día en que desapareció en la nada. Sus padres iban a separarse y estaban inmersos en las disputas

inherentes al divorcio. Los medios de comunicación habían insinuado que ambos estaban demasiado ocupados discutiendo para prestar la debida atención a su único hijo. De manera que alguien lo aprovechó para entrometerse furtivamente en su vida, y se llevó a Michael.

El hecho tuvo lugar una tarde de primavera, en el jardín que se encontraba justo delante del trabajo de la madre. Michael jugaba en el columpio mientras ella discutía animadamente desde un teléfono público con el que pronto iba a convertirse en su exmarido. La mujer juró a los investigadores que no le había quitado la vista de encima a su hijo casi en ningún momento. Y que, de todos modos, estaba tranquila porque oía constantemente el chirrido del columpio.

Sólo que el asiento de madera seguía balanceándose sin el peso de Michael.

Un fontanero de treinta y cinco años fue detenido por el secuestro del pequeño. Quien lo denunció fue la mujer que vivía con él, después de encontrar en casa la camiseta verde de rayas blancas que llevaba el niño el día de su desaparición. El hombre, sin embargo, se justificó asegurando que la había hallado en un cubo de basura y que decidió quedársela porque el niño se había hecho famoso y le gustaba la idea de poseer el «souvenir de una celebridad». Al final, su versión fue considerada creíble y lo incriminaron únicamente por entorpecer la investigación.

Aparte de ese episodio, en veinte años no apareció ni un solo indicio de la suerte de Michael Ivanovič. Ningún rastro, ningún rumor, ni siquiera una pista falsa. Nadie lo decía, pero todos creían que había muerto.

Como solía ocurrir en casos parecidos, se difundió un aviso confidencial entre todos los médicos forenses del país. Contenía la descripción anatomopatológica del niño para poder identificarlo en caso de que se encontrara el cadáver de un menor.

El comunicado incluía el detalle —nunca difundido en la prensa — de una afección congénita de Michael Ivanovič conocida con el nombre de *situs inversus*.

Cuando hubo terminado de leer, Berish cerró el expediente. Había impreso una copia después de descargarla del archivo del Limbo gracias a la contraseña que le había proporcionado Mila.

«La novena víctima del Señor de las buenas noches por orden cronológico», se repitió.

Sin embargo, en el informe no aparecían indicaciones de quién, actualmente, podía ser el blanco de Michael Ivanovič. Era demasiado joven en el momento de su desaparición, por tanto era improbable que seleccionara el objetivo basándose en su propia experiencia, como habían hecho Roger Valin y Nadia Niverman. La conexión entre la víctima y el homicida seguramente sería casual, como en el caso de Eric Vincenti y André García.

Pero el hecho de que esta vez Kairus hubiera elegido al más joven de sus discípulos para ese ejercicio de muerte significaba que quería que los investigadores hicieran todo lo posible por encontrarlo. ¿Por qué?

—Debe hacer que nos sintamos inadecuados —pensó Berish en voz alta—. Esta vez tiene en mente un blanco considerable.

El agente especial se había pasado gran parte de la tarde encerrado en su despacho esperando una llamada de su amigo experto en informática. Cuando acabó de estudiar el expediente de Michael Ivanovič lo dejó en el cajón, miró la hora y después a *Hitch*, que estaba tranquilamente en su rincón sin protestar. Pasaban de las seis de la tarde y a ambos les había entrado hambre. De modo que decidió sacar al perro a pasear.

Puso en marcha el contestador automático y salió con *Hitch* a comprar algo de comer.

Un quiosco vendía bocadillos a dos pasos de la entrada del departamento. Los perritos calientes eran la pasión de *Hitch* (su amo estaba convencido de que la culpa era del nombre de esa comida).

Se pusieron a la cola con otros policías, que, como siempre, lanzaban a Berish miradas de desprecio. Por primera vez, después de mucho tiempo, el agente especial podía sentir el pinchazo de sus

miradas sobre él, como si la coraza que siempre lo había protegido se hubiera debilitado.

Hitch percibió su tensión porque levantó la cabeza y ladró para asegurarse de que todo iba bien. Berish le acarició el hocico. Cuando llegó su turno compró un par de perritos calientes, unos sándwiches de atún y una lata de Red Bull, y seguidamente se alejaron a paso ligero. En el camino de regreso se puso a pensar en lo que acababa de suceder. No había cambiado nada y, sin embargo, era como si hubiera cambiado todo. Volver a estar operativo tras años de inactividad hacía que se sintiera vivo. Después de decenas de interrogatorios en los que había conseguido obtener la confesión de los pecados de asesinos y criminales, había comprendido que no era peor que ellos. Pero siempre había creído que se abrían porque reconocían en él a una especie de hermano.

«No parezco un poli, por eso me cuentan las cosas.»

En cambio, ahora ese talento se presentaba como lo que era en realidad: una condena. Y una voz en el fondo de su corazón estaba decretando que había llegado el momento de poner fin a la pena: «Has acabado de pagar, Simon. Es hora de volver a ser un policía».

Mientras barajaba esos pensamientos, recorría el pasillo hacia su despacho. En una mano llevaba la bolsa con los bocadillos, en la otra la lata de Red Bull, y no se le ocurrió que iba a necesitar tener libre una de las dos para abrir la puerta.

Fue *Hitch* quien llamó su atención sobre el hecho de que ya estaba abierta.

—Hola, Simon.

A punto estuvo de caérsele la lata de la mano. Berish tuvo que recurrir a todo el autocontrol del que disponía para que no le diera un infarto.

—Santo Dios, Steph.

El capitán del Limbo estaba sentado frente al escritorio, con las piernas cruzadas.

—Perdona, no quería asustarte. —Después empezó a dar palmadas para llamar al perro—. Ven, guapo.

Hitch enseguida fue hacia Stephanopoulos, que le cogió la cabeza peluda con las manos, frotándosela afectuosamente.

Berish respiró tranquilo, cerró la puerta a su espalda y dejó los perritos calientes en el cuenco del perro.

—Cuando te acostumbras a ser ignorado, hay sorpresas que podrían ser fatales.

Steph se rio.

—Ya me lo imagino. Pero antes he llamado, lo juro. —Entonces se puso serio—. No habría entrado para esperarte si no hubiera tenido algo importante de lo que hablar.

Berish observó la expresión de su viejo superior.

—¿Quieres uno de mis sándwiches? —dijo tomando asiento al otro lado de la mesa.

—No. Pero tú come, si quieres. No tardaré mucho.

Berish abrió la lata de Red Bull y dio un sorbo.

—¿Y bien?, ¿de qué se trata?

—Lo diré sin rodeos, y espero recibir una respuesta igual de directa.

—De acuerdo.

—¿Tú y Mila Vasquez estáis llevando a cabo una investigación no autorizada?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? ¿No es agente tuya?

Steph no pareció contento con aquella admisión a medias.

—Fui yo quien le dije que viniera a verte.

—Ya lo sé.

—Pero no esperaba que acabarais compinchados. ¿Te das cuenta de que esto puede perjudicar su reputación en el departamento?

—Creo que sabe cuidar de sí misma.

—Pues no tienes ni idea. —Steph tuvo uno de sus acostumbrados ataques de impetuosidad—. A Mila la atrae la oscuridad como a los niños la mermelada. De pequeña le sucedieron cosas terribles, cosas que ni tú ni yo podríamos siquiera imaginarnos nunca, gracias a Dios. Podía salir de aquello de dos maneras:

dejarse vencer por el terror durante el resto de su vida o usarlo como un recurso. Mila se mete en las situaciones más arriesgadas porque lo necesita. Como esos tipos que regresan de la guerra y les gustaría volver al frente enseguida. El miedo a morir crea dependencia.

—Entiendo lo que quieres decir —atajó Berish—, pero también sé que ninguno de nosotros dos podrá nunca persuadirla o frenarla.

Stephanopoulos sacudió la cabeza contrariado y luego clavó los ojos en los del agente especial.

—Estás convencido de que cogerás a Kairus, ¿verdad?

—Esta vez, sí —le confirmó Berish.

—Y ¿ya le has dicho a Mila por qué te interesa tanto saldar las cuentas con el Señor de las buenas noches? —Hizo una pausa—. ¿Le has hablado de Sylvia?

El agente especial se echó hacia atrás en su silla.

—No, no se lo he dicho —admitió fríamente.

—Y ¿piensas hacerlo? ¿O para ti es sólo un detalle sin importancia?

—¿Por qué lo dices?

Steph golpeó la mesa con la mano, asustando a *Hitch*.

—Porque fue entonces cuando empezaste a caer en picado. Te convertiste en un capullo, incluso mandaste a la mierda tu carrera al pasar a ser el paria del departamento. Y todo por culpa de lo que le ocurrió a Sylvia.

—Tendría que haberla protegido, y en cambio...

—En cambio Kairus se la llevó de tu lado.

«¿Te gustaría tener una nueva vida?»

Las palabras del Señor de las buenas noches al teléfono con sus víctimas resonaron en la habitación. Pero sólo Berish las oyó.

¿Sylvia también había estado en la habitación 317 del Ambrus Hotel? ¿Ella también cogió el ascensor hasta la tercera planta? Y ¿había visto el papel rojo oscuro de la pared? Y ¿había caminado sobre la moqueta con las enormes flores azules? Y, una vez en ese punto, después de haberse tomado un somnífero, ¿se dejó atrapar por el Señor de las buenas noches?

Hubo un largo silencio, después del cual fue Steph quien volvió a hablar.

—¿Cuál es tu culpa, Berish? ¿Haberte dejado engañar por el monstruo o enamorarte de la única testigo que le había visto la cara? Piénsalo bien.

—Debería haberla protegido —repitió con voz firme, como un disco rayado.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ella? ¿Un mes? ¿Te parece normal echar por la borda el resto de tu vida por tan poco?

Berish no dijo nada.

Tal vez Steph se dio cuenta de que todo era inútil. Se levantó y se acercó a *Hitch*, agachándose para acariciarlo.

—En calidad de jefe del Programa de Protección de Testigos, soy tan responsable como tú de lo que ocurrió.

—Y tú fuiste a enterrarte en el Limbo.

El capitán dejó escapar una risita amarga, se puso de pie y cogió la manija de la puerta dispuesto a marcharse.

—En vista de que algunos de los desaparecidos están regresando, piensas que ella también aparecerá, ¿verdad? Te lo ruego, déjame oír de tu boca que estoy equivocado: dime que no crees que Sylvia todavía esté viva.

Berish sostuvo la mirada del viejo capitán, aunque no sabía qué contestar. El silencio se estaba haciendo incómodo y Steph no cejaba. Fue el timbre del teléfono lo que rompió la tensión.

El agente especial cogió el receptor.

—¿Sí?

—Dentro de poco me vas a querer mucho, mucho, mucho. —La voz pertenecía al experto en informática sin nombre y, al fondo, se oía el ruido de maquinaria industrial. A saber desde qué teléfono seguro estaba llamando.

—¿Tienes algo para mí? —Berish intentaba ser evasivo porque Steph seguía mirándolo desde la puerta.

—Michael Ivanovič fue a ver a un médico privado con un nombre falso hace más o menos un mes.

—¿Seguro?

—Escucha esto: el doctor comprende que la Providencia le ha hecho un regalo y ve la posibilidad de escribir un buen artículo para una revista médica sobre el caso de *situs inversus*, de modo que se muestra preocupado por las condiciones del corazón de Ivanovič. Pero éste se da cuenta y corta la cuerda. El médico, sin embargo, no se resigna y lo sigue hasta su casa. Probablemente Michael lo descubre y al día siguiente el médico inútil se quema junto con su coche. La policía y la compañía de seguros piensan que un problema en la instalación eléctrica provocó un rápido incendio que no dejó escapatoria al conductor: ni siquiera tuvo tiempo de salir del habitáculo. Sin embargo, quien se encargó de la investigación no se preocupó por llegar más al fondo: primero, porque hay acontecimientos que pueden ocurrir, y después porque el doctor no era de los que tienen enemigos. De modo que cierran el caso como un accidente normal. No obstante, me he tomado la molestia de leer los apuntes del portátil del médico y, a partir del móvil, he reconstruido toda la historia.

—Espera un instante. —Berish tapó el auricular y se dirigió nuevamente a Stephanopoulos—: Te prometo que le hablaré a Mila sobre Sylvia y, dentro de mis posibilidades, la mantendré alejada de los problemas.

El capitán del Limbo pareció aceptar sus palabras.

—Gracias —dijo antes de salir de la habitación.

Cuando Steph se hubo marchado, Berish volvió con su interlocutor telefónico.

—¿Tienes una dirección?

—Exacto, amigo mío.

El experto se la comunicó y el agente especial tomó nota, esperando que Michael Ivanovič todavía viviese allí. Estaba a punto de colgar para poder llamar a Mila enseguida cuando la voz del teléfono lo detuvo.

—Una cosa más... Ivanovič podía escoger mil maneras de matar al médico. Pero hay un detalle que debería haber hecho sospechar a la policía y al seguro.

—¿De qué se trata?

—La peritación del accidente afirma que los seguros del coche eran defectuosos, pero tal vez simplemente habían sido manipulados. Además, según el forense, las condiciones del cuerpo eran tales que hacían suponer una lenta combustión, en vez de un «rápido incendio». Por eso no excluyo que el asesino lo hubiera previsto todo y estuviera allí al lado disfrutando del espectáculo.

Berish pensó en el pájaro de fuego del ballet de Stravinski.

—¿Quieres decir que Michael Ivanovič es un pirómano?

—Creo que a nuestro amigo le gusta ver quemarse a las personas.

48

Se encontraron a dos manzanas de distancia de la dirección de Michael Ivanovič.

Llegaron cada uno por su lado. Berish hizo subir a *Hitch* en el asiento posterior del Hyundai y él se sentó delante, sin preguntar a Mila dónde había estado esa tarde, aunque por su expresión se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Estamos seguros de que vive exactamente ahí? —preguntó la agente.

—Eso es lo que ha dicho nuestro informador.

—Bien, ¿cómo lo hacemos?

Berish miró la hora: pasaban de las ocho.

—Existe el riesgo de que lo encontremos en casa.

—¿Habías pensado en un registro?

—No sé qué había pensado, tal vez sería mejor avisar a tu amigo Boris.

A Mila se le escapó una mueca de desagrado.

—¿De verdad quieres que le cuente cómo he obtenido la información? Porque me lo preguntará, eso seguro.

Berish no lo había pensado. Hacerlo significaba quemar su fuente. No existía otro modo de conectar a Mila con Michael Ivanovič.

—Tienes razón. Pero si descubrimos cuál es su objetivo tendremos que dar la alarma de todos modos.

—Yo diría que podemos pensar en eso después.

Berish asintió.

Los apartamentos estaban dispuestos circularmente en dos plantas, el complejo se levantaba alrededor de un hueco rectangular repleto de agua sucia que tiempo atrás había sido una piscina.

Berish y Mila cruzaron la verja y se dirigieron enseguida hacia la parte de atrás. Para subir sin que nadie los viera utilizarían la escalera de incendios. El apartamento de Michael Ivanovič era el 4B.

Cuando llegaron al pie de la escalera, el agente especial se dirigió a su perro:

—Si viene alguien, ladra. ¿Lo has entendido, *Hitch*?

Los hovawart —como su mismo nombre sugería— eran guardianes perfectos. Por eso el animal se sentó educadamente, como si hubiera entendido la orden.

A continuación, ambos policías desenfundaron sus pistolas.

—No es mi arma habitual —le advirtió Mila—. Con la que perdí en el incendio del nido de Kairus me sentía más cómoda. Por eso no garantizo nada.

Berish se dio cuenta de que la puntualización era una manera delicada de recordarle su poca puntería en el absurdo laberinto del interior del edificio de ladrillos rojos, cuando tuvo la oportunidad de disparar a Kairus. Se lo agradeció, pero la palabra *incendio* también le hizo volver a la memoria la última frase del experto en ordenadores respecto a Michael Ivanovič.

«Creo que a nuestro amigo le gusta ver quemarse a las personas.»

Se lo había contado a Mila, pero no le había dicho que ese detalle lo inquietaba sobremanera. En los libros de antropología criminal había aprendido que la piromanía era la manifestación más aguda de una índole sádica.

Y existía un nombre apropiado para los que eran como Ivanovič. Tener que enfrentarse a una «criatura del fuego» era peligroso porque el objetivo de esa estirpe no era sólo la muerte, sino la destrucción.

Llegaron a la puerta de entrada. No había modo de ver el interior. Se miraron. Berish acercó la oreja, pero los únicos sonidos que oyó procedían de los televisores encendidos de los vecinos, algunos de los cuales tenían las ventanas abiertas a causa del calor.

No le quedaba mucho tiempo para decidir, puesto que existía el riesgo de que alguien los viera.

El agente especial dio su asentimiento y Mila se puso de rodillas para tener una visión mejor de la cerradura mientras la forzaba.

Al cabo de pocos segundos, la puerta estaba abierta.

Berish empujó la hoja y a continuación apuntó con la pistola hacia el interior sumergido en la penumbra. A su espalda, Mila encendió la linterna e iluminó un comedor con una mesa en el centro cubierta de viejos periódicos y botellas vacías. El apartamento proseguía por un pasillo y parecía desierto.

Entraron.

Berish avanzó unos pasos mientras Mila cerraba la puerta tras ella. La vivienda no debía de ser demasiado grande, como máximo de tres piezas. Se quedaron en el umbral de la sala para escuchar los ruidos de la casa.

—Parece que no hay nadie —murmuró el agente especial—. Aun así, llevemos las pistolas —le dijo, como si fuera necesario.

—¿Tú también lo notas? —preguntó Mila.

Berish intuyó que se refería a un fuerte perfume artificial, como de detergente para suelos, aunque no parecía que el lugar estuviera muy limpio. Sacudió la cabeza porque no sabía de dónde procedía.

En la sala, lo más vistoso de la decoración era un sofá marrón con el relleno arrancado. Había un viejo modelo de televisor de tubo catódico apartado en un rincón y, junto a la pared, un aparador vacío. Dos sillas desparejadas y una mesita completaban el mísero mobiliario. Todo ello estaba dominado por la lámpara de cuatro brazos de la que pendían unas campanas de cristal esmerilado.

No parecía una casa en la que viviera alguien, sino más bien un alojamiento provisional. Y Berish comprendió inmediatamente que sin duda aquélla no había sido la residencia de Michael Ivanovič durante los últimos veinte años.

«Se ha trasladado hace poco —se dijo—. El lugar le sería útil como madriguera hasta que llevara a cabo su misión. Tras lo cual, volvería a marcharse.»

—A nuestro amigo no le gustaba dónde estaba colocado el sofá. —Mila se sirvió de la linterna para indicar hacia abajo.

Berish se dio cuenta de que, efectivamente, una de las patas de madera del sofá estaba rota.

—Tal vez haya escondido algo debajo.

Lo cogieron por los reposabrazos y lo apartaron hacia un lado. Apuntaron el haz de luz, pero no había nada.

El agente especial parecía decepcionado.

—Seguramente hizo lo mismo con los demás muebles de la habitación —dijo Mila señalándole el parquet rayado por haber desplazado el aparador.

Si Ivanovič tenía pensado establecerse por poco tiempo en la casa, ¿por qué había cambiado la disposición de los muebles? A Berish no le cuadraba.

A su derecha, una cortina sucia separaba el salón de un pequeño baño. Mila la apartó y vio la taza desportillada de un retrete, un lavabo de cerámica de mala calidad e incrustado de cal y una ducha.

—Faltan los grifos —señaló Berish.

«Los han quitado», se dijo. Registró en su mente aquella anomalía e intentó comprender el motivo, esperando que sus estudios antropológicos acudieran en su ayuda.

—Vamos a ver qué hay por allí —propuso Mila, interrumpiendo el razonamiento de su colega.

La última habitación era en la que Michael Ivanovič, probablemente, dormía. La puerta estaba entornada y la policía dirigió el haz de la linterna por el resquicio.

—Mira.

Berish se situó junto a su brazo y lo vio.

En el interior del cuarto había un mapa de la ciudad colgado en la pared con unas chinchetas. Y había un área marcada en rojo.

—¿Crees que...? —Mila no terminó la frase, porque era obvio que podía tratarse del lugar en el que el homicida había decidido actuar. Sólo tenían que buscar una confirmación. Por eso la agente se movió hacia la habitación.

Berish la vio avanzar con paso seguro y, en un instante, se dio cuenta de que aquel movimiento era extrañamente previsible. Su mente había anticipado el gesto de Mila porque se lo esperaba.

¿Qué motivo había empujado a Michael Ivanovič a dejar a la vista una prueba tan importante? Podía tratarse de seguridad en sí mismo y en su escondite, pero no podría jurarlo. La respuesta le llegó de la antropología.

En menos de medio segundo, el agente especial elaboró una serie de datos en apariencia insignificantes. «El olor a detergente: el líquido inflamable que se puede encontrar más fácilmente en las tiendas. Ha quitado los grifos del baño: el agua apaga las llamas. Ha apartado los muebles: así un posible intruso se verá obligado a moverse exactamente por donde él quiere. El mapa con el círculo rojo, la puerta de la habitación entornada: el cebo.»

—Quieta.

Mila se volvió para observarlo, sorprendida.

El agente especial levantó la mirada al techo, hacia la lámpara.

Cogió la linterna de las manos de ella y la apuntó hacia arriba, descubriendo los cables que sobresalían de los portalámparas: las campanas de cristal esmerilado estaban llenas de un líquido aceitoso.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Mila, apartándose.

—Una bomba incendiaria.

A continuación Berish siguió con la linterna el recorrido de los cables, que terminaba en la puerta del dormitorio. Deslizó el haz de luz sobre la hoja y vio que en una de las bisagras estaba conectado un dispositivo rudimentario compuesto por dos electrodos y una pila de bajo voltaje, unido con cinta adhesiva. Si Mila hubiera abierto la puerta, el circuito se habría cerrado inevitablemente. No se habría producido una explosión, Berish lo sabía. En vez de eso, los habría embestido una cascada de llamas líquidas que habría quemado rápidamente su ropa para después devorar también su carne.

Más que una muerte, habría sido un suplicio. Típico pasatiempo de las criaturas del fuego.

—Nuestro Michael está en forma. —El agente especial ponderaba la simplicidad pero también la ingeniosidad de la trampa.

Mila, en cambio, todavía estaba turbada.

—Debería haber ido con más cuidado.

A Berish le bastó con arrancar un cable para desactivar el artefacto. Después entró en la habitación.

Al llegar frente al mapa se dieron cuenta de que el círculo rojo marcaba una calle.

—El lugar no está lejos. Debe de haber unas nueve manzanas desde aquí. —Sin embargo, a continuación, la policía leyó en el rostro del agente especial su mismo escepticismo—. Pero ¿quién nos dice que Michael Ivanovič ha querido dejarnos una pista de verdad y no es, en cambio, sólo un montaje para hacernos caer en una trampa incendiaria?

—Bueno, lo descubriremos yendo allí en persona.

49

Supieron que estaban en el lugar indicado cuando vieron a la gente en la calle.

Mila y Berish llegaron ante un edificio de seis plantas. Sonaba una alarma de incendio y los inquilinos estaban abandonando el inmueble. Pero no se veía humo.

Advirtieron que fuera había un coche patrulla aparcado. La puerta del conductor estaba abierta de par en par y las luces estroboscópicas encendidas.

—El agente que hacía la ronda por el barrio se nos ha adelantado —dijo Mila mientras bajaba del vehículo.

Después, enseguida distinguió al portero, que estaba ayudando a evacuar a la gente. Fue a su encuentro junto a Berish mostrándole la placa. *Hitch* los seguía.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Mila intentando imponer su voz al sonido de la sirena.

—No lo sé, pero los detectores de humo señalan que se trata de un apartamento de la cuarta planta.

—¿Quién vive en él?

—Un pez gordo del departamento. Vive solo, se llama Gurevich.

Al oír el nombre del inspector, Mila y Berish palidecieron.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó este último.

—Cuando saltó la alarma subí enseguida para proceder a evacuar el edificio. Pero debía de haber un colega vuestro ahí arriba.

—¿Ésta es la única entrada?

—Hay otra en la parte de atrás.

—Entonces ¿no ha visto a un desconocido salir del edificio?...

—No, pero con tanta confusión no estoy seguro.

Berish miró a Mila.

—Tienes que llamar a Klaus Boris y decirle que envíe a los equipos especiales.

Ella asintió.

—Y ¿nosotros qué hacemos?

—Está claro, subir.

El sonido de la alarma de incendio retumbaba en el hueco de la escalera y se hacía cada vez más insoportable.

Berish hizo una señal a *Hitch* para que lo esperara sentado. El perro obedeció y se puso a hacer guardia.

En cuanto llegaron al rellano, Mila observó que la puerta del apartamento de Gurevich estaba entreabierta. Intercambió un rápido gesto de entendimiento con Berish y ambos se posicionaron a los lados de la entrada. Entonces marcaron una simbólica cuenta atrás asintiendo tres veces al unísono, y a continuación el agente especial cruzó el umbral con la pistola en ristre mientras ella le cubría las espaldas.

El apartamento estaba en penumbra y desde la puerta no se veía a nadie. Ambos policías se adentraron unos metros. No había llamas, ni humo. Pero un fuerte olor a quemado procedía del pasillo que tenían enfrente. No se trataba del olor normal de un incendio, notó Mila. Había algo más en el fondo de aquel hedor, una nota agria, penetrante. Tardó un poco en reconocerla. Era la misma exhalación que emanaba su piel cuando tiempo atrás la marcaba con un hierro candente para infligirse el dolor que necesitaba.

Vio que Berish se llevaba una mano a la boca intentando contener las arcadas; él también se había dado cuenta. Después le hizo un gesto para hacerle entender que tenían que continuar. Y eso hicieron.

La decoración estaba compuesta por muebles de época y cuadros antiguos. Sobre todo el conjunto imperaba una fuerte carga de pasado. El papel de las paredes y las alfombras contribuían a conferir al ambiente un tono austero.

El pasillo principal parecía la galería de un museo. No había tiempo para preguntarse cómo era posible que un inspector del departamento viviera con ese lujo. Lo único que debían hacer era seguir avanzando.

Llegaron junto a una habitación. La puerta estaba abierta y en el suelo, a sus pies, se alargaba un filo de luz. Controlaron que alrededor no hubiera ningún escondite para el asesino, en caso de que hubiera querido tenderles otra trampa. Después repitieron el rito de la cuenta atrás.

Una vez más fue Berish el primero en cruzar el umbral. Mila vio su consternación.

Había dos cuerpos a poca distancia el uno del otro.

El agente del coche patrulla estaba tendido boca arriba sobre una alfombra empapada de la sangre que le salía de una herida en la garganta. Boca arriba y con la cabeza vuelta hacia ellos, exánime.

Gurevich estaba irreconocible. Un humo maloliente se elevaba de su carne. Sobre la cara quemada sobresalían los ojos blanquísimos mirando hacia el techo. Mila estaba convencida de que ya estaba muerto, sin embargo, las pupilas se movieron hacia ella, como si la reconocieran.

—¡Ocúpate del policía! —le dijo a Berish gritando para imponerse a la alarma—. Yo me ocupo de él.

Se arrodilló junto al inspector, sin saber qué hacer para aliviar su sufrimiento. La ropa se le había pegado a la piel y formaba una capa parecida a lava incandescente. Un poco más allá había una cortina de terciopelo que había sido arrancada de su soporte. Probablemente el policía la había usado para sofocar las llamas antes de que Ivanovič lo abatiera. También estaba el bidón que el pirómano había utilizado para esparcir el líquido inflamable.

Mila se volvió para mirar a Berish, que no quitaba ojo a la puerta, pero se había inclinado sobre el policía y le auscultaba el pecho con la esperanza de oír algún latido. Poco después se levantó y negó con la cabeza.

—Gurevich todavía vive —le comunicó ella.

—Las patrullas deben de estar al llegar, y sin duda habrá una ambulancia.

—No sabemos si Ivanovič todavía está en la casa o en el edificio; podría ir armado, teniendo en cuenta que le ha disparado a la garganta a ese pobre hombre. Tenemos que registrar las habitaciones y ver si son seguras. —Mila vio que Berish también se esforzaba en idear un plan.

—Uno de nosotros dos tiene que ir abajo a explicar la situación a los nuestros —dijo el agente especial.

En ese momento, Gurevich cogió la mano de Mila.

—Está en estado de *shock*, es mejor que vayas tú —afirmó ella.

—Utilizaré la radio para pedir a la central de operaciones que me pongan en contacto directo con el personal de la ambulancia, así podré informarlos enseguida de las condiciones del herido. Tú no hagas movimientos arriesgados, ¿está claro?

La agente notó que el tono de Berish era extrañamente protector. Por un instante le pareció que era Steph.

—De acuerdo —dijo para tranquilizarlo.

Berish bajó la escalera mirando continuamente a su espalda. El portero había dicho que el edificio tenía una entrada posterior, de modo que también podría ser que Ivanovič la hubiera usado para darse a la fuga.

Encontró a *Hitch* en el mismo sitio donde lo había dejado. Estaba tranquilo.

Cuando cruzaron la verja, Berish vislumbró las luces parpadeantes de las patrullas que se acercaban por el fondo.

Las sirenas se mezclaron con la alarma de incendio y formaron una cacofonía que, de alguna manera, inquietó aún más al agente especial.

El primer coche de la policía federal se detuvo al lado de la multitud que se había reunido con los inquilinos para presenciar la escena. Se apearon tres hombres con el uniforme de las fuerzas especiales, entre ellos un sargento. Berish fue hacia ellos sin pensar en las consecuencias.

—Ha ocurrido todo en la cuarta planta. Uno de los nuestros ha muerto, el inspector Gurevich está gravemente herido, y la agente Mila Vasquez está arriba con él. El responsable se llama Michael Ivanovič, seguramente va armado. Podría haber huido, pero no puedo excluir que todavía se encuentre en el edificio. —Se dio cuenta de que el agente lo había reconocido y probablemente se estaba preguntando qué hacía allí el poli paria del departamento—. Diga a sus hombres que echen un vistazo entre los curiosos —añadió él al tiempo que señalaba con la cabeza a la pequeña muchedumbre—. El homicida es un pirómano al que le gusta disfrutar del espectáculo, podría estar todavía en las inmediaciones.

—Sí, señor. Ahora vendrá la ambulancia.

A continuación el sargento fue hasta los hombres de las fuerzas especiales que se estaban reuniendo delante del inmueble y comunicó las órdenes, dando disposiciones para que se prepararan para subir.

Para no entorpecerlos, Berish se dirigió hacia el coche patrulla que el policía de servicio había dejado sin vigilancia. Se sentó en el asiento del conductor y cogió el micrófono de la radio.

—Central, soy el agente especial Berish. Tienen que ponerme enseguida en contacto con el personal médico de la ambulancia que se dirige a casa del inspector Gurevich.

Una voz femenina respondió por el altavoz.

—De acuerdo, agente, estamos efectuando la conexión de radio.

Mientras esperaba a que le pasaran al personal médico, Berish batía el índice sobre el micrófono del transmisor con impaciencia y miraba a su alrededor. La aglomeración de vecinos y curiosos aumentaba progresivamente.

¿Dónde estaba Michael Ivanovič en ese momento? ¿Se escondía entre aquellos rostros y lo estaba observando? Tal vez quería sentir el olor que Berish todavía tenía en la nariz, humo y carne humana. El agente especial pensó que ya nunca podría olvidarlo.

—Equipo de la ambulancia, 2-6-6 —anunció una voz masculina por la radio—. ¿Cuál es la situación?, cambio.

—Tenemos un quemado. Tiene dificultades para respirar, parece grave pero todavía está consciente, cambio.

—¿Qué es lo que ha provocado la quemadura?, cambio.

—Creemos que una mezcla de sustancias químicas. Es un acto provocado y es obra de un pirómano, cambio. —Mientras hablaba, Berish apartó distraídamente la mirada hacia el retrovisor.

Vio que *Hitch* se movía detrás del coche, ladrando.

Entre la alarma y la radio, el agente especial no lo había oído.

—¿La causa de la quemadura ha cesado?, cambio —estaba preguntando el paramédico.

Pero Berish lo ignoró y, en vez de contestar, se concentró en lo que estaba pasando detrás del coche patrulla.

—Señor, ¿ha entendido la pregunta?, cambio.

—Ahora los llamo. —El agente especial cortó la comunicación.

Dejó el micrófono sobre el asiento, salió del habitáculo y se dirigió hacia la parte de atrás del vehículo. *Hitch* se agitó todavía más, y Berish vio que indicaba el maletero.

«Está aquí —se dijo—. Michael Ivanovič se ha escondido para evitar que lo capturen. No podría haber elegido un lugar más adecuado.»

El agente especial buscó con los ojos a algún colega, pero ninguno miraba en su dirección. Y supo que tendría que actuar solo. Sacó la pistola, esforzándose en mantener la mano firme alrededor de la empuñadura. A continuación alargó la otra hacia el maletero. Con un gesto preciso, accionó el pulsador de la cerradura y, al mismo tiempo, apuntó el arma al interior.

Cuando la boca de plancha se abrió delante de él, exhaló un hedor que conocía. El cuerpo humano que lo emanaba presentaba quemaduras menos graves que las de Gurevich.

Todavía estaba consciente, y estaba desnudo.

El hombre que tenía enfrente no era Michael Ivanovič. A pesar de que en ese momento no llevaba el uniforme, Berish recordaba haberlo visto desayunando en el restaurante chino.

En un instante tuvo clara la dinámica de lo que había pasado, como en una película que se proyectara en su cabeza. Al final, él se inclinaba para auscultar, tal vez demasiado apresuradamente, el latido de un policía herido de muerte. Pero, además del sonido

ensordecedor de una alarma, estaba el hecho de que había puesto la oreja en el lado equivocado del pecho. El izquierdo.

«El corazón de alguien que padece *situs inversus* está a la derecha», se dijo. Después levantó enseguida la mirada hacia la cuarta planta del edificio.

50

Se había levantado de la alfombra en el instante en que Gurevich había perdido el conocimiento.

El policía resucitado tenía una extraña sonrisa estampada en el rostro. Empuñaba un cuchillo y la miraba como se observa a una presa cuando se sabe que ha caído en la trampa.

Ante los ojos de Mila se desarrollaba una escena irreal. Su mente se había bloqueado, pero había conseguido igualmente atribuir una identidad al muerto viviente.

En un instante le pareció todo claro.

Michael Ivanovič había detenido un coche patrulla y, después de haber neutralizado al ocupante, se había puesto su uniforme. Vestido de policía, se presentó en la puerta de Gurevich, disipando con su aspecto cualquier pregunta sobre los motivos de una visita a aquellas horas de la noche. Lo había quemado, pero no había conseguido huir del edificio a tiempo. Cuando los oyó llegar, se provocó una herida en la garganta con el cuchillo, suficiente para hacerlo perder sangre y aparentar su muerte.

Con una mano, el falso policía se limpió la sangre del cuello, confirmando así que era una herida superficial. Con la otra, en cambio, ya había tirado el cuchillo para sacar del bolsillo del uniforme un extraño artilugio. Estaba compuesto por una botellita de plástico llena de un líquido anaranjado en el que estaban sumergidos dos cables que sobresalían del tapón y terminaban en una caja envuelta con cinta aislante negra.

Mila intuyó enseguida que se trataba de un artefacto incendiario.

Podría dispararle a Ivanovič antes de que éste diera un solo paso. Pero, por culpa de ese chisme, no estaba segura de que fuera una

buena idea. No sabía si se activaba con un pulsador que el pirómano podría accionar de todos modos antes de desplomarse.

Ivanovič seguía sonriendo.

—El fuego purifica el alma, ¿lo sabías?

—Quieto —lo conminó ella.

Él alargó entonces el brazo hacia atrás con un gesto elegante, como un discóbolo que se preparase para el lanzamiento perfecto. Mila levantó el arma y lo puso en el punto de mira. Se disponía a disparar cuando vislumbró a la espalda del pirómano una gran nube blanca que rápidamente lo engulló y enseguida se dirigió hacia ella.

En la niebla química provocada por el extintor, reconoció las siluetas oscuras de los agentes de las fuerzas especiales. Gritaban frases frenéticas, pero se movían a cámara lenta. Eran alienígenas, eran espectros, llegados de otro mundo o de otra dimensión para salvarla.

En menos de un segundo estuvieron encima de Michael Ivanovič, aplastándolo en el suelo con su peso. Mila divisó los ojos del pirómano conquistado por la sorpresa mientras los agentes lo inmovilizaban arrebatándole de la mano el peligroso juguete.

KAIRUS

Prueba 16-01-UJ/9

Fragmento de la grabación del audio del interrogatorio del día 28 de septiembre de *****, en el departamento de policía federal de *****, a las 17.42 horas.

Interrogador : ¿Dónde está ella?
Sospechoso: ...
Interrogador : ¿Qué ocurrió anoche?
Sospechoso: ...
Interrogador : ¿Qué tiene que ver con la desaparición de la agente Mila Vasquez?

51

Una obsesión es el proceso degenerativo de una rutina.

Es como si el mecanismo mental, acostumbrado a repetir siempre los mismos comportamientos, de repente se atascara y empezara a repetir siempre el mismo gesto, hasta el infinito. Y le atribuyera un significado irreemplazable y, sobre todo, casi vital.

En el «casi», sin embargo, se encerraba la posibilidad de interrumpir la reiteración, liberando al individuo de la esclavitud psicológica de su propia fijación.

El día en que Simon Berish maduró la definición, extrapolándola de los estudios de antropología, también se dio cuenta de que para él no había escapatoria posible y que seguiría pensando en Sylvia hasta el final de sus días.

«El amor lo contamina todo con el recuerdo —se decía—. El amor es como una radiación.»

Así, cada vez que tocaba algo que había pertenecido al breve período que pasaron juntos —y que, por tanto, ella había usado, tocado, rozado—, la invisible energía negativa contenida en el objeto se irradiaba a través de su mano, subía por el brazo hacia el hombro y después descendía hasta el corazón.

Una hora antes de que Sylvia entrara en su vida, Berish estaba pelando patatas para la cena. Iba a cocinar pollo. No era un gran cocinero, pero se las apañaba.

Era una tarde de junio y la luz de la ciudad había cambiado: había abandonado los tonos de gris y de amarillo intenso de mayo y ahora se inclinaba hacia el rosa y el azul. Los veinte grados eran apenas un presagio del verano, una temperatura lo bastante suave como para olvidarse de ella. A través de la ventana abierta de la cocina procedían las voces exaltadas de unos chiquillos que jugaban

al fútbol. Los chillidos de las golondrinas pasaban y se desvanecían en una lejanía desconocida. De la radio encendida, una emisora transmitía sólo canciones del pasado: *The man I love* de Billie Holiday, *I wish I knew how it would feel to be free* de Nina Simone, *I don't mean a thing* de Duke Ellington y *Moanin'* de Charles Mingus.

Simon Berish, en vaqueros y camisa azul con las mangas remangadas, llevaba un ridículo delantal amarillo pajizo con unos volantes en la parte delantera y se movía entre la mesa y los fogones con la agilidad de un bailarín. Y, como si no fuera suficiente, silbaba.

Se sentía extrañamente eufórico, y no sabía por qué.

El trabajo le gustaba, su vida le gustaba. Estaba satisfecho. Después de permanecer un par de años en el ejército, había comprendido que la continuación natural de su carrera no podía ser otra que en la policía. Destacó en la academia y al cabo de poco tiempo consiguió abrirse un buen camino, tanto como para merecerse el grado de agente especial mucho antes de lo que era acostumbrado en el distrito. La promoción al Programa de Protección de Testigos, bajo el mando del capitán Stephanopoulos, había sido la guinda del pastel en un año inolvidable.

Por eso, en la cocina de aquel viejo apartamento en el barrio popular, tenía todas las razones para estar contento y para merecerse tanto el perfume del pollo asado como Mingus, Ellington, Simone y Billie Holiday. Recordaría esos momentos durante el resto de su vida. Porque una hora después todo iba a cambiar. Y lo que antes lo satisfacía de Sylvia pasaría a ser un premio de consolación.

Había alquilado la casa una semana antes, usando para el contrato un nombre inventado. Obtuvo el dinero necesario del fondo del Programa de Protección de Testigos. Habían puesto a su disposición una suma para los gastos ordinarios, además de documentación falsa y un carnet sanitario.

Buena parte del apartamento estaba amueblado, pero Simon organizó igualmente un pequeño traslado aquella mañana, con

muebles y enseres que recogió de su verdadera casa, una manera para llamar la atención de los vecinos sobre los nuevos inquilinos del 37G.

El truco para pasar inadvertido era ponerse en evidencia.

Si se hubiera limitado a ocupar la vivienda, la gente seguramente habría empezado a meter la nariz en los asuntos de los misteriosos habitantes que acababan de llegar a saber de dónde. Los cotilleos eran el mayor peligro de su trabajo, corrían de boca en boca a la velocidad de la luz. Al fin y al cabo, era mejor mantener siempre una apariencia anodina.

Nadie te espía, nadie se interesa por ti si eres exactamente igual que los demás.

Por tanto, cuando acabó de descargar la furgoneta, abrió las ventanas de par en par para que saliera el olor a cerrado y se puso a colocar cada cosa en su sitio.

Después de interpretar el papel de marido diligente que prepara el nido para su familia, en el cuadro sólo faltaba la esposa. Sólo había un inconveniente.

Nunca la había visto.

Pero había leído sobre ella en el expediente que le había pasado Steph.

No se trataba de su primera misión, pero hasta ahora nunca había tenido que ponerse a prueba con un papel de cónyuge. «Será como con los matrimonios por correspondencia, ¿sabes a qué me refiero?», le dijo el capitán. Y le entregó una alianza que, sin embargo, sólo estaba chapada en oro.

El apartamento se encontraba en la planta baja. Podía parecer una situación vulnerable, pero lo había elegido a propósito para asegurarse más vías de escape. «Si tienes que proteger a un testigo, no te pongas a hacer de pistolero, mejor escapa con él», le aconsejaba siempre Steph.

Cuando el timbre sonó, Simon dejó de lavar los platos, se secó las manos en el delantal, se lo quitó y fue a recibir a su nueva mujercita en el portón del edificio.

En el umbral, junto al interfono, había una rubísima Joanna Shutton que enseguida le sonrió espléndidamente, como siempre. Berish se preguntaba por qué, siendo tan guapa, no podía encontrar un hombre. Los otros colegas varones tenían miedo de su atractivo y, tal vez por eso, habían empezado a llamarla Su Señoría. A Simon, en cambio, le caía bien y también la consideraba muy competente.

Joanna lo saludó como una vieja amiga.

—Te veo bien —comentó dándole una palmada en el estómago —. Por lo que parece, la vida conyugal ayuda a mantenerse en forma.

Se rieron como si se conocieran de toda la vida.

Después Joanna anunció:

—Te he traído a mi amiga, acabo de recogerla ahora mismo en la estación. Ha dicho que te ha echado de menos estos días. Cuídala.

Después se hizo a un lado, permitiéndole la visión de una mujer plantada en la acera. El pelo azabache recogido en una trenza, una chaqueta azul demasiado grande para su flaco físico. En una mano llevaba una maleta cuyo peso hacía que su figura se inclinara a un lado, mientras que la otra tenía el puño cerrado para que no le resbalara del dedo el anillo de boda demasiado grande (porque no habían encontrado uno de su medida).

Sylvia miraba a su alrededor con aspecto desorientado y triste.

Simon intentó poner remedio yendo a su encuentro con una gran sonrisa. La mujer aceptó dejarse acoger entre sus brazos, Berish la besó con fuerza en la mejilla y luego le dijo suavemente al oído:

—Tendrías que abrazarme; si no, empezamos mal.

Sylvia no replicó, dejó la maleta y lo abrazó. Pero no se limitó a devolverle el abrazo, sino que hizo durar el gesto más de lo debido. Simon se dio cuenta de que la mujer no quería dejarlo ir, notó su miedo mientras se aferraba a él con todas sus fuerzas.

Aquel gesto fue suficiente para que el agente especial supiera que la protegería incluso más allá de su deber.

Después de haberse asegurado de que no necesitaban nada más, Joanna se despidió de ellos. En la puerta, sin embargo, llevó a Berish a un lado.

—Es inestable —dijo refiriéndose a Sylvia—. No creo que sus nervios lo resistan. Podría echar a perder la tapadera.

—No sucederá.

—De todos modos, podría haber sido peor —comentó ella con malicia típicamente femenina—. Al fin y al cabo, es mona. ¿Recuerdas cuando Steph me «casó» con aquel programador informático con caspa y culos de botella en vez de gafas? Has tenido suerte.

Simon se quedó un instante desorientado.

—¿Qué te pasa?, ¿te ruborizas? —Joanna era despiadada.

—Sí, claro, ya te gustaría —replicó él, pero después se puso serio—. ¿Crees que el Señor de las buenas noches vendrá a buscarla?

—Ni siquiera sabemos si existe realmente. De todos modos, no debería decirlo, pero... me da miedo.

Era sincera. Joanna Shutton daba la impresión del poli que no se asusta nunca ante nada. O, por lo menos, del tipo que no lo admitiría nunca. Pero lo que estaba sucediendo también la había cambiado a ella. Había sido el retrato robot del rostro del Señor de las buenas noches lo que había creado un estado de tensión.

Los rasgos infantiles, los ojos eternamente inmóviles y tan profundos que parecían vivos.

Eran policías entrenados, lo mejor que el departamento podía ofrecer a una investigación. Y el monstruo con cara de niño era su némesis perfecta.

—Desconecto dentro de una hora —dijo Joanna poniéndose en marcha—. Pero si necesitas algo, esta noche hay uno nuevo de guardia, se llama Gurevich y parece serio.

Sylvia y él pasaron la primera noche en el apartamento sin apenas rozarse.

Berish encendió la tele y la puso con el volumen alto para dar la impresión a los vecinos de que la casa estaba realmente habitada, aunque, de hecho, no la estaba viendo nadie. Ella ordenó las pocas cosas que había llevado consigo en el dormitorio. No cerró la puerta, la tenía entornada de manera que siempre lo tuviera al alcance de los ojos. Simon pasaba por delante de la puerta de vez en cuando, sólo para hacerle saber que estaba allí y que no iba a perderla de vista.

Por un instante se encontró observándola desde el pasillo mientras colgaba la ropa en el armario. Ni siquiera se había dado cuenta de que la miraba, fue ella quien lo sorprendió, y eso le provocó un pequeño sobresalto. Se alejó enseguida considerándose un idiota.

Más tarde cenaron pollo con patatas. No era nada del otro mundo, pero ella no dijo ni una palabra al respecto. Las únicas frases que intercambiaron durante la cena estaban relacionadas con pasarse el pan o el agua mineral.

Hacia las diez ella se fue a su cuarto. Simon se preparó el sofá con una almohada y una manta. Se quedó mirando el techo con un brazo debajo de la nuca, sin conseguir dormirse. Pensaba en ella. No conocía muchas cosas sobre Sylvia, aparte de lo que había leído en el expediente. Sabía que estaba sola en el mundo, que se había criado en un centro y después con familias de acogida. Que siempre se las había apañado haciendo pequeños trabajos durante toda su vida, sin tener ningún sueño. Nadie la quería. Nadie había reparado nunca en ella, excepto el hombre sospechoso con el que se había cruzado en el último sitio donde había sido vista una de las víctimas del Señor de las buenas noches: «No fui yo quien lo vio a él, sino al contrario. Me sonrió, y desde entonces ya no he podido olvidarlo».

Tumbado en el sofá, Simon reflexionaba sobre el hecho de que, antes de entonces, el caso de los siete desaparecidos —bautizados por los medios de comunicación como los insomnes— existía sólo sobre el papel impreso y en los telediarios. La policía federal había puesto en marcha una investigación oficial únicamente para complacer los ánimos de la opinión pública y no quedar mal.

La existencia de un testigo ocular, en cambio, se había mantenido en secreto. Al igual que la noticia del retrato robot.

Stephanopoulos había conseguido convencer a sus superiores para que asignaran la investigación al Programa de Protección de Testigos. Era inusual que fueran precisamente ellos quienes se ocuparan, pero el inspector jefe del departamento había accedido sin inmutarse, sobre todo para evitarse el marrón de un probable fracaso.

Al principio, nadie quería creer a Sylvia. Sólo Steph estaba convencido de que no se trataba de un engaño para sacar provecho de los medios de comunicación. Después de conocerla, incluso Simon se convenció de que decía la verdad.

Mientras fantaseaba, advirtió que ella estaba de pie en el umbral del salón. Se volvió y la vio en camisón. Al principio no sabía qué quería, estaba a punto de decir algo, pero ella se anticipó avanzando hacia él. Con calma y en silencio, hizo ademán de tumbarse. Simon se apartó para dejarle sitio, maravillado por lo que estaba sucediendo.

Sylvia se acurrucó dándole la espalda, pero con la cabeza apoyada en su brazo. Simon volvió a poner la cabeza sobre la almohada y se relajó.

—Gracias —le dijo ella tímidamente.

Veinte años después, recordando aquella primera noche en el sofá, Berish no conseguía apartar de la mente el recuerdo del calor del cuerpo de Sylvia contra el suyo, la fragilidad que había depositado entre sus brazos para que la cuidara.

Pero tal vez alguien había ejercido sobre ella una influencia mejor.

«¿Te gustaría tener una nueva vida?»

Las palabras de Kairus al teléfono con sus víctimas habían desvelado a Berish un escenario nuevo. Inimaginable hasta poco antes. Lo aterraba la idea de que existiese un grupo de personas que, después de pasar por la habitación 317 del Ambrus Hotel,

ahora estuviesen dispuestas a hacer cualquier cosa por el predicador. Ni siquiera la noticia del día conseguía distraerlo de esa preocupación.

La muerte de Gurevich había provocado un terremoto en el departamento. Pero, sobre todo, había arrojado una nueva luz sobre la vida privada del hombre.

El apartamento ricamente decorado en el que vivía no podía justificarse sólo con el sueldo de inspector. Era evidente que había sacado el dinero de otra parte.

Berish había empezado a sospechar y estaba seguro de que también lo habían hecho los que habían puesto los pies en aquella casa después del homicidio, incluida Joanna Shutton. Tenía que ver con un fajo de dinero que un criminal arrepentido había entregado a un agente especial para eludir de ese modo el control del Programa de Protección de Testigos.

Precisamente Berish había sido culpado de aquella especie de distracción, y todavía soportaba el escarnio y el desprecio de sus colegas, a pesar de que nunca se habían encontrado pruebas contra él.

Pero el hecho de que el verdadero responsable pudiera ser Gurevich no suponía su rehabilitación. Es más, podía ser el final de cualquier esperanza de redención.

Mientras, unas salas más allá, Michael Ivanovič se encontraba bajo presión, el agente especial estaba encerrado en su despacho junto a *Hitch* esperando a que se cumpliera su destino.

Sus superiores tenían que decidir cómo castigarlo por haber llevado a cabo una investigación no autorizada.

A saber si Su Señoría iba a aprovechar aquel pretexto para completar la destrucción del paria, y evitar así manchar la memoria de un inspector muerto. Pero, por encima de todo, Berish se torturaba sobre el sentido del ejército de las sombras.

Y se veía obligado a preguntarse si su Sylvia también formaba parte de él.

52

La habitación estaba inmersa en una penumbra conciliadora.

No había ventanas, y las paredes estaban pintadas de negro. La decoración la formaban tres hileras de sillas iguales orientadas en la misma dirección, como en el cine. Pero lo que tenían enfrente no era una pantalla, sino el lado transparente de un falso espejo.

En el otro lado se estaba llevando a cabo el interrogatorio de Michael Ivanovič de la mano de Klaus Boris.

Mila era la única espectadora.

Los demás preferían seguirlo a través de las cámaras de circuito cerrado que grababan la escena desde varios ángulos, quedándose cómodamente sentados delante de un monitor en sus propios despachos. Ya nadie iba a la sala del espejo.

Por eso era el refugio ideal.

La agente miraba el cristal con los brazos cruzados sobre el pecho. La sala de interrogatorios estaba iluminada con neones, tenía una mesa maciza en el centro y dos sillas, una frente a la otra. En una se sentaba Ivanovič, esposado, mientras que el inspector daba vueltas a su alrededor inquieto, como un felino que estudia a su presa antes de saltarle encima. Boris llevaba un auricular desde el que, probablemente, recibía instrucciones de Su Señoría.

Michael —criatura del fuego de cabellos rojos y ojos verdes— ya no vestía el uniforme de policía. Le habían dado una camiseta de algodón y unos pantalones de chándal, mientras que en lugar de zapatos calzaba unas chanclas. Visto así, parecía dócil. Pero el peligro se ocultaba en él como brasas debajo de la ceniza.

Mila observó los tatuajes que le cubrían los brazos. Eran insólitos e inquietantes.

No había esvásticas o cruces boca abajo, ni símbolos de odio o de muerte, sino una serie de signos dotados de una armonía propia. Desde la muñeca subían hacia los bíceps, para después desaparecer debajo de la camiseta. Los mismos grabados se entreveían en los tobillos esposados.

«No son tatuajes. Apuesto a que te los has hecho tú mismo porque te gusta sentir el fuego sobre la piel», pensó Mila.

El pirómano plantaba cara a su interrogador.

—¿Tienes una vaga idea de los problemas que se te están viniendo encima? —preguntó el inspector, que, a pesar de las tres horas que llevaba encerrado allí dentro, no se había quitado la americana ni tampoco aflojado la corbata—. Podemos atribuirte el hecho de haber herido al policía de patrulla, el homicidio de uno de los jefes del departamento y tal vez también el del médico que quería escribir un artículo científico sobre ti.

Después de una larga confrontación, había llegado la hora de rendir cuentas. Pero Ivanovič sonreía, evitaba mirar al interrogador y lucía una expresión descarada.

—Me gusta que te lo estés pasando bien, pero eso significa que en el mejor de los casos te pudrirás en una celda.

—Como usted diga, señor.

—¿Me estás tomando el pelo, Michael?

—No, señor. Yo no he hecho nada.

—¿No? Entonces ¿quién ha sido?

—Hay una voz en mi cabeza que me dice lo que debo hacer —afirmó el prisionero con un tono tranquilo, como si interpretara mal un papel deliberadamente.

Klaus Boris se inclinó sobre él.

—¿Otra vez esa historia de las voces?

—Estoy diciendo la verdad, señor. ¿Por qué no quiere creerme? —Ahora su tono era impertinente.

—No me trago tus bolas, Michael. He doblegado a tipos mejores que tú.

—¿De verdad, señor?

—Oh, sí, de verdad. E inventar historias no te servirá de nada.

—Como usted quiera, señor.

Boris lo miró en silencio. Después decidió que ya era suficiente. Salió por la puerta y, poco después, entró en la sala del espejo donde estaba Mila.

El inspector apagó el altavoz desde el que, hasta hacía un momento, procedían las voces de la sala de interrogatorios.

—Necesito una aclaración —le anunció con dureza mientras se servía un vaso de agua de un distribuidor.

—Muy bien. —Mila sabía que llegaría ese momento, pero le habría gustado evitar la mirada acusadora de Boris.

—Cuando fui a verte al despacho de Steph en el Limbo para proponerte que entraras en la investigación, no imaginaba que después de una semana llegaríamos a poner en entredicho nuestra amistad. Y, además, ¿para qué?

—Lo sé, tendría que haberte mantenido al corriente.

—¿De verdad estás convencida de que es el único problema?

—Dímelo tú, pues...

Boris bebió un sorbo de agua y después resopló sonoramente.

—Creía que confiabas en mí.

—Soy una persona leal, ya me conoces. Me habría dirigido a ti en caso de necesidad, pero no podía ponerte al corriente puntualmente sobre lo que estaba haciendo porque me habrías obstaculizado o habrías sentido el deber de contárselo a Su Señoría. Seamos sinceros, Boris: tú ya formas parte del sistema. En cambio, yo no, y nunca lo haré.

—¿Cuál sería mi culpa, desde tu punto de vista? Veamos... ¿Tener una familia en la que pensar? ¿Que me preocupe el sueldo y mi carrera? Pues sí, me has pillado: resulta que respeto las normas y a mis superiores. En cambio, Mila Vasquez está por encima de ciertas cosas... —Arrugó el vaso de plástico y lo tiró con rabia—. Dices que me aprecias, hablas de lealtad; sin embargo, te has fiado de alguien como Simon Berish.

Klaus Boris no era distinto de los demás policías: cuando se trataba de juzgar, se dejaba guiar por el espíritu del cuerpo. Mila

pensó en las circunstancias que la habían inducido a hacerse una idea equivocada del agente especial. Lo que la sacó del engaño fue el misterioso sobre que Berish había cogido a escondidas de su propia casa para entregarlo después al experto en informática. Se dijo que en el fondo no le interesaba, pero eso no había aplacado realmente sus sospechas. Había hecho falta la visita a casa de Gurevich para aclararle las ideas. Y ahora se sentía ofendida por cómo Boris estaba tratando a un colega suyo, sin querer admitir que tal vez era inocente.

—El motivo que ha empujado a Michael Ivanovič a matar a Gurevich era hacer saber a todo el mundo que se trataba de un policía corrupto, ¿y tú todavía me hablas de Simon Berish?

«La hipótesis del mal: hacer el bien al prójimo eliminando a un falso justo», se dijo Mila.

El inspector parecía descolocado.

—No sabes de qué hablas —intentó rebatirle.

—Demuéstrame que todavía sabes pensar por ti mismo, que no tomarás parte en la tentativa de Joanna Shutton de encubrir a su brazo derecho sólo para salvarse a sí misma. —La agente vio que su amigo vacilaba—. Su Señoría sacrificará a Berish, dejando que se siga pensando que fue él quien traicionó al departamento. Ese hombre pagará una vez más por algo que no es culpa suya.

—¿De verdad quieres hablar de lo que es justo y lo que no? Entonces escucha esto... —Antes de proseguir, el inspector se quitó la americana y fue a sentarse en una de las sillas de la primera fila —. Ninguna de las víctimas de Michael Ivanovič tendrá justicia.

—¿Qué quieres decir?

Boris se dejó caer en el respaldo.

—Su Señoría quería que aplicásemos al pirómano el protocolo antiterrorista. Si fuera por ella, deberíamos deportarlo a alguna prisión secreta y arrancarle por la fuerza todo lo que sabe.

Mila pensaba que Shutton defendía una vez más la tesis del terrorismo para distraer la atención del escándalo Gurevich.

—Y ¿el procurador lo ha autorizado?

Boris sacudió la cabeza, reprobando la ingenuidad de Mila.

—¿No te has preguntado por qué en el interrogatorio de Michael no estaba presente su abogado?

La agente tuvo una repentina percepción de lo que estaba ocurriendo.

—El letrado está tratando con el procurador...

—Y ¿sabes qué le está diciendo en este momento? Que su defendido no tiene capacidad cognoscitiva ni volitiva.

Mila estaba estupefacta.

—Michael ha planificado conscientemente el homicidio de Gurevich, ha sabido llevarnos a engaño: ¿cómo puede ser considerado incapacitado?

Boris apuntó con el dedo al falso espejo, hacia Michael, que en la sala de interrogatorios permanecía impasible a la espera de un destino que tal vez ya tenía programado.

—¿Has oído lo que ha dicho ese psicópata? Oye voces, quiere hacerse pasar por loco. El defensor asegurará que Michael fue sustraído a la familia cuando era un niño y eso presupone que ha sufrido un trauma. Además, padece una seria patología cardíaca vinculada con el *situs inversus*, incompatible con el régimen carcelario. En fin, es un pirómano con evidentes perturbaciones maníacas. ¿Te basta con eso?

—Y ¿el procurador qué hará, según tu opinión?

—Dirá que, hasta que se compruebe la salud mental del prisionero, no sólo no podremos aplicar ningún protocolo antiterrorista, sino que ni siquiera tendremos la opción de retenerlo como a cualquier sospechoso. Michael Ivanovič tendrá que ser trasladado enseguida a un centro de detención psiquiátrica para que lo visiten. En caso de que los médicos confirmen el diagnóstico, cumplirá la condena en un hospital penitenciario del que quizá un día incluso consiga escapar.

Mila estaba abatida.

—Ha muerto un policía, el procurador no se pondrá nunca en contra del distrito.

—No podemos hacer nada, lo siento.

—Si perdemos a Ivanovič, nunca conseguiremos llegar hasta Kairus...

Mila había jugado la carta del Señor de las buenas noches segura de que Klaus Boris ya estaba al corriente de todo el asunto, incluido el hecho de que veinte años atrás se había echado tierra encima del caso de los insomnes con la complicidad de Su Señoría.

El inspector titubeó, pero no pudo contestar.

Ella lo apremió.

—La noticia saldrá a la luz antes o después. Shutton sólo tiene una esperanza de salvar su bonito culo de marca... Y esa esperanza está en manos de Michael Ivanovič. Si conseguimos hacerle confesar que alguien le mandó hacerlo...

—No está obligado a corroborar la existencia de un supuesto monstruo que en el pasado incluso la policía decidió ignorar.

«Kairus no es un asesino porque nunca ha matado. Y no es un secuestrador si los que desaparecieron están regresando —se repitió Mila—. El Señor de las buenas noches no existe a los ojos de la ley.»

En ese momento, Michael se volvió en su dirección. No podía verlos a través del espejo, pero su mirada se encontró igualmente con la de Mila.

—Dentro de un rato vendrán a recogerlo para llevarlo al centro sanitario de seguridad —dijo Boris desanimado—. Para obligarlo a traicionarse tendríamos que poner en marcha una compleja estrategia, con la correspondiente puesta en escena y con personajes definidos. Además, tendríamos que trabajárnoslo psicológicamente... Cuando todavía era un experto en interrogatorios, antes de subir de rango, sabía hacerlo, por tanto sé de lo que hablo. Pero ahora ya no queda tiempo.

La agente se volvió para mirar a su amigo.

—¿Cuánto nos queda?

—Tal vez un par de horas. ¿Por qué?

—Sin duda sabes que no volveremos a tener una ventaja como ésta sobre Kairus.

—Resígnate, Mila, no podemos hacerlo.

Ella hizo una pausa, ya que sabía que lo que estaba a punto de proponer era arriesgado.

—Tenemos que hacer que lo intente.

Boris no la entendió.

—¿De quién hablas?

—Del que actualmente es el mejor experto en interrogatorios del departamento.

El inspector se levantó de la silla.

—Ni se te ocurra.

—Se lo debemos.

—¿A qué te refieres?

—A la posibilidad de redimir su nombre. Además, Berish es la persona más adecuada, tú también lo sabes.

El inspector continuaba oponiendo resistencia, pero Mila se atenía a lo que le había dicho el agente especial respecto a la hipótesis del mal y a lo que hacían los predicadores.

Insinuaban una idea.

La agente se acercó a su viejo amigo.

—A mí también me molesta que ese bastardo pueda salir impune cuando uno de los nuestros está herido y otro ha muerto por nada. —Le puso una mano en el hombro.

Boris pareció asombrarse por el gesto, Mila odiaba el contacto físico.

—Está bien. Pero te aseguro que costará convencer a Su Señoría.

53

—¡Ni hablar!

Los gritos de Su Señoría traspasaban la puerta cerrada del despacho en el que tenía lugar la reunión con Klaus Boris.

—¡No permitiré que deje en ridículo al departamento!

—Pero, al fin y al cabo, ¿qué podemos perder a estas alturas?

—No me importa.

En el pasillo, Mila mantenía la mirada baja sobre el suelo para no incomodar al hombre que con su sola presencia había desencadenado aquel alboroto. Simon Berish, en cambio, estaba apoyado tranquilamente en la pared con los brazos cruzados. Nada parecía afectarlo. La agente envidió su autocontrol.

—Deberíamos dejar que lo intente —estaba diciendo Boris—. Todos sabemos que durante estos años se las ha arreglado bien con los interrogatorios.

—No echaré el tiempo que nos queda por la borda permitiendo que un aficionado haga experimentos de antropología con Michael Ivanovič. Conque ya podéis pensar otra cosa.

Tal vez su amigo el inspector podría usar una referencia a la probable corrupción de Gurevich para convencer a Shutton. Mila deseaba que lo hiciera. Sin embargo, mientras tanto, ante las insinuaciones que procedían de la habitación de al lado, la calma de Berish resultaba sospechosa. Mila se le acercó.

—¿Cómo puedes soportar todo esto?

El agente especial se encogió de hombros.

—Al cabo del tiempo es sólo cuestión de acostumbrarse.

La agente se armó de valor.

—No te lo he preguntado nunca, pero ¿de verdad aceptaste el soborno o fue Gurevich?

—¿Por qué debería saber lo que ha hecho otra persona? —replicó él, dejándola helada.

—Es increíble, todavía lo defiendes.

—No me desquitaré a costa de un muerto.

Mila no sabía si la actitud del agente especial era valiente o simplemente alocada.

—Me estoy jugando el culo por ti.

—Nadie te lo ha pedido.

—¿Quieres decirme por lo menos cómo fue?

Era evidente que Berish no tenía ganas de contárselo, pero habló de todos modos.

—Me confiaron la vigilancia de un criminal que había decidido delatar a sus cómplices. Lo protegíamos bajo un nombre falso y también debíamos tenerlo vigilado. La tarea nos tocó a Gurevich y a mí.

—¿Por qué entonces, cuando escapó, sólo sospecharon de ti?

—Porque era yo quien estaba con el vigilado la noche en que su hijo tuvo un ataque de apendicitis. Quería ir a verlo al hospital y me suplicó que lo acompañara. No digo que durante los días de convivencia forzada nos hiciéramos amigos, pero apreciaba su decisión de colaborar. No era fácil para alguien que había tomado un camino, ya fuera bueno o malo, cambiarlo todo arriesgando la vida.

—Y ¿tú qué hiciste?

—Violé el reglamento y lo acompañé. De modo que, cuando después huyó, se sirvieron de aquel episodio para afirmar que estábamos compinchados. La acusación no se sostuvo porque nunca encontraron el dinero, pero la fama quedó... y eso no se puede borrar fácilmente.

—No lo entiendo —dijo Mila—. Sin pruebas, nuestros colegas no tenían ningún derecho a juzgarte.

—Los policías no necesitan oír la verdad, porque a ellos no les hace falta un tribunal para juzgar a un colega.

Mila ya no soportaba su sarcasmo.

—Me pregunto cómo puedes proteger la memoria de Gurevich. Eres inocente, pero no quieres que se sepa cómo fueron realmente las cosas.

—Los muertos no pueden defenderse de las acusaciones.

—No es verdad. Es que a estas alturas, como dices tú, te has «acostumbrado» a vivir así. Es más, te gusta. ¿No tienes ni un poco de amor propio? Utilizas las humillaciones que sufres como recurso para martirizarte. De ese modo, tal vez consigues engañarte a ti mismo y te sientes mejor sólo porque aceptas las vejaciones y los atropellos de los demás.

El agente especial no dijo nada.

—Todos hacemos gilipolleces, Berish —insistió Mila—. Pero no por eso nos dejamos torturar por el prójimo como haces tú.

—Cierto. Por eso todo el mundo intenta proyectar una imagen positiva de sí mismo, incluso en detrimento de la realidad. Y confiesan sus culpas sólo cuando se encuentran delante de alguien como yo. —Se le acercó—. ¿Sabes por qué me he convertido en el mejor agente de interrogatorios del departamento? Esos criminales no me conocen, no saben quién soy y, sin embargo, en cuanto me miran comprenden que no soy distinto de ellos, que yo también tengo algo que esconder. —Berish la apuntó con el dedo—. Si es verdad o no, ahí es donde reside mi fuerza.

—Y ¿estás orgulloso de ello? —Mila había decidido contestarle con la misma actitud burlona.

—Nadie está dispuesto a admitir sus pecados a cambio de nada. Ni siquiera tú, Mila.

Ella lo pensó un momento.

—¿Recuerdas el vagabundo que vive debajo de mi casa?

—¿Ese al que llevas comida?

—No hay nada de altruista en mi gesto. Lleva allí por lo menos un año y sólo intento ganarme su confianza porque quiero hacerlo salir de su madriguera para poder mirarlo a la cara y tal vez hablar con él. No es que me importe, es que tengo que descubrir si se trata de uno de los habitantes del Limbo. Me da igual saber si es feliz o no. Total, la felicidad de los demás sólo nos interesa cuando refleja la nuestra.

—Y ¿cuál es la cuestión?

—La cuestión es que yo también interpreto un papel cuando hace falta, pero no por eso estoy dispuesta a aceptar compromisos

conmigo misma.

—¿De modo que es ésta tu culpa? —rebatió Berish con un tono fingidamente ofendido—. Entonces ¿por qué no me hablas de tu hija?

Al oír nombrar a Alice, a Mila le habría gustado saltar sobre él y darle un puñetazo.

Pero Berish le impidió que contestara.

—Al menos, yo no huyo. Pago personalmente por mis errores. Tú, en cambio, ¿qué haces? ¿A quién has dejado a tu hija para no tener que aceptar tus responsabilidades? Porque está claro que ella no existe para ti, a menos que tú lo decidas.

—Y ¿tú qué sabes?

Sus voces casi se imponían a la discusión animada de la habitación de al lado.

—Entonces, dime, ¿cuál es su color favorito? ¿Qué le gusta hacer? ¿Tiene un muñeco con el que se duerme las noches en que tú no estás?

La última afirmación impresionó a Mila con una fuerza inesperada.

«¿Qué clase de madre sería si no supiera el nombre de la muñeca favorita de mi hija?»

—¡Es una muñeca con el pelo rojo y se llama Miss! —le gritó a la cara.

—¿Ah, sí? Y ¿cómo lo has descubierto? ¿Te lo ha dicho ella, o tal vez la vigilas a escondidas?

Mila se quedó parada. Berish intuyó que la frase que había dicho sólo para herirla, en cambio, era verdad.

—Tengo que protegerla —se justificó ella.

—¿Protegerla de qué?

—De mí.

Berish se sintió como un estúpido. Se dio cuenta de que su invectiva contra Mila en el fondo sólo dependía del hecho de que se sentía culpable, o tal vez notaba el peso de los años que había pasado sufriendo continuas vejaciones. No había sido capaz de ser sincero como lo había sido ella. Todavía no le había hablado de Sylvia. Pero ahora sólo tenía ganas de decirle que lo sentía.

En ese momento, en la otra habitación también caló el silencio, e inmediatamente después se abrió la puerta. El primero en salir fue Boris, que no abrió la boca. Después fue el turno de Su Señoría.

Joanna Shutton miró a Berish un instante como si no lo conociera, y seguidamente se dirigió a Mila:

—De acuerdo, agente Vasquez, su hombre tiene autorización.

La noticia pareció sacudirlos a ambos, poniendo punto y final a la discusión de un momento antes.

Los tacones de aguja resonaron en el pasillo mientras Su Señoría se alejaba dejando a su espalda la acostumbrada estela de perfume dulzón.

Mila y Berish volvían a ser un equipo.

—Ya lo has oído, ¿no? —Klaus Boris la tomó con ella—. Lo ha llamado *tu hombre* para dejar claro que tú eres la responsable. Si las cosas van mal, os hundiréis juntos y yo no podré hacer nada.

A Simon Berish le habría gustado que Mila se volviera en ese momento y se dejara tranquilizar por su mirada. Pero ella no lo hizo.

—Lo sé —dijo simplemente.

Boris se plantó entonces delante de Berish.

—Nos queda más o menos una hora. ¿Qué necesitas para interrogar a Michael Ivanovič?

El agente especial no dudó ni un momento.

—Sacadlo de la sala de interrogatorios y llevadlo al despacho.

54

La videocámara estaba colocada entre los expedientes apilados en un armario.

Berish había afirmado que era inútil esconderla: era mejor dejarla bien a la vista sobre un trípode. Su Señoría, sin embargo, no había querido atender a razones, sólo para dejar claro que seguía siendo ella quien estaba al mando de la investigación.

En la sala contigua al despacho, Joanna Shutton estaba apostada en primera fila para disfrutar del espectáculo delante del monitor que transmitía las imágenes en directo. Boris y Mila estaban un paso más atrás. La agente todavía se hallaba turbada por la discusión mantenida con Berish en el pasillo, pero esperaba que él lo consiguiera.

«Pon fin a esta pesadilla», lo animaba mentalmente.

De momento, en la pantalla sólo se veía al interrogador, que, por motivos de seguridad, quitaba del escritorio los objetos con que Michael Ivanovič podía agredirlo o hacerse daño. Berish esparció algunos documentos sobre la mesa para que no se viera tan vacía y dejó un bloc de notas y un par de lápices además del teléfono, que, de todos modos, estaba a una distancia suficiente de donde iba a sentarse el prisionero.

Había escogido un despacho normal para que el interrogado no tuviera la impresión de estar en un entorno hostil.

Poco después, escoltado por dos agentes que lo llevaban por los codos, llegó Michael Ivanovič.

Arrastraba los pies porque las esposas de los tobillos le impedían moverse con agilidad. Los dos agentes lo ayudaron a sentarse e, inmediatamente después, salieron de la habitación dejándolo solo con Berish.

—¿Estás cómodo? —preguntó el agente especial.

Por toda respuesta, Michael se recostó en su silla y, con un poco de esfuerzo a causa de las esposas de las muñecas, consiguió incluso apoyar el codo derecho sobre la mesa.

El agente especial no ocupó la butaca del otro lado del escritorio, sino que se sentó frente a él. La cámara oculta lo cogía a medio busto.

—¿Cómo estás? ¿Te han dado de comer, de beber...?

—Oh, sí. Son todos muy amables.

—Bien. Yo soy el agente especial Berish. —Le tendió la mano.

Ivanovič primero lo miró, después —con un poco de vergüenza— alargó los brazos tatuados para estrechársela.

—Puedo llamarte Michael, ¿verdad?

—Claro, es mi nombre.

—Apuesto a que por hoy ya has tenido suficientes preguntas, pero no quiero engañarte: esto es un interrogatorio, Michael.

El prisionero asintió tranquilo.

—Ya me había dado cuenta. ¿Hay alguna cámara filmándonos? —preguntó mirando a su alrededor.

Berish se la señaló.

—Está escondida entre aquellos expedientes.

Al ver al muchacho saludando con la mano en su dirección, Shutton estalló:

—¡Ya está, nos ha hecho quedar como unos idiotas!

—Tu abogado es un tipo competente —comentó Berish mirando el reloj—. Dentro de cincuenta minutos estarás fuera de aquí. ¿De qué te apetece hablar mientras tanto?

Ivanovič parecía divertido, y le siguió el juego.

—No lo sé, decida usted.

Y Berish fingió que lo pensaba.

—Desaparecer durante veinte años puede tener su lado positivo. Por ejemplo, poder asumir diversas identidades, ser quien quieras, o no ser nadie. Y en ese caso no tienes que pagar impuestos. —Le guiñó el ojo—. ¿Sabes que, cuando era pequeño, desaparecer era uno de mis deseos? Digamos que encabezaba el

segundo puesto, después de poder ser invisible para espiar a los demás sin ser visto.

Los labios de Ivanovič se plegaron en una sonrisa. Parecía vagamente intrigado.

—Me habría gustado mucho desaparecer —prosiguió Berish—. De un día para otro, sin dar más noticias. Me habría ido solo por ahí por los bosques, porque en esa época me encantaba la acampada. Luego, al cabo de una semana o dos, habría vuelto a casa. Estaba seguro de que todos me habrían recibido con alivio después de pasar tanta angustia. Mi madre habría llorado, hasta mi padre se habría emocionado. La abuela habría preparado mi postre favorito y habríamos hecho una fiesta con toda la familia y los vecinos. Incluso habrían venido los primos que vivían en el norte, a pesar de que, desde que había nacido, los había visto como máximo un par de veces. Todos por mí.

Ivanovič aplaudió suavemente. Y Berish se lo agradeció con un gesto de la cabeza.

A Shutton, en cambio, no le gustaba.

—¿Qué hace?, ¿le está contando su vida? Debería ser al revés.

Mila sabía que el agente especial estaba intentando crear un terreno común. Pero echó un vistazo al reloj y rezó para que su colega supiera lo que estaba haciendo, porque ya habían transcurrido cinco minutos.

—Bonita historia —dijo Ivanovič—. Pero ¿llegó a hacerlo?

—¿Te refieres a si me escapé de casa?

El prisionero asintió.

—Sí, lo hice. —Berish ahora estaba serio—. Y ¿sabes lo que ocurrió? Evidentemente mi fuga duró menos de una semana. Sólo unas pocas horas. Cuando decidí que tal vez ya era suficiente y volví a casa, no había nadie para recibirme. Ni siquiera se habían percatado de mi ausencia.

El agente especial dejó que el prisionero reflexionara sobre las últimas frases.

—Pero a ti no te sucedió lo mismo, ¿verdad, Michael? De hecho, con seis años eras demasiado pequeño para escaparte de casa.

Ivanovič no dijo nada.

En la pantalla, Mila se dio cuenta de que algo cambiaba en el rostro de Michael. El agente especial quería provocarlo. Berish empezó a caminar.

—Un niño es raptado de un columpio. Nadie se da cuenta de nada, nadie ve nada. Ni siquiera su madre, que además está allí porque el parque se encuentra justo delante del lugar donde trabaja. Siempre lleva a su hijo a ese parque a jugar con otros niños. Pero ese día el pequeño Michael está solo, y su madre está distraída: está hablando por teléfono. Durante veinte años nadie sabe qué ha sido del niño. Es más, después de todo ese tiempo, la gente se olvida de él. Sólo dos personas saben la verdad. Una es precisamente el pequeño Michael, que mientras tanto ha crecido. La otra es quien se lo llevó aquel día. —Berish se detuvo para mirarlo a los ojos—. No te preguntaré quién fue, total, estoy seguro de que no me lo dirías. Pero tal vez quieras contárselo a tu madre. ¿No tienes ganas de ver a la mujer que te parió, Michael? Ella te dio la vida: ¿no crees que tiene derecho a saber?

Michael Ivanovič no dijo nada.

—Sé que han ido a buscarla. Ahora está ahí afuera, puedo hacerla entrar, todavía hay tiempo si quieres. —Era una mentira, pero el chico se lo creyó o fingió que se lo creía.

—¿Por qué iba a tener ganas de verme?

Berish tal vez había creado una brecha: por primera vez, Michael contestaba a una pregunta que lo afectaba personalmente. El agente especial se aferró al mísero asidero.

—Ha sufrido durante estos años, ¿no crees que es la ocasión para liberarla de su sentimiento de culpa?

—Ella no es mi madre.

Mila notó que el tono de Ivanovič revelaba un ligero fastidio: Berish había marcado un punto a su favor.

—Comprendo —lo secundó el agente especial—. Entonces, dejémoslo estar.

¿Por qué Berish había cortado el hilo? Si había conseguido crear un contacto. Mila no lo entendía.

—¿Te molesta si fumo?

Sin esperar una respuesta, el agente especial sacó de la americana un paquete de Marlboro y un encendedor. Mila lo había visto un rato antes, cuando se lo pidió prestado a otro policía. Pero Berish no se encendió ningún cigarrillo. Simplemente dejó los objetos sobre la mesa.

El pirómano dirigió la mirada al encendedor.

—Eso no entraba en el acuerdo —tronó Joanna Shutton—. No puede correr un riesgo semejante, voy a detener el interrogatorio.

—Espere, dele un minuto más —le rogó Boris—. Sabe lo que se hace y nunca lo he visto fallar.

En la pantalla, Berish tenía las manos en los bolsillos y daba vueltas alrededor de Michael. El prisionero se esforzaba por parecer desinteresado, pero sus ojos seguían buscando el encendedor de la mesa, como un zahorí que, en vez de agua, reconoce la llamada del fuego.

—¿Te gusta el fútbol, Michael? A mí me encanta ver partidos —soltó Berish sin motivo aparente.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Me preguntaba qué puedes haber estado haciendo estos veinte años, sólo eso. Habrás tenido algún hobby. Normalmente, la gente ocupa su tiempo con un interés, una pasión.

—Yo soy distinto.

—Ah, eso ya lo sé. Tú eres... *especial*.

Berish había subrayado la última palabra con un énfasis exagerado.

—¿No se va a fumar ese cigarrillo, agente?

—Dentro de poco —contestó expeditivamente Berish, que fingía estar ocupado en otra cosa pero que tal vez buscaba precisamente ese resultado.

Sin embargo, Mila empezó a preocuparse. Ivanovič ansiaba la vista del fuego, y Berish estaba usando el encendedor como instrumento de presión para obtener algo de él. Fuera cual fuese la idea que tenía en mente el agente especial, no estaba funcionando.

Para refrendar la preocupación de la policía, Ivanovič cogió un lápiz del escritorio y empezó a garabatear distraídamente algo en el bloc de notas.

—En la casa del inspector Gurevich has dicho una frase a la agente Vasquez que ha despertado mi curiosidad —prosiguió Berish, saltando de un tema a otro sin ningún criterio lógico aparente.

—No me acuerdo.

—Tranquilo, te refrescaré la memoria... Le has preguntado si sabía que el fuego purifica el alma. —Berish arrugó la nariz—. No me parece una gran frase para decirla. Tal vez en tu cabeza sonaba bien, pero yo la he encontrado bastante banal.

—A mí no me lo parece —contestó el otro picado.

A continuación, Berish se acercó al paquete de Marlboro y sacó un cigarrillo. Se lo puso entre los labios y cogió el mechero. Empezó a pasárselo de una mano a la otra, sin decidirse a encenderlo. Ivanovič seguía las evoluciones del objeto como un niño que se dejara embobar por un juguete.

—¿Qué hace? ¿Acaso pretende hipnotizarlo? —fue el comentario de desprecio de Su Señoría.

Mila esperaba que Berish todavía tuviera el control de la situación.

El agente especial activó la llama y la mantuvo levantada entre ellos.

—¿Qué hay en el fuego, Michael?

En el rostro del prisionero apareció una sonrisa siniestra.

—Todo lo que uno quiere ver.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Kairus?

Los ojos del pirómano brillaban. Sin embargo, la luz que iluminaba las pupilas no era el reflejo de la llama del encendedor. Más bien parecía que el fuego aflorase de su interior, de la profundidad de su alma. Mientras tanto, de manera inadvertida, Michael seguía con sus garabatos.

Berish sacó entonces del bolsillo de la americana una hoja doblada. Usando sólo la mano izquierda, con un rápido movimiento de la muñeca —al estilo de un prestidigitador—, la abrió delante de

los ojos del prisionero. Contenía el retrato robot del Señor de las buenas noches. Lo acercó al mechero.

—¿Qué piensa hacer? —protestó Shutton—. Dentro de dos minutos interrumpiré todo esto.

Mientras, en la pantalla, el rostro del pirómano desbordaba de excitación, como el de un niño que no ve el momento de empezar un juego nuevo.

—¿Qué más te ha dicho tu maestro? —insistió Berish.

Michael parecía ausente, y su mano temblaba sobre el bloc de notas; con el lápiz estaba agujereando el papel.

—Que a veces hay que ir hasta el fondo del infierno para conocer la verdad sobre uno mismo.

Berish lo acosó.

—Y ¿qué hay en el fondo del infierno, Michael?

—¿Es usted supersticioso, agente?

—No, yo no. ¿Por qué me lo preguntas?

—A veces, si conoces el nombre del demonio, basta con pronunciarlo para que él te conteste. —El lápiz que corría sobre el bloc de notas era la aguja que medía la tensión.

«¿Por qué Berish apoya la comedia de la locura?» Mila no conseguía comprenderlo. El agente especial estaba ofreciendo a Michael Ivanovič la posibilidad de echar a perder todo el esfuerzo, además de un asidero para acreditar la tesis de la enfermedad mental. Y el tiempo de que disponían casi se había agotado.

—Entrad ahí y poned fin a esta payasada —sentenció Su Señoría—. Ya he visto suficiente.

Pero Berish no les dio tiempo a intervenir: sopló sobre la llama y se sacó el Marlboro de los labios. En el rostro del pirómano, el entusiasmo se desvaneció como un fuego controlado.

Berish se metió el encendedor en el bolsillo y arrugó el retrato robot.

—Está bien, Michael. Creo que es suficiente.

Mila no tenía palabras. Joanna Shutton parecía muy determinada a pedir explicaciones de lo que había ocurrido.

Klaus Boris se dirigió a su amiga:

—Lo siento.

Después, fueron juntos al despacho en que se había desarrollado el interrogatorio.

Acababan de llevar a Michael Ivanovič a la celda y Su Señoría agredió verbalmente a Berish, con la voz retumbando en el pasillo:

—Has acabado, y no sólo con este caso. Me aseguraré personalmente de que no puedas hacer más daño. —Después cargó más las tintas—: Eres un fracasado, Berish. No sé por qué no te echamos hace años, cuando tuvimos la oportunidad.

Mila advirtió que el agente especial la dejaba hablar quedándose impasible ante la reprimenda, como siempre. De pronto la asaltó la terrible duda de que aquella farsa de interrogatorio fuera una venganza por cómo lo habían tratado siempre. Contra Gurevich, que se había dejado corromper y había hecho recaer la culpa sobre él. Contra Shutton, que seguía protegiendo, incluso muerto, al verdadero corrupto sólo para salvarse a sí misma. Y, al final, contra todo el departamento y todo lo que representaba.

Y, lo que era peor, Mila había ayudado a Berish a llevar a cabo la revancha, imaginando como una estúpida que él sólo intentaría rehabilitar su nombre.

El agente especial se arregló la corbata y, como si nada, se dispuso a salir del despacho, pero Shutton, que evidentemente no estaba acostumbrada a que la ignoraran, se le plantó delante.

—Todavía no he acabado contigo.

Berish la esquivó con amabilidad.

—¿Has oído hablar alguna vez del *efecto ideomotor*?

La pregunta irritó a la jefa del departamento.

—¿Qué es?, ¿otro de tus hallazgos antropológicos?

—Bueno, para ser más exactos, se trata de psicoanálisis —rebatió el otro—. Indica el proceso por el que una imagen mental genera un movimiento involuntario.

Shutton estaba a punto de decir algo, pero el instinto que le había permitido hacer carrera la frenó.

Berish prosiguió:

—A un gesto o a una frase del interrogador corresponde un comportamiento del interrogado. Por eso le he mostrado el fuego.

—¿Y entonces? —preguntó Shutton con aire altanero.

—Es como cuando estás sentado a la mesa y charlas, y en vez de comer juegas con la comida en el plato y vas creando formas. O cuando estás al teléfono, tienes papel y lápiz delante de ti y, sin darte cuenta, empiezas a garabatear. A menudo las cosas que dibujas no significan nada, pero a veces tienen un sentido. Por eso, yo de vosotros empezaría a buscar eso enseguida...

Había señalado algo a su espalda. Mila fue la primera en volverse, después también lo hicieron Boris y Su Señoría. Se hizo el silencio en la habitación. Todos miraban el mismo punto sobre el escritorio.

El bloc de notas en el que el chico había estado garabateando un rato antes.

Sobre el papel había dibujado un bloque de pisos rectangular de cuatro plantas con una fila de claraboyas en el tejado. Un gran portón y muchas ventanas.

Detrás de una de ellas se entreveía una figura humana.

55

Le habría gustado pedirle disculpas.

Sin embargo, después de la breve cumbre en el despacho en el que se había llevado a cabo el interrogatorio —mientras todavía disfrutaba de su pequeño triunfo sobre Joanna Shutton—, la había perdido de vista. Tal vez había regresado al Limbo, tal vez había vuelto a casa. O quizá, más posiblemente, se había escabullido porque no quería hablar con él.

¿Cómo se le había podido ocurrir sacar a colación a la hija de Mila durante la discusión en el pasillo? Había sido cruel por su parte. No tenía derecho a hacerlo.

Pero Simon Berish también estaba convencido de haber tocado un nervio al descubierto. En otro caso, ¿por qué la policía le habría desvelado tantas cosas sobre sí misma? ¿Por qué hablarle del vagabundo al que daba de comer? ¿Por qué revelarle que vigilaba a su hija a distancia? ¿Por qué Mila le había confesado sus propios pecados?

«Todo el mundo quiere hablar con Simon Berish», recordó.

Y eso valía para Mila, y también para Michael Ivanovič.

Al entrar en el apartamento que compartía con *Hitch* en la residencia, el agente especial continuaba sintiendo en su interior la voz del pirómano.

«—¿Qué hay en el fuego, Michael?

»—Todo lo que uno quiere ver.»

Berish tiró las llaves sobre la mesa y, sin encender la luz, se hundió en el sillón de piel situado junto a la ventana. Desde fuera penetraba la luz fría y espectral de una farola. Se aflojó la corbata y, con la ayuda de los talones, se quitó los zapatos. *Hitch* fue a tumbarse a sus pies.

Tenía que llamar a Mila. Además de para pedirle perdón, tenía algo que decirle. No había sido del todo sincero con los demás un rato antes: el dibujo del bloc de notas no era el único resultado del interrogatorio.

Los signos tatuados en los brazos de Ivanovič le habían dado una idea. Eran símbolos de un lenguaje especial: el idioma del fuego, grabado sobre la piel como una especie de jeroglífico que había que interpretar. Y Berish había hablado con él usando la misma jerga invisible.

«—¿Qué más te ha dicho tu maestro?

»—Que a veces hay que ir hasta el fondo del infierno para conocer la verdad sobre uno mismo.»

El hombre que hablaba no era el Michael Ivanovič que intentaba hacerse pasar por loco, Berish estaba seguro.

«—Y ¿qué hay en el fondo del infierno, Michael?

»—¿Es usted supersticioso, agente?»

Fue esa extraña pregunta lo que lo iluminó. Tan extemporánea, tan fuera de contexto. El pirómano estaba intentando mandarle un mensaje. Pero era la voz de Kairus la que hablaba dentro de él.

«—No, yo no. ¿Por qué me lo preguntas?

»—A veces, si conoces el nombre del demonio, basta con pronunciarlo para que él te conteste.»

El agente especial estaba convencido de que en aquellas frases delirantes se escondía la clave para identificar el edificio que Ivanovič había dibujado casi sin darse cuenta. Y sobre todo tenía que descubrir quién era la vaga figura humana que aparecía en una de las ventanas.

En la penumbra de su casa, Berish empezó a notar un sonido de agua ensordecedor. La lluvia retumbaba sobre las cosas, pero sólo en su cabeza. Tendría que haberse limpiado de aquellos pensamientos; sin embargo, los llevaba consigo.

Y con el agua volvió el recuerdo del pasado.

Las luces de la vieja casa del barrio popular estaban apagadas. La tormenta había empezado hacia las seis y enseguida había oscurecido. Sylvia tenía fiebre alta y Simon había tenido que salir para comprar antibiótico. Normalmente Gurevich se ocupaba de ello; Joanna tenía razón, el recién llegado era un tipo serio. Hacía la compra, pagaba los recibos y de vez en cuando se quedaba a cenar. Berish lo hacía pasar por su hermano pequeño, que iba a verlos de vez en cuando.

Pero aquella vez era una especie de emergencia.

Simon sentía que era culpa suya. Tendría que haber mirado mejor el armario de las medicinas para una eventualidad como aquélla. Había gasas, tiritas, aspirinas y antiinflamatorios. Pero ningún antibiótico. Era un riesgo dejar sola a Sylvia, no lo hacía nunca. Pero, a causa de la tormenta, Gurevich estaba atrapado en un atasco y no podría llegar antes de un par de horas.

Sylvia había estado delirando toda la tarde. Al principio Simon se las apañó con lo que tenía en casa: un paño frío sobre la frente y paracetamol. Pero no había servido de mucho. Y ella empeoraba.

De modo que al final, con un paraguas y en mangas de camisa, corrió hasta el extremo de la manzana, donde estaba la farmacia del barrio. Esperó a que le tocara el turno en el mostrador manteniendo en todo momento la mirada fija en el escaparate: desde allí tenía una visión parcial de la entrada del edificio, pero no podría ver si alguien accedía por la ventana. Por eso estaba nervioso.

Después de pagar, cogió la bolsa de papel y, sin volver siquiera a abrir el paraguas, regresó precipitadamente a casa. Cuando llegó estaba completamente empapado. Subió los pocos peldaños con el corazón en la boca, temiendo que sus peores pesadillas esperaran su vuelta justo detrás de la puerta. Después de abrir, se dirigió al dormitorio.

Pero ella no estaba.

El instinto le hizo mover la mano hacia la pistola, porque el pánico le impedía razonar. Habría querido gritar su nombre, pero no lo hizo. La lluvia se desplomaba literalmente sobre la casa. Entonces se volvió hacia el salón y la vio.

Sylvia estaba de pie delante de la ventana, el camisón se le había pegado a la piel a causa del sudor. No lo había oído entrar porque estaba de espaldas. Sujetaba el auricular del teléfono con ambas manos, como si pesara muchísimo.

Estaba hablando con alguien.

En principio, Simon no comprendió el significado de la escena. Se acercó a ella y vio que no estaba hablando. Simplemente escuchaba.

—¿Quién es? —dijo alarmado.

Ella se sobresaltó. Se volvió hacia él con la frente húmeda, la mirada febril; temblaba.

—Ha sonado y me he levantado a contestar. Pero no es nadie.

Le cogió delicadamente el auricular de las manos y oyó el sonido repetido de la línea que indicaba que comunicaba. Después la acompañó a la cama pensando que la llamada había sido fruto del delirio de la enfermedad.

«¿Te gustaría tener una nueva vida?»

¿Era eso lo que Sylvia había oído por teléfono aquella noche? ¿Era de Kairus la voz que penetraba en el corazón de una chica maltratada por la vida? ¿Había sido el Señor de las buenas noches quien la había convencido para que confiara en las sombras y fuera a la habitación 317 del Ambrus Hotel?

En la butaca de su casa, muchos años después, Simon Berish se reencontraba con el confortable tormento de una obsesión que, como una vieja amiga, volvía a llamar educadamente en su hombro para invitarlo a no ignorarla.

Y a cambio le ofrecía esperanza. Una dolorosa e insensata esperanza.

Algunos años antes, cuando ya había aprendido a convivir con la desaparición de Sylvia, durante la noche de un día cualquiera de una semana cualquiera de un mes cualquiera, el teléfono sonó. Como respuesta se encontró con el ruido de una tormenta. Su primer instinto fue mirar por la ventana y, después de constatar que

en el cielo resplandecía la luna, comprendió que la lluvia estaba lejos, muy lejos.

En medio del diluvio le pareció oír una respiración.

Después se cortó la llamada, dejándolo solo con una pregunta terrible. Una vibración debajo de la piel le había dicho que sí, que era ella. Y había querido recordarle una noche de fiebre y agua a cántaros.

Desde entonces, Berish había dejado de resignarse. La duda de que pudiera estar viva y encontrarse bien debería haberlo consolado. Al fin y al cabo, una de sus muchas plegarias habría sido escuchada. Sin embargo, había añadido a su vida un nuevo interrogante.

¿Por qué no se quedó conmigo?

En la penumbra de su casa, con la luz de la farola que entraba de la calle, Berish se sintió repentinamente cansado. Pero también estaba cerca de conocer todo el montaje.

«—¿Qué más te ha dicho tu maestro?

»—Que a veces hay que ir hasta el fondo del infierno para conocer la verdad sobre uno mismo.

»—Y ¿qué hay en el fondo del infierno, Michael?

»—¿Es usted supersticioso, agente?

»—No, yo no. ¿Por qué me lo preguntas?

»—A veces, si conoces el nombre del demonio, basta con pronunciarlo para que él te conteste.»

«Para que te conteste», se repitió Berish. Pero cuando desapareció, a la edad de seis años, Michael Ivanovič era demasiado pequeño para conocer el nombre del demonio. Demasiado inocente para que alguien le preguntara si quería cambiar su vida o incluso sólo para desearlo. Y demasiado joven para ir solo a la habitación 317 del Ambrus Hotel...

En ese momento, el agente especial tuvo una intuición. Pero para comprobar si se correspondía con la verdad tendría que esperar al día siguiente.

«Ella no es mi madre», había dicho Ivanovič durante el interrogatorio cuando él mencionó a la mujer. Y Berish había notado que en la afirmación había un rencor sólido, un odio palpable. Pero,

sobre todo, no entendía por qué Michael necesitaba hacer una aclaración como ésa.

Sólo la verdadera madre podía conocer el motivo.

El agente especial decidió que por la mañana llamaría a Mila y se lo explicaría todo. Y que irían juntos a un sitio, para saber. Y durante el trayecto encontraría la manera de disculparse.

El poli paria estaba seguro de que, por lo menos ella, lo perdonaría.

56

Le habían entrado unas ganas repentinas de ver a Alice.

En las últimas horas se había creado en Mila la absurda angustia de perderla. No sabía de dónde procedía, pero estaba ahí. Y era la primera vez.

Por eso apretaba al máximo el Hyundai hacia casa de su madre, con una urgencia distinta respecto a cuando se precipitó allí a causa de una estúpida alucinación. Quería encontrar a Alice todavía despierta. No volvería atrás, no se marcharía sin verla. Le bastaban unos pocos minutos.

Mila siempre se había sentido incómoda en su papel. Pero después de la discusión con Berish y del encuentro con Ivanovič, había empezado a creer que sus errores no eran irremediables.

«Ella no es mi madre.»

Eso había dicho Michael. Pero la mujer a la que ahora repudiaba no tenía la culpa si, cuando él sólo tenía seis años, alguien se lo había llevado. O tal vez, en cambio, los padres son siempre los responsables de lo que les ocurre a sus hijos por el simple hecho de haberlos dado a luz en un mundo oscuro, despiadado e irracional, en el que sólo el mal parecía tener sentido.

Mila estaba conduciendo, pero delante no tenía la carretera, los coches, las casas. El parabrisas se había convertido en una pantalla para los recuerdos. Sus ojos proyectaban en el cristal imágenes que llegaban de lejos.

Sin el mal que se había producido siete años antes, Alice no habría nacido. Si unas niñas no hubieran sido raptadas y asesinadas, si unos padres no hubieran perdido lo que más querían, Mila no habría conocido al futuro padre de su hija. Había sido el Apuntador quien los había unido.

Había hecho de ellos una familia.

Había sido el artífice, lo había planeado todo. Ellos habían respaldado el plan. Y había nacido Alice. Mila permanecía alejada de ella para protegerla, pero también porque no quería saber si el Apuntador había bautizado con la sombra también a su hija.

La hipótesis del mal valía también para ella. Es más, sobre todo para ella.

La leona que mata a las crías de cebra para alimentar a sus cachorros ¿es buena o mala? Del mismo modo, el asesinato de niños inocentes gracias al cual Alice había venido al mundo ¿era un hecho positivo o negativo?

Porque si Mila hubiera aceptado hacer de madre, estar cerca de su hija, ocuparse de ella, vivir juntas como una familia normal, tendría que haber admitido que el mal que se había producido era el precio que había que pagar por la felicidad.

Pero, por suerte para ella, Mila no podía ser feliz. La incapacidad de sentir empatía le impedía saber qué se estaba perdiendo. Sin embargo, Alice tenía todo el derecho de estar contenta con la vida. Ella no tenía nada que ver. Si bien, antes de aquella tarde, antes de la última semana, Mila no lo había comprendido. Y ahora corría a reunirse con ella para empezar a arreglarlo.

Esa noche no le bastaba con verla a través de una microcámara, en una pantalla de ordenador.

Vio que en la casa las luces estaban encendidas. Recorrió el sendero de entrada y, para abrir, cogió la llave que había debajo de la maceta de begonias.

En el interior olía a pan tostado.

Su madre salió de la cocina. Llevaba un delantal y tenía los dedos pegajosos de masa.

—No te esperábamos —dijo recelosa.

—Estaré sólo un rato.

—No, quédate. Estoy preparando unas galletas de chocolate porque mañana Alice se va de picnic con la escuela y tendrá que

levantarse temprano.

—Así pues, ya está en la cama.

A Mila le supo mal e Ines se dio cuenta.

—¿Qué sucede?

—Tiene que ver con el problema de Alice... Me temo que pueda tratarse de una forma de autismo.

Ahora que su hija por fin manifestaba preocupación por la niña, Ines sintió el deber de confortarla.

—Ella está bien.

Mila suspiró profundamente.

—Espero que tengas razón: si es así, la falta de percepción del peligro tendría que atenuarse con el crecimiento. En cualquier caso, no tenemos más que esperar. Mientras tanto, habrá que seguir vigilándola. No quiero que intente hacer acrobacias en el tejado o prenda fuego a la casa.

—No ocurrirá. —Ines intentaba aparentar seguridad para mitigar la aprensión de ambas—. ¿Por qué no vas a verla? Puedes darle un beso mientras duerme.

Mila se dirigió hacia allí, pero después se volvió.

—Cuando papá murió y nos quedamos solas, ¿cómo lo hiciste para no abandonar?

Ines se limpió las manos en el delantal y se apoyó en el marco de la puerta.

—Era joven, inexperta. Tu padre era mucho mejor que yo ocupándose de tus necesidades. En broma, le decía que debería haber sido él tu madre. —Sonrió, pero enseguida se puso triste—. Después de su muerte, no conseguía aceptar su pérdida. Me metí en la cama y no podía hacerme cargo de nosotras, de ti. El dolor que sentía era la excusa perfecta: tu padre ya no estaba y yo no era gran cosa como madre. Tal vez no lo recuerdes, pero había días en que incluso me costaba bajar la escalera.

Mila lo recordaba, pero no dijo nada.

—Sabía que no era justo que estuvieras conmigo soportando el peso de los recuerdos en esta casa vacía. Y, sobre todo, que atendieras a una madre que había decidido enterrarse en vida.

—¿Por qué no me diste a alguien?

—Porque una mañana entraste en mi habitación y lo cambiaste todo. Te pusiste delante de mí y me dijiste: «No me importa si estás triste, yo tengo hambre y quiero mi *maldito* desayuno».

Ambas se echaron a reír. Ines nunca despotricaba, cuidaba las apariencias y siempre temía quedar mal. A Mila le pareció muy extraño oírla repetir ese término.

Cuando cesaron las carcajadas, la mujer se acercó a su hija y le hizo una caricia con el dorso de la mano embadurnada de harina.

—Ya sé que no te gusta que te toquen, pero esta vez haz una excepción.

Mila no dijo nada.

—Te he contado esto porque a ti también te pasará. Un día Alice te sorprenderá con una frase, o con un gesto. Y querrás recuperarla y no dejarla nunca más. Hasta entonces, yo te la cuidaré. Considera que es sólo un préstamo.

Madre e hija se miraron. A Mila le habría gustado darle las gracias por lo que le había contado y por tranquilizarla, pero no hacía falta. Ines ya lo sabía.

—Hay un hombre —afirmó sin siquiera darse cuenta—. Hace poco que lo conozco, pero... —No terminó la frase.

—Pero te ha hecho pensar —dijo Ines por ella.

—Se llama Simon, es policía. No sé, pero creo que tal vez... Es la primera ocasión después de mucho tiempo que me acerco tanto a alguien. Debe de ser porque estamos trabajando juntos, y es todo más sencillo. Pero creo que puedo confiar en él. —Se calló y después añadió—: No había vuelto a confiar en nadie.

Ines le sonrió.

—Es algo bueno para ti. Y quizá también para Alice.

Mila asintió agradecida.

—Voy a verla.

El cuarto de Alice, al fondo del pasillo, estaba inmerso en la penumbra ambarina que se filtraba por los postigos. Mila pensó que

la pequeña ya se habría dormido, pero cuando estaba a un metro de la puerta se detuvo porque reconoció su voz.

La vio con claridad, reflejada en el espejo del armario. Alice estaba sentada en la cama y hablaba con la muñeca de cabello rojo.

—Yo también te quiero —le decía—. Ya verás, estaremos siempre juntas.

Mila estaba a punto de entrar, tal vez incluso le daría un beso, aunque no lo hacía casi nunca. Pero luego lo pensó mejor.

Los niños que juegan consigo mismos son como sonámbulos, no hay que despertarlos. El regreso a la realidad podría ser traumático. El hechizo de su inocencia podría romperse para siempre.

De modo que se quedó escuchando el tono solícito con el que Alice se ocupaba de su Miss. Un comportamiento que la niña sin duda no había aprendido de ella.

—No te dejaré sola. Yo no soy como mi mamá, siempre estaré contigo.

La frase golpeó a Mila como un puñetazo en el esternón. Ninguna de las heridas que se infligía a sí misma podría haberle provocado tanto sufrimiento. Sólo las palabras de una hija poseían un poder destructivo tan grande.

—Buenas noches, Miss.

Mila vio a Alice meterse bajo las sábanas junto a la muñeca y estrecharla contra sí. Se sentía paralizada y le faltaba el aliento. En el fondo, la chiquilla había dicho cómo estaban las cosas, ni más ni menos. Su madre la había abandonado. Aunque oírselo decir era otra cosa. Le habría gustado llorar, si hubiera sabido cómo se hacía. Pero sus ojos seguían secos y le quemaban.

Cuando por fin consiguió moverse, deshizo rápidamente el camino hacia atrás hasta la salida sin despedirse siquiera de Ines, que, desde la cocina, vio cómo su hija pasaba por delante turbada y oyó que daba un portazo.

Mila dejó el Hyundai en zona de aparcamiento prohibido, no le importaba. Luego caminó deprisa hacia su casa con un único

objetivo. Había una bolsita de papel escondida debajo de la cama. Allí encontraría todo lo necesario.

Desinfectante, algodón, tiritas y, sobre todo, un paquete entero de cuchillas.

Los gigantes del cartel publicitario del edificio de enfrente siguieron su paso desde arriba. En el callejón, el vagabundo levantó la mirada hacia ella esperándose algo de comer, pero Mila lo ignoró.

Al llegar al portón, lo abrió con los dedos cargados de tanto frenesí que a duras penas sostenían las llaves. Tenía que controlarse: dentro de un rato sería esencial que su mano estuviera bien firme mientras sostenía la cuchilla. Subió los peldaños de dos en dos y entró en la privacidad de su apartamento. Los libros que invadían las habitaciones se volvieron mudos, ya no contenían historias y personajes, sino sólo páginas en blanco. Encendió la luz junto a la cama sin siquiera quitarse la cazadora. El único deseo que la urgía de verdad era cortarse. Sentir lo que durante el último año había intentado reemplazar con el miedo. Ver hundirse el acero en la carne del interior del muslo. Notar la piel desgarrándose como un velo, la sangre brotar como un cálido bálsamo.

Aliviar el dolor con el dolor.

Se agachó debajo del colchón para coger la bolsa, en pocos segundos todo estaría listo para olvidar a Alice. Era allí donde se la había escondido a sí misma mucho tiempo antes, cuando empezó aquella extraña dieta, tras decidir permanecer en ayunas de su propia sangre.

Alargó la mano para cogerla. Un esfuerzo más, la alcanzó con la punta de los dedos. Pocos centímetros, después la agarró tirando hacia ella. La abrió sin entretenerse.

Pero en vez de lo necesario para herirse, la esperaba algo distinto.

Mila observó el extraño objeto en su mano, sin siquiera preguntarse cómo había ido a parar allí un pomo de latón con una llave colgada.

La 317 del Ambrus Hotel.

57

Édith Piaf cantaba *Les amants d'un jour*.

El vestíbulo inmerso en la penumbra azafrán estaba desierto. No había clientes, ni el anciano ciego de color con la americana de cuadros sentado en el sofá de piel, ni tampoco el delgadísimo portero de pelo canoso cortado a cepillo, el aro dorado en el lóbulo izquierdo y los tatuajes descoloridos, como una estrella del rock envejecida.

Sólo la música habitaba en el lugar. Conmovedora como un recuerdo olvidado, conciliadora como una nana.

Mila avanzó hasta el ascensor. Pulsó el botón de llamada y espero a que la cabina bajara a recogerla.

Poco después, descendió en la tercera planta. La agente se encaminó por el largo pasillo guiándose por los números de las habitaciones. Las puertas negras de madera lacada pasaban por su lado, hasta que llegó frente a la que le interesaba.

Tres cifras de metal bruñido. 317.

Mila extrajo del bolsillo de la cazadora la llave unida al pomo de latón. La hizo girar en la cerradura y la puerta se abrió dejando salir la oscuridad.

Cruzó el umbral y enseguida alargó una mano hacia la pared para encender el interruptor. La lámpara que había en el techo se iluminó tenuemente, el alma de tungsteno de viejas bombillas incandescentes crepitaban produciendo una luz opaca.

El papel de la pared rojo oscuro, la moqueta del mismo color en la que parecía que flotaran gigantescas flores azules. La colcha de raso de color burdeos con quemaduras de cigarrillo. Las dos mesillas de noche. Sobre la repisa de mármol gris de la de la derecha, junto a un aparato telefónico negro y en consonancia con la sombra de la

pared que con los años había dejado un crucifijo que habían quitado, había algo para ella.

Un regalo del Señor de las buenas noches.

«De la oscuridad es de donde vengo, y a la oscuridad es adonde de vez en cuando debo regresar.»

Un vaso de agua y dos píldoras azules.

58

El móvil sonaba en el vacío.

Tal vez no quería hablar con él porque todavía estaba enfadada. «Es comprensible», pensó Berish. Y se lo merecía. Debería haber pasado por el Limbo para aclarar las cosas, porque a esa hora de la mañana era improbable que Mila estuviera en casa.

El agente especial, sin embargo, se había despertado tarde, y sólo porque *Hitch* reclamaba salir para hacer sus necesidades.

Pero sin duda era más grave haberse quedado dormido sentado en la vieja butaca al lado de la ventana llevando todavía la ropa puesta. En ese momento, una punzada le torturaba el centro de la espalda, por no hablar de los músculos del cuello.

No recordaba haber tenido un sueño tan pesado en muchos años, como si su organismo hubiera entrado en un estado de hibernación. La postura incómoda no se había encargado de despertarlo, ni de molestarlo durante la noche. Y, además, no había tenido sueños. Sólo un largo, constante camino entre el momento en que había cerrado los ojos y el despertar.

Sin embargo, a pesar de los dolores que tenía por todas partes, ahora se sentía en forma.

Después de una ducha rápida, se había cambiado de ropa, se había puesto un traje azul y se había tomado un café. Eran las once de una mañana espléndida. El aire otoñal por fin se estaba imponiendo al verano. Berish se había encargado de llenar los cuencos de *Hitch* con comida y agua. Esta vez no podía llevárselo consigo.

Había llamado a un taxi para ir a comprobar la intuición que lo había asaltado la noche anterior, antes de que el cansancio lo venciera.

Le habría gustado que Mila estuviera con él, pero tal vez su colega necesitaba calmar un poco más la rabia. No sabía cómo comportarse, hacía poco que la conocía.

En cuanto se presentara en el Limbo con el resultado que esperaba obtener dentro de una hora como máximo, Mila olvidaría el motivo por el que habían discutido. En realidad, ni siquiera Berish lo recordaba, o tal vez no había habido una verdadera razón. A veces ocurría.

El taxi se detuvo cerca de la entrada del blanco edificio. Una bandera ondeaba en el asta clavada en el césped. El tintineo de las anillas que la sujetaban fue el único sonido que oyó al bajar del coche. Pagó al taxista y, poco después, cruzó el umbral de la casa de reposo.

Era un lugar bonito, ni siquiera parecía un hospicio para enfermos. En la parte trasera del edificio principal se abría un verdadero poblado de bungalós blancos con acabado en azul cobalto.

En recepción le indicaron en cuál vivía la madre de Michael Ivanovič, y ahora Berish recorría los senderos interiores del complejo buscando la puerta correcta.

Llamó y se preparó la placa mientras esperaba que alguien fuera a abrir. Transcurrieron algunos segundos, después la puerta se abrió.

La mujer que lo recibió estaba sentada en una silla de ruedas. Su mirada se posó enseguida en la placa.

—Ya se lo he contado todo a sus colegas. Váyase —lo conminó antes de que él abriera la boca.

—Espere, señora Ivanovič. Es importante. —Berish había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza, y se dio cuenta demasiado tarde de que tendría que haberse preparado una excusa.

—Mi hijo es un asesino, hace veinte años que no lo veo: ¿qué puede ser importante?

La puerta estaba a punto de cerrarse y Berish no sabía cómo frenar el mecanismo inexorable que se había puesto en marcha. Lamentó no tener a Mila a su lado, sin duda ella estaba más acostumbrada a tratar con la gente. Los demasiados años transcurridos evitando al mundo y que éste lo evitara lo habían vuelto incapaz de interaccionar con el prójimo, excepto en los interrogatorios.

—Ayer hablé con su hijo. Creo que Michael quería mandarle un mensaje...

Le estaba mintiendo. En realidad, Ivanovič incluso había sido demasiado claro.

«Ella no es mi madre.»

La puerta se detuvo a pocos centímetros de su cara. La mujer volvió a abrirla lentamente y lo miró con un angustioso deseo de saber.

«Busca un perdón que no le puedo asegurar», se dijo Berish antes de entrar en la casa.

La señora Ivanovič se empujó con la silla de ruedas hasta la esquina opuesta del salón, mientras el agente especial cerraba la puerta tras de sí.

—Vinieron a verme ayer por la tarde, me contaron que mi Michael ha vuelto. Y me dijeron lo que ha hecho, sin ninguna consideración hacia mí, que soy su madre.

La mujer podía tener cincuenta años como máximo, pero aparentaba muchos más. Tenía el pelo gris y lo llevaba corto, casi rapado. El lugar en el que vivía se le parecía. Funcional como una habitación de hospital, básico como una prisión.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Berish señalando el sofá cubierto con una tela impermeable.

La señora Ivanovič le dirigió una señal de afirmación.

El agente especial no estaba seguro de encontrar las palabras adecuadas para consolarla o para hacerle sentir que estaba a su

lado. Y tampoco creía que sirviera de algo. Había demasiada rabia en el tono de voz de la mujer.

—He leído el expediente sobre la desaparición de su hijo —empezó—. La escena de Michael que a los seis años es cogido por unas manos invisibles de un columpio todavía debe de ponerle la carne de gallina.

—No sé por qué todo el mundo piensa eso —lo contradijo la mujer—. ¿Quiere saber de verdad qué es lo que suelo pensar más a menudo?... Si me hubiera dado la vuelta un instante antes, no habría pasado. La cabina telefónica desde donde estaba llamando estaba sólo a diez metros de distancia. Habría sido suficiente una fracción de segundo, una palabra menos en la maldita conversación. Nos enseñan a contar los segundos, los minutos, las horas, los días, los años..., pero nadie nos explica el valor de un instante.

Aquella concesión al sentimentalismo hizo que Berish tuviera la esperanza de que tal vez la señora Ivanovič se abriera.

—En aquella época, usted y su marido se estaban separando.

—Él había elegido a otra mujer, sí.

—¿Su marido quería a Michael?

—No —contestó ella enseguida—. ¿Y bien?, ¿cuál es el mensaje de mi hijo?

Berish cogió una revista de una mesita, sacó un bolígrafo del bolsillo interior de su americana y empezó a reproducir en una esquina de la portada el dibujo que Michael Ivanovič había hecho en el bloc de notas durante el interrogatorio.

—Eh, ¿qué está haciendo con mi revista?

—Discúlpeme, pero no había otro modo.

Acabó el edificio rectangular de cuatro plantas con la fila de claraboyas en el tejado, el gran portón y muchas ventanas. También situó la figura humana detrás de una de ellas. A continuación mostró el resultado a la mujer.

La madre de Michael Ivanovič observó el dibujo un instante. Después se lo devolvió a Berish:

—¿Qué representa?

—Esperaba que usted me lo dijera...

—Yo no sé qué es.

No era sincera, notó Berish.

—Mientras hacía este dibujo, Michael pronunció unas frases aparentemente sin sentido.

—Me han dicho que seguramente se ha vuelto loco. Si hace cosas como matar y quemar a la gente, entonces es probable que sea cierto.

—Yo, en cambio, pienso que sólo quiere hacérnoslo creer. Cuando le pregunté qué había en el fuego, él me contestó que hay «todo lo que uno quiere ver». La frase me ha hecho pensar, y ¿sabe por qué?

—No lo sé, pero estoy convencida de que usted me lo dirá ahora —afirmó con recelo la mujer, dejando claro que el muro que se había creado a su alrededor durante los años no podía franquearse.

Berish lo intentó de todos modos.

—Estamos tan acostumbrados a quedarnos con las apariencias que no miramos lo que hay detrás de la llama. —Hizo una pausa y observó a la mujer—. La llama esconde algo, señora Ivanovič.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que a veces hay que ir hasta el fondo del infierno para conocer la verdad sobre uno mismo —dijo repitiendo literalmente las palabras de Michael.

La mujer abrió unos ojos como platos y, por un momento, a Berish le pareció reconocer una expresión de su hijo.

—¿Usted sabe qué hay en el fondo del infierno, señora Ivanovič?

—Vivo allí todos los días.

La mujer se miró las piernas inertes.

—Era forense. Bonita ironía, ¿verdad? —Frunció la nariz—. Trabajé diez años con cadáveres. La gente muere continuamente, sin siquiera saber cómo. Y he visto muchas cosas... Hay más diablos en esta vida que en el infierno. Pero usted es policía, sabe de lo que hablo.

—A veces, si conoces el nombre del demonio, basta con pronunciarlo para que él te conteste —dijo Berish, aferrándose a la frase de la mujer para citar una vez más a Michael Ivanovič.

Ella lo escrutó de través.

—¿Está jugando a desafiar a Dios o al diablo, agente?

—Con el diablo no se puede ganar.

Un silencio reflexivo caló en la habitación y la mujer lo estudió con ojos cansados.

—¿Es usted supersticiosa, señora Ivanovič?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

Berish permaneció tranquilo.

—No lo sé, también me lo preguntó su hijo y no supe qué responderle. Era la última parte de su mensaje.

—Me está tomando el pelo. Las cosas que me ha dicho, ese dibujo... no tienen nada que ver conmigo. ¿Qué quiere realmente?

Berish se levantó. Ahora su corpulencia amenazaba a la mujer, que se apartó con la silla de ruedas.

—¿Lo ve?... Antes de venir aquí esta mañana no estaba seguro de que todo esto tuviera que ver con usted, pero cuando ha abierto la puerta me ha confirmado algo.

—Váyase —dijo ella fríamente.

—Dentro de un minuto. —El agente especial ponderó por dónde empezar—. Kairus entraba en la vida de sus víctimas a través del teléfono.

—¿Quién es ese Kairus?

—¿Por qué?, ¿prefiere que me refiera a él como el Señor de las buenas noches? En cualquier caso, él llamaba por teléfono a personas hundidas en la desesperación absoluta y les proponía algo mejor. Me he preguntado, sin embargo, cómo lo hizo con Michael... A los seis años era demasiado pequeño para saber qué era mejor para él. Por eso debió de raptarlo. Pero ¿por qué correr un riesgo cuando los demás desaparecidos, los insomnes, se habían entregado espontáneamente a él? Debía de tener unas razones excelentes...

—Usted desvaría —intentó acallarlo la mujer.

Pero Berish la miró fijamente.

—Michael posee una condición congénita que se conoce con el nombre de *situs inversus*, que además es la causa de una grave cardiopatía.

—Sí, ¿y bien?

—Usted y su marido estaban en proceso de separación, el padre de Michael estaba a punto de formar una nueva familia en la que, probablemente, no habría lugar para un hijo enfermo. Pero usted no podría haberse ocupado de él, ¿verdad? Supongo que en aquella época ya se habían manifestado las primeras señales de la grave patología degenerativa que hoy la obliga a permanecer en una silla de ruedas.

La mujer se quedó callada, incómoda.

—Michael iba a necesitar asistencia continua. Sin parientes que pudieran ocuparse de él, habría acabado en un centro, porque ¿quién lo habría adoptado en esas condiciones? Además, necesitaba tratamientos caros. Usted estudió medicina, podía prever incluso demasiado bien lo que iba a pasar. Sin los recursos económicos necesarios, ¿cuántos años podría haber sobrevivido su hijo?

La mujer empezó a llorar quedamente.

—Pero un día recibe una llamada de una voz desconocida. El hombre del otro lado le dice cosas sensatas y se gana su confianza. Le da una visión distinta de las cosas, una esperanza. A pesar de que no sabe quién es, aun así le parece que es el único amigo que tiene desde hace mucho tiempo, y le hace una pregunta: «¿Te gustaría una nueva vida... para tu hijo?».

Berish dejó que la frase flotara entre ellos.

—Y ¿qué hizo usted, señora Ivanovič? Lo que le pareció más justo en aquel momento: darle a Michael por lo menos una oportunidad... Lo llevó a la habitación 317 del Ambrus Hotel, le hizo tomar el somnífero y esperó a que se durmiera. Después se marchó, dejándolo en aquella cama y sabiendo que no volvería a verlo. Y de cara a todos se inventó la historia del columpio.

Las lágrimas descendían ahora copiosas por el rostro de la madre de Michael.

—Lo siento profundamente por usted, señora Ivanovič —dijo Berish con toda la compasión de que fue capaz—. Debió de ser terrible para una madre.

La mujer apretó los labios.

—Cuando te arriesgas a perder sólo una cosa, nunca acabas de resignarte. En cambio, cuando puedes perderlo todo, te das cuenta

de que en realidad no tienes nada que perder... Me imaginaba que iba a morir pronto. Pero aquí me tiene todavía.

A Berish le habría gustado marcharse, ya que sentía que su presencia se había vuelto inoportuna. ¿Qué sabía alguien que no tenía hijos de un drama como ése? Y además le había mentido para justificar su presencia.

«Ella no es mi madre.»

La frase de desprecio de Michael seguía retumbándole en la cabeza. Si sólo hubiera sabido lo que aquella mujer había hecho por él, de lo que se había privado... Pero tal vez el hijo lo sabía y la condenaba precisamente por ello. En cualquier caso, Berish no podía permitirse demasiada piedad por ella porque no quería irse de aquella habitación sin antes haber obtenido todas las respuestas. De modo que prosiguió:

—Como decía hace un rato, Kairus corrió un riesgo al escoger a un niño porque, ya se sabe, la gente se encariña de los niños desaparecidos, adopta a los que salen en los cartones de leche, y no se resigna fácilmente... De manera que si Kairus decidió esperar y dejar libre a una testigo que podría haber cambiado de idea y contarlo todo a la policía..., entonces es que tendría una buena razón.

La mujer sacudió la cabeza.

—¿Qué le pidió a cambio, señora Ivanovič?

La madre de Michael bajó los ojos a la portada de la revista con el dibujo del gran edificio rectangular.

—No pensaba que lo recordara después de tanto tiempo... ¿Lo ve, agente? Mi hijo no me ha olvidado. El edificio se encuentra justo enfrente del parque al que siempre lo llevaba.

Para Berish era increíble que al final todo volviera a juntarse, como un círculo perfecto. El pequeño parque con el columpio del que Michael había desaparecido, la angustia de una madre, el dibujo realizado por el pirómano durante el interrogatorio. Entonces el agente especial levantó la revista en la que había plasmado el edificio y lo mostró una vez más a la mujer.

—¿Qué es este lugar?

—Cuando todavía era forense, me pasé diez años de mi vida encerrada entre las paredes de ese depósito —admitió la mujer.

Berish se acercó a ella y le posó una mano en el hombro.

—No es culpa suya que Michael se haya convertido en un monstruo. Pero todavía podemos detener a quien le ha hecho esto... ¿Qué quería Kairus de usted hace veinte años?

—Un cuerpo.

59

No pensaba poder aguantar la tensión.

Ya era cuestión de poco tiempo, sólo debía comprobarlo. Y quería decírselo a Mila, ella tenía que estar. Además, viéndolo a través de sus ojos, Berish tendría la confirmación de que todo era verdad.

El agente especial no podía estarse quieto en el asiento del taxi que lo llevaba al departamento, la adrenalina corría rauda por las venas. Había renunciado a llamar a Mila al móvil, teniendo en cuenta que la verdad de que era poseedor requería una explicación detallada.

Habían pasado veinte años. Y ahora que faltaba poco, no podía aguantar más.

Mientras tanto imaginaba posibles escenarios. Algunos tenían sentido, otros no tanto. Pero estaba convencido de que, al final, cada pieza encontraría su lugar correspondiente.

El artífice del gran engaño, el Mago, el Encantador de almas, el Señor de las buenas noches o, lo que era lo mismo, Kairus era una mente sutil y desaprensiva.

Pero él todavía podía derrotarlo.

El agente especial hizo que el taxista lo dejara en las cercanías de la plaza con la gran fuente a la que se asomaba la sede de la policía federal.

Las cristaleras de espejo del edificio reflejaban el sol de primera hora de la tarde y el cielo muy nítido surcado de raras nubes blancas. El viernes era claramente el día más tranquilo de la semana. Siempre se había preguntado por qué. Quizá polis y criminales se tomaban una pausa en vista del enorme trabajo del fin de semana.

A pesar de ello, había un ir y venir de agentes que entraban y salían de las oficinas.

Berish se unió a la corriente y se dirigió a la puerta principal.

Pero mientras recorría el trayecto hacia la entrada, se fijó en las caras que se volvían a su paso, como una coreografía de girasoles en busca de un rayo de sol, aquellos ojos se movían justo en su dirección.

Colegas que normalmente lo ignoraban ahora inexplicablemente lo miraban. No había nada de particular en aquellas ojeadas, excepto que la frialdad había sido reemplazada por el estupor.

Cuando las miradas a su alrededor se multiplicaron de manera sospechosa, Berish redujo instintivamente el paso intentando saber qué estaba sucediendo.

Una voz a su espalda gritó algo, pero en un primer momento el agente especial no comprendió a quién iba dirigido. Miró a su alrededor, temeroso como todos los demás.

—Quieto ahí, Berish —confirmó una voz, esta vez añadiendo su nombre.

Se volvió y vio que Klaus Boris avanzaba en su dirección con los brazos tendidos. ¿De verdad lo estaba apuntando con una pistola?

—¡No te muevas!

Berish sólo tuvo tiempo de levantar las manos; inmediatamente otros policías se le echaron encima para esposarlo.

60

En la sala de interrogatorios el silencio era utilizado como una tortura.

Pero se trataba de una crueldad invisible. Ninguna ley la prohibía.

En el mismo lugar que unas horas antes había albergado a Michael Ivanovič estaba ahora encerrado Simon Berish. A diferencia de los otros que habían pasado por la habitación, él conocía el motivo por el que las paredes blancas estaban revestidas de material fonoabsorbente. El principio era el mismo que el de una cámara anecoica, en la que los sonidos no pueden penetrar. El organismo se enfrentaba a esa ausencia creando ruidos artificiales: acúfenos, tintineos. Y, con el paso del tiempo, cada vez resultaba más difícil distinguir la realidad de la imaginación.

Una condición que a la larga podría llevar a la locura.

Pero Berish sabía que no lo dejarían allí dentro solo por mucho tiempo. Por tanto, aprovechó el silencio para pensar.

Seguía preguntándose de qué iban a acusarlo, pero no se le ocurría nada. Esperaba sentado a que alguien fuera a ocupar el otro lado de la mesa y le proporcionara por fin una explicación. Mientras tanto, intentaba aparentar estar a sus anchas —pero, aun así, no demasiado— para ofrecer un espectáculo neutro a las cámaras que lo escrutaban desde todos los ángulos. Estaba seguro de que no había nadie detrás del falso espejo.

Conocía demasiado bien las técnicas de interrogatorio para no saber que, antes de aparecer, sus colegas dejarían que se concomiera durante algunas horas. Sólo tenía que aguantar. No iba a pedir agua para beber ni permiso para ir al baño porque las peticiones eran percibidas como signos de debilidad. Y en parte lo

eran. Para demostrar que era ajeno a cualquier tipo de acusación, tenía que darles la vuelta a sus planes.

Los sospechosos que se ponían demasiado o demasiado poco nerviosos eran culpables con casi toda seguridad. Los que preguntaban continuamente por qué estaban allí, lo mismo. Los demasiado fríos confesarían enseguida. Los tranquilos se arriesgaban a quedarse en la cárcel de por vida. A los inocentes normalmente tampoco los creían. Por eso el secreto estaba en la indiferencia.

La indiferencia los desorientaba.

Transcurrieron casi tres horas antes de que la puerta de la sala se abriera. Hicieron su entrada Klaus Boris y Su Señoría, armados con carpetas y una expresión de determinación.

—Agente Berish —anunció la jefa del departamento—. El inspector Boris y yo tenemos que hacerte algunas preguntas.

—Si os ha costado tanto tiempo pensarlas, entonces es que se trata de algo serio —ironizó Berish. Pero, en realidad, tenía miedo.

—Has acumulado bastante experiencia con los interrogatorios para poder tenernos aquí toda la noche —dijo Boris—. Por eso no nos andaremos con jueguecitos contigo, y espero de verdad que no nos compliques la vida y te decidas a cooperar desde el principio.

—De no ser así, Simon, nos veremos obligados a interrumpir la reunión y a enviar las pruebas al procurador. Te aseguro que hay suficientes para incriminarte.

Berish abrió los brazos, riendo.

—¿Y bien? Disculpad, ¿por qué estamos aquí?

—Lo sabemos todo, pero quiero darte otra oportunidad para que te ganes algún atenuante. —Shutton apuntó el dedo hacia su cara—. ¿Dónde está ella?

El agente especial calló, más que nada porque no sabía qué decir.

—¿Qué pasó anoche?

Y, por un instante, Berish pensó realmente que había hecho algo, olvidando que en cambio había dormido como un tronco. Por tanto permaneció en silencio, a la espera de un milagro.

Los otros dos no se lo tomaron bien, puesto que Joanna Shutton se movió a su derecha y se inclinó sobre él, junto a su oreja. Berish notó su aliento cálido, el perfume exageradamente dulce, y sintió malestar.

—¿Qué tienes que ver con la desaparición de la agente Mila Vasquez?

La pregunta lo dejó helado. No tanto por la verdad que desvelaba, sino sobre todo porque él no conocía la respuesta.

—¿Mila ha desaparecido?

Ambos policías intercambiaron una mirada ante una angustia tan auténtica.

Fue Boris quien habló.

—Anoche se marchó de casa de su madre bastante turbada. Más tarde, la mujer la llamó a su casa, pero ella no estaba. Tampoco contesta al móvil.

—Lo sé, yo también lo he intentado esta mañana —dijo Berish.

—Tal vez para crearte una coartada —insinuó enseguida Su Señoría.

—¿Una coartada para qué? —Estaba enfadado—. ¿La habéis buscado, por lo menos?

Ambos lo ignoraron.

Boris se sentó frente a él.

—Dime, Berish, ¿cómo volviste a meterte en el caso de Kairus?

El agente especial hizo acopio de toda su paciencia.

—Fue Mila Vasquez quien vino a verme. He colaborado con ella desde la noche del incendio en el edificio de ladrillos rojos. —Al recordar el nido de Kairus, se estremeció.

Shutton se apoyó en una esquina de la mesa.

—¿Tú estabas allí? ¿Por qué no te dejaste ver? ¿Por qué dejaste que Vasquez respondiera ella sola de lo sucedido?

—Porque Mila no quiso que me viera involucrado.

—Y ¿ahora esperas que nosotros te creamos? —Su Señoría sacudió lentamente la cabeza—. Fuiste tú quien la agredió aquella noche en el edificio de ladrillos rojos, ¿verdad?

—¿Cómo? —Berish estaba estupefacto.

—Te apropiaste de su pistola y simulaste la agresión.

—Había alguien en la casa, pero huyó. Vosotros comprobasteis que había un pasadizo a través de las alcantarillas. —Berish estaba perdiendo el control, y sabía que eso no era nada bueno.

—¿Para qué ensuciarse en las alcantarillas cuando se puede salir por la puerta principal? —lo pinchó Klaus Boris.

—Pero ¿qué estáis diciendo?

—¿Estás seguro de que si registramos tu casa no aparecerá la pistola de Mila?

—¿Por qué insistís con esa historia de la pistola? No lo entiendo...

Shutton suspiró.

—Porque, mira... Esta mañana han acabado de inspeccionar el lugar del incendio. Un cuerpo humano no habría resistido una temperatura tan alta, lo mismo que todo el plástico y el cartón. En cambio, con los metales la cosa es diferente. Y entre los que se han encontrado no está la pistola de Mila. De modo que, ¿dónde está?

—Chicos, tendréis que inventaros algo más sustancioso si de verdad queréis cargarme con este asunto —ironizó Berish—. En otro caso, habréis desperdiciado una buena noche de viernes para nada.

Una vez más, ambos policías se miraron. El agente especial tuvo la desagradable sensación de que, en realidad, sí se traían algo entre manos. Sólo que por ahora jugaban con él para soltar la carta ganadora en el momento más oportuno.

—En el caso de los insomnes, tú eres el que pagó las mayores consecuencias —afirmó Shutton—. Gurevich, yo, e incluso Stephanopoulos salimos de él y seguimos con nuestras carreras. Tú, en cambio, te dejaste involucrar sentimentalmente, encadenaste una equivocación tras otra y te convertiste en el paria del departamento.

—Ambos sabemos cómo fueron las cosas y de quién eran las culpas que he pagado —la desafió Berish—. Sólo estás buscando la manera de hacerme callar.

Pero Su Señoría parecía más bien segura de sí misma.

—No necesito tu silencio por lo que respecta a Gurevich. Como tampoco necesito ningún truquito para inculparte. Es más, el hecho de que fueras tú el verdadero corrupto es precisamente el móvil perfecto...

Ahora Berish estaba realmente asustado, pero en ningún caso podía dejarlo traslucir.

—¿Móvil para qué?

—Es duro perder el aprecio de tus colegas —fingió justificarlo Su Señoría—. Sufrir sus ofensas, oírlos mientras hablan mal de ti. Y no a tus espaldas, sino mirándote a la cara. Hace daño, especialmente cuando sabes que eres inocente.

¿Adónde quería llegar Joanna con ese argumento? Berish no podía imaginarlo, pero se olía alguna treta.

—Y, al final, uno acaba madurando motivos de resentimiento y tal vez quiere hacérselo pagar a todo el mundo, antes o después... —concluyó Shutton.

—¿Estáis insinuando que yo estoy detrás de todo esto? ¿Que he organizado el retorno de los desaparecidos y los asesinatos?

—Los has convencido porque, exactamente igual que ellos, hace mucho tiempo que sufres humillaciones. El blanco de tu rencor era Gurevich y, junto a él, todo el cuerpo de policía. —El tono de Shutton era vehemente—. Una organización terrorista necesita una ideología y un plan. Y no hay mejor binomio que el que se propone como objetivo un organismo estatal. Se puede destruir una institución con las armas, pero se causan muchos más daños si se ataca su credibilidad. Tú siempre la has tenido tomada con el departamento.

Berish no podía creer lo que estaba oyendo.

—Y ¿qué tiene eso que ver con la desaparición de Mila?

—Ella lo había descubierto todo —dijo Boris—. Desde el principio ha sido una ficha más, tú la atrajiste al edificio de ladrillos rojos.

—No.

Su Señoría exhibió una falsa expresión de duda.

—Manipulaste a la agente Vasquez haciéndole creer que colaborabas con ella. Y todo ello asegurándote de que no dijera nada a sus superiores.

—Piénsalo, así estabas en la mejor posición para seguir las investigaciones —le asestó Boris—. Invisible al margen de la acción.

—Pero cuando Mila se ha dado cuenta de todo, la has liquidado.

—¿Qué?

—Incluso yo os oí discutir animadamente en el pasillo ayer —afirmó el inspector con convicción.

—Una pelea no prueba nada —rebatió Berish con la misma determinación.

—Exacto: no es una prueba. —Su Señoría parecía tranquila—. Pero un testigo que te vio sacarla de su casa anoche, sí.

El primer pensamiento que pasó por la cabeza del agente especial fue que no era verdad, se estaban marcando un farol.

—Y ¿quién es? —preguntó, desafiándolos.

—El capitán Stephanopoulos.

61

«No tienen nada.»

Berish estaba de nuevo solo en la sala de interrogatorios y seguía repitiéndose que Shutton y Boris se habían inventado la acusación de secuestro sólo para ver si picaba. Y encima, ¿precisamente Steph? ¿Por qué iba a hacerle algo así el capitán?

Por un instante temió que no le hubieran dicho la verdad respecto a Mila y que le hubiera sucedido algo terrible. Pero después se tranquilizó porque pensaba que para ellos habría sido más conveniente acusarlo enseguida de... No quería pronunciar la palabra *homicidio*, ni siquiera para sí mismo. Hacía un buen rato que le estaba dando vueltas, incapaz de afrontar el problema.

Pero ahora tenía otras urgencias. Beber e ir al baño. La estrategia de la indiferencia no estaba funcionando, en vista de que todavía lo tenían allí.

A esas horas, el procurador ya tendría que haber formulado la acusación, se decía. Y debería haber sido trasladado a una celda.

A propósito, ¿qué hora era? En la sala de interrogatorios no había reloj, para confundir al sospechoso y privarlo de la percepción del tiempo. El suyo se lo habían quitado junto con la pistola y la placa en el momento de la detención. Pero, haciendo un cálculo mental, Berish consideró que pasaban de las ocho de la noche.

Y pensar que el día había empezado de la mejor manera. La visita a la madre de Michael Ivanovič quizá le había proporcionado la clave para resolver el caso pero, paradójicamente, ahora no podía utilizarla. Por un momento había pensado en proponer un trato a Su Señoría y a Boris, pero ¿qué podía pedir como contrapartida? Nunca lo dejarían irse.

Y tampoco era seguro que lo hubieran creído.

La única esperanza que tenía era hacer llegar a la mente de Shutton la posibilidad de ganar algo con ello. Si la conocía bien, aceptaría cualquier condición con tal de sacudirse de encima las culpas de Gurevich. Pero, para que eso sucediera, Joanna tenía que aparecer como la verdadera ganadora de la partida, la que había conseguido resolver el misterio de Kairus y de los insomnes después de veinte años. Berish estaba seguro de que los periodistas ya habían olisqueado la noticia y que pronto todo pasaría a ser de dominio público.

No podrían seguir manteniendo el secreto mucho más tiempo.

Mientras, vio que la puerta de la sala de interrogatorios se estaba abriendo e inmediatamente se irguió en la silla. Al parecer, sus adversarios estaban volviendo. De modo que, intentando reprimir la sed y la necesidad de orinar, se preparó para un segundo asalto, rogando poder aguantar el mayor tiempo posible.

Pero por la puerta entró un tipo de espaldas que llevaba un chándal azul con el escudo de la policía federal y una visera calada sobre los ojos. En un instante, los sentidos alarmaron a Berish avisándole de que, si alguien necesitaba camuflarse de esa manera, entonces seguro que no podía llevar buenas intenciones.

El agente especial se puso de pie, no pudiendo hacer otra cosa. El tipo se volvió. Era Stephanopoulos.

El capitán cerró enseguida la puerta. Berish lo miraba, desorientado.

—No tenemos mucho tiempo —dijo deprisa Steph, quitándose la gorra.

—¿Qué haces aquí? ¿No has sido tú quien me ha crucificado?

—Así es —admitió simple y llanamente—. Perdona, pero me he visto obligado.

Berish no podía creerlo, estaba furioso.

—Habían decidido inculparte ya antes de que Mila desapareciera. Eras perfecto: el poli rencoroso que se convierte en jefe de una organización terrorista. No habrían tenido que sacar la

historia de hace veinte años ante la prensa, excepto la parte que se refiere a lo que hubo entre Sylvia y tú, para demostrar lo poco de fiar que eras.

—Y con tu declaración les has proporcionado la prueba que les faltaba.

—Sí, pero cuando me retracte, su montaje acusatorio vacilará y entonces tendrán que rendir cuentas a los medios de comunicación.

Berish reflexionó. Era un buen plan. Si Steph se hallaba dispuesto a retractarse, claro estaba. En ese instante recordó las varias cámaras enfocadas hacia ellos.

—Nos están mirando ahora, y tú acabas de admitir que...

—No te preocupes —se apresuró a decir el otro—. Están todos reunidos con Su Señoría, y en todo caso antes de venir aquí he interrumpido la grabación del sistema de circuito cerrado. Vamos al segundo motivo que me ha traído aquí...

Berish ya no sabía qué podía esperarse.

Los ojos de Steph traslucieron aprensión.

—Cuando sepan cómo han ido realmente las cosas, dejarán de buscarla.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—Como sabes, en los casos de desaparición tienen que transcurrir treinta y seis horas desde la última vez que el sujeto ha sido visto para poder activar el protocolo de búsqueda. Para un poli el plazo se reduce a veinticuatro horas, pero de todos modos son demasiadas para ella.

—No te sigo.

—Después de que la madre de Mila denunciara esta mañana su desaparición, he ido a su casa a echar un vistazo. El Hyundai todavía está aparcado en la calle. No hay ninguna señal de que la puerta haya sido forzada, pero eso no significa nada. Se ha dejado el teléfono, las llaves e incluso la pistola de reserva que llevaba consigo cuando perdió su arma reglamentaria en el incendio.

Berish empezaba a comprender.

—Sospechando la existencia de un posible delito, no nos haría falta esperar un día. De modo que me has acusado de haberla raptado para acelerar la búsqueda.

—Para darle una oportunidad —lo corrigió, justificándose, el capitán—. Y tú, de todos modos, ya estabas metido en un lío; estaban a punto de saltarte encima acusándote de terrorismo.

El agente especial escrutó a su viejo superior.

—Tú piensas que lo ha hecho, ¿no es así? Crees que ella ha desaparecido voluntariamente...

Steph parecía abatido.

—No sé si alguien la ha raptado y después ha llevado sus cosas al apartamento para hacernos creer que ha decidido desaparecer. Pero ya te lo dije una vez: Mila tiende a forzar la máquina. Es como si en ella hubiera una predisposición a la autodestrucción, o por lo menos a acercarse demasiado al peligro, como una polilla atraída por la llama.

Berish intentó razonar.

—A decir de Shutton y de Boris, anoche estaba turbada cuando salió de la casa en la que vive su hija.

Era probable que el motivo tuviera que ver con la pequeña. Tal vez había estallado algo en ella que llevaba tiempo incubando. Berish recordó las palabras de la madre de Michael Ivanovič: «Cuando te arriesgas a perder sólo una cosa, nunca acabas de resignarte. En cambio, cuando puedes perderlo todo, te das cuenta de que en realidad no tienes nada que perder».

El agente especial había entendido que entre «todo» y «sólo una cosa» se hallaba la diferencia, y por ahí era por donde Kairus se colaba.

—Creo que Mila ha querido ver con sus propios ojos lo que hay en la oscuridad —afirmó Steph—. Pero en la oscuridad sólo hay oscuridad.

Berish sintió que debía tomar una decisión. No había tiempo que perder. Y la tomó.

—Sé quién es Kairus.

El capitán se quedó sin palabras. Palideció como si estuviera a punto de tener un infarto.

—Ahora no puedo decirte más —prosiguió Berish—. Pero tienes que ayudarme a salir de aquí.

Steph lo pensó un momento.

—De acuerdo.

El capitán se alejó y, al cabo de unos minutos, regresó con la placa de Berish y un par de esposas. El agente especial no pidió que le devolviera la pistola: en una caza del hombre, normalmente marcaba cierta diferencia si el fugitivo iba desarmado, y él no pretendía ofrecer a sus colegas un pretexto para que le dispararan.

—¿Qué harás con la placa? —preguntó Steph mientras le devolvía sus cosas.

—La necesito para entrar en un sitio. —No añadió nada más, y seguidamente metió las muñecas en las esposas.

Stephanopoulos lo cogió de un brazo y ambos salieron al pasillo.

Los policías de guardia los observaron, pasmados y descolocados. El capitán los ignoró, al igual que habría hecho cualquier comandante consciente de sus propias acciones. Es más, incluso ordenó a uno de ellos que los escoltara a él y al prisionero a los lavabos.

Considerando que Berish no había pedido ir hasta ese momento, la petición pareció plausible.

Recorrieron el pasillo mirando a su alrededor, con la esperanza de no ver aparecer a Klaus Boris o a alguno de los acólitos de Shutton. Cuando llegaron cerca de los servicios reservados a los que estaban bajo arresto o detenidos, Steph siguió recto.

—¿Adónde va? —preguntó el hombre de la escolta.

Steph se volvió y lo miró de soslayo.

—Hasta que se diriman sus responsabilidades, no dejaré que uno de los nuestros mee en el baño de los detenidos.

De modo que prosiguieron hacia los servicios de los policías, donde no había barrotes en las ventanas. Al llegar, Steph dejó de guardia al agente que los había acompañado y entró junto a Berish.

—Esperaré cinco minutos antes de dar la alarma —le dijo indicándole la ventana—. Tienes tiempo para llegar al Limbo. Desde allí hay una salida secundaria que da a la parte de atrás del edificio.

—Le entregó las llaves de la oficina junto con las de su casa y las del Volkswagen—. Está aparcado cerca del restaurante chino.

—Tendrías que ir a mi apartamento a buscar a *Hitch* —le dijo Berish—. Hace horas que está solo, pobrecito. Necesitará beber y salir.

—No te preocupes —lo tranquilizó el capitán—. Iré enseguida.

—Gracias.

—Yo te he metido en este lío, así que no me des las gracias. —Y después de quitarle las esposas, le puso en la cabeza la gorra con la visera—. Encuentra a Kairus, y encuentra también a Mila.

62

Sentado en la oscuridad, Berish escuchaba las sirenas a lo lejos.

Lo estaban buscando, lo estaban acosando. No era seguro permanecer en casa de Stephanopoulos. Pronto sus colegas también pasarían por allí a inspeccionar. Aunque no enseguida. Estaban muy ocupados dándole caza en otro lugar. En todo caso, el apartamento era una etapa obligada para los sabuesos, en vista de que el capitán había dejado que se le escapara el prisionero prácticamente delante de sus narices.

Claro, se preguntarían cómo era posible que el testigo principal hubiera decidido ir a ver al acusado a la sala de interrogatorios. Pero, aunque lo hubieran amenazado, Steph no habría hablado.

Por el momento, Berish todavía tenía un margen de ventaja.

Estaba sentado con la espalda recta y la mirada fija delante de sí, las manos perfectamente colocadas sobre las rodillas. Bajo una de las palmas se ocultaba la placa.

No era una simple tarjeta de reconocimiento, sino la clave para acceder al reino de los muertos.

Berish miró la hora. Pasaba de la medianoche. Se levantó, podía ir.

Después de aparcar el Volkswagen de Steph, se detuvo a mirar frente a sí.

Un edificio rectangular de cuatro plantas, con la fila de claraboyas en el tejado. Un gran portón y muchas ventanas. Pero, a diferencia del dibujo de Ivanovič, no se entreveía ninguna figura humana detrás de ninguna de ellas.

Sin embargo, el hombre que buscaba se hallaba allí dentro.

El depósito de cadáveres estatal era un monolito achaparrado de cemento en medio de la nada. Pero la parte más destacable del edificio estaba enterrada.

«A veces hay que ir hasta el fondo del infierno para conocer la verdad sobre uno mismo.»

El joven discípulo de Kairus tenía razón. De hecho, a Berish le interesaba el último nivel del subterráneo.

Llegó a la entrada, donde había una garita con un guardia viendo un programa televisivo. Las risas del público y los aplausos se multiplicaban en el eco del zaguán.

Berish llamó al cristal. El guardia, que evidentemente no se esperaba ninguna visita a esas horas, se sobresaltó.

—¿Qué quiere?

El agente especial le mostró su placa.

—Estoy aquí para un reconocimiento.

—¿Por qué no vuelve mañana por la mañana?

Berish se limitó a mirarlo sin decir una palabra. Fueron suficientes unos instantes exhibiendo esa actitud para que el guardia decidiera hacerle caso.

Al cabo de un momento, el hombre hizo una llamada para avisar a su compañero del subterráneo de que estaba bajando un visitante.

La sala número 13 del depósito de cadáveres era el recinto de los *durmientes*.

Mientras la cabina de acero se hundía lentamente en el subterráneo, Simon Berish iba pensando en la elección de ese número.

«¿Es usted supersticioso, agente?», le había preguntado Michael Ivanovič.

Normalmente, los hoteles o los constructores de rascacielos se saltaban el 13 en la numeración de las habitaciones o de las plantas. Allí, en cambio, no hacía falta.

«No, no soy supersticioso —se dijo Berish—. Y los difuntos tampoco, porque no puede haber peor desdicha que morir.»

El descenso se detuvo con un silbido neumático y, después de un silencio que le pareció infinito, las puertas del ascensor se abrieron ante el rostro rubicundo de un vigilante.

A la espalda del hombre, un pasillo largo.

Berish se lo esperaba revestido de baldosas blancas e iluminado por una aséptica luz de neón, para dar a los visitantes la ilusión de encontrarse en un espacio amplio incluso a bastantes metros bajo tierra y neutralizar de ese modo la claustrofobia. Sin embargo, las paredes eran de color verde y diversos puntos de luz anaranjados estaban dispuestos de manera equidistante a lo largo del rodapié.

—La policromía reprime los ataques de pánico —le explicó rápidamente el vigilante vestido de azul que lo recibió tendiéndole una bata del mismo color.

Berish se la puso. Empezaron a andar.

—Los cadáveres de esta planta son principalmente personas sin techo o inmigrantes ilegales. Al no tener documentación ni ningún pariente, cuando estiran la pata vienen a parar aquí abajo. Todos ellos están en las salas que van de la número 1 a la 9 —explicó el vigilante—. La 10 y la 11, en cambio, son para gente que, como usted y como yo, paga sus impuestos y ve los partidos por la tele, pero un buen día sufre un infarto en el metro y la diña. Algún pasajero hace como si lo ayudara pero, en lugar de eso, le birla la cartera y, *voilà*, el truco de magia le sale bien: el tío o la tía desaparece para siempre. Sin embargo, a veces es sólo cuestión de burocracia: una empleada se hace un lío con el papeleo y, cuando citan a tus familiares para que te reconozcan, les muestran el cadáver de otra persona. Es como si tú no hubieras muerto y ellos continúan buscándote.

Berish notó que intentaba impresionarlo. Pero prefirió no seguirle el juego.

—Después están los casos de suicidio o accidente: sala 12. Porque puede ocurrir que el cadáver haya quedado tan mal que incluso te haga dudar de que fuera realmente una persona —añadió el vigilante—. En cualquier caso, la ley prevé el mismo trato para todos: un período de permanencia en la cámara frigorífica no inferior a dieciocho meses. Cuando el plazo finaliza, si nadie identifica o reclama los restos, y en caso de que no existan otras indicaciones por parte de la investigación, se autoriza su eliminación mediante cremación —concluyó, citando el reglamento de memoria.

«Todo exacto», consideró Berish. Pero para algunos las cosas iban de otra manera.

—Después están los de la sala número 13 —añadió el vigilante casi leyéndole el pensamiento.

Se refería a las víctimas anónimas de los homicidios sin resolver.

—En los casos de asesinato, la ley dice que el cuerpo constituye un elemento de prueba hasta que se verifique la identidad de la víctima —afirmó el vigilante—. No se puede condenar a un asesino si no se demuestra que la persona a la que ha matado existía de verdad. Sin un nombre, el cuerpo es la única prueba de esa existencia. Por eso se conserva sin límite de tiempo. Es una de esas extravagantes sutilezas legales que tanto les gustan a los abogados.

Mientras no se determinara el hecho criminal que estaba relacionado con la muerte, los restos mortales no podían ser destruidos o destinados a su deterioro natural. Pero Berish sabía que, sin esa paradoja de la justicia, aquella noche él no estaría allí.

—Nosotros los llamamos los *durmientes*.

Hombres, mujeres y niños desconocidos de cuya muerte todavía no se había hallado a un culpable. Llevaban años esperando a que alguien se presentara para librarlos de la maldición de parecerse a los vivos. Y, como en un cuento macabro, para que eso ocurriera era suficiente con pronunciar una palabra secreta.

Su nombre.

La morada que los acogía, la sala número 13, era la última del fondo.

Cuando llegaron a la puerta de metal, el vigilante revolvió en un juego de llaves hasta que encontró la que buscaba. Al abrir la puerta se liberó una ráfaga de aire viciado. En vez de azufre, el infierno olía a desinfectante y a formol, notó Berish.

En cuanto puso un pie en la oscuridad, en el techo se encendió una hilera de bombillas amarillas accionadas por unos sensores de movimiento. En el centro de la sala había una mesa de autopsias rodeada de altas paredes frigoríficas con decenas de celdas.

Una colmena de acero.

—Debe firmar aquí, son las normas —dijo el vigilante abriendo un registro.

Al agente especial le pareció una broma cruel tener que poner sus datos en un papel precisamente en aquella sala.

«Tu nombre es lo primero que aprendes de ti mismo después de venir al mundo —pensó Simon Berish—. Un niño de pocos meses reconoce el sonido y sabe que se refiere a él. Al crecer, tu nombre dice quién eres y es lo primero que te preguntan los demás. Puedes inventarte uno nuevo o mentir, pero tú siempre sabrás cuál es el verdadero y nunca podrás olvidarlo. Cuando mueres, tu nombre es lo que queda. No tu cuerpo, ni tu voz. Lo que has hecho, antes o después, quedará superado. Pero tu nombre se convertirá en el nombre de todos los recuerdos. Y, sin un nombre, nunca podrás ser recordado.

»Un hombre sin nombre no es un hombre», concluyó Simon Berish, y firmó distraídamente el registro.

—¿Cuál le interesa? —preguntó a continuación el vigilante, revelando cierta excitación.

Finalmente, el agente especial habló.

—El cadáver que lleva más tiempo aquí.

AHF-93-K999.

La celda con esa etiqueta estaba situada en la pared izquierda, la tercera desde abajo. El vigilante se la señaló al huésped.

—De todas las historias de los cuerpos que están aquí abajo, no es que sea de las más originales —puntualizó enseguida—. Un sábado por la tarde, unos chicos juegan al fútbol en el parque y la pelota acaba entre unos matorrales: así fue como lo encontraron. Le

habían disparado en la cabeza. No llevaba documentación, ni siquiera las llaves de casa. El rostro todavía podía reconocerse perfectamente, pero nadie llamó a los teléfonos de emergencia pidiendo información ni tampoco se presentaron denuncias de desaparición. Mientras no aparezca un culpable, que incluso podría no llegar a identificarse nunca, la única prueba del delito es precisamente el cadáver. Por eso el tribunal decide que se preserve hasta que se resuelva el caso y se haga justicia. —Hizo una pausa—. Desde entonces han pasado años, pero él todavía sigue aquí.

«Desde hace *veinte años*», pensó Berish.

El vigilante probablemente le había contado la historia porque, al pasar tanto tiempo allí abajo, no tenía muchas ocasiones de hablar con los vivos. Pero el agente especial ya la conocía, porque se la había contado la madre de Michael Ivanovič aquella misma mañana.

Lo que el vigilante sin duda no imaginaba era que el secreto que se conservaba detrás de aquellos pocos centímetros de acero iba mucho más allá de un simple nombre. La razón que había empujado al agente especial a realizar aquella excursión nocturna al depósito estaba vinculada a un enigma mucho mayor y por el que demasiadas personas habían muerto.

El cuerpo era la solución.

—Abra —dijo—. Quiero verlo.

El vigilante hizo lo que le ordenaban. Accionó la válvula de ventilación para proceder a la apertura de la celda y esperó.

Poco después, el *durmiente* fue despertado.

La camilla avanzó sobre las guías, deslizándose hacia fuera por el hueco del frigorífico. Bajo una sábana de plástico estaba el precio que la madre de Michael Ivanovič había tenido que pagar al Señor de las buenas noches.

El cadáver.

El vigilante le descubrió el rostro todavía joven, a pesar de haber transcurrido veinte años. «Es el único privilegio de la muerte —se dijo Berish—: no se puede envejecer más.»

Y respecto al retrato robot obtenido con la descripción de Sylvia, en efecto, Kairus no había envejecido en absoluto.

El agente especial podría haberse quedado con la idea de que durante mucho tiempo aquella cara había sido su obsesión. O que, a través de un simple truco, el enemigo había hecho que fueran en busca de un muerto, mientras que, en cambio, el predicador seguía moviéndose tranquilamente a su alrededor.

Aun así, pensó en la ironía de haber descubierto al Señor de las buenas noches precisamente entre los *durmientes*.

No podía deshacerse del pensamiento de haber llegado al final de un callejón sin salida. Lo poco que había creído saber sobre el caso hasta entonces, o que le había sido revelado en los últimos días, podía ser un engaño.

No lo sabía, y ya no había modo de comprobarlo.

Y eso significaba que no tendría ninguna oportunidad de encontrar a Sylvia, y sobre todo de descubrir el destino de Mila.

—¿Y bien? ¿Quién es? ¿Cómo se llama? —preguntó el vigilante con impaciencia.

Berish se lo quedó mirando.

—Lo siento, no lo conozco.

El agente especial se volvió para subir de nuevo hasta la superficie. Sentía las piernas vencidas por un cansancio repentino.

El vigilante cubrió el rostro del cadáver que desde ese momento volvió a llamarse *AHF-93-K999*.

«A veces, si conoces el nombre del demonio, basta con pronunciarlo para que él te conteste.»

Pero Berish acababa de aprender que el secreto del demonio era precisamente que no tenía nombre. Así pues, no podía hacer más que marcharse.

Detrás de él, el vigilante empujó de nuevo la camilla hacia el interior de la celda y cerró la portezuela —a saber por cuánto tiempo más— con un estrépito metálico.

—El otro también dijo lo mismo.

Berish se paró en seco.

—¿Cómo?

El vigilante se encogió de hombros sin interrumpir la operación.

—El policía que vino aquí hace unos días. Él tampoco lo reconoció.

Por un instante, el agente especial no consiguió decir nada. Las palabras se le atascaron en la garganta. Después, al fin, pronunció una frase:

—¿Quién era?

El vigilante de los muertos señaló hacia el registro en el que anteriormente lo había hecho firmar.

—El nombre está escrito ahí, justo una página antes que la suya.

63

El hombre más buscado del momento regresó a la sede de la policía federal.

A las dos de la madrugada, el departamento parecía frenético como a mediodía, pero ningún poli habría imaginado que Simon Berish fuera tan estúpido como para ir precisamente allí.

Sin embargo, aparcó el Volkswagen en una callejuela lateral y se dirigió hacia la entrada secundaria que había utilizado unas horas antes para escapar y que llevaba directamente al Limbo.

Cruzó el umbral de la sala de los pasos perdidos y miles de ojos mudos se posaron sobre él. Se deslizó en medio de los desaparecidos como un intruso que se siente culpable por el solo hecho de estar vivo, o al menos por saber que no está muerto.

Sus pasos resonaron por todas las salas, anticipando su presencia, pero a Berish no le importaba.

Estaba seguro de que, aunque fuera tan tarde, alguien esperaba su visita.

Oyó ladrar a *Hitch*, probablemente había reconocido a su amo. Estaba atado junto a la puerta de su despacho. Berish lo acarició para que se calmara, le quitó la correa pero le indicó que se quedara sentado esperándolo.

La puerta estaba entornada, en el interior la luz estaba encendida y se entreveía una sombra.

—Pasa, pasa —lo invitó una voz masculina.

Berish apoyó la palma de la mano en la madera y la empujó lentamente al otro lado del umbral. El capitán estaba sentado frente

a su escritorio, todavía vestía el chándal azul con el escudo de la policía federal que llevaba por la tarde. Tenía las gafas apoyadas en la punta de la nariz: estaba escribiendo.

—Siéntate, ya casi he acabado.

El agente especial hizo lo que le decían. Se sentó del otro lado de la mesa, esperando a que Stephanopoulos terminara.

Al cabo de unos segundos, el comandante del Limbo dejó el bolígrafo para prestarle atención.

—Perdóname, pero era importante. —Y con calma se quitó las gafas—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Hasta ahora hemos intentado cazar a un fantasma.

—De modo que has encontrado el cuerpo. —Steph pareció alegrarse, pero la sonrisa desentonaba en su rostro pálido.

—La primera vez que Mila vino a verme, al restaurante chino, le dije que Kairus no existía, que era sólo una ilusión. No me equivocaba. —Berish calló un instante—. Has sido tú quien ha hecho desaparecer a esas personas. Pero hace veinte años, los medios de comunicación y la opinión pública estuvieron a punto de echarlo todo a perder cuando encontraron una relación entre los siete primeros desaparecidos, a los que, ingenuamente, bautizamos como los insomnes.

—Era bastante inexperto —admitió Steph con cierto pesar—. Pero después mejoré.

—En aquella época tuviste que despistar la investigación antes de que te descubrieran. Y sólo había una manera: inculpar a otra persona. Después dejarías pasar un poco de tiempo y las desapariciones volverían a empezar. Pero esta vez sin obstáculos.

—Veo que has venido preparado.

—Hace veinte años te pusiste en contacto con la madre de Michael Ivanovič, que trabajaba como forense en el depósito. Le garantizaste que salvarías la vida de su hijo, asegurándole una nueva familia y los tratamientos necesarios... La convenciste con la misma promesa de cambio que le hiciste a Sylvia.

Steph juntó las manos debajo de la barbilla en un gesto de asentimiento.

—Pero pediste un precio: un cadáver anónimo. Para contentarte, la madre de Michael sólo tuvo que esperar a que se presentara la ocasión oportuna, que no tardó en llegar: un cuerpo sin identidad, encontrado casualmente en el parque por algunos chicos que jugaban al fútbol. Nadie se daría cuenta del engaño, los muertos de ese tipo van y vienen del depósito, la policía tiene casos importantes de los que ocuparse antes que del homicidio de un pobre desgraciado sin nombre con un proyectil en la cabeza. No era importante la fecha de la muerte en el peritaje del médico legal, de todos modos la señora Ivanovič la habría modificado, haciendo pasar la muerte a un mes antes. —Berish hizo una pausa—. Ese pobre hombre no podía morir «oficialmente», ¿verdad? Tenía que esperar treinta días para darte tiempo de llevar a cabo tu plan... Y así creaste a Kairus. La madre de Michael sacó una foto del rostro todavía íntegro del cadáver para que tú pudieras mostrársela a Sylvia, instruyéndola sobre lo que tenía que testificar ante la policía.

—Qué bonita esa historia sobre Kairus sonriendo para ser recordado, ¿verdad? —dijo satisfecho—. Una ocurrencia que hasta a mí me sorprendió.

—Cuando Sylvia apareció, nosotros la pusimos bajo protección. Pero no iba a ser por mucho tiempo... Porque, para que todo funcionara, también tenías que hacer desaparecer al testigo.

—Así es.

—La prueba de que Kairus la había cogido era el mechón de pelo de Sylvia que envió unos días después al departamento.

—Con la fecha de la muerte aplazada, el cadáver del depósito constaba que todavía estaba vivo el día del rapto de la testigo. Nadie habría adivinado el engaño —dijo Steph, y sonrió—. Si más tarde alguien hubiera insistido en buscar al Señor de las buenas noches, habría hecho que se topara con un cuerpo sin identidad. Caso cerrado.

—Muerte casual del culpable: un golpe de suerte, un regalo de la fortuna. Aun sonando como una burla, la falsa verdad habría puesto fin a las pesquisas sin dejar flecos. —Berish se sintió cómplice de repente—. Pero no fue necesario: se echó tierra sobre la investigación antes de que eso ocurriera. Gracias a Joanna, a

Gurevich y a mí. Y tú, que eras nuestro comandante, sólo tuviste que dar el visto bueno. Y si alguno de nosotros, por ejemplo yo, no se hubiera resignado, ese cuerpo sin nombre de la sala número 13 estaría allí esperándolo.

Stephanopoulos aplaudió tres veces, muy lentamente, aprobando cada una de sus palabras.

—Todavía queda un detalle —afirmó—. Y estoy seguro de que ahora me lo preguntarás.

Y Berish lo satisfizo:

—¿Por qué?

El labio le temblaba, pero Steph igualmente pareció contento con la pregunta.

—Porque las personas a las que ayudaba a desaparecer eran pobres infelices. La vida los había privado de cualquier alegría, incluso de dignidad. Mira a André García, el primero de todos, un perseguido que tuvo que abandonar el ejército a causa de su homosexualidad. O Diana Müller, obligada a pagar las culpas de la mujer que la trajo al mundo. Roger Valin, que tuvo que cuidar a su madre mientras estuvo viva. ¿Y Nadia Niverman? Nunca podría haber escapado del bastardo de su marido. Por no hablar de Eric Vincenti, un policía que día tras día se atormentaba delante de mis ojos, en este mismo despacho, con los casos de desapariciones que no conseguía resolver. Todos merecían una segunda oportunidad.

—Utilizaste los recursos y la experiencia del Programa de Protección de Testigos para llevar a cabo tu absurdo plan. Tenías acceso al dinero y a los documentos para crear falsas identidades, los mismos instrumentos que usábamos para dar una nueva vida a los que colaboraban con la justicia.

—A *criminales* —lo corrigió Steph—. Esa gente no merecía nuestra ayuda.

El capitán se esforzaba por parecer tranquilo, pero su frente estaba perlada de sudor.

—¿Cómo lo hacías para convencerlos por teléfono? —preguntó Berish.

—Ellos me necesitaban. Sin saberlo, llevaban toda la vida esperándome. La demostración es que se fiaban incluso si yo no aparecía nunca. Daba todas las instrucciones diciendo que, si de verdad deseaban un cambio radical, tenían que dirigirse a la habitación 317 del Ambrus Hotel, tenderse en la cama y tomarse un somnífero, un billete sólo de ida hacia lo desconocido.

—O hacia el infierno.

—Después llegaba y los salvaba de sus miserables vidas, y a veces también de sí mismos, llevándomelos en el montacargas.

—En los últimos tiempos, con la ayuda de Eric Vincenti.

Steph sonrió.

—Lo escogí a propósito: me estaba haciendo viejo.

—Y, cuando se despertaban, ¿qué ocurría? —El agente especial no podía esconder su propia amargura.

El capitán sacudió la cabeza decepcionado.

—¿No te das cuenta? Les regalaba un nuevo destino. Y podían empezar desde el principio. ¿A cuántos hombres se les concede esa oportunidad?

El agente especial sabía que algo no funcionaba en la psique de su viejo superior.

—¿Cuándo perdiste el contacto con la realidad, Steph? ¿Cuándo dejaste de distinguir lo que es verdad de lo que no lo es?

En el labio del capitán apareció de nuevo el temblor de un rato antes.

—Y ¿por qué yo? —Berish lo preguntó casi suplicando, y se odió por ello.

—Estás pensando en Sylvia... —Steph se inclinó hacia él para mirarlo a los ojos—. Pero no eres distinto de los otros polis. A ti no te importaba realmente la chica, sino sólo el modo en que te hacía sentir. ¿No se te ha pasado nunca por la cabeza que tal vez no eras la elección adecuada para ella?

—Te equivocas —rebatió Berish.

—Una lección que he aprendido en mis años de carrera es que nadie se interesa realmente por las víctimas, no les importan nada ni

a la policía, ni a los medios de comunicación ni a la opinión pública. De tal manera que al final todo el mundo acaba recordando el nombre de los culpables, pero el de las víctimas se olvida. Y el Limbo es la prueba de que tengo razón. —Steph empezó a acalorarse y levantó la voz—. Estáis todos interesados en capturar al monstruo, en conocer el nombre del monstruo, en condenar al monstruo en vuestros tribunales... Por eso creé a Kairus, para vosotros. —Prorrumpió en una grosera carcajada—. Era el nombre del gato de nuestros vecinos cuando era pequeño. Lo elegí al azar, ¿te das cuenta?

Berish reflexionó sobre ello y se sintió traicionado.

—E hice de él tu obsesión —continuó el capitán—. Durante todos estos años has vivido gracias a él.

—Él ha vivido gracias a mí. —Berish dio un puñetazo en la mesa —. Se apoderó de mi vida para tener una propia. —Hizo una pausa intentando calmarse—. Es más, eres tú quien me ha robado la existencia, porque Kairus eres tú.

Steph parecía divertido.

—No sabes de qué hablas.

—La hipótesis del mal —dejó escapar Berish.

Pero el capitán no lo entendió.

—¿Qué?

—Cuando se hace el mal para hacer el bien. Y el bien puede transformarse en mal.

—¡Yo los salvé! Jamás le he hecho daño a nadie.

Berish se lo quedó mirando.

—Sí lo has hecho. Nunca has perdido de vista a los desaparecidos, tal vez para disfrutar del buen trabajo que habías llevado a cabo. Te sentías un benefactor. Pero cuando empezaste a notar que no estaban contentos con la nueva vida que les habías proporcionado, los convenciste para que regresaran y se vengaran de todo y de todos. Tú eres el predicador.

—No, no es cierto —intentó defenderse el capitán, alarmado por las acusaciones del agente especial—. El Señor de las buenas noches existe de verdad. —Los ojos de Steph estaban abiertos como platos igual que los de un hombre vencido por el terror—. Hemos sido

nosotros. Al ir tras él todos estos años, lo hemos invocado. Y al final él ha aparecido.

—Lo que dices no tiene sentido. Estás loco.

Steph alargó la mano sobre la mesa y cogió el brazo de Berish.

—Por eso fui al depósito hace unos días. Tenía que estar seguro de que Kairus todavía estaba en la cámara frigorífica y no se había despertado, saliendo de allí por su propio pie. Después de tantos años, yo, su creador, tenía que mirarlo a la cara.

Berish apartó el brazo.

—Para ya, Steph, fuiste tú quien nos juntaste a Mila y a mí.

El capitán, sin embargo, ya no lo escuchaba.

—Yo no puedo detenerlo. Yo ya no puedo hacer nada. —Se echó hacia atrás en su silla, llevándose la mano al regazo.

—Sí puedes: dime dónde está ella.

La mirada de Steph regresó de repente a Berish.

De debajo del escritorio, el agente especial vio aparecer una pistola. El cañón fue a apoyarse bajo la barbilla del capitán. El trueno del disparo coincidió con su última palabra:

—Encuéntrala.

Stephanopoulos cayó con el tronco hacia adelante, desmoronándose de cabeza sobre el escritorio. Los papeles que lo cubrían se esparcieron por la habitación. En ese momento Berish reaccionó, levantándose de golpe.

Mientras el perro, fuera, se ponía a ladrar, el agente especial rodeó la mesa y le cerró los ojos con un gesto amable.

Al darse cuenta de que llevaba las manos manchadas de sangre, dio un paso atrás. También era culpa suya. La frente sudada, el temblor del labio, la palidez de Steph eran señales que anunciaban ese gesto descabellado, pero él no había sabido interpretarlos.

Mientras intentaba poner orden en lo que había ocurrido, sus ojos se posaron en el arma con la que el capitán se había suicidado y que yacía junto a él.

Leyó el texto grabado en el perfil de la empuñadura. Un número de licencia y, lo más importante, las iniciales del policía a quien pertenecía.

M. E. V.

«María Elena Vasquez», se dijo. Era el arma que Mila había perdido en el edificio de ladrillos rojos antes del incendio. Berish no podía creerlo: Stephanopoulos estaba en el nido de Kairus aquella noche. Escapó mientras le disparaba. Si al menos le hubiera dado, ahora ya haría tiempo que esa historia habría terminado.

Pero el agente especial también comprendió otra verdad: estaba jodido.

Su Señoría y Klaus Boris creían que él había cogido aquella maldita pistola, ahora lo inculparían también por esa muerte. Lo acusarían de haber eliminado al testigo que quería incriminarlo. Y no sería suficiente con hacer desaparecer el arma: un peritaje balístico establecería que se trataba precisamente de la pistola de Mila... Sí, Mila, ese pensamiento lo estremeció.

Aunque, por un momento, se había olvidado de ella.

La muerte de Steph borraba cualquier esperanza de encontrarla.

Simon Berish permaneció inmóvil durante un buen rato, observando la escena. Todo en aquella habitación lo acusaba de homicidio. Había obtenido las respuestas, pero ¿a qué precio? Ahora no sabía qué sería de él, o de Mila.

Por mucho que le pareciera imposible, tenía que permanecer lúcido. En otro caso, daba lo mismo entregarse enseguida. Si existía una sola posibilidad de salir indemne, tenía que encontrarla ahora. *Después* era una palabra que no existía, *después* era una palabra que no significaba nada.

Lo primero que tenía que hacer era repasar lo que había ocurrido en aquel despacho desde que había puesto los pies en él. Sólo así encontraría los puntos débiles de la escena del crimen que podría utilizar en defensa propia si se daba el caso.

Volvió atrás, al momento en que había abierto la puerta. Steph lo invitó a entrar, pero ya estaba sentado... y escribía.

Tal vez se trataba de una nota en la que explicaba las razones del suicidio.

Berish se precipitó a controlar las hojas que se habían esparcido por el suelo. No podía saber cuál de ellas contenía lo escrito, no se había fijado, maldición. Las examinaba descartándolas frenéticamente. Pero después un texto llamó su atención por la caligrafía insegura, apresurada: la de un hombre desesperado que ya ha decidido acabar con todo. Si era o no la pista correcta, Berish no tenía más que una posibilidad.

«Encuéntrala», le había dicho Steph un segundo antes de morir.

En aquella hoja, efectivamente, había una dirección.

64

El pueblecito se encontraba a unos doscientos kilómetros de la ciudad.

Para llegar allí utilizó el Volkswagen de Stephanopoulos. Coger un tren o un autobús habría sido demasiado arriesgado en su situación. Hizo el trayecto sin entrar en la autopista, escogiendo carreteras secundarias y evitando dos puestos de control.

Coger el coche de un difunto, sobre todo cuando él iba a ser acusado de su muerte, no era la mejor de las ideas. Pero Berish no tenía otra opción. Condujo toda la noche, calculando —o, mejor dicho, esperando ardientemente— que el cadáver de la oficina del Limbo no fuera descubierto hasta al cabo de algunas horas.

Antes de salir, dejó a *Hitch* en una residencia canina explicando que se trataba de una emergencia. No se vio con ánimo para llevárselo, no sabía con qué iba a encontrarse y tenía miedo de que le ocurriera algo a su único amigo.

El temor tal vez era infundado, pero últimamente a Berish lo asaltaba una extraña paranoia. Las personas a las que quería desaparecían de su vida. Primero había sido Sylvia, después Mila. La agente había sido un pensamiento fijo durante todo el viaje. Berish no podía quitarse de la cabeza que él también era responsable de lo que le había ocurrido.

Sí... pero *¿qué* le había ocurrido?

La imposibilidad de contestar lo llevaba a asumir más riesgos. Como, por ejemplo, conducir hasta una dirección desconocida de una ciudad que nunca había visitado antes.

Llegó a las puertas de la población hacia las seis de la mañana del sábado. Las calles estaban desiertas, excepto por alguna persona que hacía footing o paseaba al perro. Los coches de los vecinos, en su mayoría oficinistas, se hallaban ordenadamente aparcados en los senderos.

Berish siguió las indicaciones de un plano que había comprado en una estación de servicio y llegó a la zona en la que se encontraba la dirección, un barrio tranquilo en el límite opuesto de la ciudad. Hasta hacía algún tiempo, debía de haber sido todavía pleno campo.

Buscó el número y vio que correspondía a una casa blanca de dos plantas con el tejado a dos aguas y el jardín bien cuidado.

Aparcó junto a la acera y, sin bajar del coche, intentó escrutar el interior a través de las ventanas. Al mismo tiempo también se esforzó en examinar lo que tenía delante de los ojos.

Ante todo, la casa no tenía el aspecto de un escondite o de una prisión. Parecía la vivienda de gente con una discreta disponibilidad económica. «Gente que ahorra para mandar a sus hijos a la universidad —se dijo—. En resumen, gente que tiene una familia.»

Pero también podía ser sólo una fachada.

Berish no podría haber dicho si allí dentro se escondían los seguidores del predicador que tenían prisionera a Mila. Quizá al cabo de un rato vería salir a Eric Vincenti, su colega del Limbo, y tendría la confirmación de que no se equivocaba. Pero, por el momento, debía permanecer en el coche y esperar. Dejarse vencer por el ansia de comprobarlo no habría servido de nada, y además iba desarmado. ¿Qué podía hacer?

Se estaba enfrentando a un grave peligro y estaba solo.

El ejército de las sombras se hallaba a su alrededor, por todas partes y en ningún lugar. Detrás de cada uno se escondía una multitud invisible. Así era su enemigo: una única alma malvada y muchas caras. Pero no había nada de demoníaco en todo ello, recordó Berish. Siempre existía una explicación racional. Por eso el agente especial sabía que aún podía ganar.

El cansancio por las demasiadas horas transcurridas sin dormir empezaba a hacerse sentir. Le dolían los músculos de la espalda, contraídos a causa del estrés. Se apoyó un instante con los brazos

en el volante y sintió un alivio inesperado. La tensión nerviosa empezó a ceder, al tiempo que los párpados caían por el efecto del calorcito que reinaba en el habitáculo. Sin darse cuenta, se estaba abandonando al sueño.

Cerró los ojos, olvidándose de todo. Pero bastó un segundo y una sacudida de adrenalina lo devolvió de nuevo a la realidad. En ese momento fue cuando vio a la mujer en bata que volvía a casa después de haber salido a recoger el periódico del sendero.

La última vez que había visto a Sylvia había sido una noche de finales de junio. Sólo después de su desaparición se dio cuenta de que ni siquiera poseía una fotografía suya, por eso, durante veinte años, la única imagen de ella la tenía guardada en su memoria.

Cuánto esfuerzo le había costado no perder ni siquiera una pequeña arruga de aquel rostro. Cuántas veces el recuerdo había amenazado con desvanecerse junto con el pasado. Cuánta pena había sentido el día en que se dio cuenta de que ya no recordaba el sonido de su voz.

Aquella noche de junio —la que sería clasificada para siempre como *la última*—, cenaron en la terraza, sin preocuparse del peligro. Como un verdadero matrimonio.

Cualquiera que los hubiera observado habría pensado que se trataba de la joven pareja del 37G. Nadie sospechaba que, en cambio, eran un policía y la testigo que él estaba protegiendo. Pero tal vez porque realmente estaban enamorados.

Cuando apareció el sentimiento —después de besarse por primera vez—, él tendría que haber abandonado su misión sin dudarlo. Sabía que involucrarse emocionalmente podía ser peligroso para ella y para sí mismo. Sin embargo, se quedó. Había decidido por ambos, y no había sido honesto.

Pero se dio cuenta demasiado tarde. Lo que le abrió los ojos fue lo que sucedió la mañana siguiente después de la fatídica última noche.

Antes de dormirse, hicieron el amor. Ella lo acogió sobre ella con un ímpetu generoso, hundiendo la cabeza en su hombro desnudo, respirando su piel.

Al amanecer, Simon todavía no se había saciado de su olor. De modo que alargó una mano entre las sábanas esperando tocarla. Pero ella ya se había levantado. Entonces se ilusionó con percibir al menos su calor, que se había quedado pegado a la tela y a la almohada.

Pero sólo notó frío.

En aquella época, aquella sensación, que ya nunca lo abandonaría en los años siguientes, simplemente lo alarmó. Se levantó como una furia, atándose la sábana a la cintura para cubrirse. La buscó por toda la casa, pero en su interior ya conocía la verdad.

Cuando el pánico le aferró el estómago, lo primero que hizo fue ir al baño a vomitar, sin duda el comportamiento menos apropiado para un policía experto. Así, levantando la cabeza del lavabo, vio un objeto sobre la repisa del espejo.

El tubo de los somníferos se lo hizo comprender todo.

Veinte años después, en una mañana muy parecida, Berish sintió las mismas ganas de devolver.

«Encuéntrala.»

Pero Stephanopoulos no se refería a Mila, ahora lo sabía.

Simon tenía miedo y, sin embargo, pensaba que estaba preparado. Todas las veces que se había permitido imaginar la posibilidad de encontrarla, la fantasía había conseguido llevarlo sólo al instante exacto en que la veía. Lo que ocurría después era un misterio que tendría que descubrir por sí mismo.

Por eso bajó del coche y, sin preocuparse de nada, se dirigió hacia la puerta de entrada.

65

Cuando Sylvia abrió era idéntica a como la recordaba.

Incluso la trenza azabache seguía siendo la misma, sólo que levemente cana.

Se ajustó la bata y empleó unos segundos en comprender quién era el hombre que tenía delante.

—Oh, Dios mío... —dijo de repente.

Berish la estrechó entre sus brazos sin saber exactamente qué hacer. El contacto físico no había sido su fuerte después de ella. Estaba enfadado, decepcionado, amargado. Pero las sensaciones negativas poco a poco se disiparon, dejando paso a un sopor benévolo, como si una silenciosa fuerza del universo hubiera intervenido para poner las cosas en su sitio.

Sylvia se separó de él y lo miró otra vez, sonriéndole incrédula. Pero la expresión feliz se convirtió de inmediato en aprensión.

—¿Estás herido?

Berish bajó la mirada siguiendo la de ella y vio que en sus manos había sangre incrustada, al igual que en su ropa. Había olvidado que se había manchado mientras intentaba socorrer a Steph.

—No, no es mía —se apresuró a precisar—. Te lo explicaré.

Ella echó un vistazo alrededor, a continuación lo cogió de un brazo y, amablemente, lo metió en casa.

Después de ayudarlo a quitarse la americana, lo hizo sentar en el sofá. Y ahora le lavaba la sangre del cuello con una esponja mojada.

Berish se sorprendió por ese gesto de intimidad, pero la dejó hacer.

—Tengo que irme. Me buscan, no puedo quedarme.

—Tú no vas a ir a ninguna parte —le contestó ella amable pero decidida.

Él la contentó y por un instante se sintió como en casa. Pero aquélla no era su casa. Había fotos enmarcadas sobre los muebles y en las paredes que lo demostraban. Reflejaban a una Sylvia muy distinta. Sonriente. El agente especial tuvo un sentimiento de estar fuera de lugar y de desagrado, porque él nunca la había hecho reír así.

En las imágenes aparecía un niño con ella que luego se convertía en un joven. Berish tenía toda la historia de aquella transformación ante sí. Un rostro extrañamente familiar. Y Simon pensó en el hijo que podrían haber tenido juntos.

Pero lo que lo atormentaba era el rostro que no se veía en aquellas fotos. El rostro de quien las había sacado.

Sylvia se dio cuenta de que sus ojos inspeccionaban la sala.

—Es guapo mi chico, ¿verdad?

—Me imagino que estás muy orgullosa de él.

—En efecto —se complació—. Ahí todavía era un niño. Pero ahora ha crecido, ¿sabes? Si vieras en lo que se ha convertido... Como para hacerte sentir viejo y superado.

—¿No existe el riesgo de que vuelva de un momento a otro? ¿Y si me encuentra aquí?

Berish hizo además de levantarse, pero ella le puso delicadamente una mano en el hombro, haciendo que volviera a sentarse.

—No te preocupes. Se ha ido una temporada, dice que tiene que vivir «sus experiencias». —Frunció el ceño—. Y, al fin y al cabo, ¿quién soy yo para detenerlo? Los hijos son así: un día te piden leche con cacao y al siguiente pretenden ser independientes.

Cuando poco antes se había encontrado delante de Sylvia, Berish temió que Steph, el predicador, también hubiera ido a verla para convencerla de que realizara un acto homicida, como una especie de comisión por el bien que le había hecho veinte años

atrás. Pero tal vez el capitán ni siquiera lo había intentado, porque con ella el plan de una nueva existencia había funcionado completamente. No había rastro de desilusión en aquella casa, ni de rencor del que aprovecharse.

Berish apartó la mirada de Sylvia porque le urgía hacerle una pregunta.

—Me preguntaba quién había sacado las fotos en las que estás junto a tu hijo. —Luego se corrigió—: Quiero decir, si tienes un marido o un compañero, no sé...

Ella dejó escapar una mueca divertida.

—No hay ningún hombre en mi vida.

Simon no quería dejar que se le notara, pero estaba contento por la respuesta. Sin embargo, se arrepintió casi enseguida de su egoísmo, porque Sylvia siempre había estado sola en el mundo y tal vez se habría merecido una familia más que nadie.

—¿Qué has hecho durante estos veinte años? —Se esperaba una respuesta que diera un sentido al tiempo que había pasado esperándola.

—He olvidado. —El tono de Sylvia fue claro—. Es difícil, ¿sabes? Requiere determinación y tenacidad. Cuando me conociste, era una chica infeliz. Nunca supe quiénes fueron mis padres. Pasé parte de mi infancia en un centro de acogida. Nadie cuidó de mí de verdad. —Pero después de la última frase, bajó los ojos arrepentida—. Obviamente, no me refiero a lo que hubo entre nosotros.

—Yo, en cambio, me he pasado todo este tiempo intentando recordarlo todo de ti. Pero los detalles desaparecían sin que pudiera evitarlo.

—Lo siento, Simon —lo interrumpió—. Lamento que hace veinte años tuvieras problemas por mi culpa. Al fin y al cabo, eras policía.

—¿Problemas? —Berish estaba asombrado—. Yo te amaba, Sylvia.

Pero por la expresión de su rostro comprendió que para ella no significaba lo mismo.

Había estado engañándose durante veinte años. Se sintió como un idiota por no haberlo visto antes.

—No podrías haberme salvado de mi tristeza —intentó consolarlo ella—. Sólo yo podía hacerlo.

Las últimas palabras de Sylvia llevaron a la mente de Berish la historia que le había contado Mila a propósito del vagabundo que merodeaba debajo de su casa y al que siempre dejaba algo de comer.

«Quiero hacerlo salir de su madriguera para poder mirarlo a la cara... No es que me importe, es que tengo que descubrir si se trata de uno de los habitantes del Limbo...»

Unas pocas frases con las que había descrito su total falta de empatía.

«Me da igual saber si es feliz o no. Total, la felicidad de los demás sólo nos interesa cuando refleja la nuestra...»

Berish de repente comprendió que no era muy distinto de Mila. En realidad nunca se había planteado lo que sentía Sylvia. Había dado por sentado que ella era feliz sólo porque lo era él.

Siempre pretendemos una correspondencia a nuestros sentimientos, y cuando no se nos concede, lo consideramos una traición; el agente especial se dio cuenta de todo en pocos instantes.

—No necesitas justificarte —le dijo a Sylvia, acariciándola—. Alguien te ofreció una nueva vida y tú la aceptaste.

—Mentí para tenerla. —Se refería al falso testimonio relacionado con el retrato robot de Kairus—. Pero, por encima de todo, te engañé a ti.

—Lo que cuenta es que tú estés bien.

—¿Lo dices en serio? —Tenía lágrimas en los ojos.

Berish la cogió de la mano.

—Lo digo en serio.

Sylvia le sonrió agradecida.

—Voy a prepararte un café y te buscaré una camisa limpia —le dijo—. Una de mi hijo debería irte bien. Tú descansa un poco, ahora vuelvo.

El agente especial la vio levantarse y salir de la habitación con la esponja con que lo había limpiado. No le había preguntado el nombre de su hijo, ni ella se lo había dicho. Pero tal vez era mejor así: esa parte de la vida de Sylvia no le pertenecía.

Se dio cuenta de que durante años había estudiado antropología para entender a las personas, pero siempre había dejado de lado que el análisis del comportamiento humano pasaba necesariamente a través de la esfera emocional. Porque cada gesto —incluso el más insignificante— estaba dictado por un sentimiento. Le había bastado la breve charla con Sylvia para intuir lo que podía haberle ocurrido a Mila.

Klaus Boris había dicho que había salido corriendo de casa de su madre y que estaba turbada.

Hasta ese momento, Berish no había dado importancia al breve resumen. Sin embargo, ahora presentía que, probablemente, Mila debía de haberse sentido herida la noche antes de desaparecer.

Y seguramente tenía relación con su hija.

Recordó que, después de saber que Kairus era un predicador, Mila ya no quería seguir con la investigación; le daba miedo el parecido con el caso del Apuntador y que pudiera repercutir en la niña.

Si entre ella y la pequeña había sucedido realmente algo, entonces sólo había un sitio al que podía ir.

El lugar que para muchos —incluida Sylvia— había representado la solución para su infelicidad. Donde, como había dicho Stephanopoulos, Mila podría haber encontrado un billete sólo de ida hacia lo desconocido.

—Cómo he podido ser tan insensible... —Sin darse cuenta, Berish había pronunciado la frase final de aquel pensamiento en voz alta.

Advirtió que Sylvia, que se hallaba en la puerta con una camisa limpia en la mano, seguramente lo había oído.

—¿Por qué no me cuentas el motivo por el que te están buscando? —le preguntó mientras su rostro se ensombrecía.

—Es una larga historia, y no quiero que te veas implicada. Por tanto, ahora saldré de aquí y tú podrás retomar tu vida. Nadie me relacionará contigo o con tu hijo, te lo prometo.

—Por lo menos duerme un rato, pareces cansado. Puedes echarte en el sofá, te traeré una manta.

—No —dijo él. Y esta vez estaba seguro—. He obtenido una respuesta y era lo que más deseaba. Ahora tengo que irme: una persona me necesita.

66

La puerta giratoria lo proyectó de nuevo a la dimensión suspendida del Ambrus Hotel.

Berish tuvo la impresión de no haber entrado simplemente en un hotel. Una vez más, fue como haber cruzado la frontera de un mundo paralelo, una burda imitación del mundo conocido, obra de un farsante. Al agente especial no le habría sorprendido descubrir que, por ejemplo, la gravedad allí no funcionaba y se podía caminar por las paredes.

Probablemente *Hitch* también notó una sensación parecida, en vista de que daba la impresión de estar inquieto. Lo había recogido de la residencia canina porque necesitaba su olfato. El perro estuvo contento de volver a ver a su amo y lo llenó de fiestas.

—Eh, ese animal no puede entrar aquí —lo increpó enseguida el portero, que apareció por la cortina de terciopelo rojo al otro lado del mostrador de recepción.

Berish notó que iba vestido como la primera vez: vaqueros y camiseta negra. Habría jurado que, respecto a entonces, los tatuajes de los brazos estaban menos descoloridos y que el pelo canoso cortado a cepillo en cierto modo había recuperado color. Y se sintió como si hubiera hecho un viaje atrás en el tiempo y ahora se encontrara frente al mismo portero pero más joven.

No obstante, eran falsas percepciones, fruto de una ansiedad indigesta y de la necesidad de atribuir un sentido —por absurdo que fuera— a lo que en los últimos años había ocurrido entre aquellas paredes.

El entorno conservaba una energía.

Era el residuo de los coitos clandestinos, o del paso de miles de vidas por aquellas habitaciones, gente que simplemente había

dormido o que había dado vía libre a sus bajos instintos. En cada ocasión, después se hacían las camas, las sábanas y las toallas se lavaban, se limpiaba la moqueta, pero aun así quedaba el rastro invisible de aquella primitiva humanidad.

El portero intentaba cubrirlas con la suave voz de Édith Piaf, inútilmente.

Sin preocuparse de la advertencia que le había hecho por llevar el perro, Berish se acercó al mostrador de recepción para hablar con el hombre, pasando por delante del viejo ciego de color que se sentaba siempre imperturbable en el sofá gastado.

—¿Se acuerda de mí?

El portero lo escudriñó un instante.

—Hola —dijo para confirmárselo.

—Necesito saber si la amiga con la que vine la otra vez ha vuelto a venir hace poco.

El hombre lo pensó un rato, después frunció el labio y negó con la cabeza.

—No la he visto.

Berish intentó saber si le estaba diciendo la verdad. Pero por la manera en que *Hitch* daba vueltas a su alrededor, tratando de llamar la atención, comprendió que el perro percibía su olor.

Mila había estado allí.

Sin embargo, el agente especial no tenía pruebas para asegurarlo, ni podía acusar al portero de mentir.

—¿Alguien ha reservado la 317 en los últimos días?

—El negocio no va muy bien. —Para confirmárselo, indicó el soporte de las llaves a su espalda—. Como ve, la llave siempre está aquí.

Con mucha calma, Berish se inclinó entonces sobre el mostrador y lo cogió por la camiseta.

—Eh, señor —protestó él. Sin que el agente especial hubiera dicho nada, añadió—: Yo no sé lo que ocurre en las habitaciones, y tampoco controlo quién entra o sale por esa puerta. Soy el único portero, incluso de noche. Me quedo encerrado en mi agujero en la parte de atrás y sólo salgo cuando alguien quiere una llave, aquí se paga al contado y por anticipado.

Berish lo soltó.

—Durante mi primera visita hablaste de un suceso sangriento que sucedió en la 317 hace treinta años...

El portero no parecía muy contento por tener que recordar la historia. Como si aquello lo cohibiera.

—Evidentemente hace treinta años yo no estaba. Además, no hay mucho que contar.

—Hazlo de todos modos, tengo curiosidad.

La mirada del hombre se ensombreció.

—Amigo mío, la curiosidad tiene un precio por estas tierras.

Berish comprendió el mensaje, se metió una mano en el bolsillo y le tendió un billete.

El portero lo hizo desaparecer detrás del mostrador.

—Una mujer fue asesinada con veintiocho puñaladas. Por lo que yo sé, nunca encontraron al asesino. Pero había un testigo: la hija pequeña, que consiguió salvarse escondiéndose debajo de la cama.

Al agente especial le habría gustado preguntar si de verdad ése era todo el misterio. Se esperaba una pista, algo que le hiciera ver si existía un vínculo especial entre Stephanopoulos y la habitación 317. Sin embargo, la intuición que había tenido la primera vez que había ido allí todavía era válida.

El predicador la había elegido basándose en una estrategia concreta. La habitación más solicitada también era la menos sospechosa. Y era perfecta si estaba cerca del montacargas.

Si Mila realmente había vuelto al Ambrus Hotel —y sobre eso él no tenía ninguna duda— y Steph la había ayudado a desaparecer, se había tratado de un alejamiento voluntario.

La agente había llegado al punto de inflexión. Ya no volvería atrás.

A esas alturas ya nadie podía exculpar a Berish. Le endosarían el homicidio de Steph, y eso bastaba para echarle encima también la responsabilidad de lo demás.

Un culpable vivito y coleando es más noticia que un predicador muerto y enterrado.

Tenía razón el capitán. A nadie le importan las víctimas. Todos quieren al monstruo.

Y él estaba preparado.

67

La puesta de sol drenaba la luz del valle.

Berish observaba el panorama sentado en un banco del parque público mientras acariciaba a su perro con una mano. Había estado vagando toda la tarde y ahora ambos estaban cansados.

Hitch había intuido que pronto se separarían, que el paseo silencioso hasta su sitio preferido en realidad era un adiós. Tenía el hocico apoyado en las rodillas de Berish y lo escrutaba con unos ojos castaños increíblemente humanos.

Lo había recogido cuando todavía era un cachorro, directamente del criadero. Todavía recordaba la primera noche que había pasado en su casa: el recinto improvisado para que no pudiera salir de la habitación, la pelota que compró a la vez que la comida para perros para hacerlo jugar, la vivacidad desorientada del cachorro ante un entorno desconocido, su llanto desesperado cuando su nuevo amo se fue a la cama.

Aquella vez, Berish no pudo resistirlo, aunque la criadora le dijo que ocurriría y que tenía que hacer como si nada si quería que se acostumbrara a estar solo. De modo que, después de una hora de gemidos y lamentos, se levantó y fue a consolarlo. Se tumbó —con *Hitch* echado entre sus piernas cruzadas— y lo acarició hasta que ambos se quedaron dormidos en el suelo.

Cogió a *Hitch* porque estaba convencido de que los perros no juzgaban, por lo que, para un renegado como él, *Hitch* era el amigo perfecto. Pero, con el tiempo, cambió de idea. Los perros saben juzgar mejor que nadie, sólo que afortunadamente para los seres humanos no saben hablar.

Berish ya había tomado la decisión de entregarse, pero todavía quería disfrutar un poco de su perro y de la apática libertad, porque

sabía que un hombre deja de ser libre no cuando lo esposan, sino en el momento en que empiezan a acosarlo.

Al cabo de pocas horas estaría en una sala de interrogatorios y tendría a alguien enfrente al que, con todo el corazón, deseaba confesar sus pecados. Aunque los únicos que sus colegas querrían escuchar eran los que no había cometido.

Sin embargo, antes tenía que hacer una última cosa. Se lo debía sobre todo a su único amigo. Y a una niña.

Un fugaz pesar lo atravesó y desapareció junto a la última gota de sol. Un mar oscuro había ocupado el valle. Las sombras, como una marea alta, ahora se movían hacia él.

Berish decidió que era el momento de irse.

Cuando la madre de Mila abrió la puerta reconoció el rostro del fugitivo que acababa de ver en el telediario.

—Disculpe —declaró Berish enseguida, porque tampoco sabía qué otra cosa decir—. No he venido a hacerle daño y no sé dónde está su hija, se lo juro.

La mujer lo observó, intentando rehacerse del pequeño susto.

—Me han contado cosas terribles sobre usted —afirmó ella.

Por un instante, Berish pensó que daría un portazo y llamaría a la policía. Pero no lo hizo.

—Lo último que Mila me dijo la noche antes de desaparecer fue que se fiaba de usted.

—Y ¿usted se fía de su hija? —preguntó Berish sin alimentar muchas esperanzas.

La mujer asintió.

—Yo sí. Porque Mila conoce la oscuridad.

Berish miró a su alrededor.

—No me entretendré mucho, ya he decidido que me entregaré en cuanto salga de aquí.

—Creo que es lo más correcto, al menos tendrá la posibilidad de defenderse.

«No será así», le habría gustado decirle Berish. Sin embargo, no dijo nada.

—Yo soy Ines. —La mujer le tendió la mano para presentarse.

El agente especial se la estrechó.

—Si está de acuerdo, tengo un regalo para su nieta.

Se apartó para que *Hitch* entrara.

—Había pensado acoger a un perro —admitió la mujer sorprendida—. Iba a hacerlo para distraerla de la desaparición de su madre.

Los hizo entrar y cerró la puerta.

—Es muy obediente —la tranquilizó Berish.

—¿Por qué no se lo cuenta a Alice? —propuso la mujer—. Se pondrá contenta, teniendo en cuenta que hoy no ha sido un buen día. Se cayó en el parque cuando iba corriendo.

—A los niños les ocurre —comentó Berish.

—¿Mila no se lo ha dicho? —La mujer parecía preocupada—. Alice no percibe el peligro.

—Nunca me ha hablado de ello.

—Tal vez porque ella misma cree ser un peligro para su hija.

Gracias a esa frase, Berish comprendió muchas cosas.

—Si quiere hablar con ella, está en su cuarto.

La mujer los acompañó y luego se quedó observando la escena desde el umbral. Berish entró el primero en la habitación. La niña estaba sentada sobre la alfombra, en camisón. Con la rodilla tapada con una gran tirita de colores.

Había preparado las cosas para el té. Las invitadas eran sus muñecas. Pero el sitio de honor estaba reservado a una de cabellos rojos.

—Hola, Alice.

La niña se volvió distraídamente para ver quién era el hombre que acababa de llamarla por su nombre.

—Hola. —Luego se concentró en el perro que estaba a la espalda del invitado.

—Yo soy Simon y él es *Hitch*.

—Hola, *Hitch*. —La niña aceptó el pequeño regalo de aquel nombre.

Al oír que lo llamaban, el perro ladró.

—¿Podemos sentarnos con vosotras?

Alice lo pensó un momento.

—Está bien.

Berish se sentó en el suelo y enseguida *Hitch* se echó junto a ellos.

—¿Te gusta el té? —preguntó la pequeña.

—Mucho.

—¿Quieres una taza?

—Con mucho gusto.

Le sirvió un poco de la bebida imaginaria y se la ofreció.

Berish sostenía la taza a media altura, buscando la fuerza para hablar.

—Soy un amigo de tu mamá.

La pequeña no hizo comentarios. Era como si estuviera buscando protegerse de un tema doloroso.

—Mila me ha hablado de ti, y me ha entrado curiosidad. Por eso estoy aquí.

La niña señaló la taza.

—¿No bebes?

Berish la levantó para llevársela a los labios. Sintió una punzada en el corazón.

—Tu mamá volverá pronto. —Lo prometió sin saber si le estaba diciendo la verdad o una mentira.

—Miss dice que no volverá nunca más.

Al principio, Berish no comprendió. Después recordó que Miss era el nombre que la niña le había puesto a su muñeca favorita. Se lo había dicho Mila durante la pelea que tuvieron, la última vez que hablaron.

«La provoqué yo», se dijo.

«—Entonces, dime, ¿cuál es su color favorito? ¿Qué le gusta hacer? ¿Tiene un muñeco con el que se duerme las noches en que tú no estás?

»—Es una muñeca con el pelo rojo y se llama Miss.»

—Tu mamá no puede estar sin ti —afirmó Berish dirigiéndose a la niña y rezando para que la profecía se hiciera realidad.

—Miss dice que, total, ella no me quiere.

—Bueno, se equivoca —replicó tal vez con demasiada vehemencia, con lo que se ganó una mirada aviesa de Alice—. Quiero decir... Miss no lo sabe, no puede saberlo.

—Vale. —Fue como si la niña simplemente tomara nota de ello.

Berish sintió la necesidad de seguir hablando. Pero no la conocía lo suficiente.

—El día que vuelva iréis al parque. O al cine, a ver una de esas películas de dibujos que tanto les gustan a los niños. Y comeréis palomitas, si te apetece.

Se dio cuenta de que su intento era algo torpe porque Alice se limitaba a asentir; los niños poseen la sabiduría del mundo y, a veces, les dan la razón a los adultos como se hace con los locos.

Al crecer, Berish también había perdido esa preciosa sensatez. Él también se había convertido en uno de los muchos locos que pueblan la tierra. Por eso decidió que ya era suficiente. Antes de ponerse de pie, Alice lo detuvo.

—Y ¿tú no vendrás con nosotras?

Ante la pregunta, el agente especial se sintió perplejo.

—Como tendré que estar fuera una temporada, me gustaría pedirte un favor.

La niña lo miró, esperando.

—Allí adonde voy no admiten perros... Por eso, si te apetece, tendrías que ocuparte de *Hitch*.

Alice abrió la boca maravillada.

—¿De verdad?

La pregunta, en realidad, iba dirigida a la abuela que estaba de brazos cruzados en la puerta. Después de recibir un gesto de asentimiento, cogió a su muñeca favorita e, inesperadamente, se la tendió a Berish.

—Estoy segura de que al lugar adonde vas no están prohibidas las muñecas, de modo que ella puede quedarse contigo y así te hará compañía.

Él no sabía qué decir.

—Cuidaré de ella, lo prometo. Y te juro que Miss estará a gusto conmigo.

La niña lo miró confusa.

—Ella no se llama Miss.

—¿Ah, no?

—No. Miss no es una muñeca. Es una persona.

Al agente especial lo asaltó un escalofrío maléfico. Un bolo áspero le obstruyó la garganta.

—Escúchame —dijo cogiéndola de los hombros para que lo mirase a la cara—. ¿Quién es esa persona de la que hablas?

La niña se interrogó un instante sobre la pregunta. Luego contestó como si fuera la cosa más natural del mundo:

—Miss es la señora que viene a darme las buenas noches.

Oír uno de los nombres de Kairus declinado en femenino hizo que la sangre dejara de circular por las venas del agente especial. Y cuando se recuperó fue como si, de repente, por una fuerza oscura y desconocida, la sangre hubiera empezado a correr en sentido contrario.

—Alice, es importante —dijo Berish—. Me estás diciendo la verdad, ¿no es así?

La niña asintió solemnemente.

«Cuando eres pequeño, tu habitación te parece el lugar más inseguro del mundo —pensó Berish—. Es el sitio en el que te ves obligado a dormir solo, de noche, con la oscuridad. El armario es el refugio de los monstruos y debajo de la cama se esconde siempre una amenaza.»

Pero Alice no era capaz de percibir el peligro, recordó...

Tal vez por eso su madre la vigilaba a distancia.

A pesar del terror, Berish sabía lo que debía hacer.

68

Las luces del apartamento de Mila estaban apagadas.

Excepto aquella verdosa producida por la pantalla del ordenador que se reflejaba en el rostro de Berish. En el recuadro, las imágenes de una toma del cuarto de Alice en modo nocturno. Alrededor del agente especial, centenares de libros, apilados como fortificaciones.

Había buscado en la memoria del portátil las grabaciones de las noches precedentes y había identificado la de hacía dos días, la noche de la desaparición de Mila.

En el vídeo, entrevió el reflejo de la agente en el espejo del armario mientras permanecía quieta en el pasillo. Estaba escuchando. Probablemente las frases que descubriría dentro de poco eran las mismas que la habían turbado.

Alice estaba sentada en la cama y hablaba en voz baja.

«Yo también te quiero —decía—. Ya verás, estaremos siempre juntas.»

Pero no se dirigía a la muñeca de cabellos rojos que estrechaba entre los brazos.

Había alguien de pie que se refugiaba en un rincón. Una sombra más oscura que las demás. Berish se vio obligado a acercarse a la pantalla para distinguirla.

«No te dejaré sola. Yo no soy como mi mamá, siempre estaré contigo.»

El agente especial no podía creérselo, una gélida cuchilla de miedo se clavó en su espalda.

«Buenas noches, Miss.»

Después de pronunciar esas palabras, la niña se metía entre las sábanas. Y en ese mismo instante, Mila salía corriendo.

Fue entonces cuando la sombra se apartó de la pared, dando un paso adelante para acariciar a la pequeña.

«Miss es la señora que viene a darme las buenas noches.»

No sabía que había una cámara filmándola. Por eso el gesto de levantar la cabeza en dirección al objetivo fue completamente espontáneo.

69

Una casa oscura inmersa en el silencio.

Simon Berish era sólo una silueta negra recortada en la parte de atrás de la puerta de servicio, que había cerrado a su espalda con cuidado.

Se arrepentía de haber dejado la pistola de Mila en el despacho de Stephanopoulos, ahora estaba completamente desarmado.

Pero probablemente Sylvia no se esperaba visitas a las tres de la madrugada. Tal vez estaba segura de que ya había ganado. O siempre estaba alerta. No podía saberlo.

Ahora ya no sabía nada.

La luz de las farolas de la calle penetraba como una niebla blanquecina en el entorno. Berish lo aprovechó para dejarse guiar en la inspección y se encaminó al comedor, sus pasos apenas eran un susurro. El oído aguzado para percibir cualquier sonido nuevo. Lentamente.

Al llegar al pasillo, lo primero que hizo fue volverse hacia el salón: el sofá donde ella le había limpiado la sangre de Steph con infinito y amoroso cuidado. Todavía podía sentir la caricia de su mano en el cuello, una marca sacrílega invisible.

Se encaminó a la escalera que conducía al piso de arriba. Tenía que descubrir dónde estaba Sylvia, imaginaba que a esa hora estaría durmiendo. Subió los escalones de uno en uno. La madera crujía; parecía que no iban a terminarse nunca.

Cuando llegó al rellano, esperó.

Antes de empezar, se detuvo frente a las fotos enmarcadas que colgaban en la pared, iluminadas por un fulgor amarillento, lunar. Aquella mañana Sylvia le había hablado de su hijo.

«Es guapo mi chico, ¿verdad?»

Y ahora, ahí estaba. En el parque de atracciones, en la playa, detrás de una tarta de cumpleaños. Ante una mirada atenta, sus sonrisas no parecían sinceras. No las mostraban. Se las ponían.

Y al mirar al chico, que en las fotos junto a su madre crecía como por efecto de un sortilegio, el agente especial tuvo de nuevo la sensación de que su cara le sonaba. Aunque esta vez reconoció las facciones de Michael Ivanovič.

«Ella no es mi madre.»

Tras el interrogatorio del pirómano no había sabido dar un sentido a aquella frase, pero ahora le quedó todo muy claro. Se había preguntado a quién había confiado Stephanopoulos el niño de seis años después de llevárselo de la habitación 317 del Ambrus Hotel. Ahora lo sabía: se lo había prometido a su preciosa testigo. Y Sylvia había aceptado el pacto a cambio de aquel regalo.

Ella lo había criado modelándolo según los preceptos del culto. Luego lo había devuelto para que llevara a cabo su misión de muerte. Sabía que, si lo capturaban, él nunca la traicionaría.

La hipótesis del mal encontraba una nueva demostración. El bien que se transforma en mal, que se transforma en bien y vuelve a transformarse en mal, un ciclo imparable de vida y de muerte.

Las piezas iban encajando. Pero, como ya había sucedido esa mañana, Berish se preguntó quién había inmortalizado con una cámara aquella estampa familiar.

Luego entrevió al fondo de una imagen el morro de un automóvil que conocía.

Era el Volkswagen de Stephanopoulos.

Y tuvo la confirmación que buscaba.

«Dos predicadores.»

Un hombre y una mujer. Nunca podría haber imaginado que el Señor de las buenas noches poseyera una doble alma: buena y malvada.

«Encuéntrala.»

La última palabra de Steph. Una invitación referida a Sylvia. Es más, a Kairus, se corrigió Berish.

«Hemos sido nosotros. Al ir tras él todos estos años, lo hemos invocado. Y al final él ha aparecido.» Eso había afirmado el capitán.

Y él había creído que era la locura quien hablaba.

Sin embargo, ahora no había tiempo para entretenerse en las implicaciones del descubrimiento. Todas las habitaciones que se asomaban al pasillo estaban abiertas; el agente especial empezó a examinarlas una por una. Cuando llegó a la última, vio que se trataba del dormitorio principal.

Se asomó para mirar mejor y vislumbrar a Sylvia sumergida en el sueño. Ya estaba pensando en una manera de neutralizarla.

Pero entonces descubrió que la cama estaba intacta.

Se detuvo a reflexionar. Era inútil preguntarse dónde se encontraba, podía estar en cualquier sitio. Pero Berish estaba convencido de que la casa todavía no le había desvelado todos sus secretos.

Volvió sobre sus pasos, por el pasillo, con la intención de proseguir la búsqueda abajo. Pero el instinto de poli lo empujaba a no pasar nada por alto.

Cuando se volvió para bajar la escalera, dando la espalda a la única ventana, se dio cuenta de que en la pared opuesta se balanceaba despacio una sombra delgada. Como un péndulo.

Levantó la mirada y vio que encima de su cabeza había una cuerdecita colgada del techo.

Se estiró para cogerla y después tiró de ella hacia abajo. La trampilla se deslizó por los ejes y ante él se desenrolló una escalera plegable. Como la lengua en la boca de un gigante. Como la pasarela para acceder a un segundo mundo.

Berish empezó a ascender hacia la buhardilla.

Sacó la cabeza por encima del suelo y respiró polvo y olor a velas apagadas. Una claraboya proyectaba un haz de gélida luz que formaba un charco blanco en medio de la gran habitación.

En torno a él, en las paredes, centenares de fotos.

El efecto era parecido al de la sala de los pasos perdidos del Limbo. Pero las caras que esta vez lo escrutaban desde los muros pertenecían a los desaparecidos de la habitación 317 del Ambrus Hotel.

«Vivos que no saben que están vivos. Y muertos que no pueden morir.»

Eran tristes como viejos fantasmas. Cansados como alguien con demasiados recuerdos que olvidar.

En el fondo de aquella colección de miradas, Berish reconoció la silueta tendida en un catre. No tuvo necesidad de preguntarse quién era. Corrió hacia ella y la cogió de la mano.

—Mila —llamó en voz baja.

No hubo reacción. Le aplicó la oreja a la boca esperando oír una respiración o notar su aliento en la piel. Pero estaba demasiado agitado y no podía determinar si todavía estaba viva. Le auscultó el corazón.

Sí palpitaba, aunque débilmente.

Quería dar gracias a Dios. Pero entonces vio en qué estado se encontraba. Sólo llevaba la ropa interior. Tenía el cabello empapado en sudor. Las braguitas amarillentas de la orina. Los labios agrietados por la sed. Las cicatrices de la piel eran viejas, pero los brazos desnudos estaban recorridos por nuevos moretones profundos y purulentos.

«Narcóticos por vía endovenosa», pensó. Le habían inducido un sueño parecido a un coma.

Igual que el hombre al que ella había amado: Berish conocía la historia y reconoció la aciaga coincidencia. Antes de hundirse en las profundidades de su inconsciente enfermo, aquel hombre le había dado a Alice.

Pero a Mila no iba a pasarle lo mismo: antes incluso que a ella, el agente especial se lo juró a sí mismo.

Sin preocuparse del peligro que podía encontrarse en la casa, la cogió en brazos para sacarla de allí. Pesaba poquísimo. Cuando se volvió, vio a Sylvia. Lo estaba observando.

—Si quieres, te echo una mano —dijo ella.

Esa frase —normal, sensata, juiciosa— le puso los pelos de punta más que una amenaza. No había locura en su rostro, ni maldad en su tono de voz.

—En serio, yo te ayudo a que te la lleves —insistió.

—No te acerques a ella —la conminó Berish con frialdad.

No iba armada, y llevaba todavía la misma bata. Veinte años después, había vuelto a engañarlo.

Con Mila entre los brazos, Berish avanzó en medio de las miradas de los desaparecidos que lo empujaban desde las paredes. Cuando llegó ante Sylvia, por un instante pensó que quería cerrarle el paso. Se observaron, como dos personas que intentan aprender a reconocerse. Y después ella se echó a un lado.

Bajó los peldaños de la escalera enrollable con cuidado para no perder el equilibrio. Sabía que ella todavía lo estaba mirando, pero la ignoró. Recorrió el camino hasta llegar abajo. Oía los pasos de Sylvia detrás de él mientras lo seguía guardando la distancia, como una niña.

El monstruo parecía tan frágil, y tan humano...

Antes de salir por la puerta principal, se volvió hacia ella. Una pregunta afloró a los labios del agente especial.

—¿Cuántos sois?

Sylvia sonrió.

—Una armada de sombras.

Cuando cruzó el umbral, las luces estroboscópicas de las sirenas lo deslumbraron. Sus colegas policías estaban desplegados delante de la casa. Pero no había hostilidad en ellos.

Vio a Klaus Boris, que iba a su encuentro con una expresión de alarma en el rostro.

—¿Cómo está? —preguntó refiriéndose a Mila.

—Necesita asistencia, enseguida.

La camilla con los sanitarios apareció por la espalda del inspector. Un enfermero lo liberó del peso del cuerpo exánime.

Berish dejó marchar a Mila y el último contacto fue una caricia. La pusieron en una ambulancia que partió con las sirenas desplegadas.

Él la siguió con la mirada mientras caminaba por la calle.

—Gracias por la llamada —le dijo Boris.

Pero Berish ni siquiera lo oyó. Al igual que no vio a los colegas que esposaban a Sylvia y se la llevaban en silencio.

Simon Berish —el poli paria— sólo tenía ganas de desaparecer.

LA HABITACIÓN 317
DEL AMBRUS HOTEL

Prueba 2121-CLLT/6

Transcripción de la grabación de las 23.21 horas del 29 de febrero de *****.
Asunto: llamada al número de emergencias de *****, realizada por el portero de noche del Ambrus Hotel.
Operador: agente Clive Irving.

[Nota: La llamada precede en treinta años los hechos actuales.]

Operador: Policía, dígame.
Portero: [Voz exaltada] Llamo del Ambrus Hotel, soy el portero. Hay una mujer muerta en una de nuestras habitaciones.
Operador: ¿Cuál es la causa de la muerte?
Portero: Tiene el cuerpo lleno de cortes y heridas, la han asesinado.
Operador: ¿Quién ha sido?
Portero: No tengo ni idea.
Operador: Está bien, señor. ¿El responsable podría estar todavía en el interior del hotel?
Portero: ...
Operador: Señor, ¿ha oído mi pregunta?
Portero: Sí, la he oído.
Operador: Entonces ¿puede darme una respuesta?
Portero: Había una niña en la habitación, ha sido ella la que nos ha abierto la puerta cuando hemos acudido después de oír los gritos.
Operador: No ha contestado a mi pregunta.
Portero: Oiga, no quiero faltarle al respeto... pero ¿ha entendido lo que acabo de decirle? La habitación 317 estaba cerrada por dentro cuando hemos llegado.
Operador: Entiendo, enseguida les envío una patrulla.

Fin de la grabación.

70

Le había comprado unas flores.

Después de pasar diez días en cuidados intensivos, debatiéndose entre la vida y la muerte, y diez más de hospitalización normal, Mila estaba a punto de ser dada de alta.

Berish no quería perderse el momento. Había ido a verla casi a diario. De noche se había quedado detrás del cristal de la sección de reanimación, observando cualquier mínimo cambio en el cuerpo adormecido. Estaba allí cuando los médicos la despertaron del coma farmacológico que le habían provocado después del que había sufrido por culpa de los potentes narcóticos que le habían sido suministrados durante su breve cautiverio. Mila había corrido un grave peligro, porque los opiáceos habían ralentizado su respiración y, sin oxígeno, se estaba muriendo lentamente.

Sin embargo, los médicos habían logrado salvarla. Los análisis excluyeron que el principio de hipoxia hubiera provocado grandes daños.

Mila tenía alguna dificultad motora, especialmente en una pierna, pero por lo demás estaba bastante bien.

Después de despertar, cuando la trasladaron a planta, las visitas de Berish se espaciaron. Intentaba evitar el desfile de autoridades ciudadanas y peces gordos del departamento que acudían a la cabecera de la cama de la nueva heroína que había que poner en el altar de los medios de comunicación.

La historia de Kairus había salido a la luz con un clamor exorbitante.

El único que no había ganado nada con ello era precisamente el agente especial. Pero, a fin de cuentas, seguir siendo una figura incómoda para la policía federal ponía a Berish a cubierto de

cualquier posible molestia. Como la de tener que exponerse como un mono amaestrado delante de micrófonos y objetivos.

El hecho de que todavía lo consideraran un paria, en el fondo, tenía sus ventajas.

Aun así, algo había cambiado. En el restaurante chino ningún colega lo había molestado más. Incluso un par de días antes, uno de ellos lo había saludado. Eran pequeñeces, lo sabía. A pesar de que el corrompido de verdad era Gurevich, él nunca quedaría rehabilitado ante sus ojos. Sin embargo, ahora podía entrar en el restaurante con la seguridad de que al menos lo dejarían terminar la comida en paz.

Mientras caminaba hacia la entrada del hospital, Berish se sentía ridículo con el ramo de gladiolos en la mano. Se había dejado convencer por el florista, pero ahora ya no estaba tan seguro de que fuera el regalo más acertado para Mila. No había nada de realmente femenino en ella. Tampoco era que fuese masculina, si acaso ocultaba algo más bien salvaje. Y era justamente eso lo que atraía a Berish.

Al llegar a la puerta automática de cristal, el agente especial distinguió un gran cenicero en el centro de la zona de fumadores y dejó allí el ramo de flores.

Seguidamente entró.

Mila tenía reservada una habitación individual en un ala vigilada por las fuerzas del orden. Berish llegó en un momento de gran agitación. En el pasillo se encontraban los policías que habían escoltado a alguien a la habitación.

El agente especial reconoció a Klaus Boris, quien la noche anterior lo había llamado a casa para convocarlo y ahora iba a su encuentro con una expresión amigable al tiempo que le tendía la mano.

—¿Cómo está hoy? —le preguntó Berish correspondiendo a su apretón de manos.

—Sin duda hoy está mucho mejor que ayer. Y mañana estará aún mejor.

El agente especial señaló la puerta.

—¿Entramos?

—Esta vez no me han invitado a la fiesta. —A continuación el inspector le tendió una carpeta amarilla—. Por lo que parece, eres el único varón. Buena suerte.

—Todavía tenemos que comprobar algunas informaciones —estaba diciendo Joanna Shutton.

Su Señoría estaba sentada en una de las dos camas individuales, con las piernas cruzadas de perfil para que resaltaran las medias de seda. Su Chanel N.° 5 impregnaba ya toda la habitación.

Mila, en cambio, estaba en la otra cama, pero no se hallaba tumbada. Tenía la cara pálida y surcada de profundas ojeras. Llevaba un chándal con capucha, pero todavía no se había puesto los zapatos. Los pies oscilaban debajo de ella sin tocar el suelo. Estaba sentada pero se mantenía en equilibrio con los brazos, y junto a ella tenía una carpeta. No muy lejos había una bolsa con sus cosas, lista para regresar a casa con ella.

—Pasa, pasa, Simon.

Al parecer, Su Señoría se dirigía a él con tono de confianza, como tiempo atrás, cuando eran amigos.

Berish avanzó hacia el centro de la habitación con la carpeta amarilla en la mano. Mila le dedicó una sonrisa silenciosa. Había sido ella quien había pedido esa reunión. El agente especial esperaba que hubiera sido una buena idea.

—Precisamente le estaba explicando las últimas averiguaciones —lo puso al corriente Joanna Shutton y, dicho esto, enseguida continuó—: Como decía, Roger Valin, Eric Vincenti y André García están ilocalizables. Existe la sospecha de que todavía cuenten con apoyo y cobertura por parte de otros adeptos del culto.

Berish se complació por el hecho de que en los pisos superiores del departamento ya no sacaran a colación la idiotez del terrorismo.

—Como sabemos, Nadia Niverman y Diana Müller están muertas —continuó Shutton—. Michael Ivanovič está en un hospital psiquiátrico y ha sido declarado demente. Y, finalmente, la predicadora que conocemos como Sylvia está en la cárcel y se ha encerrado en un mutismo absoluto.

Berish advirtió que una sombra de inquietud pasaba por el rostro de Mila.

—Pero ahora tenemos una idea de cuántos desaparecidos más se unieron al culto —aventuró la agente.

—En la buhardilla en la que la tenían prisionera había muchas fotos pegadas a la pared —admitió Su Señoría.

Mila asintió.

—Sin embargo, todavía quedan otros interrogantes sin resolver. —Shutton miró a Berish, pasándole figuradamente el testigo.

—Entonces es cierto, Stephanopoulos se ha suicidado. —A Mila todavía le costaba creerlo.

El agente especial la comprendía.

—Lo hizo delante de mí porque antes quería descargar su conciencia.

«Todo el mundo quiere hablar con Simon Berish», recordó.

—Steph sabía que era corresponsable de lo que había hecho Sylvia. Pero para él era más sencillo escribir una dirección en una hoja y encargarme así la solución del misterio que admitir sus culpas.

—Entonces realmente eran dos... —Mila se perdió un instante en la incredulidad.

Joanna lo aprovechó para intercambiar una rápida mirada de complicidad con el agente especial, tras lo cual miró su reloj.

—Tengo una reunión con el alcalde Roche dentro de cuarenta minutos, debo irme. Si no le importa, Vasquez, Berish se ocupará de acabar la historia y de responder a todos sus interrogantes. —Su Señoría le tendió una mano con anillos exagerados y uñas pintadas —. Recupérese, querida. Todavía la necesitamos.

Al salir, Shutton evitó encontrarse de nuevo con la mirada de Berish. Cuando cerró la puerta, se quedaron solos.

Entonces Mila reparó en la carpeta amarilla que Berish llevaba consigo.

—¿Qué es eso?

—Está bien —dijo él casi solemnemente, y se sentó a su lado—. Bueno, empecemos desde el principio...

71

—¿Recuerdas lo que te dije sobre la hipótesis del mal?

—Que bien y mal no están separados, sino que coexisten, se confunden.

—Exactamente. El componente del bien en esta historia es Stephanopoulos. Como ya sabes, hace unos veinte años, el capitán decidió utilizar los recursos del Programa de Protección de Testigos para ayudar a desaparecer a la gente. Eran personas que, a su parecer, merecían una segunda oportunidad en la vida. Basándose en su juicio, la solución a sus problemas era empezar de cero... Tenía previsto regalarles una nueva identidad, dinero suficiente para volver a empezar, la posibilidad de vivir en un lugar donde nadie conociera sus pecados anteriores.

—Steph era un buen hombre. —Mila lo defendió, como si la más pequeña sospecha contra el viejo capitán la hiriera.

—Pensaba que era un benefactor, pero también tenía una visión distorsionada de la realidad que fue empeorando con el tiempo. —Berish evitó decir que probablemente algo se había roto en la psique de Steph, pero el sentido era ése—. Al final creo que fue víctima de una fuerza más grande que él. De hecho, cuando comprendió que algo no funcionaba en el sistema que había creado, lo cierto es que no salió a la luz para contar la verdad. Mientras tanto, gente como Valin o Vincenti pudieron matar tranquilamente. La única acción concreta que Steph puso en marcha para detener la escalada de muertes fue hacer que nos conociéramos, cuando te dirigió a mí.

Mila suspiró, y fue como si le diera la razón.

—Quería que resolviéramos el caso porque ni él mismo sabía lo que estaba ocurriendo realmente.

—Para cerciorarse, vino detrás de nosotros hasta el nido de Kairus. Cuando lo descubrimos, provocó el incendio para borrar sus huellas.

La agente lo preguntó antes con la mirada, después le siguió la pregunta:

—¿Qué fue lo que Steph no previó hace muchos años?

—Un elemento maléfico se introdujo en el plano filantrópico. Otra vez la hipótesis del mal. —Berish se concedió una pausa—. Dos predicadores: uno actúa por el bien, el otro por el mal. Y la componente malvada de la historia es Sylvia. —Todavía le costaba pronunciar su nombre—. Steph la escoge como testigo clave para corroborar la existencia de Kairus y despistar así la investigación. Se fía de ella hasta el punto de confiarle al pequeño Michael. Pero Sylvia no es lo que parece. Aparte de criar a su hijastro como un pirómano, se sirvió de las personas que Steph ayudó a desaparecer. Ella era su sombra, obró a sus espaldas sin que él se diera cuenta. Así fue como entró en contacto con los que el capitán creía que ayudaba. Consiguió convencerlos para que formaran parte del culto porque (y aquí está el verdadero error de Steph) no bastaba con ofrecer una nueva oportunidad a quien de todos modos no estaba acostumbrado a vivir. Era gente debilitada por la vida: era previsible que no fueran capaces de gestionar su nueva situación, que guardaran rencor y odio. Para ellos, al final, el cambio resultó ser sólo una dolorosa ilusión.

—Y Sylvia supo erigirse en guía: era como si Steph los hubiera reclutado para ella —concluyó Mila—. Aquella mujer y el capitán estaban unidos desde el principio. Pero ¿cómo se conocieron?

Berish tomó aliento.

—La habitación 317 del Ambrus Hotel.

Mila enarcó una ceja dubitativa.

—Durante nuestra primera visita, el portero nos habló de un episodio sangriento que ocurrió hacía treinta años. Nosotros no le dimos importancia porque se remontaba a diez años antes de que empezaran las desapariciones de los insomnes. Y nos equivocamos.

—¿Qué ocurrió en la 317 diez años antes de Kairus? —preguntó Mila, no sin algún titubeo.

—Un homicidio. —Berish intentaba no dejar traslucir lo mucho que la historia lo había turbado—. El hotel había sido inaugurado hacía pocos días. Una noche, una mujer fue asesinada a puñaladas. Pero lo que atrajo la atención de todo el mundo, creando cierta sensación, fue que quien presenció el asesinato fue su hija: la niñita se salvó de la furia del asesino gracias a que se metió debajo de la cama.

—Sylvia... —Mila lo dijo casi automáticamente.

Berish confirmó su intuición con un gesto de la cabeza.

—Como podría reconocer al autor del delito, la niña enseguida entró en el Programa de Protección de Testigos. Fue Stephanopoulos quien se ocupó de ella.

Mila parecía impresionada con la revelación.

—¿Llegaron a encontrar al culpable?

—No, nunca —le dijo Berish—. Pero eso no es todo, porque resulta que hay un detalle que no encaja... Alguien oyó los gritos de la mujer, pero, cuando llegaron en su ayuda, encontraron la habitación cerrada por dentro.

—Podría haber sido la hija quien... —Mila dejó la frase en el aire.

—Quién sabe. Tal vez la niña cerró la puerta cuando el asesino escapó, por miedo a que pudiera regresar y matarla; el miedo obliga a hacer muchas cosas. En todo caso, según la policía, era inocente; además, nunca encontraron el arma del crimen y el médico forense declaró que, teniendo en cuenta la profundidad de las heridas que tenía el cadáver, era improbable que una niña de diez años tuviera la fuerza para ocasionarlas.

Parecía que eso era todo, pero Mila advirtió por la expresión de su rostro que Berish temía proseguir.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Sí —admitió el agente especial con tono grave. Entonces le pasó la carpeta amarilla.

Mila la miró un buen rato.

—Tómatelo con calma —la tranquilizó Berish.

Al final la abrió. Contenía una única fotografía.

—La sacaron en la escena del homicidio —explicó él.

Mila reconoció la 317, el papel de las paredes rojo oscuro y la moqueta del mismo color decorada con gigantescas flores azules. La cama era idéntica a como la recordaba. En la pared había un crucifijo colgado y en una de las mesillas de noche se veía una Biblia. Estaba ausente el aura opaca y gastada del pasado, en el momento de sacar la foto poquísimos clientes habían caminado por aquel suelo y dormido entre aquellas sábanas. Todo parecía todavía nuevo, inalterado. En el umbral se alineaban algunos miembros del personal del hotel: un mozo de color, que llevaba un uniforme de rayas blancas y granates, y un par de camareras con cofia y unos inmaculados delantales blancos. La foto transmitía cierto prestigio: el Ambrus Hotel todavía no se había convertido en un lugar para encuentros ocasionales o clandestinos.

Como había dicho Berish, se trataba de la escena de un crimen, por tanto había policías y técnicos de la científica, concentrados en su trabajo. La víctima estaba tendida en la cama, con una sábana empapada de sangre que la cubría de la cabeza a los pies. Un poco más allá, una niña de unos diez años se abrazaba llorando a una policía que la estaba acompañando afuera. La niña debía de ser Sylvia. Junto a ellos, un joven Stephanopoulos parecía que estuviera dando indicaciones a su colega para que cuidara de la pequeña.

Mila siguió examinando la imagen. Todos parecían ocupados haciendo una tarea o distraídos por el horror del cadáver sobre la cama.

Sólo un hombre miraba hacia el objetivo.

Estaba en una esquina de la habitación y de la fotografía, con un pomo de latón en la mano en el que colgaba la llave de la 317. Llevaba una librea de color rojo oscuro, el uniforme de un portero de hotel. En el rostro, la ligera sombra de una sonrisa. El hombre que posaba para la foto era el Apuntador.

Mila mantuvo la mirada fija en él.

Berish la cogió de la mano.

—¿Por qué fuiste al Ambrus Hotel? ¿Por qué motivo te tomaste el somnífero que habían dejado para ti en la mesilla de noche?

Mila levantó la cabeza de la foto.

—Porque de la oscuridad es de donde vengo, y a la oscuridad es adonde de vez en cuando debo regresar.

—¿Qué quieres decir, Mila? No lo entiendo.

Ella lo miró.

—¿Qué quieres entender? Él lo sabe, me conoce.

El agente especial intuyó que se refería al Apuntador.

—Sabía que acabaría haciéndolo, porque la llamada siempre es demasiado fuerte, la tentación dolorosamente irresistible. —Hizo una pausa—. Y si tú no comprendes eso...

No terminó la frase, pero Berish intuyó el sentido. No podía quedarse cerca de ella si no comprendía los motivos que siempre la empujaban hacia lo desconocido.

Pero Mila añadió algo más, como para consolarlo.

—Lo vi sólo una vez, hace siete años. Las únicas palabras que me dijo me marcaron profundamente. Era una especie de profecía. O tal vez sólo lo dijo por ver si acertaba. Si tengo que ser sincera, no creo que se tratara de una magia maléfica. Y en este caso también debe de ser lo mismo. Porque, como tú dices, siempre hay que racionalizar. —Mila cerró la carpeta con la foto—. Él no es distinto de los demás seres humanos: come, duerme, tiene las mismas necesidades que todos nosotros. Y tiene puntos débiles, y puede morir. Simplemente tenemos que capturarlo. El resto sólo es una inútil fantasía malvada.

La última consideración llevó un poco de alivio al ánimo de Berish.

—¿De verdad no recuerdas nada de los días que estuviste prisionera en la buhardilla de la casa de Sylvia?

—Como ya he dicho, siempre estuve dormida —contestó Mila devolviéndole la carpeta amarilla con la foto—. Estoy bien —lo tranquilizó sonriendo—. Ahora sólo quiero ir a ver a mi hija.

Berish asintió y se dispuso a salir de la habitación.

—Simon —lo detuvo ella.

El agente especial se volvió.

—Gracias.

22 de octubre

Su madre estaba a punto de volver a casa.

Para recibirla de la mejor manera posible, la abuela le había hecho poner su vestido más bonito, de terciopelo azul, con los zapatitos brillantes. Sin embargo, a Alice no le gustaba. Se le subía hasta la cintura cuando se sentaba, de modo que tenía que estar bajándoselo continuamente. Y luego no podía jugar cuando lo llevaba puesto, porque Ines le pedía cada minuto que no se ensuciara.

Aquel vestido era un verdadero imán para las reprimendas.

Su abuela decía que era un día especial, que Mila había pasado una mala época y que, por eso, tenían que estar a su lado. Alice había accedido a interpretar su papel, sin imaginar que eso iba a comportar cambios radicales; nadie le había hablado de eso, nadie le había consultado. Ines le había preparado una pequeña maleta, diciéndole que iba a trasladarse a casa de su madre porque Mila quería estar un tiempo con ella.

De momento, podía llevarse consigo tres juguetes. Y la elección había sido difícil, porque la muñeca de cabellos rojos —que era su favorita— entraba por derecho propio en esos tres, por lo que en realidad la decisión tenía que ver con las demás y también con los muñecos y los peluches, a los que no quería ofender.

¿Cómo iban a poder dormir sin ella en la habitación de casa de la abuela? Y ¿se sentiría sola sin ellos?

Por suerte, estaba *Hitch*. El policía llamado Simon no había querido que se lo devolviera, a pesar de que al final no había ido al lugar donde los perros estaban prohibidos, como le había dicho. Iba a verlo todos los días y lo llevaban juntos al parque. Alice sabía que

antes o después su amigo regresaría con su verdadero amo, pero esperaba poder tenerlo consigo un poco más.

Simon decía que *Hitch* se quedaría con ella para enseñarle a comprender los peligros y a valorar el riesgo de las cosas. Cuando Alice lo aprendiera, entonces se lo llevaría.

Simon le gustaba. Pero sobre todo le gustaba la manera en que se dirigía a ella. Jamás le decía lo que tenía que hacer, siempre esperaba a que ella sola se diera cuenta.

«Los mayores nunca tienen paciencia», pensaba Alice. Pero Simon era distinto. Él también le había preguntado por Miss. Pero, mientras le hacía las preguntas, no la miraba como si hubiera hecho algo malo.

Alice le contó que Miss siempre conseguía entrar en casa gracias a una copia de la llave que estaba escondida en el jardín, debajo de la maceta de begonias.

La causa de todo había sido la muñeca de cabello rojo.

Ella se la había llevado al colegio, escondiéndola en la mochila. La maestra no quería juguetes en clase, pero para Alice aquella muñeca no era un juguete. Era su mejor amiga, lo cual constituía una gran diferencia.

Sin embargo, después ocurrió algo muy malo.

Durante el día, Alice estuvo tan ocupada que se olvidó de ella. De hecho, al final de las clases, cuando el autobús escolar la llevó de regreso a casa, la muñeca de cabello rojo había desaparecido.

El pánico se apoderó de la pequeña, no sabía qué hacer. Ni siquiera podía decírselo a la abuela, ya que sin duda la habría castigado. Se le ocurrió darle una foto a Mila, porque una vez Ines le dijo que su mamá buscaba a las personas que desaparecían.

Y ella estaba segura de que también encontraría a su muñeca.

Pero su madre no había ido a verla aquella noche. Y a Alice le costaba dormirse preocupada por dónde podría estar en ese momento su amiga del alma, completamente sola, pasando frío, asustada.

Durante una noche agitada, notó que una mano se posaba en su frente. Al principio pensó que se trataba de Mila, como si sus plegarias hubieran sido escuchadas. Pero después abrió los ojos y

vislumbró a otra mujer sentada en su cama. Siempre la reñían porque no se daba cuenta de los peligros, pero aquella vez no había nada de lo que asustarse, porque la desconocida tenía entre los brazos precisamente a su amiga de cabello rojo.

Había ido a devolverle la muñeca.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Alice.

—Yo no tengo nombre.

De modo que la niña empezó a llamarla simplemente *Miss*.

Después de devolverle lo que pensaba que había perdido para siempre, la mujer le preguntó si le gustaría que fuera a verla de vez en cuando. Alice contestó que sí. No iba todas las noches, sólo algunas. Le preguntaba cómo le había ido en la escuela y sobre sus juegos. Siempre era amable. A Alice también la asaltó la duda de estar desobedeciendo una de las reglas de la abuela: no hablar nunca con extraños. Pero si Miss estaba en casa, entonces no podía considerarse una extraña.

Simon había estado de acuerdo con ella sobre ese punto. Por eso Alice se fiaba de él.

Pero había un secreto que aun así no había querido desvelarle.

Le había hecho una promesa a Miss, con la mano en el corazón. Sucedió la última vez que fue a verla. Y todo el mundo sabía que las promesas que se hacen con la mano en el corazón no pueden romperse. Un compañero de escuela le había contado que su primo mayor conocía a un niño que no cumplió el solemne juramento y luego, de repente, se esfumó para siempre. Nadie sabía lo que le había ocurrido y sus padres todavía lo estaban buscando.

Alice no quería esfumarse para siempre. Por tanto, sólo Miss tenía el poder de liberarla del voto.

Sin embargo, cuando de regreso del hospital Mila la acogió en su apartamento, ella estuvo tentada de contárselo todo. Pero entonces su madre la abrazó. No lo hacía nunca. Y, mientras la estrechaba, Alice no sintió ningún calor procedente de su cuerpo. Le pareció extraño. No era como cuando la abrazaba la abuela. Había algo... equivocado.

Mila le mostró la nueva casa donde iba a vivir. Estaba llena de libros, tantos que apenas quedaba espacio para moverse de una

habitación a otra; los había incluso en el baño.

Aquella noche cenaron juntas. Su madre había preparado pasta con albóndigas, que no estaba nada buena. Alice no dijo nada, pero *Hitch* se dio un atracón. Mila se comportaba de una manera distinta de la habitual: por ejemplo, se quedó observándola desde la puerta del baño mientras se cepillaba los dientes. Después el perro se arrellanó en un sillón y ellas se fueron a dormir. El colchón era pequeño para que cupieran las dos, y las almohadas no eran blandas como a ella le gustaban. Después de apagar la luz, se quedaron en silencio. Pero Alice sabía que su madre también estaba despierta. Poco a poco, empezó a acercarse a ella. Entonces Mila alargó los brazos y la atrajo hacia sí.

Esta vez la sensación no era equivocada.

Alice se acurrucó contra ella. Y Mila empezó a acariciarle los largos cabellos rubio ceniza. Lentamente, el gesto se apagó. Por la cadencia de la respiración, se dio cuenta de que su madre se deslizaba hacia el sueño. Ella, en cambio, no podía dormirse. Mila se movió y dijo algo. Pero sólo eran sueños que hablaban por ella. Alice se acordó del secreto que le había confiado Miss:

—Hay una persona especial que quiere conocerte.

—Y ¿quién es?

—Él puede cumplir todos tus deseos.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa.

No estaba segura de que fuera cierto, pero quería creérselo. Sólo había un modo de saber la verdad. Tenía que seguir las instrucciones que la Señora de las buenas noches le había hecho aprender de memoria. De modo que salió de entre los brazos dormidos de su madre y, caminando con los piececitos descalzos por el frío suelo, se dirigió al alféizar.

Fuera, ante ella, en el edificio de delante, había un enorme letrero con una pareja de gigantes sonrientes. Pero entonces bajó la mirada y lo vio. Miss tenía razón. Él estaba allí, con la cabeza levantada justamente hacia su ventana. La estaba esperando. El viento arremolinaba el polvo entre las paredes del callejón. Unos

papeles danzaban alrededor de sus piernas, como una niña fantasma que reclamara atención.

Alice levantó la mano para saludarlo.

A cambio, el vagabundo sonrió.

Prueba 2573-KL/777

*Cárcel de ******
Distrito penitenciario n.º 45

Informe del Director, Dr. Jonathan Stern
25 de octubre del año en curso

A la atención de la Oficina del Procurador General
Bertrand Owen

Asunto: CONFIDENCIAL

Distinguido señor Owen:

Respondiendo a su solicitud de información periódica sobre la detenida GZ-997/11, lo informo de que Sylvia sigue estando en régimen de aislamiento. No se comunica con el personal penitenciario y transcurre la mayor parte de la jornada durmiendo. Además, no manifiesta conductas contrarias al reglamento y no formula peticiones de ningún tipo.

Sin embargo, debo señalarle que desde hace unos días ha adquirido una costumbre bastante peculiar: limpia y seca continuamente todo lo que toca, recoge los pelos que pierde en la almohada y en el lavabo, friega platos y cubiertos y el váter cada vez que los utiliza.

En otras circunstancias, habríamos tenido la legítima sospecha de que ese cuidado obsesivo servía para impedir que pudiéramos hacernos con material orgánico para obtener

su ADN.

Pero al haber realizado ya esa prueba genética, que por otra parte no obtuvo ningún resultado, nos hemos preguntado el motivo de ese extraño comportamiento.

Todavía no hemos llegado a ninguna conclusión.

No puedo evitar hacerle notar la singular analogía con el caso de otro detenido que, hace ya años, estaba involucrado en lo que ahora se conoce como el caso del Apuntador.

Esperando haber contestado de manera exhaustiva a su solicitud, lo emplazo al próximo informe aprovechando la ocasión para saludarlo.

Atentamente,

Dr. JONATHAN STERN
Director

Nota del autor

Todos hemos sentido, al menos una vez en la vida, el deseo de desaparecer.

En un momento concreto de desánimo, nos habrá parecido que la solución era ir a la estación y subir a un tren cualquiera, tal vez huir sólo unas pocas horas, un soleado martes de invierno por la mañana. Si lo hemos hecho, no lo contaremos nunca. Pero siempre guardaremos la sensación liberadora de apagar el móvil y olvidarnos de internet, desvinculándonos así de la correa de la tecnología para dejarnos transportar por el destino.

Una novela sobre desaparecidos que regresan era una idea fija que tenía desde hacía mucho tiempo. Es más, puedo asegurar que de ahí nació el personaje de Mila Vasquez.

Antes de ponerme a escribir, entrevisté a representantes de las fuerzas del orden, investigadores privados y periodistas. Pero, sobre todo, conversé con amigos y familiares de personas que eligieron la oscuridad, o fueron escogidas por ella.

Sin embargo, en todos los encuentros siempre tuve la sensación de que estaba explorando sólo una parte del fenómeno: la que estaba a la luz. La otra permanecía invariablemente ignota.

Mi obsesión por los desaparecidos habría quedado sin solucionar si un día uno de ellos no se hubiera puesto en contacto conmigo.

Después de la publicación de *Lobos*, me llegó un correo electrónico de parte de un hombre que afirmaba que había «borrado» su existencia anterior, decidiendo emprender una completamente nueva con una identidad distinta y dando vida a una segunda cadena de vínculos afectivos.

No tenía instrumentos para comprobar si lo que me contaba era real o si, en cambio, se trataba de un engaño bien fundamentado.

Pero igualmente empezamos a mantener una correspondencia, en el transcurso de la cual conocí una serie de verdades —todas ellas muy bien argumentadas— que alimentaron mi fascinación, haciendo que asumiera la consistencia de una historia.

El desconocido me describió analíticamente cómo se convierte en realidad lo que en un principio sólo es una fantasía pero que, con el tiempo, pasa a ser un verdadero proyecto. Las únicas concesiones que me hizo, violando el voto de anonimato, tuvieron que ver con su nacionalidad —era italiano— y con el nombre de su gato: *Kairus*.

Al finalizar nuestro breve intercambio, entendí que el único modo de comprender qué significaba desaparecer en la nada era... que yo desapareciera también.

Mi fuga, sin embargo, duró unas pocas semanas, el tiempo necesario para encauzar la novela. Obviamente, las personas que tenía más cerca estaban informadas y nunca corté realmente el cordón umbilical que me ataba a mi vida precedente. A pesar de ello, apagué el móvil, abandoné temporalmente mis direcciones electrónicas y mis perfiles en las redes sociales. De repente me vi proyectado a un mundo paralelo.

Por motivos obvios, mi experimento fue bastante suave; además, en todo momento fui consciente de que mi desaparición tenía una fecha de vencimiento. Con todo, descubrí que desaparecer no siempre es una liberación: al principio la oscuridad te sacude, después te captura, y te deja ir sólo bajo sus condiciones.

Cuando volví a casa, familiares y amigos me preguntaron dónde había estado. Yo siempre contestaba con la versión corta de la verdad: «Paseando por los depósitos de cadáveres».

Ahora saben que la versión algo más larga es este libro.

Cuando se habla de desapariciones siempre se citan las estadísticas. Pero es inútil hacer una lista aquí de las cifras o recalcar que cada día desaparecen una media de veintiuna personas de cada millón de habitantes (esa información ya la publican los periódicos).

Lo que nadie dice es que es imposible imaginar cuántos desaparecidos están a nuestro alrededor en estos momentos. Por la calle, en el autobús, mientras hacemos la compra. Los miramos y no lo sabemos.

Pero ellos, escondidos detrás de la tapadera de una falsa identidad, también nos miran.

Por eso, al anónimo autor de los correos electrónicos que me hicieron comprender todo esto —ya fuera un verdadero desaparecido o no—, así como a su gato *Kairus*, va mi más sentido agradecimiento. Allí donde estés, y sea lo que sea lo que estés haciendo, espero que haya valido la pena.

DONATO CARRISI

Agradecimientos

A Stefano Mauri, mi editor. Por su estima y su amistad. Porque el respeto de los lectores pasa por el amparo del autor.

A Fabrizio Cocco. Por el debate continuo e indispensable. Estoy en deuda con su espíritu oscuro y con su talento.

A Giuseppe Strazzeri, Valentina Fortichiari, Elena Pavanetto, Cristina Foschini, Giuseppe Somenzi y Graziella Cerutti. Su inestimable pasión transforma mis historias en libros.

A Deborah Kaufmann. Porque ahora París también es un poco mi casa.

A Vito, Ottavio y Michele. Los amigos de verdad siempre te recuerdan el camino.

A Alessandro, por el futuro. A Achille, por el inicio. A Maria Giovanna Luini, por el presente.

A mi hermana Chiara, a mis padres, a mi familia.

A Elisabetta. Las palabras son suyas.

Y, en especial, a Luigi Bernabò, mi agente, ejemplo de estilo de vida y de escritura. Por su fuerza, su tenacidad, su afecto.

Mis fuentes

El agente Massimo de la comisaría de Roma, que años atrás ya me inspiró el personaje de Mila Vasquez. «Los busco en todas partes. Nunca dejo de buscarlos» es una frase suya que sintetiza perfectamente el tormento que lo consume. El silencio de los desaparecidos es su maldición.

Byron J. Jones, conocido como Mister Nobodies. Él es el hombre que ayuda a la gente a desaparecer, un verdadero artista del escapismo.

Jean-Luc Venieri, que me ha conducido a los oscuros templos de la antropología, explicándome que, al mismo nivel que la criminología, podía convertirse en un útil instrumento de investigación.

El profesor Michele Distante, autor del artículo «El culto y la figura del predicador».

Los beneficios derivados de la venta de esta novela en su traducción al griego se quedarán en Grecia y serán transferidos a Boroume (<www.boroume.gr>), que se ocupa de distribuir comida a personas con problemas. En un duro momento de la historia de este espléndido país, no puedo olvidar la deuda que la civilización de la humanidad tiene con su cultura. Si, por ejemplo, hace miles de años los griegos no hubieran acuñado y llenado de significado palabras como *hipótesis* y *antropología*, no podría haber contado la historia que acabáis de leer...

La hipótesis del mal
Donato Carrisi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *L'ipotesi del male*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de cubierta: © Opalworks
Fotografía del autor: © FREM

© 2013, Donato Carrisi

© de la traducción, Maribel Campmany, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2015

ISBN: 978-84-08-13699-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com